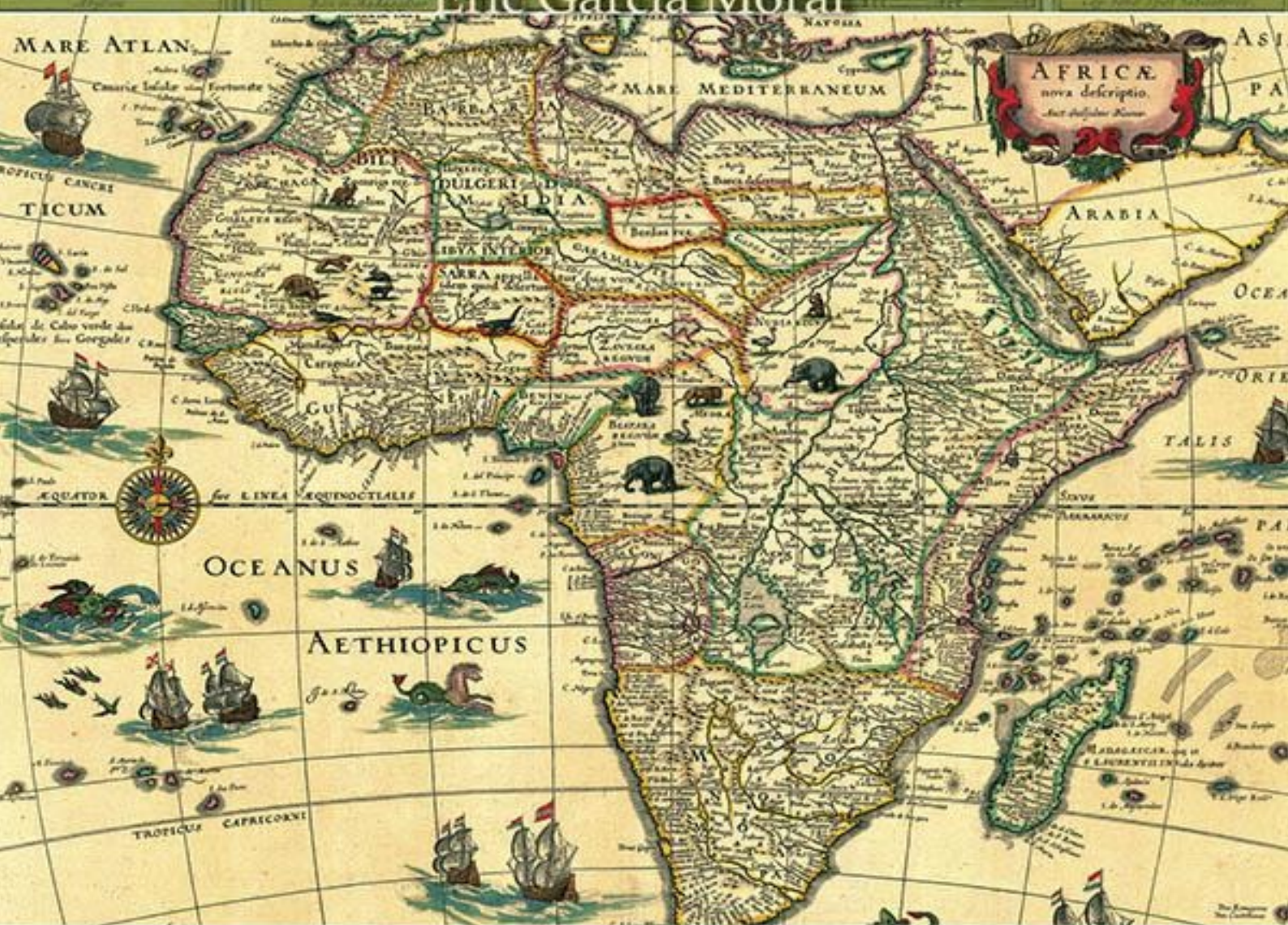


BREVE HISTORIA del... AFRICA SUBSAHARIANA

Eric García Moral



La desconocida y milenaria historia del hombre en África. Desde los primeros homínidos y el antiguo Egipto, el preste Juan, los suajilis, zulúes y el tráfico de esclavos hasta las yihad musulmanas, el yugo colonial, la militarización descontrolada, el *apartheid* y la caída de los regímenes racistas. Un apasionante viaje histórico por el continente más ignorado



Conozca la historia del hombre en África, la más antigua de todos los continentes cuya trayectoria ha estado siempre en conexión con el resto del mundo. Desde la aparición de los primeros homínidos en África hasta la trata de esclavos, el colonialismo, la descolonización o el *apartheid* sudafricano.

Eric García Moral abre al lector una ventana a las sociedades africanas desde la prehistoria hasta nuestros días, a través de la cual mejorará su comprensión respecto a la evolución histórica y al estado actual de África y sus gentes.

Breve historia del África subsahariana derrumbará estereotipos como el que se refiere a un continente sin historia, detenido en el estadio tribal. La historia africana es dinámica, continua, con altos y bajos, con períodos de esplendor y decadencia, y con una significativa conexión con el resto del mundo. Con una narración amena, alejada del academicismo habitual, el lector se acercará a episodios de la historia africana que muy probablemente desconozca desde un enfoque muy alejado del eurocentrismo imperante.



Eric García Moral

Breve historia del África subsahariana

Breve historia: Civilizaciones - 30

ePub r1.0

FLeCos 05.08.18

Título original: *Breve historia del África subsahariana*

Eric García Moral, 2017

Editor digital: FLeCos

ePub base r1.2



A mi abuelo José,
de quien heredé el gusto por escribir.

A mi abuelo Francisco,
a quien me hubiese gustado regalar este libro.

Y a mis padres,
cuyo apoyo me llevó en volandas
hasta el sur de Senegal.



Mapa actual de África

Prólogo

El periodista Xavier Aldekoa evocó la imagen de un océano para definir la diversidad del continente africano. Para mí, la historia africana es como un universo infinito, repleto de recovecos por descubrir y otros que nunca serán hallados, con tantos planetas, sistemas y galaxias que resulta complicado hablar de «África» y pretender abarcarlo todo. Esta es la razón por la que el libro empieza con una sincera advertencia para el lector. En estas páginas no encontrará «la historia africana» en su totalidad, sino sólo una parte de ella. Resumir miles de años en una obra breve es una ardua tarea, incluso me atrevería a decir que es un propósito imposible de alcanzar. Es inevitable que algunos temas queden en el tintero mientras otros tengan una cierta preeminencia. Los aquí elegidos son los que yo mismo, como historiador africanista, he creído adecuados para dibujar un retablo general de la historia africana, de su riqueza, contradicciones y diversidad. Todo ello a partir de episodios concretos que ayudan a entender dinámicas más amplias. Otro autor quizá hubiese preferido centrarse en otros puntos y optado por un enfoque diferente. En mi caso, he intentado alejarme de generalizaciones y ofrecer una visión panorámica de las realidades históricas, conectando África con el mundo y resaltando aquellos aspectos que me parecen fundamentales a la hora de entender a las sociedades del continente, incidiendo en la perspectiva africana sobre su propia historia. Puede considerarse este libro como un pequeño telescopio que permite atisbar un diminuto espacio del universo africano, uno que espero que despierte las ganas por descubrir el continente, por acercarse a él y conocerlo de forma íntima.

También debo advertir al lector de que en las siguientes páginas no se hablará del continente en su conjunto, sino del África subsahariana o África negra que es, precisamente, la región más maltratada por los tópicos. Es por ello que el libro pretende ser un mazo con el que derrumbar los estereotipos sobre los africanos y su historia, pero también una ventana a través de la cual observar, telescopio en mano, a unas sociedades que han caminado durante siglos por senderos diferentes al nuestro.

África tiene historia. Para todos aquellos que la visitéis por primera vez, bienvenidos. Y para los reincidentes, espero que vuestro interés siga creciendo a través de estas páginas.

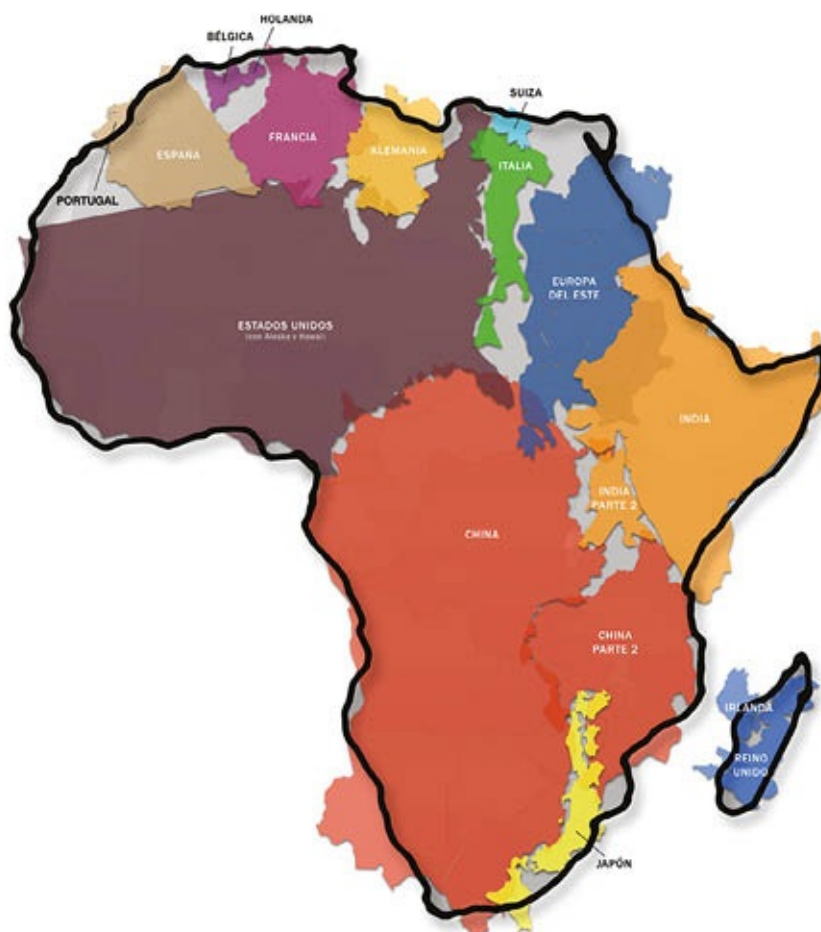
África tiene historia

El título de este capítulo puede parecer una obviedad, pero no lo es tanto si nos detenemos a pensar en cuánto conocemos sobre la historia africana. Si saliéramos a la calle y entrevistáramos a cien personas escogidas al azar, la inmensa mayoría evocaría las mismas imágenes al hablar de África: pobreza, sequías, hambre (las tres con niños enfermos o famélicos como protagonistas), violencia, y a Nelson Mandela, que parece ser la única figura histórica del continente que ha logrado captar nuestra atención. Por supuesto, todo ello existe en África, pero también existe en el resto del mundo y no en todos los lugares se toman casos concretos como ejemplos de todo un conjunto. La imagen de un continente salvaje, atrasado y misterioso ha captado también la atención del público, pero este pocas veces ha decidido indagar si el contenido sobre África que se le ofrece, desde los medios de comunicación o incluso en las escuelas, es justo con la realidad africana. Resulta demasiado común pensar en las sociedades africanas como grupos de personas divididas en tribus atávicas, con costumbres anticuadas y modos de vida superados en Occidente siglos atrás. De este modo, la historia de África se perfila como algo estático, detenido en el tiempo, sin ningún tipo de evolución. Y así, África parece un continente cuya historia empieza cuando los europeos iniciaron la conquista colonial o, en el mejor de los casos, cuando los europeos emprendieron el abyecto comercio de esclavos. Pues bien, este libro pretende demostrar lo contrario y situar a los africanos en el lugar que les corresponde en la historia del mundo. La historia de África no es una sucesión de tribus luchando entre ellas, nunca lo fue, no al menos desde la prehistoria. Las tribus, en África, hace tiempo que no existen en el sentido en el que las imaginamos y las que aparecen en documentales no son más que excepciones y ejemplos postreros de modos de vida muy antiguos. Al hablar de tribus se simplifica el espectro sociocultural de las sociedades y se niega su capacidad para constituir organizaciones complejas, cosa que, como demostraremos, abundaron —y abundan— en África.

África es la cuna de la humanidad, así que podríamos decir que su historia es la más longeva. Desde la prehistoria las sociedades africanas siguieron su propio camino hacia el presente. Su ruta no fue la misma que en otros lugares del mundo, ni tampoco su lugar de partida. Las sociedades africanas comparten rasgos culturales comunes entre ellas pero también una rica diversidad y pluralidad que resulta diáfana si tenemos en cuenta las dimensiones del continente.

En África hubo reinos e imperios cuya pujanza fue similar, si no superior, a la de sus contemporáneos del norte. Pocos conocen la historia de estos imperios que

dominaron el continente en la llamada época clásica africana y son menos aún quienes saben lo que ocurría en África durante la trata de esclavos atlántica o durante la colonización europea. Esto se debe al hecho de que al hablar de historia africana, por ejemplo en los colegios, en realidad lo que se hace es hablar de la historia de los europeos en África.



En este mapa del continente, creado por Kai Krause, se pueden apreciar sus verdaderas dimensiones. África resulta más grande que la combinación de Estados Unidos, China, India, Japón y toda Europa.

La historia africana podría dividirse en diversas etapas: prehistoria, antigüedad, siglos oscuros (ss. I-VII d. C.), época clásica (ss. IX-XVI d. C.), período predador (ss. XVII-XIX d. C.), período colonial (ss. XIX-XX d. C.) y período independiente (ss. XX-XXI d. C.). Por supuesto, la historia no se divide en compartimentos estancos pero esta división nos permite crear un esquema mental en el que situar los acontecimientos que estamos a punto de narrar.

Los historiadores contamos con diversas herramientas para reconstruir la historia africana. Las fuentes escritas no son tan abundantes como en otros continentes debido

a que en África la transmisión de conocimientos se realiza en general de manera oral. Pero este hecho no puede llevarnos a pensar que las fuentes escritas no existen. Estas existen desde tiempos antiguos, en Egipto. Más tarde los escritores grecorromanos dejaron sus testimonios sobre las zonas de África que visitaron, principalmente el norte del continente, y el territorio circundante al egipcio. A estos les siguieron los autores árabes, como el famoso viajero Ibn Battuta, que describieron las sociedades con las que contactaron en África Occidental y en la costa oriental. Al entrar en la órbita del islam, los sabios africanos también empezaron a escribir en árabe, dejando para la posteridad libros y textos de incalculable valor para reconstruir la historia precolonial de muchos puntos del continente. En la ciudad de Tombuctú, al norte de Mali, se hallan miles de pergaminos y manuscritos que datan de muchos siglos atrás. A partir del siglo xv también contamos con los testimonios escritos por los europeos que empezaron a navegar por las costas africanas y a penetrar tímidamente en el interior. Los documentos coloniales siguieron a los de los exploradores. Resulta evidente, pues, que la mayoría de fuentes escritas sobre el continente las elaboraron personas extranjeras, por lo que dichas fuentes ofrecen en muchos casos una perspectiva ajena a las sociedades africanas. ¿Dónde podemos encontrar la perspectiva africana? La respuesta es sencilla: en las fuentes orales.



Momento en el que Sihum Bouit Sambou, miembro de la corte de sabios de Calobone (sur de Senegal), habla sobre la historia de su pueblo, durante una entrevista en febrero de 2016. Fotografía del autor.

La oralidad, la transmisión de conocimiento a través de la palabra, constituye un elemento clave de las culturas africanas. Las fuentes orales, sin embargo, han sido a menudo desdeñadas y etiquetadas como poco fiables por su subjetividad. Quienes acusan a dichas fuentes de ser subjetivas, interesadas y sesgadas omiten mencionar que las fuentes escritas también lo son, pues siempre detrás del texto hay una persona

que lo ha escrito con un propósito concreto y en un momento determinado. Entre las tradiciones orales existen dos tipos (más allá de los recuerdos de épocas recientes): las tradiciones fijadas o formales, y las tradiciones libres. Las primeras suelen ser guardadas y transmitidas por castas especializadas, como los griots, que se encargan de repetir historias, genealogías o sucesos de una manera más o menos uniforme de generación en generación. Las segundas son tradiciones que no están fijadas, que no se transmiten de forma unificada, como a través de una canción o un poema, sino que cada testimonio de la cadena de transmisión lo altera, deforma y explica a su manera. Lo más complicado al trabajar con historia oral es fijar cronologías, ya que estas suelen ser muy vagas. No obstante, hay métodos de contraste que el historiador puede utilizar para analizar estas fuentes: la comparación con otros testimonios orales que hablen de un mismo tema o el recurso a fuentes escritas son los dos más importantes. Durante mi trabajo de campo en el sur de Senegal un sabio me dijo: «Estamos olvidando nuestra propia historia, cada anciano que muere se lleva consigo un conocimiento que se pierde para siempre». Esta frase recuerda a la que pronunció Amadou Hampaté Bah, el erudito africano que dijo que en África la muerte de un anciano era como una biblioteca en llamas. Lo cierto es que en África el conocimiento, además de un privilegio, es también un poder y, como tal, debe ser regulado. Quienes conocen la historia y las tradiciones suelen mostrarse reticentes a desvelarlas a quienes no consideran merecedores de tal privilegio o a quienes consideran que no harán un buen uso de ellas. En las sociedades en las que el conocimiento se transmite a través de iniciaciones el peligro de la pérdida de conocimiento es aún mayor. Por ejemplo, en la región de Casamance, en el sur de Senegal, las iniciaciones tienen lugar cada treinta años. Muchos de mis informantes me confesaron durante nuestras entrevistas que sus padres no solían explicarles muchas cosas porque no estaban iniciados y que, cuando lo estuvieron, sus progenitores ya estaban muertos y se habían llevado consigo toneladas de un saber preciado. Este ejemplo muestra la importancia que tiene la preservación de la oralidad y su dificultad para mantenerse con vida en algunos casos concretos.

Otro recurso del historiador es la arqueología, pero esta (dejando a un lado el caso egipcio y etíope) ha sido poco explotada en el continente debido a varias razones. Una de ellas es que en la mayoría de la geografía africana las construcciones se hacían con materiales que tendían al deterioro y la erosión, como el barro y el banco. Otra deriva de los exigüos recursos y la falta de medios que han sufrido los arqueólogos, además de las características geológicas de los suelos africanos, que han preservado peor que otros los vestigios del pasado. Contamos, pese a todo, con notables excepciones como las construcciones de piedra que se hallan en el suroeste africano.

Finalmente, el historiador debe recurrir a otras disciplinas que puedan complementar sus investigaciones: lingüística, etnología, antropología, y un largo etcétera que ayudan a llenar los nichos que las fuentes habituales dejan vacíos.

A través de estas fuentes los historiadores han reconstruido la historia del continente y es de su trabajo del que se nutren los capítulos que componen este libro.

La cuna de la humanidad

En 1871, Charles Darwin sugirió la probabilidad de que África fuera el hogar en el que nacieron nuestros antepasados. Hoy, esa sugerencia escrita como una hipótesis arriesgada en los años precedentes al colonialismo europeo, es una certeza a la luz de los últimos descubrimientos.

La evolución humana es un tema que ha generado mucho debate a lo largo de la historia, sobre todo en lo referente al origen de la humanidad y a su dispersión por el mundo. En la década de 1980 se sugirieron dos hipótesis contrapuestas: «Desde África» (Out of Africa) y «continuidad regional». La primera, también conocida como «Jardín del Edén» (Garden of the Eden), defendía la aparición de los humanos en el continente africano, desde donde se habrían extendido hasta Eurasia y Australia, sustituyendo a las poblaciones indígenas de los lugares a los que emigraban, sin llegar a mezclarse. La segunda negaba un origen africano para todos los humanos actuales, aduciendo una evolución multirregional de la humanidad en la que la transición del *Homo erectus* al *Homo sapiens* se dio en diversas partes del mundo de forma paralela.

Hoy en día, las evidencias genéticas y moleculares, además de las fósiles, favorecen la teoría del origen africano de la humanidad. Si bien es cierto que la hipótesis «desde África» es la más correcta, esta ha sido matizada con los años. Desde una supuesta madre africana de la humanidad, la llamada Eva Negra, se ha pasado a hablar, a principios del siglo XXI, de la hipótesis «Sobre todo desde África» (Mostly Out of Africa), que arguye que es posible que los humanos surgieran principalmente en África, pero no exclusivamente. Esto no rechaza el origen africano de nuestra especie, sino que señala posibles hibridaciones en la periferia.

Aun así, los yacimientos y restos más antiguos hallados, datados entre 4,4 y 1,5 millones de años, se encuentran en África. Es sólo a partir de esta última fecha cuando encontramos restos fuera del continente.

En conclusión, a la luz de las evidencias arqueológicas y de los estudios genéticos podemos decir que África es la cuna de la humanidad. El ser humano ocupó primero este continente y luego se extendió a Eurasia y al resto del planeta. Sabiendo que fue en África donde el ser humano dio sus primeros pasos, ¿cómo fue la evolución que nos llevó a ser lo que somos hoy?

Los humanos anatómicamente modernos pertenecemos a la especie *Homo sapiens sapiens*, del género *Homo*, dentro de la familia biológica de los homínidos de la que también forman parte otros primates, parientes cercanos nuestros, como los

orangutanes, los gorilas o, sobre todo, los chimpancés. La mayoría de especies de nuestro género, sin embargo, desaparecieron al no desarrollar los mecanismos de adaptación adecuados.

Hace unos 2,8 millones de años tuvo lugar un importante cambio climático, en el período conocido como Plioceno, que se materializó en la formación de glaciares en zonas actualmente templadas y redujo los bosques y selvas tropicales para dejar espacio a grandes sabanas, medio al que nuestros antepasados se adaptaron de manera plena. En África, el impacto de estos cambios fue mayor en el este que en el oeste, lo cual ayuda a entender por qué la evolución humana se dio en el oriente africano. Pero hay otro gran factor que explica la aparición de los seres humanos en esta parte del continente: el valle de la Gran Falla africana, más conocida como Rift Valley. Dicha falla separa África Oriental del resto del continente desde Tanzania, en el sur, hasta el valle del río Jordán, en Oriente Próximo, al norte, siguiendo la línea de los grandes lagos. En el valle al que dio forma la falla, imperaba un microclima particular que acabó favoreciendo el desarrollo evolutivo de los humanos y de otras especies de animales y plantas. Es en esta zona geoclimática donde encontramos el único registro estratigráfico ininterrumpido que contiene restos humanos y prehumanos desde hace cuatro millones de años hasta el presente. Ocurre lo mismo en el famoso yacimiento de Olduvai (Tanzania), en el que el espectro cronológico se reduce a dos millones de años.

Precisamente fue hace más de dos millones de años cuando tuvo lugar una eclosión y diversificación de las distintas especies de homínidos, llegando a existir casi media docena de especies de los géneros *Australopithecus* (*anamensis*, *afarensis*, *africanus*, *garhi*...), *Paranthropitecus* (*aethiopicus*, *robustus*, *boisei*) y *Homo*, cuya aparición se calcula en torno a los 2,4 millones de años. Desde el *Homo habilis*, el primer *Homo* considerado como tal, se sucedió toda una cadena de especies que finalizó con el *Homo sapiens sapiens* (en torno a cien mil años). De manera resumida, el crecimiento y la progresiva complejidad del cerebro (sobre todo en lo referente al lenguaje) y la producción y utilización de instrumentos, así como el cambio en la organización social y el control del sistema ecológico, constituyeron el conjunto de factores que nos hicieron humanos.



La Rift Valley es la gran falla, de unos cinco millones de años de antigüedad, que provocó la separación de Arabia del continente africano y la formación del mar Rojo. Además, es el lugar en el que se han hallado los restos humanos más antiguos.

El primer *Homo* que salió de África fue el *erectus*, hace un millón y medio de años, ocupando Eurasia y llegando como límite extremo a la isla de Java. Más tarde, hace unos sesenta mil años, comenzó la llamada «primera gran diáspora», en la que la especie humana actual se expandió hacia el resto del planeta. Pero ¿por qué decidieron nuestros antecesores salir de África? Esta pregunta ha sido objeto de debate entre los especialistas y ha resultado en un conjunto de razones diversas: desde las ecológicas y medioambientales hasta la hipótesis defendida por los arqueólogos de Atapuerca, con Eudald Carbonell a la cabeza, que sostiene que la selección técnica fue un factor muy relevante: quienes emplearon técnicas más sofisticadas y efectivas para dominar el entorno ejercieron presión sobre comunidades menos preparadas que debieron buscar otros lugares en los que prosperar. Los otros motivos que se han barajado son la búsqueda de alimentación vegetal y animal, siguiendo los desplazamientos estacionales de algunas manadas, o la curiosidad por lo nuevo y el gusto por el descubrimiento que caracteriza a nuestra especie.

DOS MANERAS DE VER EL MUNDO: LA DIVERGENCIA NEOLÍTICA

La prehistoria que conocemos ha tendido a ser periodizada desde un prisma eurocéntrico. Por ejemplo, la etapa más larga de la prehistoria, el Paleolítico (piedra vieja), que se extiende desde las primeras evidencias de cultura homínida hasta hace unos diez mil años, ha sido dividida en varios períodos cuya terminología es válida

para Europa pero no tanto para el resto del mundo. Baste decir que durante el Paleolítico el hallazgo más abundante encontrado en los yacimientos son herramientas de piedra tallada y que las comunidades que vivieron esta etapa eran cazadores y recolectores nómadas. Durante el período posterior, el llamado Mesolítico o Epipaleolítico, los grupos humanos se fueron haciendo de manera progresiva más sedentarios y empezaron a combinar la caza y la recolección con otros tipos de actividades productivas. Por último, en el Neolítico (piedra nueva), que tuvo cronologías diferentes en diversos puntos del planeta, siendo la región del Sahara-Sahel uno de los puntos nucleares (la etapa se inició alrededor de 7000 años), tuvo lugar la domesticación de plantas y animales para la producción de alimentos, así como mejoras tecnológicas como la piedra pulida, y cambios sociales: las poblaciones se hicieron más sedentarias, surgiendo poblados y necrópolis que señalaban una nueva vida en comunidad.

Sin embargo, de este período nos interesa resaltar algo que ocurrió en una dimensión etérea del ser humano: el pensamiento.

Durante el Neolítico se fue conformando una determinada cosmovisión, una forma de ver y entender el mundo. Esta percepción fue diferente en el norte (estepa euroasiática) y en el sur. Como ya hemos señalado, el Neolítico se inició en momentos diferentes en lugares distintos. Pero tanto en Europa como en África se dio el paso de una economía de caza y recolección a otra que perseguía el objetivo excedentario, es decir, la acumulación de alimentos para la comunidad. Pese a los estereotipos que planean sobre el continente, los pueblos africanos han sido desde hace milenios excedentarios en su producción de recursos, ya sean agrícolas o ganaderos. Sólo unos pocos grupos reducidos en zonas muy concretas de la geografía continental han mantenido en los últimos milenios formas de caza y recolección. Por ejemplo, los san o bosquimanos en el sur o los pigmeos en el bosque ecuatorial. Las diferencias entre el norte y el sur se dieron por el desarrollo de una relación distinta con el entorno natural que marcó el porvenir de los pueblos y los condujo por caminos divergentes. Tanto europeos antiguos como africanos buscaron que sus sociedades aumentaran en número de individuos y que la seguridad alimentaria se complementase con la militar. No obstante, unos tuvieron que lidiar con inviernos extremos y otros no. La naturaleza, acogedora y materna en el sur, se tornó imprevisible y hostil en el norte. Los pueblos indoeuropeos llegaron a profesar un respeto cercano al temor por la naturaleza, el grueso de los dioses de los panteones al norte del Mediterráneo representaban fuerzas naturales que resultaban al mismo tiempo amenazadoras y peligrosas. Incluso los mismos dioses se percibían como volubles y poco fiables. De manera progresiva se fue conformando la idea de la naturaleza como algo distinto al ser humano, como algo separado. En contraste, en el neolítico sahariano o nilótico los humanos formaban parte integrante del mundo y de sus fuerzas naturales, mientras que los dioses, en muchos casos de síntesis humano-animal, eran percibidos de manera más próxima. En definitiva, la humanidad

neolítica africana se dirigió hacia la seguridad excedentaria sin romper ni distanciarse de su entorno natural, más bien se articuló en él y buscó su favor, quizá porque las condiciones medioambientales y políticas fueron menos difíciles que en el norte.

Esta diferencia en la manera de percibir el mundo, aunque pertenezca al campo del pensamiento, marcó el desarrollo de una historia africana en la que durante milenios sus sociedades estuvieron, y siguen estando hoy en día, ligadas de forma íntima con la tierra y la naturaleza, con sus creencias religiosas particulares que, en la mayoría de los casos, situaba a dioses, ancestros y espíritus menores en la órbita de las fuerzas naturales. Como veremos a lo largo de estas páginas, las religiones africanas tuvieron un peso determinante incluso en la formación de los grandes imperios de la época clásica.

Entre Egipto y el Índico

EGIPTO, ¿EL PAÍS NEGRO?

Los antiguos egipcios llamaban a su país *Kémet*, el “país negro”, y con ello se referían, según los egiptólogos, al color oscuro del limo que fertilizaba los campos y que aparecía tras las crecidas anuales del Nilo. Como en tantos otros puntos de la historia, sobre todo los que se refieren a los orígenes de las grandes civilizaciones antiguas, existe una controversia sobre desde dónde se construyeron los pilares del antiguo Egipto. Muchos autores sostienen un origen meridional, señalando que la iniciativa de la unificación política entre el Bajo Egipto, en el delta del Nilo, y el Alto Egipto, en el valle del Nilo, surgió desde este último punto en el sur. La controversia se acentúa cuando se reconoce que al sur del Alto Egipto, en el actual Sudán, se encontraba Nubia, país cuyos habitantes eran de manera reconocida negroafricanos.

El debate sobre los orígenes de esta antigua civilización no sólo fue interesante por sí mismo, sino que formó parte de un proceso en el que un grupo de historiadores africanos impulsaron la revalorización de su historia desde un punto de vista endógeno, es decir, africano. El debate, además, sirvió de lanzadera para una nueva historiografía, conocida como Escuela de Dakar, que revisó las obras de los historiadores coloniales y decidió escribir, en definitiva, su propia historia. Fue en la década de 1960, coincidiendo con la mayoría de independencias de los países africanos, cuando el enfrentamiento académico entre intelectuales africanos e investigadores occidentales se hizo más evidente.

El mejor ejemplo, por su relevancia e impacto, fue el investigador senegalés, físico de formación, Cheikh Anta Diop. Este autor realizó una revisión de la historia africana que reivindicó la originalidad de sus sociedades y su papel en la historia del mundo. Sobre todo, como veremos, fueron polémicas sus teorías alrededor del antiguo Egipto. Las ideas de Diop destacaron por su carácter revolucionario y rompedor, al constituir un desafío abierto al mundo académico al tiempo que exaltaba la riqueza de las culturas africanas. Tal vez sus interpretaciones fueran tendenciosas, quizá su objetivo, resaltar la civilización del África negra, infravalorada y humillada, le llevó a tomar caminos que conducían a las respuestas que él deseaba encontrar. Pero si algo puede decirse de Diop, a pesar de que sus trabajos hayan sido en ocasiones tildados de seudocientíficos, es que desbrozó el camino para toda una generación de historiadores africanistas, en su mayoría africanos, tendente a valorar

la historia de su tierra desde un prisma autóctono, local, y no occidental. Pese a lo polémico de su mensaje y a lo controvertido de sus teorías es preciso exponer lo que Diop defendió con ahínco. ¿Qué es lo que dijo sobre la africanidad del antiguo Egipto?



Cheikh Anta Diop (1923-1986) fue historiador, antropólogo, físico nuclear y político. Fue el iniciador de la corriente historiográfica conocida como Escuela de Dakar, que trató de realzar el valor de la historia y de la cultura africana. La universidad de Dakar lleva su nombre.

Diop defendía que la antigüedad egipcia fue a la cultura africana lo que la grecolatina a la occidental. Para él, la estructura de la realeza africana se había originado en Egipto, llamado *Kémet*, el “país negro”, en honor a la piel de sus habitantes. Además, destacó multitud de elementos compartidos entre sociedades del África negra y el antiguo Egipto: la circuncisión, el totemismo, las cosmogonías, la arquitectura, los instrumentos musicales... la lista sería larga. También defendió y estudió en profundidad las similitudes entre lenguas africanas actuales y el antiguo egipcio. Sin embargo, si sus trabajos fueron criticados con dureza fue porque Diop abogaba por la negritud de los habitantes del antiguo Egipto. Para sostener su teoría se apoyó en murales y pinturas halladas en las excavaciones arqueológicas en las que se mostraba, por ejemplo, a egipcios y nubios del mismo color. También recuperó los testimonios de autores grecolatinos que se referían a los egipcios como negros. En este sentido, Heródoto escribió: «Se dice que los cólquidos son egipcios. Yo lo creo así también, por dos razones. La primera, porque son negros y tienen el pelo crespo. La segunda, la principal, es que los cólquidos, los etíopes y los egipcios son los únicos hombres que se circuncidan desde los tiempos más remotos, habiéndolo aprendido de ellos los judíos y los asirios». No obstante, la mayoría de investigadores aducen que el hecho de que los autores grecolatinos clasificaran con naturalidad a los egipcios como negros no significaba que estos fuesen realmente negros, sino que los veían así respecto a ellos mismos. Es un tema abierto a la interpretación. Por último, según Diop era posible obtener la tasa de melanina, responsable de la pigmentación

de la piel, de las momias. Él mismo realizó observaciones microscópicas en el laboratorio del Museo del Hombre de París en las que el nivel de melanina demostraba, según sus análisis, la negritud de las momias que analizó. Más tarde quiso realizar tales estudios en las momias conservadas en el Museo Egipcio de El Cairo pero jamás le dejaron acceder a ellas.

Sea como fuere, el color de la piel de los egipcios fue sin duda el tema más polémico y llamativo de sus teorías y lo expuso en una época en la que las sociedades africanas acababan de desprenderse del yugo colonial. Sin embargo, el color de la piel sólo es un elemento externo que la historia ha asociado a África de manera peyorativa, racial. La negritud del antiguo Egipto no revestiría tanta importancia si no fuera por el hecho de que durante demasiado tiempo se negó de manera sistemática la historicidad de las sociedades africanas, su capacidad inventiva y generadora de estructuras político-económicas consistentes. Intelectuales como Diop buscaban revalorizar sus sociedades, maltratadas durante siglos por la vergüenza esclavista y colonial. Era una manera de elevar la voz y proclamar que los africanos no eran pueblos sin historia y que, en realidad, esta tenía un recorrido milenario. Y el esfuerzo de Diop cobró sentido en 1974. Ese año consiguió llevar a debate sus tesis en un marco científico internacional. A cambio de su participación en la monumental obra *Historia general de África* de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (en adelante, Unesco), logró que se convocara un coloquio en El Cairo entre el 28 de enero y el 3 de febrero de 1974, bajo el lema «Población del antiguo Egipto y descodificación de la escritura meroítica». En esos seis días, Diop y su colega congoleño Théophile Obenga mostraron sus cartas ante la egiptología occidental. Al acabar el coloquio, el antiguo Egipto fue reconocido como africano por su lengua, su sistema social y su arte y pensamiento. La africanidad de Egipto parecía estar fuera de toda duda, aunque el significado de «africanidad» variaba en función de quién lo utilizara. Para Diop y sus seguidores significaba africano en un sentido étnico-cultural, mientras que para la mayoría de la egiptología hacía referencia a un sentido geográfico-cultural. En conclusión, se aceptaron las raíces africanas de la civilización egipcia, algo que, dicho sea de paso, no debería sorprendernos ya que Egipto se encuentra en África.

Esta africanidad de Egipto es la que sostiene la teoría del sustrato cultural panafricano, que habla de unas bases comunes entre la civilización egipcia y los pueblos al sur del Sahara en lugar de señalar un supuesto difusionismo cultural desde Egipto hacia el resto del continente. Dicho sustrato se formó de manera gradual durante el Epipaleolítico y el Neolítico. Por lo tanto, según esta teoría, Egipto y el África negra tendrían un punto de partida común. Lo cierto es que los paralelismos culturales son numerosos, sobre todo en el ámbito iconográfico y en el mundo espiritual. El arte egipcio conservó motivos de todo el complejo neolítico sahariano y nilótico: los bueyes, carneros y vacas con el disco solar entre los cuernos en Egipto representaron el buey Apis, la vaca Hathos o el carnero de Amón. El disco solar y el

halcón, en Egipto representado por el dios Horus, también se encuentran como símbolos asociados al poder en los grandes palacios-templos en piedra del Gran Zimbabue (ss. XII-XVIII) y en la cúpula de audiencias del Imperio de Mali (ss. XIV-XVI). Las divinidades saharianas con cuerpo humano y cabeza de cánido, felino o hipopótamo corresponderían a los dioses Anubis, Bastis y Tueris. Y la lista podría continuar. Prácticas rituales como la circuncisión o el enterramiento de los difuntos en arena hasta lograr una desecación que permitiera la momificación también existían en el Neolítico y se transmitieron a la cultura egipcia.

Diodoro Sículo en el siglo I a. C. dejó un testimonio de la existencia de una conciencia de parentesco entre los nubios del sur, llamados etíopes por los autores grecolatinos, y los egipcios:

Los etíopes dicen que los egipcios son una de sus colonias que fue llevada por Osiris a Egipto [...]. Añaden que los egipcios tienen de ellos, como autores y antepasados, la mayor parte de leyes; de ellos aprendieron a honrar a los reyes como a dioses y a embalsamar a los muertos con tanta solemnidad; la escultura y la escritura han nacido entre los etíopes. Los etíopes alegan aún otras pruebas de su antigüedad respecto a los egipcios, pero no es necesario recordarlas ahora.

Para terminar, uno de los puntos más destacados del parentesco entre el antiguo Egipto y el África negra es la existencia y pervivencia de la realeza divina africana. El faraón, al menos en sus inicios, detentaba un poder sobre la naturaleza. En realidad formaba parte de ella y era considerado como el centro dinámico del universo. En otras palabras, el faraón, así como tantos otros reyes africanos, era un catalizador de fuerzas cósmicas y naturales y un intermediario entre estas y la sociedad. De su figura dependía la armonía y la prosperidad de la sociedad, por lo que se hacía necesaria una severa regulación de su comportamiento. Esta regulación se ha traducido históricamente en prohibiciones como la de hablar o comer en público, limitaciones que tenían por objetivo su protección y la preservación de su pureza. Asimismo, como la salud del rey era la salud de la sociedad, este podía ser sacrificado cuando sus poderes decaían por vejez, enfermedad u otra circunstancia para que el mundo y la sociedad no decayeran con él. En el antiguo Egipto el sacrificio era simbólico, pero en muchos lugares de África se llevaba a cabo de manera efectiva. De hecho, a la figura del rey sólo se le pedía que existiera, que estuviera presente, para cumplir su cometido social. A veces era una figura en manos del cuerpo social. Algunos antropólogos los han llamado reyes-esclavos, puesto que su poder en realidad es simbólico-religioso y no político-militar, lo cual nos hace preguntarnos si el término «rey» es el más adecuado para referirnos a estas figuras. Pese a todo, como su uso está arraigado en la literatura, seguiremos utilizándolo a no ser que contemos con palabras en lenguas africanas que los designen de manera específica, como veremos en el caso del Imperio de Mali. Por lo tanto, la realeza divina africana, que iremos encontrando a lo largo de toda la historia del continente, hacía del rey una fuerza cósmica necesaria para preservar la buena salud de la sociedad, en contraste con otras

realezas como las mesopotámicas, en las que el rey era también un intermediario entre hombres y dioses pero su función era la de transmitir la voluntad divina, a cuyo servicio se encontraba. Como escribió el egiptólogo Josep Cervelló: «En África, la realeza divina es la regla. Fuera, la excepción que confirma la regla».

En conclusión, el antiguo Egipto y el resto de África subsahariana presentan un parentesco cultural innegable presente desde los tiempos antiguos hasta nuestros días. Comparten maneras similares de concebir el mundo y la existencia humana, ritos y simbologías religiosas, incluso se detectan rasgos comunes en lenguas africanas que recuerdan al antiguo egipcio. Por último, comparten también la existencia de la realeza divina: los faraones de los orígenes no eran los personajes despóticos que a menudo nos han presentado, igual que el emperador de Mali, como veremos, nunca fue un simple líder político y militar.

KUSH, MÁS QUE EL JARDÍN TRASERO DE EGIPTO

Al sur del antiguo Egipto, en una zona hoy dividida entre Egipto y Sudán, se encontraba un territorio que recibió diversos nombres. Aquí utilizaremos Nubia para referirnos a la región y Kush para hablar del gran Estado que se desarrolló en ella. La región de Nubia fue menos favorecida por la naturaleza que Egipto al estar surcada por un relieve accidentado y rocoso que provocó la formación de cataratas a lo largo del río.

Cuatro mil años antes de nuestra era, la realidad política de la región resulta difícil de discernir. No sabemos si existían uno o más Estados en la región, probablemente se daba esto último. Lo que sí que sabemos es que compartían el mismo sustrato cultural que sus vecinos del norte. Como ya hemos señalado, la iniciativa de la unificación de Egipto provino del sur, de un territorio colindante con Nubia. No es de extrañar, entonces, que los egipcios situaran a la altura de Nubia el país ancestral donde moraban los antepasados y los espíritus. Pero ¿cuál fue la relación entre Egipto y Nubia?

Durante mucho tiempo se consideró a Nubia como una suerte de jardín trasero que el antiguo Egipto explotaba según sus conveniencias. De hecho, el nombre «Nubia» podría proceder de la palabra «nvb» que en antiguo egipcio significaba “oro”. La realidad, sin embargo, no fue tan sencilla. La región tenía una importancia económica de dimensiones colosales. No sólo disponía de minas de oro, cobre y piedras de todo tipo, sino que también constituía el corredor que unía Egipto con las tierras que había más al sur de donde procedían bienes de lujo codiciados a orillas del Nilo como marfil, ébano, incienso, esclavos, animales y otras muchas mercancías exóticas. Gracias a su riqueza natural y a su posición estratégica en el comercio norte-sur, podemos entender el interés que los faraones egipcios dedicaron a Nubia, una atracción que pasó por varias fases.

Si bien los contactos entre Egipto y Nubia fueron recíprocos, es decir, hubo intercambios comerciales y culturales en ambos sentidos, lo cierto es que en muchas ocasiones los faraones quisieron imponer su control en la región a través de las armas. Las incursiones en territorio nubio se iniciaron ya en la primera dinastía. A lo largo de los siglos la presencia egipcia en las tierras del sur fue cambiando de naturaleza y tuvo momentos de auge y repliegue. Uno de los períodos de auge se dio durante el Imperio Medio (2055-1650 a. C.) en el que se erigieron fortalezas en la región con un doble objetivo: defender las posiciones ganadas por los egipcios en su avance hacia el sur y ser un punto económico de control comercial. Estos fortines a lo largo de los rápidos del Nilo servían también como paradas y lugares de descanso en el camino que llevaba hacia el sur, al gran emporio de Kerma, donde los egipcios acumulaban los productos manufacturados que exportaban hacia el mediodía (armas, utensilios de bronce, collares con incrustaciones de marfil, recipientes de barro vidriado, etc.).



Mapa en el que se sitúan Nubia y las principales ciudades de las que se habla en el texto. Fuente: Ki-Zerbo (2011).

Fue precisamente en Kerma donde se formó un Estado que, *de facto*, era el que realmente controlaba el comercio procedente del sur. A partir del segundo milenio antes de Cristo, desde Egipto se conoció a esta entidad política como Kush. El poder de este reino debió ser notable puesto que durante centenares de años las dinastías

faraónicas se preocuparon de aumentar sus defensas en Nubia y de rememorar en los relieves de sus tumbas las victorias obtenidas contra los kushitas. Del reino de Kush, además, debemos destacar la enorme riqueza y complejidad de su artesanía, sobre todo por lo que se refiere al trabajo del bronce. De hecho, la producción masiva de joyas y artículos de adorno superó la de los mayores centros egipcios de la época.

Hay varios episodios que nos ayudan a comprender la importancia y relevancia de Kush en el contexto de la Antigüedad. Uno de ellos lo encontramos a mitad del siglo XVI a. C., cuando Egipto sufría desde el norte los ataques de un pueblo oriental, los hicsos. Estos últimos querían conquistar el país del Nilo y para ello buscaron aliados, con lo que su atención se posó en Kush. Los hicsos enviaron un mensajero que debía personarse en tierras nubias para ofrecer un pacto al soberano de Kush con el objetivo de sumar fuerzas para atacar a Egipto de manera combinada, desde el norte y desde el sur. Esta propuesta, sin embargo, nunca llegó a tierras kushitas ya que el mensajero fue interceptado y capturado por las tropas del faraón.

Este episodio fue seguido por una época en la que de nuevo Egipto quiso imponerse en Nubia y, en cierta manera, lo consiguió ya que avanzaron hacia el sur e incluso es posible que la ciudad de Kerma cayera ante las tropas faraónicas. Lo cierto es que pese a la multitud de rebeliones de la población kushita, se impuso en la región de Nubia un gobernador imperial egipcio que debía supervisar la administración del territorio a cada nivel. A la cabeza de dicha administración se situó un virrey que, con el paso de los años, llegó a acumular mucho poder. No en vano, por su rol estratégico como escudo en el sur, la seguridad de Egipto dependía en gran medida de su lealtad. Al mismo tiempo, Nubia volvía a convertirse en una avanzadilla comercial hacia los países situados más al sur, como Punt (Somalia o Kenia), desde donde se importaban esclavos, plumas de avestruz, ganado, fieras, gomas, pieles, perfumes y aceites preciosos, aunque también oro en anillos, lingotes o polvo.

El episodio más conocido de la historia de Kush se dio, irónicamente, fuera del reino. En el siglo VIII a. C., el antiguo Egipto había sido ocupado por tropas libias que habían instaurado una nueva dinastía extranjera en el trono faraónico. Por lo tanto, el país del Nilo se encontraba bajo el dominio de poderes extranjeros. En esta época observamos de nuevo los lazos culturales que unían a Egipto con Kush. El reino nubio se convirtió en algo semejante a un refugio para el legitimismo egipcio contra los extranjeros del norte. Los soberanos kushitas, cuya capital se había situado más al sur, en Napata, recibieron el apoyo de importantes sectores de la población egipcia para derrocar a la dinastía libia. Entre estos apoyos destacaron los del comandante de los arqueros nubios, un cuerpo de élite dentro del ejército faraónico, y los de los sacerdotes de Tebas que veneraban al dios Amón.

El avance de Kush hacia Egipto lo emprendió el rey Kashta a mitad del siglo VIII a. C. Dicho avance fue continuado por su hijo Pianjy (750-716 a. C.) y culminado por el sucesor y hermano de este, Shabako (716-702 a. C.). Él y sus sucesores se vieron en adelante como los legítimos faraones, otorgándose el título de reyes de Kush y

Egipto y dando inicio a la XXV dinastía, conocida por la egiptología internacional como la dinastía etíope o de los faraones negros.

Durante el período que esta dinastía gobernó en Egipto, se alcanzó una cierta paz y estabilidad. Los kushitas impusieron un gobierno fuerte y tenaz al tiempo que estimulaban la recuperación de elementos como el arte, la arquitectura o las prácticas religiosas, signo inequívoco del parentesco cultural que unía a antiguos egipcios y nubios.

Uno de los faraones más relevantes de la dinastía, y también el último, fue Taharqo (690-664 a. C.). Tuvo que resistir los envites de Asiria, un poderoso Imperio que provenía del norte de la antigua Mesopotamia. En 674 a. C. pudo resistir una primera ofensiva pero tres años más tarde no fue capaz de detener el avance de las tropas asirias. Taharqo retrocedió y se replegó hacia el sur, en Nubia. Desde allí intentó recuperar el control sobre Egipto sin conseguirlo mientras Asiria situaba en el trono faraónico a un vasallo suyo.

Los sucesores de Taharqo siguieron, pese a todo, utilizando el título de reyes de Egipto y de Kush. No obstante, desde la derrota de la dinastía hasta el siglo IV a. C., el reino fue testigo de una evolución aislada respecto a Egipto, a la que contribuyó el desplazamiento de la capital más hacia el sur, a un lugar llamado Meroe. Este cambio de capital pudo deberse a la presión egipcia o a causa de un empeoramiento del clima en Napata, aunque también al hecho de que las reinas, procedentes del sur, prefirieran desde entonces vivir y ser enterradas en su país natal. A pesar de todo, la gloria de Kush no había terminado sino que aún vivió varios siglos de grandeza tal y como atestiguan los edificios construidos en Meroe: pirámides y templos entre los que destaca el Templo del Sol, descrito por el historiador griego Heródoto y que podría ser considerado en su momento como una de las maravillas del mundo.

Del período meroítico podríamos destacar diversos elementos de interés. En primer lugar, en el siglo III a. C., cuando Egipto estaba gobernado por los sucesores de Ptolomeo, general de Alejandro Magno, se retomaron las relaciones con el norte en un momento en que la demanda por productos procedentes del sur volvió a incrementarse. En segundo lugar, se tiene constancia del relevante estatus de la mujer, al menos en la esfera regia. Ya durante la dominación kushita de Egipto, la gran sacerdotisa del dios Amón en Tebas era la hija del rey, lo cual le confería una gran influencia política y económica. Por otro lado, es posible que la sucesión en el trono se diera por vía materna, lo cual quiere decir que el sucesor del rey era su sobrino, el hijo de su hermana. Además, desde el siglo II a. C. las fuentes escritas grecorromanas hablan de las reinas de Kush como reinas guerreras llamadas Candaces (nombre que proviene del meroítico *ktke* o *kdke* y que significaría “reina madre”). Fue una de estas reinas la que se enfrentó a finales del siglo I a. C. al prefecto romano en Egipto, Petronio, por la posesión de una región estratégica. El ejército romano venció y saqueó la antigua capital, Napata. No obstante, tras la derrota Kush firmó el tratado de Samos que abrió un período de paz en el que se desarrollaron relaciones

comerciales con Roma.



Las pirámides de Meroe se encuentran en Sudán, forman parte de los sitios arqueológicos de la isla de Meroe, y constan en la lista del Patrimonio de la Humanidad de la Unesco.

Ya en nuestra era, el creciente aislamiento de Kush, motivado por el desplazamiento de los flujos comerciales hacia el mar Rojo, la progresiva desertificación de la región, las incursiones de tribus nómadas y la aparición de nuevos Estados capaces de discutir su hegemonía en el área, como Axum, provocaron el declinar del reino.

En definitiva, Kush tuvo una importancia de primer orden en la historia de la Antigüedad. Durante siglos fue escenario de una actividad comercial notable que conectaba el Mediterráneo, a través de Egipto, con las áreas poco conocidas del África Oriental. Las relaciones entre el antiguo Egipto y Kush pasaron por diversas fases, pero los contactos siempre fueron recíprocos. Los arqueros nubios constituyeron durante centenares de años una de las principales tropas de élite de los ejércitos faraónicos. La familiaridad entre ambas regiones queda patente en el momento en que Kush tomó la bandera del legitimismo ante el dominio extranjero libio en Egipto. La XXV dinastía recuperó aspectos culturales y religiosos egipcios que no les eran extraños debido al sustrato cultural común que compartían. Más tarde, de nuevo en Nubia y con capital en Meroe, desarrollaron un nuevo tipo de escritura, la meroítica, que todavía hoy no ha podido ser descifrada y comprendida y cuya lectura arrojaría más luz sobre este importante Estado africano de la antigüedad. Kush, además, fue escenario de una esplendorosa actividad artesanal y de fundición de hierro. Sus monarcas se adscribían también al tipo de monarquía divina y, mientras en Egipto la muerte del faraón para obtener la regeneración de las fuerzas naturales se hacía mediante el rito simbólico del Sed, en Kush hubo reyes que perdieron la vida de

verdad hasta que Arkhami, un príncipe helenizado, acabó con esta costumbre tan peligrosa para quienes gobernaban. Por otro lado, las reinas Candaces adquirieron un papel protagonista en el reino, gobernando en paridad con sus esposos o incluso en solitario. Con todo, Kush permaneció independiente mientras Egipto sufría las ocupaciones de libios, asirios, persas, griegos y romanos.

Los siglos oscuros

En 1970, el historiador francés Raymond Mauny publicó su obra *Los siglos oscuros del África negra*, en la que trataba un período de la historia africana caracterizado por la escasez o ausencia de fuentes para su estudio. Su marco temporal abarcaba desde la primera centuria de nuestra era hasta bien entrada la época clásica africana (ss. IX-XVI d. C.). De esta forma llevó la cronología demasiado lejos puesto que en el siglo VIII ya empezamos a tener fuentes escritas de notable calidad, producidas en su mayoría por viajeros y eruditos árabes, que se refieren a reinos y Estados al sur del Sahara. Aun así, resulta evidente que el estudio de esta época, que nosotros preferimos reducir a una cronología que va del siglo I d. C. al VIII d. C., es complicado y sólo recurriendo a la arqueología podemos dilucidar ciertas problemáticas históricas de interés. Pese a todo, en algunas zonas del continente estos siglos no son tan oscuros como podríamos imaginar.

ENTRE LOS RELATOS Y LA ARQUEOLOGÍA

Desde tiempos antiguos, las zonas de África mejor conocidas son aquellas que mantuvieron un contacto más o menos directo con los pueblos occidentales u orientales. Estas zonas son, sin embargo, una pequeña porción del continente y, por lo tanto, la mayor parte del mismo fue desconocida para el resto del mundo durante siglos. La oscuridad de estas centurias se acentúa en África Occidental y central, donde las poblaciones no dejaron fuentes escritas y los pueblos occidentales, egipcios o kushitas, nunca llegaron a establecer contacto directo con el interior. Hubo ciertas tentativas de circunnavegar la costa africana por parte de cartagineses y persas pero los testimonios que legaron dichas expediciones, que además se dieron poco antes de nuestra era, son vagos e imprecisos y hablan de ríos, montañas y animales difíciles de situar en el mapa. Sabemos que los púnicos recurrieron al comercio mudo en la costa mediante el trueque. No obstante, lo más probable es que todas las iniciativas de exploración costera no avanzaran más allá del cabo Juby, al sur de Marruecos. El testimonio más minucioso con el que contamos fue recogido por Plinio el Viejo y versa sobre un periplo que tenía por objetivo reconocer las colonias púnicas de la costa. El testimonio deja constancia de su trayecto, río por río, montaña por montaña, por lo que se puede afirmar que se detuvo en el cabo Juby. Por otra parte, en este punto ya convergían algunas de las rutas comerciales que más tarde se convertirían en

el complejo entramado de las rutas transaharianas.

En el siglo II, el erudito y geógrafo alejandrino Ptolomeo trazó un mapa que fue una referencia cartográfica durante siglos. El mapa contenía numerosos errores que perduraron en el tiempo. Por ejemplo, se mostraba al océano Índico como un mar cerrado, alargando la costa oriental hacia el este. En el oeste, Ptolomeo dispersó y repitió los pocos datos que conocía, mientras que el interior permanecía como tierra incógnita.



África en la *Geografía* de Ptolomeo. Pese a que el perfil continental trazado por el alejandrino sufrió cambios debido a los nuevos descubrimientos y navegaciones, las ideas que concibió para el interior perduraron hasta bien entrado el siglo XVIII, como la existencia de los Montes de la Luna donde el Nilo vería su nacimiento.

También Heródoto aportó información equivocada en algunos de sus escritos. Fue un relato recogido por este autor el que inició la idea de que el Níger era un ramal del Nilo que tenía sus fuentes en África Occidental, idea que permaneció inamovible hasta bien entrado el siglo XIX.

Por otra parte, los romanos, que ocuparon el África septentrional, apenas rozaron los límites del desierto, donde se toparon con nómadas como los garamantes, que se convirtieron a la vez en rivales e intermediarios entre el norte y el sur del Sahara, mientras bereberes y tuaregs iban ganando importancia en el Sahel.

Una innovación relevante en el período de los siglos oscuros fue la introducción del camello, cuyo uso se expandió entre las poblaciones saharianas durante los siglos II y III d. C. Esto implicó un movimiento de población y mercancías más elevado y eficiente y, por lo tanto, un incremento en el volumen y frecuencia de las actividades comerciales.

Si acudimos a la arqueología en África Occidental, vemos indicios de una actividad notable y huellas de establecimientos antiguos en los que se han hallado flechas y utensilios de hierros, adornos y joyas de bronce, esculturas y estatuillas de barro y terracota e incluso fortificaciones, indicio de actividad guerrera.

En el centro y sur del continente la investigación resulta más complicada al ser zonas ocupadas por el bosque y alejadas completamente del contacto con el exterior, ya sea de forma directa o a través de intermediarios como en África Occidental. Es en esta parte del continente donde encontramos multitud de pueblos, desde las costas congoleñas hasta las mozambiqueñas, que hablan las llamadas lenguas de la familia bantú. Esta familiaridad lingüística, en la época colonial, dio lugar a una teoría sobre la llamada expansión bantú. Según esta teoría, los bantúes eran un pueblo originario de África Occidental, en la confluencia de los ríos Benué y Níger, que se dispersó hacia el sur del continente. Eran hombres altos y fuertes, clanes de herreros, que habrían aportado su saber y tecnología a las poblaciones con las que se iban topando durante su avance hacia el sur. La expansión bantú explicaba de este modo la presencia de las diversas lenguas y del conocimiento del hierro en las zonas ecuatoriales del continente. Además, se defendía que los bantúes habrían sido influidos a su vez por pueblos blancos del norte de África. Lo cierto es que la imagen del conquistador bantú fue utilizada en la época colonial como justificación de la propia conquista europea, además de servir para apuntar un origen exterior a los fenómenos culturales africanos. No obstante, la arqueología se ha encargado de desmentir que la expansión de las lenguas bantúes estuviera ligada a la difusión del hierro. Hay vestigios arqueológicos que demuestran la fundición de hierro en altos hornos en una fecha alrededor del 1800 a. C. en Ruanda, África Central y el norte de Nigeria. Por lo tanto, no hay indicios de la difusión del metal desde un punto a los otros, sino que se trata de procesos paralelos y autónomos.

De esta forma, la arqueología nos ayuda a entender la cuestión del hierro, cuya difusión no fue obra de un pueblo superior venido desde el norte. Sin embargo, el predominio de las lenguas bantúes en el centro y sur del continente muestra una innegable expansión cultural. Lo único cierto es que los pueblos bantúes no son homogéneos y, seguramente, no aportaron la «civilización» a los pueblos que les precedieron en la zona. Por el momento, el bantú es un fenómeno lingüístico y cultural cuya historia es difícil de dilucidar.

Tras los siglos oscuros se abrió el período clásico africano, con grandes imperios y reinos. Estas formaciones no surgieron de la noche a la mañana y es por ello que los siglos oscuros debieron ser fundamentales en el incremento demográfico, el desplazamiento de poblaciones, la generalización de metales y en la elaboración de complejos sistemas políticos de parentesco e instituciones monárquicas peculiares entre las que destacaban las divinas. Tal vez no conozcamos los detalles de lo ocurrido en esta época, pero sí que podemos decir sin temor a equivocarnos que fue un tiempo de cambios históricos de magnitud insoslayable que prepararon el terreno

para el período más esplendoroso de la historia africana: la época clásica o era de los imperios.

LA COSTA DE LAS RIQUEZAS

La actividad comercial de la costa oriental africana debió ser notable desde tiempos antiguos. Ya hemos señalado la importancia que tenía para Egipto y Kush el control de los cauces comerciales con las áreas meridionales. No obstante, los documentos y fuentes que atestiguan la actividad en la costa oriental son reducidos en comparación al volumen real del comercio que allí se desarrolló.

El primer texto extenso y detallado sobre esta costa data de mediados del siglo I d. C. y fue escrito por un navegante griego de Alejandría. Conocido con el título de *Periplo del mar Eritreo*, el texto mezcla instrucciones náuticas, descripciones de costas y precisiones sobre los productos intercambiables en cada puerto o escala. La costa oriental africana ocupa un lugar relevante en el *Periplo*, si bien es cierto que las alusiones al orden político, y a los pueblos y sus culturas son breves dado que lo principal para el autor era señalar las mercancías y cómo llegar hasta ellas.

Las primeras descripciones que encontramos en el texto sobre la realidad africana se inician en la costa de Eritrea, en el mar Rojo, un territorio controlado por el reino de Axum, cuyo rey, Zoscales, sabía leer la lengua griega. En esta costa axumita se exportaban caparazones de tortuga y marfil mientras se importaban manufacturas egipcias e indias, cobre, acero, armas, copas, monedas, vino griego o italiano, aceitunas y aceite.

Siguiendo hacia el sur el texto habla de la Costa de los Perfumes, que no es otra que la del Cuerno de África, en la que se obtenían resinas y plantas aromáticas como el cinamomo y el incienso. Dicha región carecía de unidad política y el *Periplo* sólo hace referencia a prácticas nómadas.



Mapa del recorrido del *Periplo* en la costa oriental africana.

Al sur del Cuerno de África, los países que hoy en día son Kenia, Tanzania y Mozambique forman parte de Azania. El texto habla de las islas Pyralae que podrían corresponder a las actuales Pate, Manda y Lamu, al norte de Kenia. La última escala de Azania es la ciudad de Rapha, difícil de situar pero que podría corresponder a las actuales islas de Pemba, Zanzíbar o Kilwa. El texto nos dice que esta ciudad tenía un jefe que dependía de un distrito del reino de Hymiar, en la parte sur de Arabia. Esto muestra lazos entre la costa africana y la surarábica, una relación que se materializaba en matrimonios y en una notable actividad comercial. Desde Azania se exportaban pieles de animales exóticos, caparazones de tortuga, aceite de palma y cuernos de rinoceronte, considerados en la época un gran afrodisíaco. Los productos importados eran hachas, espadas, vidrio y lanzas producidas en Muza, al sur de Arabia, expresamente para Azania.

La costa oriental africana recibió la visita de griegos, egipcios, surarábicos e incluso indios. En las islas azanias se han hallado monedas romanas, lo cual evidencia que la navegación comercial las alcanzaba con cierta frecuencia utilizando, tal y como señala el *Periplo*, los monzones índicos. La actividad comercial

desarrollada en el océano Índico durante los siglos oscuros fue configurando lo que más tarde se ha conocido como la cultura suajili.

AXUM, UN REINO CRISTIANO EN ÁFRICA ORIENTAL

Los orígenes del reino de Axum son remotos y difíciles de situar. El reino se localizaba aproximadamente en los territorios que hoy ocupan Etiopía, Eritrea, Yibuti y el norte de Somalia. La población, sobre todo en las zonas costeras, debió formarse a partir de la mezcla de elementos africanos y de clanes árabes premusulmanes que cruzaban regularmente a la otra orilla del mar Rojo. El principal de estos clanes era el de los Habashat, cuyo nombre, por deformación, dio lugar a Abisinia, nombre con el que se conoció a Axum durante siglos. Una leyenda abisinia versa sobre la visita que hizo a Jerusalén la reina Makeda. Allí conoció a Salomón, quien mediante una inteligente artimaña habría conseguido yacer con ella. De esa relación habría surgido un hijo, Menelik, que tomó de Jerusalén el Arca de la Santa Alianza para llevársela a tierras etíopes. Con esta leyenda, la dinastía axumita, llamada en adelante salomónica, consiguió revestirse de una prestigiosa antigüedad.

Los primeros soberanos axumitas, a los que conocemos vagamente gracias a algunos textos griegos, no eran cristianos. La primera mención sobre Axum y su control sobre el importante puerto de Adulis, que podría corresponder a la actual ciudad eritrea de Massawa, lo encontramos en el *Periplo del mar Eritreo* en el que se habla del rey Zoscales como un soberano avaro que sabía leer griego. Gracias al *Periplo* constatamos la importancia que el comercio tenía para el reino ya que lo conectaba con lugares tan lejanos como India o China.

Plinio el Viejo, en su obra *Historia natural*, habló de Adulis pero no mencionó a Axum. Describió Adulis como «un centro comercial para los trogloditas y para los etíopes». La palabra *troglo-dita* se aplicaba a los africanos que vivían en la costa del mar Rojo, mientras que *etíope* designaba a las poblaciones del interior (desde tiempos antiguos esta palabra, traducida habitualmente como “cara quemada”, servía para designar a las poblaciones al sur de Egipto). Ptolomeo, en su obra *Geografía* (s. II d. C.), también dejó constancia de la existencia de este reino. Por otra parte, la inscripción etíope más antigua en la que se habla de Axum data del mismo siglo.

A partir de esta época, el reino empezó a ser conocido. Gracias a las inscripciones halladas, tanto en lengua surarábica como en ge'ez, la lengua de Axum que hoy en día sigue vigente para usos litúrgicos, podemos conocer las hazañas y personalidades de algunos negus (reyes). En total, sumando las informaciones recabadas en las fuentes antiguas y en las inscripciones podemos señalar la existencia de una decena de reyes. Pero gracias a la prominente acuñación de monedas, en las que se plasmaba el rostro y nombre de los reyes gobernantes, conocemos los nombres de más de dieciocho monarcas cuya obra y vida nos es, en su mayoría, desconocida.



Moneda del rey Ezanas de Axum (s. IV), quién adoptó la religión cristiana y es conocido por las inscripciones halladas en la Estela del rey Ezanas, un gran obelisco que todavía hoy sigue en el lugar de la antigua ciudad de Axum (hoy Etiopía).

Algunas inscripciones del siglo III d. C. halladas en el sur de Arabia hacen referencia a los axumitas y abisinios. En esa época, la Arabia meridional estaba ocupada por tres Estados: Saba, Hadramaut y Himyar. Saba intentó un acercamiento con Axum contra el poder creciente de Himyar pero la alianza cayó en saco roto y, finalmente, fue Axum quien pactó con Himyar para derrotar a Saba. Esta alianza hizo que contingentes axumitas realizaran operaciones en el cuerno de Arabia y ocuparan gran parte de la zona a mitad del siglo III. Una inscripción hallada en Adulis muestra que sobre esas fechas, Axum se encontraba en pleno desarrollo de su poderío a expensas no sólo del sur de Arabia sino también de sus vecinos continentales. Fue también en el siglo III d. C. cuando se inició la acuñación de sus famosas monedas y cuando su flota se insertó de lleno en el comercio internacional que partía del mar Rojo y se adentraba en el océano Índico.

En el siglo IV d. C. encontramos la figura del rey Ezanas, uno de los mejor conocidos por las inscripciones (el resto de reyes de esta centuria han dejado pocos rastros) y uno de los más importantes al ser el primero en adoptar la religión cristiana. Pero ¿cómo fue posible la llegada del cristianismo a la meseta etíope?

Diversos documentos permiten situar hacia el año 310 d. C. la fase inicial de la cristianización axumita. Ezanas, cuyas inscripciones durante la primera parte de su reinado lo muestran como un rey pagano, devino adepto hacia la década de 340-350 d. C. El encargado de convertir a Ezanas fue un monje sirio llamado Frumencio. Este hecho, que puede parecer anecdótico, marcó el destino del reino. En primer lugar, Frumencio fue consagrado, en Alejandría, como obispo (*abuma*) de la zona etíope. Esto hizo que la etíope fuese una Iglesia adherida al cristianismo copto de Egipto con base en Alejandría, deviniendo de esta manera una Iglesia separada (cismática) puesto que, como la egipcia, se aferraba a la ortodoxia adhiriéndose al rito litúrgico y al calendario copto (que era el antiguo calendario egipcio levemente manipulado). Además, el cristianismo de Axum presentó desde el principio fuertes influencias

africanas y judaicas. Era un cristianismo diferente del que reinaba en Occidente. No es aventurado decir que las relaciones entre Iglesia y realeza, entre cristianismo abisinio y poder del Estado, marcó la historia del reino, del Cuerno de África y de sus relaciones con Occidente.

Según las estelas e inscripciones, Ezanas llevó a cabo numerosas campañas contra sus vecinos africanos, sobre todo contra los belicosos nómadas medjai. Sus métodos se hicieron famosos por ser expeditivos tal y como muestra un texto de la época: «Quien obedecía, estaba a salvo; quien lo rechazaba, muerto». Sus masacres y capturas, de gente y de ganado, quedaron recogidas en largas listas. Así, Axum impuso su hegemonía a las poblaciones circundantes. La última inscripción conocida de su reinado habla de una campaña en el actual Sudán, en un territorio antes ocupado por Kush y ahora por los nuba, que fueron derrotados a sangre y fuego.



El Parque de las Estelas, en la ciudad etíope de Axum, alberga centenares de estelas de todos los tamaños. La estela de Ezanas, de 21 metros de altura, situada en el centro, probablemente fue el último obelisco que se erigió en el parque.

En el siglo v d. C. no hay constancia de ningún soberano tan ilustre como Ezanas, aunque son diversos los rostros y nombres que aparecen en las monedas. En esta centuria, el reino sudarábigo de Himyar se deshizo de la tutela axumita y se impuso al resto de Estados del sur de Arabia. Además, en esta época, el cristianismo siguió extendiéndose en la zona de Nubia septentrional gracias a las actividades de comerciantes venidos de Egipto.

Precisamente Egipto y el Oriente Próximo eran el escenario de un fuerte conflicto religioso sobre los dogmas en relación a la naturaleza de Cristo. En el Concilio de Calcedonia de 451, defendido por la Iglesia católica y la ortodoxa, se sostuvo la existencia en Cristo de dos naturalezas: la divina y la humana, sin separación ni confusión, mientras que la corriente contraria conocida como monofisismo, adoptada por las iglesias coptas egipcia y etíope, mantenía la existencia de dos naturalezas sin separación pero confundidas, de forma que la naturaleza humana se perdía,

absorbida, en la divina. En este momento de disputa religiosa se sitúa una de las leyendas más invocadas por el cristianismo etíope que hace referencia a nueve santos venidos desde el Imperio bizantino. En realidad, la leyenda enmascara un movimiento real de evangelización del reino de Axum a finales del siglo. Para huir de Siria y realizar un denodado proselitismo, monjes monofisitas fueron a Axum para poner los fundamentos de la vida monástica. Desde ese momento, los lazos entre la Iglesia copta etíope y la egipcia se hicieron más estrechos.

Además, a nivel internacional, el siglo V estuvo marcado por la rivalidad entre el Imperio bizantino y el Imperio sasánida de Persia que se disputaban el tráfico comercial en el mar Rojo. En el siglo VI, el rey axumita Kaleb, asociado a Bizancio, tuvo un rol activo en este mar y sus gestas son conocidas gracias a inscripciones en ge'ez y por las fuentes griegas, que se hacen eco de eventos ocurridos en Arabia meridional en tiempos de los emperadores bizantinos Justino y Justiniano, siendo Kaleb uno de los protagonistas de estos relatos.

Se conoce poco sobre los asuntos interiores de Kaleb, más allá de que el comercio regional interior gozaba de una viva actividad. No obstante, sus actividades en el exterior son bien conocidas. En el segundo decenio del siglo, Himyar estaba gobernado por Dhu Nuwas, un árabe de religión judía que perseguía a los cristianos. El emperador bizantino quiso que el negus de Axum interviniera contra este monarca surarábigo. Axum cumplió la demanda de Bizancio y derrotó a Dhu Nuwas en el 518. Sin embargo, poco después las persecuciones se reanudaron y no finalizaron hasta que el rey himyarita estuvo muerto. Entonces se entronizó a un himyarita cristiano pero poco después la corona fue tomada por un abisinio, Abraha, convirtiéndose el sur de Arabia en una suerte de protectorado de Axum hasta la invasión persa de 572.

En la segunda mitad de siglo, los persas se hicieron con el control del mar Rojo y de su importante comercio lo cual supuso un golpe para los comerciantes bizantinos. El emperador Justiniano envió entonces una embajada a Axum para reclamar su apoyo. No obstante, el avance persa continuó y en el 572 sus tropas sometieron el sur de Arabia que, de protectorado axumita, devino una satrapía persa por un breve período.

En el siglo VII d. C., la aparición y expansión del islam tuvo efectos nocivos en Axum. Pese a que al principio las relaciones entre el reino etíope y los musulmanes fueron amistosas, pronto se deterioraron debido a la piratería. En el siglo VIII d. C., los musulmanes ocuparon unas islas frente a las costas axumitas que les sirvieron como puente para la expansión de su creencia y para los negocios hacia la meseta etíope. Incluso el importante puerto de Adulis fue destruido en fechas similares. En el norte, la conquista musulmana del norte de África debilitó a Axum al cortar los lazos comerciales que lo unían con el mundo mediterráneo.

Axum perdió así su rol como centro político y económico de la región. No es casualidad que en el mosaico que el califa omeya Walid I hizo pintar en su castillo de Qusair Amra (Jordania), representando a todos los soberanos que el islam había

vencido, se encontrara entre ellos el negus de Axum. Quizá su derrota no fue directa pero el auge musulmán había acelerado el declive del reino.

La era de los imperios (ss. IX-XVI)

LA SABANA IMPERIAL

Los textos árabes de la época hablaban de «Bilad al Sudan», literalmente “el país de los negros”, para referirse al territorio que se extiende desde el océano Atlántico hasta más allá del lago Chad, de oeste a este, y del Sahel a las lindes de los bosques guineanos, de norte a sur. Para no confundirlo con los actuales países de Sudán, nos referiremos a esta franja del continente como Sudán occidental. Este fue el escenario en el que se desplegaron tres de los imperios mejor conocidos de la historia africana: Ghana, Mali y Songhay. La aparición de estos grandes imperios se fue sucediendo a lo largo de los siglos, uno detrás de otro (aunque hubo etapas de coexistencia entre Mali y Songhay) mientras su ubicación iba desplazándose cada vez más hacia el este. En total, los tres gobernaron el Sudán occidental durante más de novecientos años. La población dominante de Ghana y Mali formaba parte de un gran y complejo grupo cultural que, juntos, se conoce como *mandé*. Hoy en día, muchos grupos que hablan lenguas *mandé*, como los bámbara, soninké o mandinga, se encuentran diseminados por gran parte del África Occidental.

A orillas del lago Chad, además, existió un Imperio, llamado Kanem-Bornú, que persistió hasta el siglo XIX, siendo el último punto alcanzado por la conquista colonial francesa en el África Occidental.

Ghana: la serpiente, el oro y la desertificación

Gran parte de la información que conocemos sobre Ghana proviene de textos árabes escritos por geógrafos e historiadores que vivieron en el norte de África y en la península ibérica. En el siglo VIII, el mundo árabe ya conocía su existencia gracias a los relatos de comerciantes y viajeros que hablaban de la fabulosa riqueza del reino. Ghana se ubicó al norte de las dos curvas divergentes de los ríos Senegal y Níger. Los soninkés y otros pueblos de lenguas *mandé* llamaron a su país Wagadu, “el país de los rebaños”, mientras que Ghana era el nombre utilizado por los árabes, cuya procedencia no está clara. El actual país homónimo, que tomó el nombre en su independencia, no tiene nada que ver con el Imperio y se encuentra situado en el golfo de Guinea, mucho más hacia el sur. Los fundadores del Imperio fueron los soninkés, uno de los primeros pueblos subsaharianos que entraron en contacto con los

nómadas bereberes en el Sahel. Este contacto fue importante por varias razones: los conectó con el mundo árabe a través del comercio y a su vez los proveyó de caballos del norte de África. La posesión de caballos, unida al dominio del hierro por parte de los soninkés, los dotó de un poderío con el que pudieron imponerse sobre otros pueblos.



Mapa del Imperio de Ghana en su máxima extensión y de las zonas auríferas de las que provenía el oro. Fuente: Conrad (2010).

Aunque las primeras referencias escritas sobre el reino datan del siglo VIII, este debió de fundarse mucho antes. Si acudimos a las tradiciones orales de los soninkés encontramos una leyenda sobre sus orígenes que, pese a no poder datarse y a contener elementos mágicos, nos ayuda a comprender la formación del Estado.

La leyenda relata cómo un ancestro llamado Diabe Cissé llegó al lugar en el que más tarde se establecería la capital Kumbi Saleh, al sur de la actual Mauritania. La tierra estaba custodiada por una serpiente gigante llamada Bida. Diabe Cissé llegó a un acuerdo con ella: él podría asentarse y Bida continuaría siendo la guardiana del lugar. Acordaron también que cada año se le entregaría a la gran serpiente una bella y joven virgen. A cambio, Bida garantizaría la caída de las lluvias en la región y la proliferación del oro.

El final de la leyenda, como veremos, aporta ideas interesantes a la hora de explicar la decadencia del Imperio. Por el momento, baste destacar la conexión real que había entre las lluvias y la producción de oro. En esos tiempos, la lluvia caía pesadamente inundando barrancos, hondonadas y zanjas (que permanecían secas durante la mayor parte del año), arrastrando y limpiando el oro a través de depósitos aluviales constituidos por los sedimentos transportados por el agua. En los antiguos yacimientos de Bambuk, el oro se recogía sólo de estos depósitos aluviales tras las lluvias. Así que una sequía significaba una seria amenaza para la producción de oro.

En esa época, el Sahel disfrutaba de un clima más húmedo que favorecía la cría de ganado e incluso la práctica de la agricultura. Su situación geográfica colocaba al

Imperio en un lugar estratégico al emplazarse entre dos grandes zonas: el Sahara, con vínculos con el Magreb y el norte de África, y la sabana sudanesa. Ambas regiones tenían una producción de mercancías variadas y complementarias que favorecía el comercio entre ellas, y Ghana supo sacar provecho de su fructífera posición para el comercio norte-sur.

A pesar de que Ghana no tenía dentro de su territorio yacimientos auríferos, sino que estos se encontraban más al sur, en las zonas de Galam, Bambuk e incluso Buré, los escritores árabes se refirieron continuamente al abundante oro de la región. A finales del siglo VIII, Al-Fazari —matemático, filósofo y astrónomo musulmán—, llamó a Ghana «la tierra del oro». Un siglo más tarde el historiador y geógrafo Al-Yaqubi escribió que «el rey de Ghana es un gran monarca. En su territorio hay minas de oro y tiene sometidos a gran número de reinos». Su apreciación sobre las minas era errónea, pero su relato marca el momento desde el que se considera Imperio a Ghana. Ibn Hawqal —geógrafo, escritor y cronista—, que viajó desde Bagdad a orillas del Níger a finales del siglo X, afirmó que el emperador de Ghana era el más rico del mundo gracias al oro. En la descripción de la corte que nos legó Al-Bakri —geógrafo, botánico e historiador nacido en Huelva— abundan los utensilios y adornos de oro. Y la lista podría continuar. Hay que resaltar que los viajeros y comerciantes árabes que visitaron Ghana y que transmitieron su experiencia a los escritores habían visitado también las grandes ciudades del Magreb y de la península ibérica y, pese a ello, admiraron sorprendidos la prosperidad y seguridad de Ghana.

A la cabeza del Estado se hallaba la figura del *tunka* (emperador), soberano máximo del país, rodeado de un consejo de notables, ancianos y personas de probada valía. El *tunka* también era conocido como *kaya maghan*, “el dueño del oro” (¿surgió de este apelativo el nombre dado al país?). La sucesión se daba por vía matrilineal, es decir, heredaba el trono el hijo de la hermana del *tunka*. Esta era una práctica común en muchos pueblos del África subsahariana y buscaba asegurar que el rey fuera realmente del linaje gobernante.

El *tunka* era un representante más de la monarquía divina africana, con sus privilegios, prerrogativas y prohibiciones, entre las que destacaba la de comer en público. Era un catalizador de fuerzas naturales y su rol consistía, con su mera presencia, en dar prosperidad y seguridad a su pueblo. Esto suponía un peligro en caso de decrepitud o enfermedad, pues su debilidad era considerada un mal para la sociedad. Al-Bakri explicó los esfuerzos del *tunka* Basi para ocultar su ceguera. Lo que no sabía el erudito cordobés era que si su población hubiera advertido ese defecto, la vida del monarca habría tenido los días contados.

La inmensa mayoría de la población de Ghana era fiel a su religión tradicional. Sólo a partir del siglo XI empezó el islam a infiltrarse en la sociedad soninké debido a las convulsiones políticas en el noroeste del continente provocadas por los almorávides. No obstante, el islam era bien tolerado y los comerciantes e intelectuales musulmanes no tenían problemas para habitar en el Imperio. De hecho,

gran parte de los consejeros, intérpretes y el tesorero del *tunka* eran musulmanes, seguramente por sus altas competencias técnicas. La capital, Kumbi Saleh, nos da un ejemplo de esa convivencia. La ciudad se encontraba dividida en dos partes, una en la que habitaba la población musulmana, en su mayoría comerciantes y mercaderes, y otra en la que habitaban los soninkés de religión tradicional. Este tipo de división era un elemento común en diversas ciudades del Sudán occidental en época clásica antes de la expansión del islam. Al-Bakri nos cuenta que ambas partes estaban separadas por seis millas. Posiblemente, la separación no era tan acentuada. La parte musulmana de la ciudad contaba con doce mezquitas. La parte de religión tradicional, donde vivía el *tunka*, fue llamada por los árabes al-Ghaba, que quiere decir “el bosque”. Esto hacía referencia al bosque o bosques sagrados en los que tenían lugar gran parte de los ritos más importantes del país. El bosque sagrado era terreno prohibido para la mayoría de las personas, sólo el soberano, parte integrante del mundo natural y espiritual, y los sacerdotes tradicionales podían acceder a él y a los objetos que en él se atesoraban. Saltarse la prohibición de entrar en el bosque podía acarrear graves consecuencias para el profanador. Los sacerdotes, tal y como es habitual en el mundo *mandé*, pertenecían en su mayoría a clanes de herreros. Estos conocían el secreto del fuego para convertir el hierro en herramientas o armas, necesarias en el día a día. Este proceso estaba asociado a la magia, por lo que se consideraba a los herreros hábiles especialistas que podían comunicarse con el mundo espiritual. Por otra parte, en el bosque se recluía a los prisioneros acusados de graves delitos. Nadie volvía a verlos, lo cual ayudaba a alimentar el temor hacia el bosque y el misterio que lo envolvía. Las tumbas reales, en las que los *tunkas* eran sepultados junto con algunas de sus esposas y con miembros de su séquito más cercano, también se ocultaban entre los árboles del bosque sagrado.

Pese al bienestar agrícola y ganadero, la riqueza del Imperio provenía del comercio y del oro. El emperador poseía el monopolio de las pepitas de oro, mientras que el polvo de oro gozaba de libre circulación y se utilizaba en las transacciones comerciales. Otra fuente de ingresos era las tasas impuestas a otros productos. Por ejemplo, se cobraba un dinar por cada burro cargado de sal (de una importancia imprescindible en esta parte de África para conservar alimentos) que entraba en los territorios imperiales y dos dinares por cada burro que salía. Así, el emperador gravaba diversos productos del constante goteo comercial que cruzaba Wagadu. Del Sahara descendían la sal, el cobre, los dátiles y productos manufacturados procedentes del mundo mediterráneo y del norte de África, mientras los productos de la sabana incluían esclavos, ganado, herramientas, armas y utensilios de hierro, cuernos de animales, bienes de cuero como sandalias, ropa tejida y teñida de colores, hierbas medicinales y comida como pescado seco, arroz, especias, miel y fruta. De los bosques del sur provenían las nueces de cola.

Uno de los enclaves comerciales más importantes de Ghana era la ciudad de Awdaghost, situada en un oasis en la actual Mauritania, que controlaba desde el siglo

x. La ciudad se insertaba en la red comercial que la conectaba con la ciudad de Sijilmasa (hoy en territorio marroquí) abriéndose así al comercio magrebí. Cuando Ghana llegó a Awdaghost la ciudad estaba controlada por dos pueblos bereberes: los zenata y los sanhaya. Los primeros aceptaron la presencia de los soninkés, lo cual perjudicó los intereses de los segundos. Fueron precisamente los sanhaya quienes en el siglo XI conformaron el grueso del movimiento almorávide, de corte musulmán estricto, que tomó el control de África noroccidental y gran parte de la península ibérica. Durante muchos años los historiadores defendieron la teoría de que los almorávides habían atacado Ghana y destruido su capital. Sin embargo, hoy en día disponemos de información suficiente para negar que ese fuera el caso. El movimiento almorávide destruyó Awdaghost pero no Kumbi Saleh; no hubo ataque directo contra el Imperio. Pese a ello, la acción almorávide tuvo diversas consecuencias de alcance: aumentaron las conversiones al islam y fomentó la «independencia» de uno de los reinos vasallos de Ghana más importantes, Tekrur, lo que debilitó al Imperio.

Así, la decadencia del Imperio que se explicó durante años por el ataque de los almorávides, respondió en realidad a diversas razones. De nuevo, si acudimos a la tradición oral podemos encontrar algunas pistas. La leyenda de Bida narra que llegó un momento en el que la virgen que se iba a entregar a la serpiente era la enamorada de un joven notable. Antes de que entregaran a su amada, el joven dio un paso adelante y, desenvainando su espada, cercenó la cabeza de Bida. Mientras su cabeza daba vueltas en el aire, la serpiente pronunció una maldición: desde ese momento la lluvia no volvería a aparecer en Wagadu y dejaría de encontrarse el oro. Sin agua y oro, Wagadu decayó y su población se dispersó hacia el sur mientras el corazón del imperio se convertía en un desierto. La leyenda hace referencia de manera evidente al cambio climático que se produjo en la región. Los especialistas sostienen hoy en día que gran parte del decrecimiento de Ghana se debió a la desertificación de sus tierras que, sumado a los enfrentamientos con los bereberes sanhaya, llevó a la población soninké a emigrar hacia otros puntos del Sudán occidental.

Fue en el siglo XII cuando la decadencia de Ghana se acentuó, abriendo un vacío de poder en el Sudán occidental en el que aparecieron diversas jefaturas y reinos más pequeños hasta la emergencia del Imperio de Mali un siglo más tarde.

Mali, el imperio del oro

En su época (ss. XIII-XVI), Mali fue el Imperio africano que gozó de una mayor proyección internacional. Su inmensidad geográfica (abarcaba desde las costas de Senegambia, en el Atlántico, hasta tierras Hausa, en el norte del actual Nigeria, y del Sahel a los bosques guineanos, de norte a sur) y su prosperidad económica quedaron plasmadas en numerosas fuentes escritas árabes e incluso en la cartografía medieval mallorquina. ¿Qué explica el interés que Mali suscitó entre sus contemporáneos? Un

breve repaso a su historia nos ayudará a situar en perspectiva la grandeza y relevancia de este Imperio.

Una de las ventajas al sumergirse en la historia de Mali es la proliferación de tradiciones orales que se remontan a siglos de antigüedad y que han sido preservadas y difundidas por la figura de los *griots* (*yeli* en lengua *mandé*), una casta profesional dedicada a salvaguardar y transmitir la historia a través de la palabra. Cada jefe o rey *mandé* tenía como mano derecha a un *griot* que no sólo se encargaba de recitar la genealogía de su linaje, sino que también daba consejo y ejercía de portavoz ante la comunidad.

El relato más famoso preservado por estos historiadores orales, transmitido de generación en generación desde el siglo XIII, es la epopeya de Sunyata Keita que narra la vida y obra del fundador del Imperio. Pese a que existen diferentes versiones, dependiendo de la familia de *griots* que la recite y del lugar en el que estos habiten, así como a qué familia deben fidelidad, todas coinciden en diversos puntos.

Durante el siglo XII, cuando todavía Ghana dominaba parte del Sudán occidental, aparecieron más hacia el sur, en una región llamada Manden (hoy dividida entre el sur de Mali, el suroeste de Senegal y el norte de Guinea Conakry), jefaturas y reinos independientes que compartían lengua y rasgos culturales. El núcleo de esta población eran los mandingas. Al frente de uno de estos pequeños reinos se hallaba un hombre llamado Naré Famaghan. Un día sus adivinos profetizaron que sería el padre de un gran héroe pero, pese a que tenía varias esposas, todavía no había encontrado a la mujer con la que lo engendraría. Al final la halló en el reino vecino de Do. Se llamaba Sogolón Condé y era una mujer jorobada y nada agraciada.

Naré Famaghan y Sogolón Condé tuvieron un hijo al que llamaron Sogolón (por su madre) Yata (que significa “león”). La rápida pronunciación de este nombre devino Sunyata.

El niño nació con una discapacidad en las piernas y no fue capaz de caminar hasta los siete años. Su desgracia fue motivo de burla y chanzas por parte de las coesposas de Sogolón y por sus mediohermanos. Pero un día, Sunyata se irguió apoyado en el cetro de su padre y desde entonces empezó a demostrar ser digno del destino que le habían vaticinado. Sin embargo, los celos y la confabulación de las coesposas de Sogolón obligaron a esta y a su hijo a huir, exiliándose lejos del Manden. Durante su exilio Sunyata se convirtió en un guerrero notable y sus proezas empezaron a difundirse por la sabana.

Fue en esa época cuando un pueblo *mandé* de herreros, los sosos, se expandió por los antiguos territorios de Ghana, llegando a tomar la capital Kumbi Saleh. Después se dirigió hacia el sur, donde atacó y ocupó los reinos del Manden. El hermano de Sunyata que había heredado el trono tras la muerte de su padre huyó despavorido, abandonando a su suerte a su pueblo ante las tropas de Sumaoro Kanté, el temible jefe de los sosos. En aquel momento, los ancianos del Manden salieron en busca de aquel niño, ahora convertido en hombre, al que una vez profetizaron grandes hazañas.

Encontraron a Sunyata y este decidió ayudar a su pueblo. Reunió a su alrededor a un ejército ingente formado por guerreros de todos los pueblos *mandé*. La batalla definitiva tuvo lugar en Kirina, una localidad difícil de situar al sur del actual Mali, en 1234. Las tropas de Sunyata y Sumaoro se enfrentaron. Las tradiciones atribuyen a ambos líderes poderes mágicos que fueron clave en la conclusión de la contienda en la que, finalmente, venció Sunyata. Tras Kirina, Sunyata emprendió la conquista de los territorios occidentales y senegambianos. Poco después de su gloriosa victoria y expansión, los jefes que lo habían apoyado como líder de aquel ejército lo nombraron *mansa* (emperador) de Mali, y promulgaron la conocida como Carta del Manden, una suerte de constitución que ha sido considerada como una auténtica declaración de los derechos humanos. Sunyata y sus aliados dividieron la sociedad en treinta clanes o castas. Dieciséis clanes de hombres libres, cinco de artesanos, cuatro de guerreros y cinco de morabitos. Esta estructura contribuyó a dibujar el mapa social del África Occidental precolonial. Se fijaron los derechos y deberes de cada clan. Al codificar el sistema de clanes con oficio, Sunyata convirtió ciertas profesiones en hereditarias. En adelante, el hijo debía practicar el oficio del padre, singularmente en el seno de los clanes de *griots*, herreros, zapateros y curtidores. A todos ellos, además, se les presuponía habilidades mágicas. Los herreros las desarrollaban a través del fuego, los *griots* a través de la palabra.

Desde su fundación, Mali funcionó mediante un sistema administrativo descentralizado, hasta el punto de poder catalogarlo como una especie de confederación. En el Imperio existían tres tipos de unidades administrativas: las provincias, los reinos conquistados y los reinos vasallos. Al frente de las provincias había un gobernador llamado *farin* que en el caso de los reinos conquistados actuaba como una especie de ministro residente. De esta forma, era él quien investía al jefe local, supervisaba su actuación, recogía los tributos y reclutaba tropas en tiempos de guerra. De hecho, el ejército de Mali no era permanente aunque sí que existían algunas guarniciones en lugares concretos. La élite del ejército la formaban la casta de cazadores, los «portadores de carcaj» que desde la infancia eran educados y entrenados para ser buenos guerreros y cazadores. El resto de hombres libres, por su parte, debían estar preparados para las levadas en masa mientras que los esclavos, simplemente, no iban a la guerra. Las cifras que nos han dejado los autores árabes, quizá exageradas, hablan de un ejército formado por unos cien mil combatientes, de los cuales cuarenta mil montarían a caballo.



Mapa del Imperio de Mali en su máxima extensión. Fuente: Conrad (2010).

Como en el caso de Ghana, el prestigio de Mali procedía del oro y del comercio. Mali controlaba los centros auríferos de la región (Buré, Bambuk y Galam) y también el complejo entramado de rutas comerciales transaharianas, incluyendo las ciudades del Sahel más importantes, tanto en la esfera económica como en la intelectual, como Djenné y Tombuctú. El *mansa* cobraba tasas de importación y exportación a los intercambios comerciales y poseía el monopolio de las pepitas de oro y de las nueces de cola, uno el producto más codiciado al norte del desierto y el otro en toda la región del Sudán occidental. De este modo, lograba compensar la escasa presión tributaria que ejercía sobre los excedentes agropecuarios de los campesinos. El resto de productos que se intercambiaban en este comercio transahariano era similar al explicado para Ghana, con la peculiaridad de que en estas fechas hay constancia de la llegada de mercancías de lugares lejanos como el Próximo Oriente e incluso más allá. Así, el oro, que alimentó la vitalización monetaria árabe del siglo XIII, era intercambiado en el Magreb por tejidos, alfombras, sal y todo tipo de manufacturas. Los intercambios interiores se realizaban a través del trueque aunque también la sal (producto raro en la sabana y de vital importancia para la conservación de alimentos), los cauris (concha de un molusco del océano Índico) o incluso el cobre, fueron utilizados como moneda efectiva. La sabana ofrecía sal, peces y cobre y las zonas de bosque ofrecían aceite de palma, oro y nuez de cola. Este comercio norte-sur, dirigido por mandingas islamizados llamados *dyula*, sirvió como medio de difusión no sólo del islam sino también de la cultura mandinga por toda el África Occidental.

El *mansa* de Mali era otro representante más de la monarquía divina africana. Era el nexo de unión entre la sociedad y los espíritus que regían la naturaleza. De hecho, el emperador poseía la *mansaya*, un concepto *mandé* que hace referencia a una autoridad de origen noble que es aceptada como legítima por el pueblo. A pesar de ello, desde los tiempos de Sunyata los emperadores malienses eran musulmanes y en su corte, dinámica y bulliciosa, encontramos multitud de consejeros árabes y musulmanes (en su mayoría juristas). No es posible conocer el grado de fe que

profesaban los *mansas* a la religión musulmana, pero sabemos con certeza que esta estaba muy influenciada por sus creencias tradicionales, a las que nunca renunciaron. Así lo demuestra la actitud escandalizada del viajero árabe Ibn Battuta cuando escribió estupefacto sobre la laxitud de sus correligionarios y anfitriones malienses. Mientras el islam fue adoptado por las élites, cosa que les daba un importante soporte económico e ideológico exterior, el grueso de la población permaneció fiel a sus religiones tradicionales. Por parte del *mansa* nunca hubo un deseo de proselitismo ya que eso chocaría con su propia esencia divina. Por parte de la sociedad, el islam del emperador era visto como un atributo más de su potencia mágica. En el África al sur del Sahara, la simbiosis religiosa es un elemento constante a lo largo de la historia.

Tras el glorioso reinado de Sunyata, en el que se produjo una expansión de la lengua y cultura mandinga por todo el oeste africano y se intensificaron los circuitos comerciales saharianos, encontramos varios *mansas* cuya acción merece ser recordada.

El primero de ellos fue Sakura, un esclavo liberto de la familia real (Keita) que llegó al trono en 1285 en tiempos convulsos. Se suele hablar de él como un usurpador. Sin embargo, salvó al Imperio de la difícil situación en la que se había sumido. Hay quien sostiene que, ante la falta de liderazgo en el seno de la familia, fueron los propios miembros del clan Keita quienes recurrieron a Sakura que, a su vez, era el comandante en jefe del ejército. De hecho, no sería extraño pensar que la dinastía Keita se sirvió de él para frenar las ambiciones del resto de clanes aristocráticos mientras, en su seno, se preparaba a un pretendiente propio que dispusiera del consenso de todas las facciones para erigirse como *mansa*. Sakura no sólo devolvió la tranquilidad al Imperio, sino que además amplió su territorio mediante sucesivas conquistas tanto al este, donde tomó la ciudad de Gao, como hacia el oeste. Parece que fue también durante su reinado cuando la ciudad de Tombuctú entró en la órbita del Imperio, además de someter a las tribus tuaregs. Esta expansión atrajo aún más a las caravanas comerciales hacia el centro de Mali. Cuando regresaba de su peregrinaje a La Meca, Sakura fue asesinado y sustituido por un príncipe Keita casado con su hija. Sin duda, había cumplido su cometido.

El siguiente gran *mansa* fue Kanku Musa. Podría decirse que mientras Sunyata es el emperador más recordado por las tradiciones orales, Kanku Musa lo es en las fuentes escritas y cartográficas. Durante su reinado (1312-1337) el Imperio vivió su apogeo. El *mansa* Musa se hizo célebre por su fastuoso peregrinaje a La Meca en 1324. Las fuentes señalan que miles de personas lo acompañaron a través del Sahara (60 000 según el *Tarij as Sudan*, literalmente “Crónica del país de los negros”, escrita a mediados del siglo xvii por Abd al-Sadi). También llevaba consigo un número igual de amplio de camellos y mulas cargadas de comida, agua y otros suministros. Cuando llegó a Egipto, su caravana acampó a las afueras de El Cairo, cerca de las grandes pirámides. Su visita no pasó desapercibida y en los tres meses que pasó en la ciudad egipcia fue tal la cantidad de oro que él y sus acompañantes pusieron en circulación,

mediante regalos, obsequios y compras, que el valor del metal precioso cayó en la ciudad y tardó unos años en recuperarse. En El Cairo el *mansa* Musa mantuvo contacto con diversas personalidades notables. En una conversación que transcribió el erudito e historiador árabe Al-Umari, Musa le explicó al emir de la ciudad que su predecesor en el trono desapareció en el océano Atlántico con una flota de dos mil barcos. Este relato ha dado origen a teorías controvertidas sobre la posible llegada de dicha flota a las costas americanas.

De El Cairo retornó con el famoso arquitecto granadino Abu Haq Es-Saheli, quien posteriormente construyó diversas mezquitas en territorio malí. En la capital, Niani, erigió un espléndido salón de audiencias que más tarde fue admirado por Ibn Battuta.



La Gran Mezquita de Djenné es un ejemplo de la arquitectura introducida por Es-Saheli en el Sudán occidental.

Tras el viaje del *mansa* Musa, Egipto, el Magreb, Portugal y las ciudades mercantiles del Mediterráneo se interesaron cada vez más en Mali. Esto explica que la figura del *mansa* Musa quedara plasmada en la cartografía mallorquina tal y como demuestra el Atlas Catalán de 1375. Su reinado contribuyó al mito del oro sudanés, que alimentaría el Mediterráneo durante gran parte de los años venideros y avivaría la codicia de marroquíes y portugueses. Kanku Musa fue un hombre culto, sabía hablar y escribir en árabe y fue un auténtico mecenas y amigo de las bellas artes. A su alrededor atrajo a juristas magrebíes, fundó escuelas coránicas y dio impulso a las ciudades que más tarde serían centros intelectuales de magnitud mundial como Djenné o Tombuctú. Esta última ciudad tuvo en los libros a uno de sus principales productos de importación y exportación.



El Atlas Catalán de 1375, del cartógrafo mallorquín Abraham Cresques, representa a Kanku Musa sosteniendo una gran pepita de oro. A su lado, la leyenda reza: «Este señor negro es llamado Muza Melly, señor de los negros de Guinea. Este es el rey más rico y más noble señor de toda esta región, por la abundancia en oro, que fertiliza su tierra».

El siguiente y último gran emperador de Mali fue Suleymán (1336-1359). El viajero árabe Ibn Battuta fue recibido por este *mansa* y habitó en Niani, la capital del Imperio, durante nueve meses. Durante esa etapa pudo observar tanto a la sociedad como a la corte imperial a las que describió en sus escritos en lo que supone uno de los testimonios más valiosos para comprender el funcionamiento del Imperio. A pesar de alarmarse por la actitud relajada en relación a la práctica de la fe musulmana de algunos notables malienses, lo que más sorprendió a Ibn Battuta fue la prosperidad del comercio y la seguridad de los caminos. Incluso en el momento de señalar las cualidades del vasto Imperio escribió que una de ellas era: «La total seguridad en sus territorios, de manera que ni viajeros ni lugareños tienen que temer a ladrones o salteadores».

Las intrigas palaciegas enturbiaron la segunda mitad del siglo XIV, iniciándose la progresiva decadencia del Imperio. Diversas causas explican la pérdida de poder de Mali. En primer lugar, el ascenso en los territorios orientales del reino Songhay, hasta entonces vasallo de Mali, que acabó por convertirse a su vez en imperio y por conquistar las provincias nororientales, tomando de esa forma el control sobre las rutas transaharianas y sobre las grandes ciudades del Sahel. De hecho, Tombuctú ya había sido atacada por los tuaregs y hacía un tiempo que había escapado del control maliense. La pérdida del comercio transahariano coincidió con el momento de la llegada de los portugueses a Senegambia a mitad del siglo XV. El foco de atención viró hacia el oeste, donde se iniciaron contactos con estos nuevos interlocutores. Al

principio, los portugueses trataron infructuosamente de penetrar en el interior en busca del codiciado oro o de las grandes ciudades sahelianas. Durante un tiempo la relación con los portugueses fue buena, incluso algunos historiadores defienden que Portugal llegó a enviar a la corte del *mansa* dos embajadas. Pero el equilibrio de poder se trunció cuando los lusos empezaron a favorecer y a empoderar a las provincias y reinos occidentales de Senegambia que, de forma progresiva, fueron alejándose del control de Niani y haciéndose cada vez más independientes. Mali perdía de esa forma el control sobre el comercio occidental en un momento en el que sufría ataques por multitud de frentes: tuaregs y songhay por el norte y el este, razias de la caballería mossi desde el sur (actual Burkina Faso) y el ataque de las tropas de un jefe fulbé llamado Koli Tenguela que consiguió cortar el paso de Mali hacia sus provincias occidentales, lo cual favoreció la emancipación de estas.

Pero antes de caer definitivamente, el Imperio tuvo un último aliento de grandeza. En 1591, el Imperio songhay había sido derrotado por el ataque de tropas hispanomarroquíes dirigidas por el andalusí Yuder Pachá. La ocupación marroquí del Sahel provocó revueltas y un gran clima de tensión en la región que el *mansa* Mahmud IV quiso aprovechar. Consiguió el apoyo de los jefes locales y decidió marchar hacia la ciudad de Djenné con el objetivo de recuperarla. Por lo tanto, a finales del siglo XVI, el *mansa* seguía teniendo un gran poder de convocatoria. Sin embargo, alguien traicionó al *mansa* y los marroquíes estaban esperándolos a las puertas de la ciudad. El ejército maliense era numeroso, pero la superioridad numérica era un detalle menor ante la diferencia armamentística. Los guerreros malienses, pertrechados de armas para combatir cuerpo a cuerpo y arrojadizas, cayeron ante las armas de fuego de los hispanomarroquíes.

El último intento del *mansa* Mahmud para recuperar la gran metrópoli comercial de Djenné se saldó, en definitiva, con un fracaso. Progresivamente, las provincias que seguían bajo su influencia fueron emancipándose. Mali quedó reducido principalmente al Manden.

Con el posterior debilitamiento del comercio del oro, los mandingas se replegaron hacia el sur y sudeste, atraídos por el comercio de la nuez de kola. A pesar de todo, el recuerdo de la grandeza imperial, y de las epopeyas y héroes que jalonaron su historia, sigue vigente en toda el África Occidental.

Songhay, el imperio derrotado por las armas de fuego

Los orígenes de Songhay son más difíciles de trazar que los de Ghana o Mali. Lo que sabemos con ciertas garantías es que entre los años 750 y 950 d. C. la ciudad de Gao se convirtió en un punto importante en las rutas transaharianas y, con el tiempo, fue conformándose a su alrededor un reino a cuya cabeza se hallaban los songhay, un pueblo de jinetes y guerreros que lograron imponerse al resto de pueblos de la zona. De esta manera, primero el reino Songhay y luego el Imperio, aglutinaron en su seno

multitud de etnias o pueblos.

La prosperidad de Gao llamó la atención de Mali, que se apoderó de la ciudad y tomó a dos príncipes como rehenes. Estos, sin embargo, lograron escapar y fue precisamente uno de ellos quien fundó la dinastía que transformaría el reino en imperio. Se trata de la dinastía Sonni, la cual aprovechó el debilitamiento de Mali, sometido a los continuos ataques tuaregs, para emprender campañas militares hacia el oeste y deshacerse así de la tutela mandinga. Pero no fue hasta que llegó al trono un formidable guerrero, al que apodaron con el apelativo Ber (el Grande), cuando Gao inició una verdadera política de expansión y conquista.

Sonni Ali Ber (1464-1492) trastocó el equilibrio de poder en la curva del Níger. Como en el caso de Sunyata, se decía de él que dominaba las artes mágicas. Lo cierto es que fue un líder militar excepcional. Su ejército, que incluía caballería y una importante flota con la que desplazaba sus tropas por las aguas del Níger, se mantuvo en constante movimiento. Cuando libró a Gao de los peligros inmediatos fijó su atención en el Níger medio, en la región de las grandes ciudades del Sahel. Por aquel entonces, Djenné y Tombuctú, además de controlar el preciado comercio del oro y de la sal, eran ciudades que funcionaban como verdaderos focos culturales de relevancia internacional. Sabios de todos los rincones del mundo musulmán cruzaban el desierto del Sahara para acudir a sus universidades y escuelas coránicas. En Tombuctú, las bibliotecas privadas florecieron por doquier, acumulando miles de manuscritos de valor incalculable para la historia del mundo musulmán y de todas las sociedades que habitaban en sus lindes, incluyendo, por supuesto, al-Ándalus y la península ibérica.

En 1469, Sonni Ali tomó Tombuctú, que por entonces estaba en manos de los tuaregs. Muchos notables, ulemas (doctores de la ley islámica, expertos en cuestiones jurídicas y teológicas) y comerciantes musulmanes huyeron de la ciudad. Quienes se quedaron sufrieron el saqueo de las tropas songhay. Esta acción le granjeó a Sonni Ali, cuyas inclinaciones religiosas estaban más próximas a las religiones tradicionales que al islam, la enemistad de comerciantes y sabios musulmanes cuyas crónicas describen duramente al soberano songhay. Por ejemplo, la crónica más famosa de la que disponemos, que esclarece enormemente la historia del Imperio, es el *Tarij as Sudan*. En ella se refiere a Sonni Ali como «un tirano, un criminal, un injusto, un opresor, un sanguinario que mató a tanta gente que sólo Alá el altísimo sabe su número. Prevaleció sobre los sabios y los piadosos con el asesinato, la injusticia y el menosprecio».

Sus hazañas guerreras prosiguieron y, tras cuatro años de asedio, la amurallada ciudad de Djenné también le abrió sus puertas. En el plano administrativo, instauró por primera vez en el Sudán occidental que los actos oficiales del reino quedaran plasmados por escrito. Así, Sonni Ali Ber convirtió un pequeño reino en un imperio y, cuando murió en 1492, lo hizo con la reputación de un general jamás vencido en batalla.

Le sucedió su hijo pero no duró ni siquiera un año en el trono. Mohamed Touré,

un comandante del ejército y jefe de provincia, se hizo con el poder e instauró una nueva dinastía que, en adelante, se conoció como la de los Askia. Pero ¿cómo fue posible que se destronara a una dinastía que pertenecía al grupo de monarquías divinas africanas?



Mapa del Imperio songhay en su máxima extensión. Fuente: Conrad (2010).

Askia Mohamed, devoto musulmán, contó con el apoyo de los ricos mercaderes, comerciantes y ulemas de Djenné y Tombuctú, presentándose a su vez como paladín del islam. De hecho, el islam fue la excusa que utilizó para instaurar un nuevo orden social, más desigual y menos redistribuidor que el de los Sonni, también musulmán pero arraigado a las pautas de la monarquía divina tradicional. Desde la perspectiva de la legitimidad, el poder divino de los Sonni era heredado y aceptado por el pueblo, tal y como ocurría con el clan Keita en Mali. Askia Mohamed, por su parte, decidió basar su legitimidad en la fe musulmana y, por primera vez en la época clásica, un Estado del Sudán occidental realizó campañas de proselitismo en sus territorios y en el de los vecinos. A pesar de esto, muchos gestos y rituales de la corte seguían llevándose a cabo a través de elementos tradicionales. Al ser preguntado por esta pervivencia pagana, un descendiente del Askia respondió: «No estoy loco, tengo el uso de la razón, pero mando sobre locos, sobre impíos, sobre orgullosos, y por eso me hago el loco y finjo estar poseído por el demonio para asustarlos y evitar así que hagan daño a los musulmanes». Esta respuesta muestra cómo los Askia, a pesar de querer romper con el modelo de monarquía tradicional, estaban obligados a respetar algunas normas para no perder todo el apoyo del pueblo. Pero este empezó a alejarse paulatinamente de los Askia. Por ello, la decisión de Askia Mohamed de formar un ejército profesional quizá procedía de los problemas a los que se enfrentaba al realizar levás entre los campesinos y ver que muchos no acudían a su llamada.

Askia Mohamed peregrinó a La Meca en 1496, extendió y fortaleció el Imperio y tuvo una cantidad incontable de hijos, centenares, según las crónicas. Finalmente, siendo ya un anciano, su ceguera lo apartó del trono. El hijo que lo sucedió asesinó a

gran cantidad de sus propios hermanos que, a su vez, acabaron por darle muerte. Paradójicamente, el siguiente Askia que gobernó no era hijo de Askia Mohamed, sino su sobrino. Se llamaba Askia Mohamed II Bonkana y confinó a su tío en una isla del Níger plagada de mosquitos. Reinó pocos años hasta que otro hijo de Mohamed tomó el poder. Tras este llegó Askia Ishaq (1539-1549), quien inspiró miedo y ansiedad en todas las capas de la sociedad debido a las grandes sumas de dinero que exigió como tributo.

Al siguiente emperador, Daud, se le considera el tercer gran soberano del Imperio songhay, sólo por detrás de Sonni Ali y de Mohamed I. Durante su reinado (1549-1582) el Imperio permaneció estable y alcanzó su máxima extensión, desde Tekrur en el oeste hasta Agadés (centro del actual Níger) en el este y desde Taghaza (norte del Mali actual) en el norte hasta tierras mossi (actual Burkina Faso) en el sur.



Hoy en día podemos encontrar en las calles de Gao esta imponente estructura piramidal de diecisiete metros de altura. Se trata de la tumba de la dinastía Askia, erigida en 1495 por Askia Mohamed. Es un ejemplo de la tradición arquitectónica de construcción con adobe característica de la región del Sahel y se encuentra en la lista del patrimonio mundial de la Unesco desde 2004.

Un imperio de estas dimensiones precisaba de un complejo entramado de funcionarios y administradores. Estos son bien conocidos gracias a las amplias listas recogidas en las crónicas árabes. Unos, poseían competencia territorial y otros, competencia funcional. Todos ellos llevaban el título de *koi*, o el de *fari*. Había oficiales que se encargaban de la navegación fluvial, del ejército, de la recaudación de impuestos, del culto a los antepasados, de los pescadores, de los bosques, de las relaciones exteriores, etc. En las crónicas se llegan a citar unos sesenta altos cargos de la administración songhay, la mayoría de ellos miembros de la familia imperial o colaboradores estrechos.

Durante el reinado de Daud, tuvieron lugar elevadas exacciones a los campesinos que desencadenaron graves revueltas. A diferencia de Mali y Ghana, a los que las tasas sobre el comercio habían permitido una relajación en la presión tributaria sobre el pueblo, los Askia fueron testigos de la devaluación del oro y de la disminución del volumen de su comercio que se desviaba hacia las costas, donde la demanda europea empezaba a trastocar los flujos comerciales del interior. Esta es una de las razones por la que los Askia reclamaron fuertes contribuciones y realizaron grandes recaudaciones de impuestos en sus provincias y reinos vasallos o conquistados. Fueron estos tributos los que formaron los ingresos ordinarios de la dinastía imperial, que utilizó oro, sal y cauris como moneda y que se preocupó de llevar a cabo una unificación de pesos y medidas para evitar los fraudes. Es más, en los territorios del Imperio aparecieron campos cultivados por mano de obra servil, muchos de los cuales eran tierras que los Askia habían entregado a ulemas a cambio de su favor. Además, en la segunda mitad del siglo XVI creció la demanda de esclavos por parte de los turcos, lo que provocó el aumento del número de esclavos que partían desde Gao hacia el norte de África y hacia Oriente Próximo. Por último, durante el reinado de Daud, el sultán de Marruecos aumentó su presión para hacerse con la posesión de las codiciadas minas de sal de Taghaza.

A Daud lo siguieron tiempos de querellas intestinas. La más grave fue la que enfrentó al comandante de Tombuctú, Sadiq, con la dinastía gobernante. La ciudad apoyó a su comandante, que finalmente fue derrotado y ajusticiado junto con sus oficiales. Hubo tantas ejecuciones de oficiales que el Imperio perdió a algunos de sus mejores comandantes, además de a centenares de soldados de ambos bandos, que murieron durante la contienda.

Así, con un ejército debilitado, Askia Ishaq II recibió noticias a finales de 1590 de que se avecinaba un ataque del ejército marroquí. A la cabeza de ese ejército, entre cuyas filas había un gran número de andalusíes, se encontraba un morisco de Almería llamado Yuder Pachá. La batalla decisiva tuvo lugar en marzo de 1591 en Tondibi, a treinta millas al norte de Gao. El ejército hispanomarroquí, armado con arcabuces, cañones y mosquetes, destrozó a unas tropas songhay mucho más numerosas. Las crónicas nos hablan de que los efectivos del bando marroquí eran menos numerosos que los del songhay, que llegó a reunir a más de doce mil soldados a caballo y a diez mil soldados de infantería. Pero los primeros disponían de armas de fuego y de pesados cañones. Cuando empezó el ataque de la artillería, los mil cebúes que los songhay llevaban con ellos con el objetivo de embestir en tropel a los marroquíes se desbandaron y se volvieron contra sus dueños. Tras esta victoria, las tropas del sultán marroquí Ahmad I al-Mansur siguieron avanzando y ocuparon y saquearon Tombuctú, Djenné y Gao. Songhay se replegó, persistiendo en una frágil resistencia.

Los soldados hispanomarroquíes que se quedaron en la zona para asegurar la ocupación eran conocidos como *al-ruma* (fusileros o mosqueteros). Los songhay pronunciaban esta palabra como «arma» y este fue el término para describir a la clase

marroquí gobernante de Tombuctú. Muchos no volvieron al norte de África y se casaron con mujeres locales y sus descendientes son todavía hoy reconocidos como *arma*. Este capítulo de la historia explica la existencia en Tombuctú de manuscritos con trazas del castellano que los andalusíes a las órdenes de Yuder Pachá llevaron consigo hasta el Sahel.

Kanem-Bornú, casi un milenio alrededor del lago Chad

Mientras en el Sudán occidental la hegemonía fue cambiando de manos (Ghana, Mali, Songhay), en el Sudán central el papel preponderante lo ocupó el imperio más longevo de África: Kanem-Bornú. Durante su apogeo su influencia alcanzaba desde el Níger hasta el Nilo, de oeste a este, y de la región del Fezán (sudoeste de Libia) hasta el norte de Camerún. Para el estudio de su historia disponemos del *Diwan de los sultanes*, una crónica hallada por el explorador alemán Heinrich Barth en la que se da cuenta de sesenta y nueve soberanos, de la duración de sus reinados y de los principales eventos que los marcaron.

Existe una cierta controversia respecto a los orígenes del Imperio, aunque la teoría más aceptada es la que habla de una conjunción de elementos nómadas y sedentarios, que formaron el pueblo kanembu, los fundadores. Estos llegaron a las tierras bañadas por el lago Chad alrededor del siglo VIII d. C., donde guerrearon con otro pueblo, los sao, cuya enemistad perduraría durante centurias.

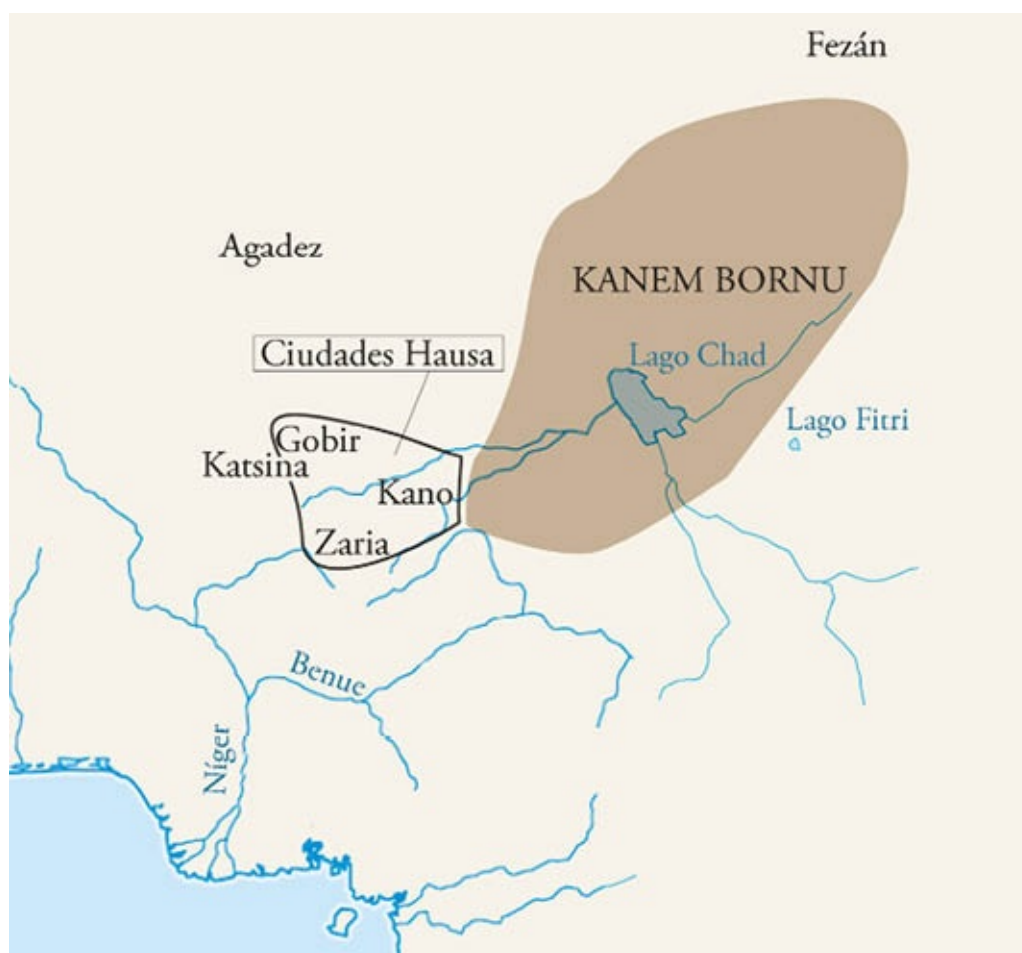
La historia de Kanem vivió un punto de inflexión en la segunda mitad del siglo XI d. C. Hacia 1068 la dinastía reinante hasta el momento fue derrocada por Hummay, quien dio inicio a la dinastía de los Sefuwa. Situaron su capital al oeste del lago Chad, en Njimi, y ya desde tiempos de Hummay el islam fue introduciéndose en sus territorios. Algunos *mai* (rey o emperador) peregrinaron a La Meca en diversas ocasiones.

Los *mai*, representantes de la realeza divina africana, eran los responsables de la lluvia, el buen tiempo y el bienestar de sus súbditos. Como el *kaya maghan* en Ghana o el *mansa* en Mali, el *mai* estaba sujeto a la prohibición, entre muchas otras, de comer en público. Por otra parte, el culto que la población le profesaba a él y a la religión tradicional que lo sustentaba se basaba de manera poderosa en un símbolo que el rey tenía a su cargo, y del que no ha quedado descripción alguna, llamado Mune, que presumiblemente sería un objeto con un gran valor sagrado.

El primer gran *mai* fue Dunama Dibbaleni, durante la primera mitad del siglo XIII. Dunama se rodeó de jurisconsultos musulmanes y entabló relaciones diplomáticas con el norte de África, llegando a enviar una embajada a Túnez portadora de un regalo que maravilló a sus anfitriones: una jirafa. Además, consiguió construir un edificio en El Cairo en el que los kanembu podrían alojarse durante su peregrinación a La Meca. Durante su reinado también emprendió grandes campañas contra sus vecinos paganos y extendió el dominio de Kanem hasta tierras hausa (norte de

Nigeria). Pero entre sus conquistas la más destacada fue sin duda la de la región de Fezán, al sudoeste de la actual Libia. Esta zona era una encrucijada que unía a Kanem con el norte de África, por una parte y, por la otra, con Egipto y el Próximo y Medio Oriente. Desde el punto de vista comercial, el Fezán era un mercado estratégico. A diferencia de los imperios que hemos visto hasta ahora, Kanem no disponía de minas de oro. Los principales productos de exportación eran algunos minerales, algodón, cuernos de elefante, plumas de avestruz y esclavos, que se intercambiaban por caballos, sal, tejidos y armas de hierro. La mayor parte de la prosperidad del Imperio provenía, sin embargo, de las actividades agropecuarias y de la extracción minera, así como de algunos productos artesanales como telas y vestimentas bordadas.

Dunama, al final de su reinado, cometió la imprudencia, tal vez movido por su fe islámica, de destruir el objeto sagrado Mune. Este simple acto conllevó un gran revuelo entre la población y las facciones notables arraigadas a las creencias tradicionales y se abrió un período convulso de querellas internas.



Mapa del Imperio de Kanem-Bornú en su máxima extensión. Fuente: Ki-Zerbo (2011).

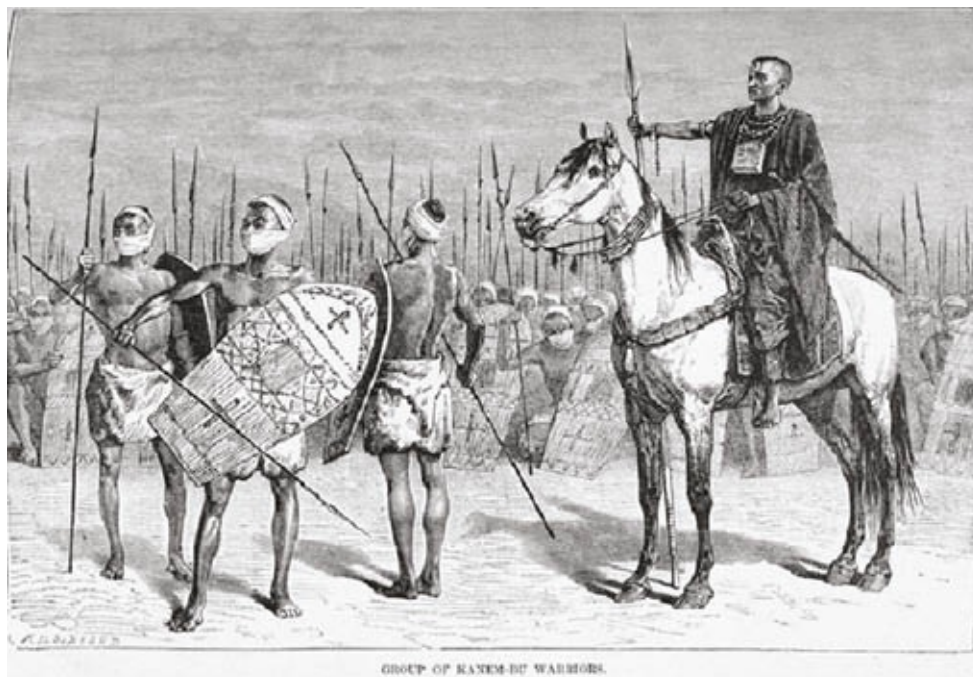
A pesar de todo, Kanem siguió siendo un imperio imponente. En el siglo XIV, el erudito Al-Umari escribió que hacían falta tres meses para cruzarlo de punta a punta. A finales de esta misma centuria los problemas internos fueron constantes y estuvieron acompañados de ataques exteriores. Entre 1359 y 1383 hubo siete *mai*. Al

final, uno de sus enemigos exteriores, los bulala, procedentes del lago Fitri (en el actual centro de Chad), lograron obligar al *mai* a abandonar Njimi y rechazarlo al oeste del lago Chad, en Bornú.

En origen, Kanem y Bornú fueron reinos diferentes pero con el tiempo los *mai* fueron reconocidos por los sultanes del mundo musulmán como soberanos de ambos, tal y como atestiguan las cartas enviadas por el sultán mameluco de Egipto a la corte del *mai*. En Bornú los problemas no cesaron y tanto las querellas dinásticas como los ataques exteriores siguieron siendo una constante en el Imperio. Pasaron más de una docena de *mai* hasta que en 1460 el *mai* Ali Dunamani derrotó a sus rivales y consolidó de nuevo el Imperio, reorganizando la administración y sometiendo a tributo a algunas de las grandes ciudades-Estado hausa. Ali Dunamani inició así un rejuvenecimiento de la dinastía Sefuwa que culminó a principios del siglo XVI cuando el *mai* Idris Katakarmabe consiguió derrotar a los bulala y recuperar la antigua capital, Njimi. Pese a este último logro, los líderes del Imperio prefirieron quedarse en la capital que había creado poco antes Ali Dunamani en Ngazargamu, en Bornú, más fértil y apta para las actividades agropecuarias.

Kanem-Bornú alcanzó su apogeo con el *mai* Idris Alaoma, célebre por sus reformas militares y administrativas. Entre las primeras destacan el empleo de campos militares fijos, las tácticas de asedio y de tierra quemada, la introducción de caballeros y monturas protegidos por armaduras y el uso de mosqueteros con yelmos de hierro entrenados por consejeros militares turcos. De hecho, entre las relaciones diplomáticas que estableció destacaban las que lo unieron con el Imperio otomano, con Trípoli y con Egipto. Idris Alaoma favoreció la construcción de mezquitas, animó la peregrinación a La Meca entre sus oficiales y súbditos y se rodeó de un consejo compuesto por los líderes de los principales clanes que se hallaban en su territorio.

La riqueza que atesoró provenía de los tributos, de los botines de guerra y de su participación en el comercio transahariano. En esta época, la demanda de esclavos por parte de los turcos hizo que los cautivos fueran una de las principales exportaciones de Kanem-Bornú, sembrando un clima de terror en los territorios colindantes e incluso el interior de su propio país.



El explorador alemán Heinrich Barth dibujó esta ilustración a mediados del siglo XIX, en ella vemos a un grupo de guerreros kanembu y a su jefe montado a caballo.

El legado de Idris Alaoma sostuvo al Imperio hasta mediados del siglo XVII, cuando se inició la decadencia. A pesar de ello, la dinastía Sefuwa reinó hasta 1846 y el reino de Kanem-Bornú, debilitado y con su territorio mucho más reducido que en su época de esplendor, siguió en pie hasta que en 1900 las tropas francesas llegaron a las tierras del lago Chad, poniendo punto y final a la conquista colonial de África.

GRAN ZIMBABUE, LA FORTALEZA DE PIEDRA

El viajero que hoy se adentre en la meseta de Zimbabue, entre los ríos Zambeze y Limpopo, hallará en diferentes puntos del altiplano grandes y antiguas construcciones en piedra que se remontan a la época clásica. La más famosa, por sus dimensiones y conservación, es Gran Zimbabue. Se trata de un complejo colosal dominado por la fortificada Acrópolis, en lo alto de una colina, y por el Gran Recinto amurallado a sus pies. Este último forma una elipse de unos cien metros de largo, casi ocho de altura y una anchura de seis en la base y de unos dos metros en la parte superior. Dentro del Gran Recinto, formado por casi un millón de bloques de granito, encontramos un muro interior. Entre ambas murallas un camino conduce hasta una gran torre cónica.



Vista aérea, desde la colina de la Acrópolis, de los territorios de Gran Zimbabwe. Las ruinas se encuentran en una extensión de setecientas veintidós hectáreas.



A la izquierda, uno de los pájaros de esteatita hallados en las ruinas. A la derecha, la bandera nacional de Zimbabwe, que ha adoptado la figura del pájaro como símbolo nacional del país.

A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, Gran Zimbabwe fue saqueada por europeos buscadores de fortuna que se agenciaron los objetos de valor, entre los que destacaban pájaros de esteatita, y todo menos el oro fue tratado de la manera más descuidada. Los saqueadores eran incapaces de apreciar la riqueza cultural de aquellas ruinas, que consideraban la obra de alguna civilización exterior. No concebían la posibilidad de que aquellas majestuosas construcciones hubieran sido erigidas por los pueblos a los que subyugaban con tanto menosprecio.

La construcción de Gran Zimbabwe se atribuye a pueblos de lengua shona. El nombre *zimbabwe* puede traducirse como “casa de piedra” y servía para designar la casa del soberano, es decir, la corte del monarca. Así, un monarca podía desplazarse y el *zimbabwe* se encontraría allí donde él se instalara. El inicio de la construcción suele situarse a finales del primer milenio de nuestra era y alargarse hasta el siglo XV.

De hecho, fue a partir del siglo XII cuando el ente político de Gran Zimbabue adquirió la forma de un Estado si no centralizado, sí bien organizado y jerárquico desde el punto de vista social. Esta evolución se aprecia en la cerámica, más refinada y con mejores acabados, en la aparición de figuritas de argila y en la proliferación de perlas y otros artículos de importación, así como objetos locales de cobre, oro o bronce. En definitiva, en la época se produjo una acumulación económica que fue acompañada por una especialización y una jerarquización social, allanando el terreno para el desarrollo de un poderoso Estado.

Hay diversas teorías que explican su aparición. La primera de ellas es la religiosa, que da al factor cultural el rol motor. Según esta hipótesis, los pueblos de lengua shona habrían llegado a finales del primer milenio aportando a la región ciertas técnicas, en particular para la explotación minera, pero sobre todo habrían traído consigo un importante culto a los ancestros. Crearon espacios en los que desarrollar dicho culto y uno de ellos se situó en lo alto de la colina donde hoy descansan las ruinas de la llamada Acrópolis. Los shona, a continuación, habrían convertido a los jefes locales en vasallos por quienes hacían sacrificios complejos a los ancestros y al dios Mwari, a cambio de que los jefes locales dieran un tributo en marfil y oro. Era precisamente esto último lo que atraía hacia el interior el comercio que bullía por las costas orientales del Índico y que permitió el desarrollo comercial del Estado. Este es, justamente, el elemento de la segunda teoría sobre la formación de Gran Zimbabue, según la cual los intercambios comerciales favorecieron la acumulación de bienes no redistribuibles lo que derivó en la acumulación de poder y riqueza en manos de unos pocos notables.

En realidad, la formación del Estado debió darse por una acumulación de factores. El factor religioso fue importante, pues los soberanos también eran representantes de la monarquía divina africana, y el factor comercial sin duda fue clave al aportar bienes y riqueza del exterior al tiempo que se vendían objetos y minerales del interior del Estado. Pero no hay que desdeñar la importancia de la agricultura y del ganado en la subsistencia del grueso de la población. Entre los siglos XIII y XV, los del apogeo de Gran Zimbabue, los expertos hablan de que su población podría haber llegado a ser de dieciocho mil personas.



Vista aérea del Gran Recinto elíptico de Gran Zimbabue, de hasta once metros de altitud y de una extensión de unos doscientos cincuenta metros, que lo convierten en una de las estructuras antiguas más grandes al sur del Sahara.

La riqueza de los soberanos de Gran Zimbabue estaba ligada a la prosperidad del tráfico costero a donde enviaban el cobre, oro y marfil (que por entonces parecía inagotable) a cambio de diversos objetos de lujo. En los estratos superiores del Gran Recinto y de la Acrópolis se han hallado ornamentos de oro y cobre, esculturas de esteatita, perlas indias y porcelanas chinas, persas y árabes del siglo XIV. Todo ello nos indica que Gran Zimbabue, en el interior de África Oriental, estaba vinculado al comercio internacional del océano Índico. Tal vez el hecho de haber hallado lujos asiáticos haya provocado que se dé una atención exagerada al comercio y no se den tantas explicaciones sobre la agricultura y la ganadería o sobre las actividades artesanales, manufactureras y metalúrgicas, que se dieron en la zona.

El declive de Gran Zimbabue se produjo en la segunda mitad del siglo XV, cuando el comercio con la región había basculado hacia otras zonas y la sabana semiárida que rodeaba el Estado empezaba a dar muestras de agotamiento para las actividades agropecuarias. Incluso puede que períodos de sequía erosionaran la confianza que la población depositaba en sus líderes, a quienes se atribuía el bienestar social pero también el natural (eran los encargados de la lluvia), minando la moral de unos habitantes que tuvieron así menos reparos en abandonar la zona. Mientras el poder de Gran Zimbabue declinaba aparecieron nuevos Estados, en el norte y en el sudoeste de la meseta, que se situaron en lugares más favorables para el comercio y el cultivo. Uno de estos Estados, Monomotapa, pasó a la historia por su relación con los portugueses.

PRESTE JUAN, LEYENDA Y REALIDAD

Durante la Edad Media europea florecieron relatos que hablaban de la existencia de un gobernante cristiano virtuoso y magnánimo, llamado Preste Juan, que se convirtió en el ideal monárquico del cristianismo y que reinaba sobre una suerte de paraíso terrenal.

La primera referencia a esta figura legendaria la encontramos en una crónica germana escrita a mitad del siglo XII. Con el tiempo, las historias sobre el maravilloso reino del Preste Juan fueron difundiéndose por Europa. Durante los siglos XII y XIII la cristiandad occidental situaba al monarca en algún punto remoto de Asia, tal vez en la India. Con la llegada de los mongoles el mundo occidental pasó a situar al Preste Juan en Asia Central. Incluso Marco Polo habló de él y lo asimiló a un rival del temible Gengis Kan.

Fue a principios del siglo XIV cuando la leyenda se trasladó a África. Gracias a los viajeros de la época y a quienes peregrinaban a Tierra Santa, el mundo latino conocía la existencia de un monarca cristiano en algún punto al sur de Egipto. A principios del siglo, el principado se identificó directamente con Etiopía. El fin de las cruzadas había abierto una coyuntura favorable: alrededor del mar Rojo la circulación se hizo más fácil y menos peligrosa. Algunos etíopes llegaron a Europa a través de Jerusalén. En Venecia, Giovanni di Carignano realizó un mapa del país del Preste Juan, el primero en colocarlo en Abisinia. En 1339, el mapa atribuido a Angelino Dulcert, de la escuela mallorquina, situaba a los cristianos de Nubia y Etiopía bajo el mandato del Preste Juan. Poco a poco las informaciones sobre Etiopía se fueron multiplicando gracias a los emisarios que el *negus nagast* “rey de reyes” etíope envió fuera de su país. Los egipcios ponían trabas a estas misiones diplomáticas porque temían una alianza de los etíopes con los francos o los venecianos que comprometiera gravemente el monopolio de su comercio con los países del océano Índico.

Pero los esfuerzos egipcios fueron en balde. En 1400, el rey de Inglaterra Enrique IV dirigió una carta al Preste pidiéndole que liberara el Santo Sepulcro de manos de los moros. En 1402, una delegación etíope llegó a Venecia, trayendo consigo dos leopardos y gran cantidad de productos aromáticos. Cinco años más tarde, peregrinos etíopes alcanzaron Boloña.

En 1427, el rey Alfonso de Aragón recibió una carta enviada por el negus Yeshaq. La carta se la entregaron en mano miembros de una delegación enviada específicamente con esa misión. En ella, Yeshaq le proponía una alianza contra los musulmanes que se sellaría con un matrimonio entre miembros de ambas familias. No está claro si Alfonso respondió a esta misiva ni en qué términos, aunque algunos autores defienden que el rey aragonés estaba dispuesto a sellar la alianza. De hecho, en 1450 envió un mensaje al sucesor de Yeshaq en el que decía estar dispuesto a enviar una expedición si el Preste garantizaba su seguridad, ya que una partida anterior había perecido en el viaje.

Las embajadas etíopes siguieron visitando los reinos occidentales. En 1459, un famoso mapamundi situaba a Etiopía como su pieza clave y estaba aderezado con una

leyenda que rezaba: «El rey de Abisinia, llamado Preste Juan, tiene bajo su Imperio muchos reinos. [...] Este señor, cuando va a la guerra, lleva consigo a un millón de hombres».

A finales del siglo, en 1490, tres años después de que Bartolomeu Dias cruzara el Cabo de Buena Esperanza, otro agente portugués, Pêro da Covilhã llegó a tierras abisinias. A pesar de este primer contacto, no fue hasta 1520 cuando llegó la primera embajada portuguesa en respuesta a la solicitud del negus de ayuda contra los musulmanes, que permaneció seis años en el país. El capellán de la expedición, Francisco Álvares, recibió el relato de los viajes de Pêro da Covilhã y los añadió a las crónicas de lo que él mismo había vivido en África bajo el título *Verdadera Informaçam das terras do Preste Joam das Indias*. En este relato describió el primer encuentro personal entre Occidente y el Preste Juan, que en realidad era el negus Lebna Dengel, y dio información relativa a la situación político-económica del Imperio.

Los portugueses tenían varios intereses en Etiopía. Una eventual alianza permitiría levantar fortalezas en las costas africanas del mar Rojo que sirvieran de soporte efectivo en un flanco vulnerable de la expansión lusa en el Índico. El mar Rojo era el camino natural por el que el Imperio otomano, su gran rival comercial, estaba adquiriendo influencia. De este modo, uno de los principales objetivos de la embajada del padre Álvares era conseguir información sobre las fuerzas de Abisinia, conocer el estado de las relaciones del Preste con otros reinos de su entorno y sondear el apoyo que Portugal podría aportar al reino africano en caso de guerra con sus vecinos musulmanes. Además, para Portugal, Abisinia podía ser fuente de importación de carnes y viandas, así como de sustancias preciosas como la mirra o el incienso. A esto habría que sumar la cuestión religiosa: la diplomacia lusa creía posible una alianza cristiana contra el infiel.



Este mapa del siglo XVI, realizado por el cartógrafo flamenco Abraham Ortelius, presenta los territorios etíopes como el Imperio del Preste Juan.

Según Álvares, el orden y la seguridad reinaban por doquier, las instrucciones de los gobernadores eran respetadas y la autoridad del emperador era absoluta en un país de una extensión de unos mil kilómetros de norte a sur. Desde las provincias y los Estados tributarios afluían impuestos en especie que la corte imperial debía redistribuir. Había grandes corrientes de intercambios comerciales y se importaban productos procedentes de la India y Oriente Próximo.

Pero los portugueses llegaron al Cuerno de África en un momento delicado. La expansión hacia el oeste de los musulmanes provocó un choque inevitable con el Imperio cristiano. En 1529, en la batalla de Sembera Kure, el Imperio abisinio perdió no solamente un ejército entero sino también una parte considerable de su élite dirigente. Las consecuencias fueron terribles. Hasta 1543, todos los años durante la estación seca, los ejércitos musulmanes barrieron los territorios etíopes sometiendo sistemáticamente provincia tras provincia. Uno de los puntos álgidos de estas acometidas llegó en 1533 cuando el lugar santo más importante de Abisinia, Axum, fue completamente arrasado. No obstante, tanto el negus como su población siguieron resistiendo de modos diversos.

Pocos años después de la muerte de Lebna Dengel, la situación política cambió completamente. Un joven emperador, Galaodéos, accedió al trono. Su entronización fue seguida de una restauración rápida del Imperio etíope y de la llegada de un cuerpo expedicionario portugués que ayudó a derrotar a los musulmanes. En febrero de 1543, el ejército musulmán fue destruido al este del lago Tana y su caudillo muerto

en el campo de batalla. No obstante, los musulmanes replegados en Somalia continuaron con sus acometidas mientras en el interior del Imperio los pueblos oromo hostigaban a las fuerzas del negus.

El emperador Sartsa Dengel (1563-1597) tuvo que hacer frente a incesantes campañas en todas las direcciones. Además, llevó a cabo guerras violentas con el fin de aniquilar a los abisinios judíos que habitaban en las regiones septentrionales. Se ignoran las razones de esta guerra religiosa en un momento en el que el Imperio tenía tantos enemigos exteriores. Los judíos debían escoger entre el cristianismo o la exterminación; la mayoría fue exterminada.

Resulta sorprendente que el Imperio de Abisinia, ocupado por combates incesantes durante casi tres generaciones, encontrara la fuerza no solamente para enfrentarse a los turcos del norte, sino también a los musulmanes del este y a los oromos en el sur y el centro, además de vencer y asimilar algunos Estados del suroeste.

Aunque quizá el conflicto más importante para el Imperio fue el que tuvo con la Iglesia católica, que duró casi un siglo (1542-1632). En 1557, Andrea da Oviedo fue consagrado obispo y enviado a Abisinia junto con otros jesuitas portugueses para preparar la «reintegración», es decir, la unión de la Iglesia ortodoxa con Roma. Bajo el reinado de Sartsa Dengel, fueron autorizados a vivir en total libertad y a emprender actividades misioneras. En 1603, un español, Pedro Páez, primer europeo en llegar a las fuentes del Nilo Azul, tomó las riendas de la misión y dejó para la posteridad su obra *Historia de Etiopía*. Para llegar al pueblo, la Iglesia transcribió los debates teológicos en lengua amarítica. Pero esta innovación acabó en 1632 cuando el ge'ez, lengua oficial de la iglesia abisinia, fue restablecido.

Sin embargo, el debate se tornó pronto en hostilidad abierta entre las facciones ortodoxa y católica. La ascensión al poder de Susenyos en 1607 marcó el inicio de la fase decisiva en la rivalidad entre la Iglesia ortodoxa abisinia y la Iglesia católica. Pedro Páez tuvo acceso a la corte imperial y consiguió que, bajo su influencia, el emperador se inclinara cada vez más hacia el catolicismo. La lucha entre ambas doctrinas, llevada hasta entonces con armas intelectuales y dentro del respeto mutuo, se tornó en guerra abierta con la llegada de Alfonso Méndez, el nuevo obispo español enviado por el papa. Bajo la protección del emperador, Méndez quiso volver a poner a la Iglesia abisinia sobre el camino que él consideraba correcto. Todos los curas abisinios debieron pasar una nueva ordenación y todas las iglesias una nueva consagración. El calendario fue europeizado, la circuncisión prohibida y un nuevo bautismo impuesto a todos los abisinios.



Retrato del misionero jesuita español Pedro Páez (1564-1622), primer europeo que llegó a las fuentes del Nilo Azul (1618) y autor de *Historia de Etiopía* (1620), obra que no se publicó en español hasta el año 2010.

Las revueltas se multiplicaron contra la nueva Iglesia, siendo particularmente violentas en las provincias centrales. En 1632 hubo una gran batalla en la que el emperador salió victorioso pero quedó destrozado. Abdicó poco después y, bajo la presión de su pueblo, restituyó la fe de sus ancestros y pidió al antiguo clero que volviera a su propia liturgia.

El siguiente emperador, Fasiladas, hizo que deportaran a todos los jesuitas.

¿QUIÉNES ERAN LOS SUAJILIS?

Si en el occidente africano encontramos el Bilad al Sudan (el país de los negros), en el este hallamos el llamado Bilad al Zanj, el “país de los *zanj*”. No conocemos el significado exacto del término *zanj* pero era utilizado para designar a los habitantes del oriente continental. Lo más probable es que el término fuera sinónimo de «infiel del África Oriental», es decir, los individuos no adscritos al orden de la ‘Umma (la comunidad de creyentes musulmana). Junto a los *zanj*, de forma gradual, aparecieron los *swahili*. Pero ¿qué entendemos por *swahili*?

Swahili (en adelante suajili, en castellano) quiere decir “la gente de la costa” y, en un primer momento, eran los africanos que entraban en la órbita comercial y política

del islam. De este modo, los *zanj* (africanos continentales), eran los interlocutores de los suajilis (africanos de la costa, islamizados o en contacto con el mundo musulmán). Se formó así una nueva cultura, la suajili, africana e impregnada del islam sin por ello desentenderse de sus raíces tradicionales.

Las relaciones entre ambos grupos se intensificaron a partir del siglo x, siguiendo la estela dejada por los surarábigos y azanios. El comercio fue el motor principal de estos contactos y el dinamizador de las costas orientales. Se calcula que estas relaciones produjeron la aparición de más de cincuenta ciudades, como Sofala, Kilwa o Mogadiscio, que estaban centradas en la actividad comercial y cuya población podía oscilar desde los quinientos hasta los treinta mil habitantes.

Muchos grupos de inmigrantes, portadores de la fe islámica, se establecieron en las islas del litoral africano. La más famosa de ellas, Zanzíbar, lleva en su nombre el recuerdo del vocablo «zanj». Elegir estas localizaciones insulares tuvo que ver con cuestiones políticas pero sobre todo fueron motivaciones comerciales las que llevaron a los musulmanes a estas costas africanas. La fusión entre aristocracias locales y musulmanas (que podían ser indias, persas o sudarábigas) fue una realidad que acabó por constituir un nuevo tipo de estructura política.

En este mundo híbrido entre lo africano y lo musulmán, las estructuras urbanas englobaban diversos grupos sociales: pescadores *zanj*, a quienes podía considerarse suajilis por el hecho de abastecer a las ciudades; porteadores y marineros, suajilis al formar parte del engranaje mercantil; pequeños mercaderes y representantes enviados a poblaciones del continente; aristocracia mercantil, mezcla de nobleza africana y mercaderes musulmanes a cuyo frente solía haber un príncipe (jeque o sultán); guarnición pretoriana, pequeña y adscrita al príncipe, insuficiente en las guerras por lo que en caso de conflicto se recurría a tropas continentales; y agricultores y pastores, en el continente, que pertenecían a entidades políticas del interior como Gran Zimbabue.

En resumen, en su origen los suajilis eran la gente de la costa, aquella que se inscribía en la órbita del islam, aunque no fueran musulmanes. Pese a que no existe un pueblo que se identifique como suajili, su lengua, el kiswahili, la hablan más de cuarenta millones de personas e incluso alcanza la costa atlántica occidental a través del territorio congoleño. Es la lengua oficial de Tanzania y nacional en Kenia, se habla en centros urbanos de Ruanda y Burundi y también en Uganda y Mozambique. Las ciudades e islas suajilis fueron escenarios de grandes intercambios desde el siglo x. Vivieron su apogeo en el siglo xiii y aportaron al interior africano productos de parajes tan lejanos como la India o China. De hecho, una flota china visitó la costa suajili durante el siglo xv, antes de que los europeos cruzaran el cabo de Buena Esperanza. A partir del siglo xvi, con la entrada a sangre y fuego de los portugueses en las aguas africanas del océano Índico, los suajilis vivieron un período de crisis que, sin embargo, no acabó con un legado que ha llegado hasta nuestros días.



Este mapa asiático de principios del siglo xv muestra un conocimiento del perfil costero de África Oriental mucho más acertado que el de los mapas europeos coetáneos. Las dimensiones desproporcionadas de China, en el centro del mapa, reducen el tamaño del continente africano.

Esclavos y predadores

EL HOMBRE BLANCO LLEGÓ A LAS COSTAS

Las primeras carabelas portuguesas llegaron a las costas occidentales de África a mitad del siglo XVI. Entre 1444 y 1446 arribaron a las playas de Senegambia. Los primeros contactos fueron hostiles debido a las incursiones que los lusos llevaron a cabo con el objetivo de capturar personas. Estas personas, bereberes de la actual Mauritania y subsaharianos de Senegambia, llegaron a Lisboa convertidas en esclavas: durante estos primeros años de tanteo, poseer a uno de ellos como siervo doméstico era señal de prestigio en la sociedad lisboeta. No obstante, a medida que navegaban más hacia el sur, sus magros intentos por penetrar en el interior en busca del famoso oro del Sudán o de esclavos que llevar a la metrópolis acabaron cuando vieron el alto coste que pagaban ante unas sociedades africanas bien pertrechadas y organizadas que opusieron una feroz resistencia e imprimieron dolorosas derrotas a las fuerzas lusas. Fue por esta razón por la que el rey de Portugal decidió prohibir tajantemente cualquier incursión armada y promover los acuerdos pacíficos con los poderes locales, inaugurando así la trata o intercambio pactado antes de que se acabara la década de 1440.

Este cambio de actitud se plasmó en relaciones comerciales en las que los portugueses consideraban a sus interlocutores africanos como iguales. Al principio, el comercio se concentraba en obtener productos preciados: los portugueses ofrecían manufacturas, caballos y armas de fuego y los africanos daban oro, marfil, pimienta, cera y productos agrícolas y ganaderos; los esclavos, que eran cambiados por caballos principalmente, no suponían el grueso de los intercambios porque la demanda sólo era para abastecer de siervos domésticos a las aristocracias ibéricas. De hecho, los portugueses se articularon en torno a circuitos comerciales preexistentes a escala africana o incluso llegaron a actuar de intermediarios entre diversos puntos de la costa. Por ejemplo, en 1471 llegaron al golfo de Guinea en lo que posteriormente se denominó la Costa de Oro (actual Ghana). Allí encontraron una pequeña isleta a la que llamaron *a mina d'ouro*, o simplemente Mina. Desde este punto litoral ansiaban acceder al comercio del oro que se producía en las tierras del interior pero, para establecerse en el lugar, necesitaron el consentimiento del soberano africano que dominaba aquella franja costera. Una vez acordado el pacto, los portugueses erigieron un fuerte en la isla cuyas ruinas son hoy todavía visibles. En sus comienzos, São

Jorge da Mina (San Jorge de la Mina), como se denominó finalmente el lugar, actuó de punto intermedio en una red comercial interafricana: el reino de Benín (en la actual Nigeria), guerreaba a menudo con sus vecinos y disponía de cautivos de guerra que vendía a los portugueses. Estos los trasportaban hasta Mina y los revendían a los comerciantes dyula (mandingas islamizados especializados en el comercio) que bajaban desde la región sudanesa hasta el bosque guineano en busca de oro y kola.

El ejemplo de Mina sirve para ilustrar la dinámica de la frontera occidental en estos primeros años de contacto. Desde mitad del siglo xv y hasta bien entrado el siglo xix, los europeos jamás penetraron ni lograron establecerse en tierras interiores del continente (salvo alguna rara excepción). Hay quienes abogan por la notable resistencia y buena organización de las sociedades africanas para explicar este hecho, mientras otros aducen que el contagio de enfermedades tropicales pudo ser un freno a la penetración europea. Sea como fuere, los occidentales no conquistaron África del mismo modo que hicieron en América y no hubo un exterminio sistemático de población (no al menos de forma directa, pero sí a través de los engranajes truculentos del tráfico esclavista). De este modo, los occidentales, primero portugueses y españoles y, más tarde, franceses, ingleses, holandeses, daneses, suecos y prusianos se instalaron en pequeñas islas o puntos en la costa que habían sido cedidos por soberanos africanos. Estos puntos de intercambio comercial se conocen como «factorías» y proliferaron a lo largo del litoral africano durante los siglos de trata negrera.

Otro aspecto importante de la primera etapa de contacto fue la presencia de portugueses degradados, convictos o parias, que fueron lanzados a tierras africanas con el objetivo de obtener información y beneficios comerciales. Estos hombres eran conocidos como *lançados* y fueron protagonistas de un proceso de mestizaje que hizo de ellos una comunidad distinta, marginada tanto por portugueses como por africanos, pero que se encontraba en el centro de las relaciones entre ambas.

Los portugueses empezaron también una política tendente a fortalecer a los Estados o provincias de la costa africana, cuyos soberanos aceptaron el beneficio inmediato que los recién llegados ofrecían. El comercio transahariano perdió peso y las rutas comerciales viraron hacia el Atlántico. Muchos reinos o Estados interiores empezaron a debilitarse cuando sus provincias periféricas fueron emancipándose bajo el ala del flamante comercio con los europeos. Es lo que ocurrió con Mali y muchos otros reinos del interior.



Dibujo del castillo de Mina recogido en el Atlas Blaeu-Van der Hem (1660-1663). Los neerlandeses se hicieron con el control de la factoría en 1637.

Lo cierto es que el comercio con los europeos, inicialmente basado en el oro, el marfil y la pimienta, fue cambiando hacia un modelo basado en la mercancía humana, en los esclavos. El número de esclavos transportados a América, como veremos, fue aumentando a lo largo del siglo XVI bajo la demanda de las minas americanas. De hecho, el recurso masivo a esclavos africanos se hizo una vez constatada la alta mortandad de los indígenas americanos en estos trabajos. Los africanos presentaron mejor resistencia para trabajar en condiciones difíciles. Luego, en el siglo XVII, la aparición de las plantaciones de azúcar y tabaco supondría el inicio del paroxismo esclavista y de la sangría demográfica africana fundamentada en el llamado comercio triangular, cuya evolución, funcionamiento y efectos analizaremos en este capítulo.

Así, la costa africana se segmentó con topónimos que hacían referencia al producto dominante de la región: costa de la malagueta, marfil, oro, esclavos... mientras que para los africanos el intercambio se convirtió en el escenario de uno de los mayores dramas de la humanidad.

Cuando el contacto superó las costas: Congo y Monomotapa

La relación entre portugueses y africanos, limitada a las factorías costeras, llegó en algunos casos a ser más profunda y cercana con los poderes continentales. Ahora presentaremos el ejemplo de dos reinos que decidieron forjar alianzas o vínculos más estrechos con los portugueses y que acabaron por lamentar su decisión, ahogados por la soga que los lusos les tendieron al cuello y testigos impotentes de la desestructuración de sus tejidos sociales.

Cuando los portugueses llegaron a finales del siglo XV al estuario del río Congo se

encontraron con un reino poderoso cuya capital, M'banza Congo, se hallaba en el interior (en el norte de la actual Angola). El soberano del reino, el *mani congo*, era otro representante de la realeza divina africana y entró pronto en contacto con los enviados portugueses. A finales del siglo xv, el *mani congo* Dzinga Mbenba se convirtió al cristianismo y adoptó el nombre de Alfonso I. Este pequeño gesto le garantizó el apoyo de los portugueses para enfrentarse a rivales que se oponían entre él y el trono. Se formó así una alianza entre el rey de Portugal y el *mani congo* cuya duración se prolongó, al menos oficialmente, durante los cuarenta años de reinado de Alfonso. De 1512 a 1540, los archivos reales de Portugal albergan más de veintidós cartas que Alfonso I envió a su homólogo y «hermano real» luso. Al leerlas vemos cuál era la intención del *mani congo* al acercarse a Portugal: buscaba ayuda técnica, en bienes materiales pero también en bienes humanos (sacerdotes, albañiles para iglesias, médicos, calafates y expertos en construcción naval que permitieran la creación de naves para poder comerciar autónomamente). Pero sus demandas fueron desoídas por los reyes portugueses que, del Congo y de sus territorios adyacentes, sólo les interesaba una cosa: los esclavos.

En algunas ocasiones el *mani congo* se quejó de este comercio e incluso intentó prohibirlo, pero la penetración de traficantes europeos y el polo de atracción de los puertos costeros hicieron que su intentona se quedara en un vano esfuerzo. Es más, frente a las costas congoleñas, los portugueses ocuparon la isla de São Tomé, en la que iniciaron un sistema de plantación que sirvió como ensayo para las futuras plantaciones de azúcar americanas. La isla necesitaba mano de obra esclava y no dudaron en extraerla de las costas continentales. Además, se convirtió en una parada obligada para todos los barcos cargados con la «madera de ébano» que se llevaba a tierras brasileñas.

El *mani congo* asistió a todo este proceso impotente: si rompía los vínculos que lo unían con Portugal, estos darían su apoyo a los reinos y provincias periféricas y debilitarían aún más el poderío mermado de su propio reino.

Con el paso de los años y el aumento del tráfico de esclavos atlántico, la situación en Congo degeneró. Lo que había empezado como una historia de paz y amistad se retorció hasta formar un crispado entramado de violencia, odio y desconfianza. «Nuestro país está siendo despoblado», llegó a escribir el *mani congo*.



Mapa de los reinos de Congo y Angola recogidos en el Atlas Maior (s. XVII) de Joan Blaeu.

Los vasallos costeros del reino se fueron emancipando gradualmente. En el sur, a mitad del siglo XVI, los portugueses pactaron con Ngola (de aquí proviene el nombre de Angola), jefe del reino de Dongo, que logró la independencia. Esta política se continuó en los territorios adyacentes mientras sus comerciantes seguían infiltrándose en busca de esclavos y el máximo provecho económico.

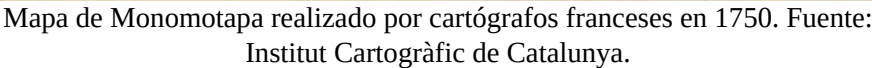
El camino de los portugueses por esta parte occidental de África, sin embargo, no fue un camino de rosas y hubo soberanos que no se doblaron ante las presiones comerciales y ante los beneficios inmediatos que garantizaba la venta de esclavos. El caso más célebre fue el de Nzinga, reina de Matamba, que resistió las acometidas portuguesas durante todo su reinado.

En 1665 los portugueses prepararon incluso una invasión armada en territorio congoleño que acabó con la muerte del *mani congo* en batalla. A partir de entonces, ningún soberano del reino pudo recuperar la gloria del pasado sepultada bajo el comercio negrero.

Si en Congo el tráfico descontrolado de esclavos desembocó en la desestructuración social del reino, en la costa oriental africana el oro tuvo el mismo efecto, o uno muy parecido, en el reino de Monomotapa.

Hacia 1444, en la meseta que se extiende entre los ríos Zambeze y Limpopo, en el momento en el que Gran Zimbabue estaba perdiendo su poderío y relevancia, una fracción de los pueblos de lengua shona, los karanga, conquistaron las tierras del norte situando su centro político junto a un afluente del Zambeze. Desde ahí se fundó un reino poderoso en alcance territorial y en el ámbito político-religioso, además del comercial, a cuya cabeza se hallaba el *mwene mutapa* (literalmente “el señor de los saqueos o de las conquistas”). El título del soberano fue asimilado a su Estado por los

Monomotapa en el norte y la dinastía Changamir, al sur, en un reino llamado Butua. La especificidad de Monomotapa, lo que lo diferenció del resto de reinos, fue el hecho de basar su prestigio y poder en el comercio a larga distancia. La red comercial se encauzó a través de los comerciantes suajilis hasta que a principios del siglo XVI los portugueses llegaron a las aguas del océano Índico y, al encontrarse a unos rivales comerciales tan potentes como los suajilis, además de por su denodada defensa del cristianismo, emprendieron por la fuerza de las armas una cruzada marítima que persiguió arrebatarse el control de los circuitos mercantiles de la costa oriental africana de manos de los musulmanes. Así, las orgullosas y prósperas ciudades suajilis de Kilwa, Mombasa o Zanzíbar, por citar las más conocidas, fueron asaltadas a golpe de cañón.



Tras una expedición fallida en la que intentaron conquistar las minas de oro de Monomotapa, los portugueses lograron llegar a una serie de pactos y alianzas con los que consiguieron la libre circulación de comerciantes y mercancías por las tierras del reino. En el último tercio del siglo **xvi**, los portugueses crearon ferias (mercados que

tenían lugar en días señalados) en las que almacenaban mercancías y comerciaban con las poblaciones circundantes. Durante su infiltración, la diplomacia lusa persiguió el objetivo de alimentar la discordia entre los reinos de la meseta. Lo consiguieron hasta el punto de que, a finales de siglo, Monomotapa les pidió ayuda para frenar las desafecciones de sus vasallos. Recurrir a las armas portuguesas no sólo minó el prestigio del soberano y aumentó una pujante falta de credibilidad en su figura, sino que aumentó la inestabilidad interna y provocó nuevos levantamientos que a su vez fueron sofocados gracias a la ayuda portuguesa.

La protección militar que los lusos proporcionaron a Monomotapa no fue gratuita: a cambio se les concedió la explotación del oro de sus minas. Esto fue la gota que colmó el vaso: la población que se dedicaba a la extracción de oro lo hacía con métodos tradicionales y a una escala reducida mientras que la ambición portuguesa llevaba a cabo una extracción masiva y continuada. Hubo más alzamientos y el reino se despobló de forma progresiva, culminando así su desestructuración sociopolítica.

No obstante, al contrario que en Congo, aunque igual de debilitado, a finales del siglo XVII Monomotapa alcanzó una alianza con la dinastía sureña de Butua y ambos reinos emprendieron una acción armada contra los portugueses, destruyendo en dos años todas las ferias que estos habían erigido entre el Limpopo y el Zambeze y acabando con su presencia en el interior hasta la llegada del siglo XIX.

En contraste con Monomotapa, los reinos de sus alrededores siguieron estrategias más prudentes y evitaron que el volumen comercial y la relación abierta con los occidentales los desestabilizara. De hecho, Butua pervivió como un poderoso reino hasta el siglo XIX.

En resumen, la voluntad de modernización del *mani congo* se saldó con el desarrollo de un desaforado comercio de esclavos, mientras que la demanda de protección militar de Monomotapa revirtió en la explotación de las minas de oro, que nunca cumplió los objetivos portugueses, y la introducción de estos en tierras del interior. Así, la relación comercial abierta y estrecha que Congo y Monomotapa mantuvieron con los portugueses tuvo motivos y objetivos distintos pero un mismo resultado: la desestructuración sociopolítica y económica de unos Estados antaño estables y poderosos.

ESCLAVISTAS Y PREDADORES

Las cifras de la trata de esclavos atlántica han sido, y siguen siendo hoy, objeto de discusión y confusión. ¿Es suficiente contar las personas que fueron transportadas a la fuerza y que constan en los documentos mercantiles «oficiales»? ¿Es suficiente sumar estimaciones de cuántos perecieron en la larga travesía en el mar? Claramente la respuesta es no, no es suficiente. ¿Qué hay de los esclavos cuyo transporte no quedó plasmado en ningún papel, llevados al continente americano de forma

clandestina? ¿Qué hay de los esclavos que murieron en la travesía desde sus hogares, donde fueron capturados, hasta la costa? ¿Qué hay de quienes perecieron intentando evitar que unos grilletes les arrebataran sus vidas? Resulta evidente que toda cifra estará faltando a la verdad en la medida en que sólo reflejará una parte de este abominable comercio, el oficial, el que quedó registrado en los libros de a bordo y en los registros portuarios.

La trata, parafraseando al historiador británico Basil Davidson, empezó como un goteo para luego convertirse, a partir de la mitad del siglo XVII, en un diluvio. Las plantaciones de las Antillas, de las islas caribeñas y de las colonias americanas que a finales del siglo XVIII se convertirían en Estados Unidos de América, alimentaron una demanda feroz de mano de obra esclava que se tradujo en un paroxismo de la exportación de personas en el siglo XVIII.

La sangría demográfica africana resulta hoy evidente, pese a que los cálculos varían en función de los autores que tratan el tema. Generalmente se ha llegado al consenso de que unos doce millones de esclavos fueron transportados de África hacia América entre el siglo XVI y mitades del XIX. En realidad los esclavos empezaron a salir de África hacia el mundo occidental a mitad del siglo XV, por lo que la trata se alargó más de cuatrocientos años empezando —como dijo Davidson— por un goteo y acabando como un diluvio devastador del que muy pocos países europeos quedaron impunes. Veamos en la siguiente tabla el desarrollo del tráfico negrero a partir de los datos oficiales recogidos por los historiadores, en ella se muestran los esclavos embarcados hacia América según las banderas que ondeaban en las embarcaciones (fuente: base de datos de slavevoyages.org):

	España/ Uruguay	Portugal/ Brasil	Gran Bretaña	Países Bajos	Estados Unidos	Francia	Dinamarca/ Bálticos	Totales
1501- 1550	31.738	32.387	0	0	0	0	0	64.125
1551- 1600	88.223	121.804	1.922	1.365	0	66	0	213.380
1601- 1650	127.809	469.128	33.695	33.558	824	1.827	1.053	667.893
1651- 1700	18.461	542.064	394.567	186.373	3.327	36.608	26.338	1.207.738
1701- 1750	0	1.011.143	964.639	156.911	37.281	380.034	10.626	2.560.634
1751- 1800	10.654	1.201.860	1.580.658	173.103	152.023	758.978	56.708	3.933.985
1801- 1850	568.815	2.460.570	283.959	3.026	111.395	203.890	16.316	3.647.971
1851- 1866	215.824	9.309	0	0	476	0	0	225.609

El número de doce millones es el de esclavos embarcados que constan en los registros. Por lo tanto, aquí no se contabilizan las pérdidas acaecidas durante la captura en el interior, durante la larga marcha hacia las costas, durante el período de espera para ser embarcados y, por supuesto, no se tiene en cuenta todos aquellos esclavos que llegaron a América por cauces distintos, como el contrabando, al margen de la legalidad de la época. Intentar calcular el total de pérdidas sufridas por los africanos resulta una tarea difícil de realizar, pero podemos tratar de estimar, mediante aproximaciones, cuál fue el alcance real en pérdida de vidas humanas arrebatadas de su tierra de origen. W. E. B. du Bois, por ejemplo, dio la cifra de quince millones y calculó que por cada esclavo llegado a América cuatro morían por el camino. Por lo tanto, la cifra se elevaría a sesenta millones de pérdidas. Davidson habló de cuarenta millones. El historiador estadounidense Patrick Manning, que realizó un minucioso estudio de demografía política de los años de trata en África, sugiere la cifra de veintiún millones de personas capturadas, de las cuales siete millones se destinaron a esclavitud doméstica en África y cinco millones murieron en el primer año de captura.

A todas estas cifras habría que sumar los esclavos que partieron del continente hacia Oriente, a través del Sahara, del mar Rojo o del océano Índico. La siguiente tabla, extraída de los estudios del historiador Paul Lovejoy, nos da algunas cifras aproximadas entre los siglos xv y xx:

	Número de esclavos exportados
Comercio transahariano	3.150.000
Mar Rojo	1.050.000
Océano Índico	1.042.000

Por lo tanto, si consideramos estas como cifras más o menos oficiales, aceptadas por el grueso de la academia, la sangría demográfica en exportaciones de personas capturadas en total no sería inferior a unos dieciocho millones. De nuevo, insistimos que esto no tiene en cuenta la cantidad de pérdidas acaecidas durante la captura, durante el desplazamiento hasta la costa, ni tampoco las que se dieron a través de cauces clandestinos.

Mientras el tráfico atlántico privilegiaba las exportaciones de jóvenes hombres, el tráfico transahariano y oriental daba preferencia a las mujeres destinadas a harenes o al servicio doméstico, así como a soldados y eunucos. De este modo, se arrebató a África a las personas más jóvenes, vigorosas y sanas, perjudicando a los sectores de población más necesarios desde el punto de vista del dinamismo y la evolución de una comunidad, es decir, a costa de los mejores reproductores y productores.

La consecuencia de la sangría demográfica, según Manning, fue que en la costa occidental en su conjunto el crecimiento de la población fue frenado por el tráfico de esclavos y, entre 1730 y 1850, la población llegó incluso a reducirse. Mientras en 1700 vivían en la costa africana unos veinticinco millones de personas, en 1850 el número se había reducido a veinte millones, mientras el resto de continentes del planeta aumentaban su población. El efecto total del tráfico de esclavos, según los cálculos de Manning, fue que en 1850 la población de África era sólo la mitad de lo que habría sido si la trata no hubiera existido.

Sobre la demanda recae gran parte de la responsabilidad pero, si los europeos jamás penetraron en el continente hasta bien entrado el siglo XIX, ¿quién los abastecía de esclavos?

La complicidad africana en la trata de esclavos es un tema delicado pero fundamental para entender tanto el período comprendido entre los siglos XVI y XIX como los cambios sociopolíticos que en él se produjeron. Hasta el siglo XVI los comerciantes y las élites africanas habían tenido en el comercio a larga distancia uno de los pilares sobre los que se sustentaba su riqueza y preeminencia social. Con el aumento progresivo de la demanda de esclavos desde las factorías europeas de la costa, los cautivos pasaron a ser el producto más valioso para los comerciantes que recorrían África Occidental de mercado en mercado. Para los mercaderes itinerantes como los dyula el comercio de esclavos se presentaba doblemente provechoso:

además de ser un producto codiciado, el esclavo servía como portador del resto de mercancías de las que disponía el mercader.

Las importaciones de la época se basaron fundamentalmente en textiles (primero procedentes de la India, hasta finales del siglo XVIII, y luego de Europa), bebidas alcohólicas y tabaco, armas y munición, sal, barras de acero y cobre, y bienes de lujo. Algunos de estos productos, además, sirvieron como dinero junto a los cauris (por ejemplo, la *guinée*, textil de la India, tenía un valor asignado en los intercambios). Vender esclavos daba así acceso a ganancias inmediatas que coparon la codicia de diversos sectores de la población.

Este comercio daba a las élites que lo controlaban acceso a las armas de fuego que necesitaban para reforzar y mantener su preponderancia. Se configuró así un círculo vicioso, un retorcido pez que se mordía la cola: vender esclavos daba acceso a las armas de fuego y estas, a su vez, facilitaban la captura de más esclavos.

Pese a que hubo personas de condición esclava (nacidas como tales) que fueron destinadas a la exportación atlántica, la mayoría de cautivos embarcados hacia América eran personas a las que, un aciago día, les habían arrebatado forzosamente su libertad. Para comprender este hecho debe señalarse que los cuatrocientos años de trata negrera, en África, se caracterizaron por la instauración de un clima de violencia desmesurada, de inseguridad galopante, que derivó en la militarización extrema de las sociedades. El tiempo de estabilidad y seguridad en los caminos tan loado durante la época clásica quedó sepultado cuando la demanda de esclavos alcanzó cotas insospechadas, empujando a quienes querían sacar provecho a recurrir a formas diversas y truculentas para obtener cautivos.

Durante los siglos XVI-XIX, en África surgieron Estados militarizados, de dimensión más reducida que la de los grandes imperios clásicos, y cuya principal actividad se orientaba al comercio de esclavos. Estos Estados mantenían guerras constantes entre sí en las que tomaban prisioneros que eran reducidos a la esclavitud y destinados a la exportación. En muchas ocasiones las guerras no tuvieron más objetivo que ese: conseguir prisioneros para engrosar el volumen de cautivos disponibles para la exportación. Por otra parte, dichos Estados, a los que en adelante llamaremos predadores, mediante las élites guerreras que se erigían en la cúspide de la pirámide social, realizaron con asiduidad razias o incursiones en los confines de sus territorios. Normalmente los cautivos no se tomaban entre la propia población así que se recurría a los vecinos. Estos saqueos esclavistas arrasaban con todo, devastando campos, pueblos y aldeas con el mero objetivo de capturar personas, encadenarlas y dirigirlas hacia la costa. De esta forma, algunos Estados de la época se preocuparon de asegurar el buen funcionamiento y la protección de la trata negrera.

Por otra parte, también se lograba engrosar las filas de cautivos mediante exacciones tributarias a Estados vasallos y comerciantes en las que, en lugar de pagar en especies o en moneda, se pagaba mediante carne humana.

En este clima de inseguridad cotidiana también se extendió la práctica, a nivel

individual, de los secuestros. Alejarse de las poblaciones a solas se convirtió en un riesgo que la avidez de la trata elevó hasta niveles insospechados. Cualquiera podía ser víctima pero lo más dramático era que cualquiera podía ser también verdugo.

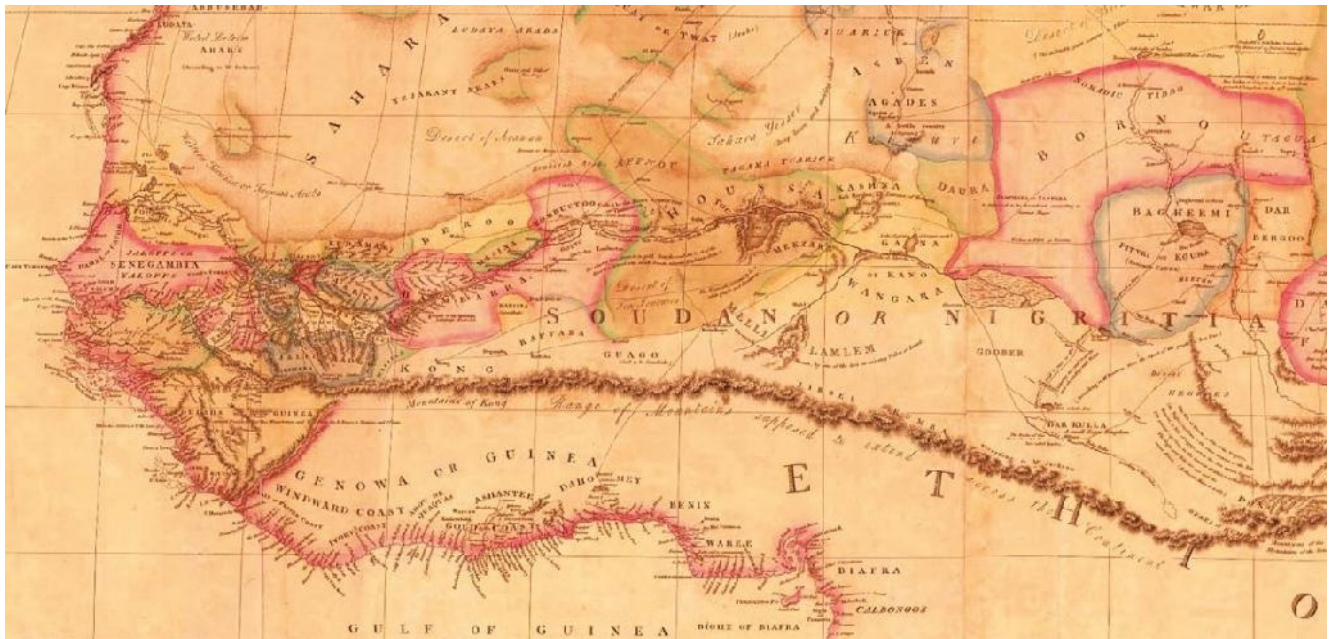
Otro procedimiento para obtener cautivos era a través de la justicia. Los crímenes (robo, asesinato, brujería...) que antaño se castigaban con multas o reparaciones para la parte agraviada empezaron a ser con frecuencia sancionados con la esclavitud del acusado.

Por último, también existieron casos de personas que, durante períodos de hambruna o epidemias, privados de cualquier sustento, se vieron obligados a venderse a sí mismos o a miembros de sus familias.

Antes de abordar las consecuencias de la trata creemos importante dedicar un breve espacio a los mencionados Estados predadores. La mayoría de ellos se localizaron en África Occidental, distribuidos entre la costa de Senegambia, las actuales Guinea, Liberia, Sierra Leona y Costa de Marfil, la Costa de Oro (actual Ghana) y las bahías de Benín y Biafra, además de Congo y Angola, de donde procedieron la mayoría de esclavos que llegaron a Brasil. Entre estos Estados podríamos destacar Gabou (Senegambia), Segu (sabana sudanesa), Ashanti (Costa de Oro), Dahomey (actual Benín) u Oyo (Nigeria). Solían ser de tamaño relativamente reducido, cuanto menos población albergaran sus poco definidas fronteras más incursiones en los alrededores podían hacer. La génesis de algunos de estos Estados nos sirve para ilustrar cómo el contexto del momento los modeló e impulsó hacia la órbita de la trata de esclavos.

Dahomey y Ashanti, cazar o ser cazados

En el oeste de la actual Nigeria los Estados yoruba de la región costera capitalizaron las actividades de captura y venta de esclavos. El más conocido de todos ellos, Oyo, hostigaba al resto de reinos y realizaba incursiones en los territorios del interior. En lo que hoy en día es el país de Benín (no confundir con el reino de Benín que en la época se encontraba en el oriente nigeriano) el pueblo fon sufría las incursiones tanto de Oyo como de otros Estados predadores de la zona. En esas circunstancias, los fon se unieron contra las incursiones esclavistas de sus vecinos orientales y de los invasores costeros. Pero su defensa pasaba por conseguir un acceso a las armas y a la munición que proveían los europeos. Fue así como el reino de Dahomey, en el siglo XVII, hizo frente a sus rivales y avanzó desde el interior para tomar el control de los puertos frecuentados por los europeos. Su supervivencia dependía de las armas de fuego y estas sólo podían adquirirse a través del comercio de esclavos. Dahomey se encontró con un dilema habitual en la época: esclavizar o ser esclavizados. Evidentemente, se decantó por lo segundo y, pese a ser durante gran parte de su historia tributario de Oyo, se convirtió en uno de los grandes interlocutores del comercio con la frontera occidental en el golfo de Benín.



Mapa británico de principios del siglo XIX en el que podemos ver la localización de los principales Estados predadores de la época como Ashanti (Ashantee), Dahomey y Segou (Bambara). Fuente: Institut Cartogràfic de Catalunya.

Hacia el oeste, en la bautizada como Costa de Oro, diversos pueblos akan del interior se unieron en los albores del siglo XVIII para formar la Confederación Ashanti. Como los fon de Dahomey, estos pueblos vieron su seguridad amenazada por las incursiones desde la costa y se enfrentaron a la disyuntiva de someterse a las incursiones o realizarlas ellos mismos. Bajo el liderato del líder de la confederación, cuyo título era el de Ashantihene, los Ashanti se abrieron paso hasta el mar y acabaron por imponer su hegemonía en la Costa de Oro, una hegemonía basada en el tráfico de esclavos sustentado en las incursiones a los territorios vecinos. La voluntad de autodefensa tornó a las víctimas en predadores.

Tanto Dahomey como Ashanti fueron dos de los Estados cuya resistencia a la colonización generó más batallas y ríos de tinta en la prensa de la época y en los libros de historia colonial.

Segu, la militarización exacerbada

Tras la desintegración de Mali y Songhay, la zona de sabana sudanesa se convirtió en el escenario de una nueva realidad sociopolítica. La inseguridad promovida por la demanda esclavista tanto atlántica como sahariana dio un nuevo significado a las asociaciones de jóvenes armados. Estas bandas ofrecían protección a determinados pueblos mientras realizaban incursiones allá por donde pasaran. A finales del siglo XVII, el líder de una de estas asociaciones, Biton Coulibaly, llegó con sus compañeros a Segu, en la curva del Níger. Allí ofreció su protección al senado compuesto de los ancianos del lugar, pero estos la rechazaron. Poco después, Biton decapitó a los miembros del senado y se erigió como señor de Segu. Los miembros de su

asociación, llamados ton-yon, se convirtieron en esclavos de la asociación y en el eje del nuevo Estado. Jóvenes, desarraigados y militarizados, los guerreros bámbara de Segu se dedicaron única y exclusivamente a la guerra, marginando a los linajes no especializados en ella. El guerrero de Segu se labró la fama de tramposo y artero, de soldado ebrio que menospreciaba las tareas del campo. En Segu quienes cultivaban eran esclavos, mujeres y niños, y a su alrededor la desolación se hizo más y más acentuada tal y como atestiguó el viajero escocés Mungo Park a finales del siglo XVIII. El Estado guerrero, predador, instaurado por Biton Coulibaly fue durante la época uno de los principales proveedores de esclavos a través del Sahara y también de las costas de Senegambia.

MÁS ALLÁ DE LAS CIFRAS

La frialdad de los números en ocasiones puede distorsionar cómo percibimos la realidad que representan. Detrás de cada cifra hubo un rostro humano, una persona: un padre, una madre, un hermano o hermana, un tío o tía, un primo o prima, un amigo... Si imaginamos lo que supondría para nosotros la pérdida de nuestros familiares más allegados, de nuestros conocidos, o lo que es más importante, la amenaza de pérdida, estaremos de acuerdo en que ello tendría un efecto demoledor en nuestra vida diaria, en nuestra cotidianidad, incluso en nuestra manera de vivir y en nuestro modo de entender el mundo que nos rodea. La trata de esclavos no fue una experiencia pasajera, sin ninguna consecuencia en las sociedades que la sufrieron. Tuvo efectos inmediatos y de largo alcance, sus tentáculos llegaron hasta los rincones más remotos de la sociedad. A continuación esbozaremos un retablo de dichos efectos, de cómo la trata afectó a la economía, a la política, a la sociedad y a las mentalidades durante cuatrocientos años de tragedia sangrienta en África. Pero también hablaremos de cómo este infamante comercio moldeó el mundo en el que vivimos.

Economía de trata, economía del sufrimiento

Evaluar los costes económicos de la trata es una tarea difícil. Muchos historiadores han realizado esfuerzos para conseguirlo. Como apunta el historiador Paul Lovejoy había costes asociados a la «producción» (captura), pero el verdadero coste humano incluía la pérdida de la vida y de la libertad, y las hambres y enfermedades que siguieron a la devastación de las guerras y los saqueos. Esta atmósfera bélica y militarizada era sostenida por las élites en el poder que vieron en el negocio del tráfico de esclavos una manera rápida de obtener lujosos beneficios. Esto reforzó el interés propio, egoísta, y los cálculos económicos a corto plazo, lo cual afectó de manera negativa al desarrollo de las sociedades. Además, los intercambios a menudo

presentaban un desequilibrio notable en el valor entre productos exportados e importados.

La aparición de los Estados predadores, es decir, de unidades político-militares que basaban su supervivencia económica en la captura y venta de personas, caracterizó a los siglos de trata. Al centrar su actividad en el ámbito militar acabaron por marginar las actividades agropecuarias, que quedaron relegadas a mujeres, niños y esclavos. Por otro lado, los campesinos que no formaban parte de dichos Estados estaban expuestos de manera constante a una atmósfera de miedo e inseguridad que, evidentemente, causó estragos en las cosechas. Al ser su principal preocupación sobrevivir y evitar ser capturado, las tareas agropecuarias experimentaron una disminución considerable en las áreas más afectadas por la trata. Algunos autores hablan de estancamiento e incluso regresión de las fuerzas productivas a escala africana. El historiador senegalés Boubacar Barry afirmó que la situación de guerra continua, de violencia sin contención, llevó a un bloqueo que impidió todo desarrollo cualitativo de la sociedad debido a la estagnación de la economía y de las técnicas. En el caos general, la idea de producir y de acumular se desvaneció gradualmente.



Grabado de una caravana esclavista en África Central elaborado por el explorador David Livingston a mitad del siglo XIX.

La rentabilidad también jugó un papel importante al determinar hacia dónde y desde dónde procedían los esclavos. Los estudios de Manning apuntan que se formó un patrón claro: entre los esclavos capturados en el interior era más rentable llevar hacia la costa a los hombres que a las mujeres. Los hombres que hacinaron en los barcos negreros procedían en su mayoría del interior mientras que las mujeres, menos numerosas, procedían de la costa. En algunas zonas, la mayoría de mujeres frente a los hombres hizo que aumentara la poligamia.

Por otra parte, la trata introdujo de forma más contundente el concepto del dinero (textiles, cauris, barras de hierro o bronce...) que acabó implantándose con fuerzas en muchos lugares con lo que se produjo un aumento de las actitudes productivas proyectadas más hacia el mercado que hacia la subsistencia. Que esto fuera algo

positivo es algo sujeto a la valoración de cada cual.

Gran parte de la literatura sobre las consecuencias económicas de la trata de esclavos se centra en sus efectos en el África contemporánea. Así, muchos autores sitúan en este período una de las principales causas del subdesarrollo del continente. Parece algo indiscutible si, como hemos señalado en líneas anteriores, tenemos en cuenta que durante cuatrocientos años se primó la actividad militar por encima de cualquier otra.

Las heridas abiertas: militarización, miedo y sangre

La idea básica que debe asimilarse para comprender el período es la generalización de la violencia: la guerra entre Estados se hizo habitual e incluso dentro de cada Estado se podía percibir una aristocracia guerrera encargada de la captura de esclavos y una población campesina que acabó siendo víctima de las razias. La violencia crónica, además, se perpetró a medida que pasaban los años con armas más mortíferas y destructoras: las armas de fuego. Por lo tanto, el período se caracterizó por la militarización en todos los ámbitos de la vida que derivó en una crispación social, justificada por necesidades ofensivas o defensivas, que repercutió en las estructuras sociopolíticas de la época e incluso en el pensamiento y las cosmovisiones.

Los jóvenes pasaron de ser un sector dependiente y relativamente marginal a ganar una preeminencia social sin precedentes. En algunos casos, como el de Segu, suplantaron de forma traumática a los antiguos sistemas basados en los consejos de ancianos. Esta hegemonía juvenil precisó de un activismo guerrero constante para reafirmar su preponderancia y su carácter indispensable, contribuyendo así a la perpetuación de la violencia.

Durante los siglos de trata se incrementó la subordinación de la mujer, devaluada por su incapacidad militar y alejada más que en épocas precedentes de los centros de decisión política, con salvedades notables como entre los Ashanti o como el cuerpo de élite de amazonas de Dahomey. Esto repercutió en la actividad agropecuaria. Los campos no sólo perdieron la presencia masculina sino que también perdieron actividad cultivadora por la inestabilidad e inseguridad reinantes. Los grandes movimientos de poblaciones que huían de las garras de los predadores también afectaron a la agricultura, fundamentada en la estabilidad y la permanencia.

En definitiva, la trata conllevó un trauma moral e ideológico que contagió a numerosos africanos y que puede apreciarse en la aparición de los Estados predadores. Siguiendo los trabajos del historiador catalán Ferran Iniesta, el carácter destructivo de la actividad social empobreció las concepciones ideológicas. Se produjo una grave banalización de la vida humana, que perdió gran parte de su sacralidad, y un oscurecimiento de las cosmogonías en las que las divinidades destructivas y marciales fueron colocadas en el eje. Durante centenares de años se

primó la fuerza militar, se redujo la preponderancia de linajes y familias, aumentó el individualismo y se multiplicaron las incertidumbres cotidianas al tiempo que las mentes se poblaban de genios oscuros y malévolos.

El rey-dios africano, entendido como una figura necesaria por su función de mediador entre sociedad y cosmos, entre gente y las fuerzas naturales, quedó relegado en los tiempos de trata por una nueva legitimidad: la que otorgaba la fuerza bruta, militar. Por eso la mayoría de soberanos de los Estados predadores no fueron reyes-dioses ni llegaron al poder a través de una forma vista tradicionalmente como legítima. Algunos conservaron ciertas prácticas de la monarquía divina pero su función ya nada tenía que ver con esta. Mientras Sunyata Keita de Mali poseía la *mansaya*, la autoridad legítima aceptada por el pueblo, Biton Kulibaly de Segu poseía la *fanga*, la fuerza bruta, el poder físico.

No sólo los líderes políticos sufrieron transformaciones. Los sistemas de justicia también se vieron alterados, corrompiendo las estructuras legales previas: las penas judiciales que habían tenido la forma de pago de compensaciones o exilio, por ejemplo, se convirtieron en esclavitud. Muchos delincuentes pasaron a ser condenados a la exportación. Uno de los casos más llamativos es el de los Aro, en el sureste nigeriano, donde su famoso oráculo juzgaba y condenaba. También se le ofrecían libaciones, sacrificios en forma humana, víctimas de las razias y los saqueos. Pero estos sacrificios, que eran devorados por el oráculo, no se saldaban con la muerte de los sacrificados, que era simbólica. En realidad, los esclavos comidos por el oráculo eran desviados hacia la costa donde los barcos negreros sí que los alojaban en sus entrañas.



Retrato de finales del siglo XIX de un grupo de senegambianos armados con fusiles. La trata de esclavos alimentó el conocido como el ciclo de esclavos y armas (*gun-slave cycle*). Quienes capturaban personas adquirirían a cambio armas de fuego con las que, a su vez, se servían para capturar a más cautivos e imponer su preponderancia militar sobre las poblaciones desarmadas.

Algunos autores han situado también en los siglos de trata el origen de la desconfianza y la corrupción en las sociedades africanas. La inseguridad, el egoísmo y la violencia ahogaron durante siglos a estas sociedades en las que unos pocos, de la mano de la demanda europea, sacaron provecho del sufrimiento de la mayoría. Iniesta, a su vez, ha hallado en esta época una de las raíces de la violencia en el África contemporánea. Para el historiador catalán, la trata negrera es la primera de las tres fases de la violencia que han marcado los conflictos armados en África, tal vez la más relevante de todas al inaugurar una época oscura y conformar un contexto en el que las dos siguientes fases encontraron un fácil acomodo: la violencia en época colonial y la violencia de los Estados independientes.

Por último, en los inicios de la exportación de esclavos los africanos no tenían una identidad común. Ni siquiera compartían una misma fe como los europeos. Pero el curso de la trata, junto a la formación en las mentes europeas de los prejuicios raciales hacia los negros como una única masa de fuerza de trabajo, contribuyó al desarrollo de una conciencia identitaria común. Primero víctimas de la trata frente a los blancos y luego subyugados por estos durante la colonización, los habitantes del África subsahariana empezaron a verse a sí mismos como «africanos» en un mundo

que se esforzaba por marcar las fronteras entre dominadores y dominados. En América, el fenómeno quizá fue más evidente, al estar los negros inseridos en sociedades blancas, pero en África también se dio un proceso similar. Tal vez en los años de trata se gestó el panafricanismo que el colonialismo se encargó de avivar.

La configuración del mundo moderno

¿Cuál fue el legado de la trata de esclavos en el resto del mundo? Para Walter Rodney, uno de los primeros en abordar el tema, los siglos de trata significaron el enriquecimiento de una parte del mundo (Occidente) en detrimento de otra (África). La tragedia africana, en palabras de Patrick Manning, fue también un sacrificio: la pérdida de África fue la ganancia de Occidente. En primer lugar, la esclavitud dio al Nuevo Mundo la mano de obra que se encargó de los trabajos más sucios y extenuantes que contribuyeron a la aparición de todo un sistema económico: el capitalismo. Así, la esclavitud a través del océano Atlántico, como sostuvo el historiador Eric Williams, contribuyó al despegue del capitalismo en Europa y América. Quienes se enriquecieron con el tráfico negrero, con el régimen de plantaciones y el comercio vinculado a ellas, invirtieron sus fortunas, tal y como apuntó el historiador nigeriano Joseph Inikori, en las fábricas británicas. El dinero que impulsó la industrialización estaba manchado de la sangre de esclavos africanos. No hay que irse a Gran Bretaña para cerciorarse del impulso económico que dio la trata y el sistema esclavista. Los indianos catalanes, pulmones de la industrialización en España, también amasaron su fortuna, en gran medida, a través de este sistema deleznable. Todavía hoy, si uno pasea por las calles de Barcelona puede toparse con estatuas dedicadas a prominentes negreros. Pocos países tienen las manos limpias. Es curioso que, cuando las fábricas ya no precisaban de esclavos, sino de obreros asalariados, fueron los mismos países que alimentaron el tráfico atlántico los que se encargaron de abolirlo y perseguirlo. En el siglo XIX, las tropas coloniales entraron en África con la excusa de acabar con la esclavitud, para liberar a esos pobres negros e iluminarles el camino hacia la civilización y la cultura. Poco les importó que fueran ellos mismos quienes habían promovido la tragedia que asoló el continente durante cuatrocientos años. El racismo ya estaba arraigado en las mentes occidentales.

Todavía hoy es palpable la herencia de esos tiempos oscuros. La gente negra, en África y en América, sigue siendo víctima de la pobreza y de la discriminación racial. Los orígenes de ambas pueden trazarse hasta el estatus de esclavo de tantos africanos del pasado. África no fue para Occidente durante cuatro siglos más que una fuente inagotable de mano de obra esclava que se encargaron de explotar. Y cuando esta dejó de ser necesaria, la tragedia humana se convirtió en tragedia natural: sus materias primas sustituyeron a las desdichadas personas en las bodegas de los barcos.

EUROPEOS EN EL SUR DE ÁFRICA

Mientras la mayor parte del continente vivía sumida en las tinieblas de la trata de esclavos, el sur de África permaneció relativamente ajeno al tráfico que se hacía en las costas occidentales y orientales.

Normalmente se ha considerado a los bosquimanos (san) y a los hotentotes (khoi), los primeros habitantes de África del Sur, los primeros cazadores y los segundos ganaderos. A finales del siglo XVI la presión de los pueblos bantúes como los sotho o los nguni empujó a los bosquimanos a las estepas desérticas del Kalahari (actual Namibia) y a los hotentotes hacia la zona de El Cabo, donde se mezclaron hasta cierto punto con los bantúes. La región mantuvo contactos tenues con los europeos que fondeaban en la costa en su periplo hacia las escalas del océano Índico. Pero en 1652, el holandés Jan van Riebeck fundó un establecimiento en el Cabo de Buena Esperanza. Él y la Compañía Holandesa de las Indias Orientales concibieron el lugar como una etapa de aprovisionamiento en la ruta marítima hacia Oriente.

Pronto el establecimiento fue creciendo y su importancia como punto de avituallamiento y aprovisionamiento de alimentos para las embarcaciones se incrementó. La llegada de esta comunidad europea pronto generó problemas. Los hotentotes de la zona poseían grandes rebaños a los que los recién llegados querían acceder pero se negaron a venderlos a los europeos. En ese momento la Compañía decidió enviar al sur africano colonos que produjeran lo suficiente para poder avituallar a las embarcaciones que paraban en el Cabo.

Tras un tiempo estos colonos consideraron que las tierras que les habían concedido eran escasas y que los impuestos recogidos por la Compañía eran demasiado onerosos. Empezaron así sus primeras migraciones (*trek*) hacia el este, apoderándose de inmensos dominios para el ganado y la agricultura y chocando en su movimiento con las poblaciones africanas que ocupaban el lugar.



La mayoría de estos colonos campesinos (bóer) eran protestantes procedentes de los Países Bajos que escapaban de la opresión religiosa que los españoles imponían en esos momentos en su tierra natal. Tenían conocimientos muy rudimentarios de la Biblia e interpretaron de forma simplificada las tesis de Calvino sobre la salvación y la predestinación. Acabaron considerándose a sí mismos como elegidos de Dios para dominar a la masa de pueblos negros. Su avance por territorio africano estuvo marcado por el enfrentamiento con los autóctonos. No obstante, su desprecio por estos se vio atenuado por el hecho de que entre los colonos las mujeres eran minoría. Por lo tanto, los bóeres acudieron a las mujeres hotentotas y de esta relación surgieron mestizos (*bastards, griquas, coloured*), a quienes consideraban inferiores pero superiores al resto de africanos.

A comienzos del siglo XVIII llegaron a la región nuevos refugiados. En este caso eran protestantes franceses que huían de su país. Se unieron a los bóeres y dieron un nuevo impulso a sus migraciones. Poco a poco fueron desposeyendo a los hotentotes de sus tierras y convirtiéndolos en siervos agrarios o domésticos. No obstante, estos movimientos de población se recrudecieron cuando chocaron con pueblos bantúes, mejor armados y organizados militarmente que los hotentotes. De este modo, quienes habían sido víctimas de la represión religiosa en Europa se convirtieron en opresores en África.

A finales del siglo llegaron los británicos, ondeando la bandera abolicionista y promulgando leyes y deberes que exaltaban las pasiones de los bóeres. Así, a principios del siglo XIX en el sur africano se encontraban los tres protagonistas de la dramática evolución histórica que condujo a los regímenes racistas del *apartheid*. Eran las conocidas como las tres B: bantúes, bóeres y británicos, que desde entonces permanecieron en constante conflicto entre ellos.

El siglo sangriento

El siglo XIX, en África, ha suscitado multitud de debates entre los historiadores, quienes han hecho correr ríos de tinta en libros y revistas especializadas. De forma resumida puede decirse que la atención se ha centrado en cuatro fenómenos ocurridos durante la centuria: el final de la trata de esclavos atlántica y su impacto en las sociedades africanas; el desarrollo del llamado comercio «legítimo» y sus efectos; las revoluciones musulmanas; y, por último, la conquista colonial y el subsiguiente reparto de África por las potencias europeas.

En este capítulo abordaremos todos estos fenómenos, íntimamente relacionados entre sí, que marcaron la historia del continente y configuraron el lienzo sobre el que el colonialismo dibujó su retorcida obra.

ABOLICIÓN Y COMERCIO LEGÍTIMO

En el año 1807, Gran Bretaña, que había sido uno de los principales promotores del comercio triangular, abolió la trata de esclavos. Desde entonces los británicos empezaron a presionar al resto de países europeos para que siguieran su ejemplo. De hecho, llegaron a crear un escuadrón naval, el West African Squadron, que se dedicó a patrullar las costas de África Occidental en busca de los barcos negreros. De forma gradual, los países europeos fueron suprimiendo la trata, declarándola ilegal, a medida que la industrialización iba avanzando en las metrópolis. Sin embargo, los esclavos siguieron llegando a América hasta la década de 1860, sobre todo procedentes de Angola y Congo con destino Brasil o Cuba, a bordo de embarcaciones que en su mayor parte ondeaban la bandera española o portuguesa aunque también las hubo que, por el contrario, no ondeaban bandera alguna, pues se dedicaban al tráfico clandestino.

Por otra parte, la trata oriental de esclavos, que hasta entonces había permanecido un poco al margen del tráfico atlántico, sufrió un auge significativo a lo largo del siglo. El repunte se debió al aumento de la demanda en diferentes frentes, entre los que destacó la isla de Zanzíbar, donde proliferaron las plantaciones. Este aumento sin precedentes de la trata de esclavos en esta parte de África produjo estragos en el interior, alcanzando la región de los Grandes Lagos. Los exploradores decimonónicos como Livingston fueron testigos del clima desolador de esos tiempos. De hecho, el final de siglo fue para África Central y Oriental un período de destrucciones nunca

vistas. La prohibición de la esclavitud en la costa agravó la situación del interior; los esclavos se amontonaban en los almacenes de los lugares de tránsito y de selección. Era necesario vender un mayor número para acabar recibiendo un beneficio discreto. Se produjo un enorme desperdicio de vidas humanas, tal y como atestiguó el viajero Cameron: «África pierde sangre por todos sus poros». Cabría preguntarse cuánto peso podemos atribuir a esta época sobre la actual inestabilidad de la región. En la siguiente tabla, extraída de los estudios de Paul Lovejoy, se muestra el número de esclavos exportados durante el siglo XIX desde África.

Región de exportación	Número de esclavos
Transatlántico	3.330.300
Transahariano	1.200.000
Mar Rojo	450.000
Océano Índico	442.000
Total	5.442.000

En el capítulo anterior hemos hablado de los nefastos efectos que tuvo la trata en las sociedades africanas. Podríamos pensar, por extensión, que el final de la misma fue positivo para el continente. No obstante, la realidad fue mucho más compleja. En unas sociedades dependientes del tráfico esclavista durante cuatrocientos años, en las que los cauces comerciales se habían enfocado a tal efecto y en las que la violencia había destruido la estabilidad de épocas anteriores, el final del infamante comercio tuvo una relevancia capital.

Durante el siglo XIX, los europeos cambiaron la naturaleza de su demanda: de esclavos pasaron a materias primas y productos agrícolas que el continente podía ofrecer. Resulta especialmente revelador el interés que tuvieron por el aceite de palma (caso británico) y el aceite de cacahuete (caso francés), codiciados por su valor como lubricantes industriales. Se produjo así una transición comercial que empezó a definir el camino que iban a seguir en adelante las relaciones comerciales entre África y el mundo: materias primas a cambio de productos manufacturados.

Este cambio produjo en algunos casos, sobre todo en los Estados predadores, una crisis de adaptación de las élites guerreras al nuevo comercio de productos agrícolas. Pese a que no se puede generalizar, ya que en algunas zonas la transición comercial fue superada con éxito, lo cierto es que esta tuvo importantes consecuencias allí donde se dio. En los casos en los que las élites no fueron capaces de controlar el nuevo comercio, más disperso y abierto también a campesinos y pequeños comerciantes, se produjo un debilitamiento de su poder que se tradujo en un incremento de la presión que infligían sobre las poblaciones campesinas y ganaderas.

Desprovistas de su principal fuente de ingresos, las élites guerreras recurrieron al saqueo y la extorsión para compensar el vacío dejado por la trata con los europeos. Así, en estos casos, el final de la trata no se tradujo en una reducción de la violencia sino en un cambio de su objetivo: de personas a productos agrícolas.

Otro aspecto importante ligado al llamado comercio «legítimo» (recordemos que durante cuatro siglos el tráfico negrero fue legal y que junto a los esclavos también se exportaban todo tipo de productos) fue el de la esclavitud. Los estudios de los historiadores Paul Lovejoy y Patrick Manning han demostrado que tras el final de la trata atlántica se produjo en África un aumento de la esclavitud. Aunque esto pueda sonar extraño, no lo es tanto si reflexionamos sobre la situación del momento. El comercio «legítimo» se llevaba a cabo en su mayor parte mediante productos agrícolas. Estos debían ser cultivados a gran escala para satisfacer la voluminosa demanda europea, creando así una necesidad de mano de obra que los trabajara. De esta forma, los esclavos que antaño eran destinados al mercado exterior en adelante permanecieron en el continente como mano de obra agrícola. Pasaron así de productos a productores.

Por último, el comercio «legítimo» también puede relacionarse con el imperialismo y la penetración europea en el continente. En primer lugar, la supresión de la trata y el desarrollo del nuevo comercio llevaron a los europeos a interferir políticamente en unos Estados africanos que habían permanecido independientes desde que se estableciera la frontera occidental. Se impusieron cambios en las estructuras económicas y comerciales y, cuando estos cambios no fueron satisfechos, se recurrió a la presión diplomática y, sobre todo, militar. La transición comercial fue, por lo tanto, inherentemente imperialista, no porque condujera a la anexión en sí misma, sino en el sentido de involucrarse en el ejercicio de poder político para promover determinadas formas de desarrollo comercial. Este tipo de acción ha sido conocida como imperialismo informal y precedió al formal, es decir, a la anexión y reparto de África por las potencias europeas.

Es curioso que en última instancia, los Estados que superaron con éxito la crisis de adaptación y los que no lo hicieron acabaron sufriendo un destino similar. Por una parte, las respuestas exitosas a la crisis resultaron ser una amenaza para los intereses comerciales europeos. Algunos jefes africanos asignaron impuestos sobre el nuevo comercio o un cierto control monopolístico. Por ello, con la conquista, los europeos pretendían imponer el libre comercio y acabar con los monopolios y con las cargas impuestas por los dirigentes africanos. Además, quienes se adaptaron a los nuevos patrones comerciales recurrieron en gran medida a mano de obra esclava para cultivar los campos y satisfacer la demanda. Resulta paradójico que otro de los argumentos esgrimidos por el imperialismo europeo fue el de acabar con una esclavitud que ellos mismos habían fomentado.

En resumen, podemos observar dos escenarios: uno en el que hubo una crisis de adaptación de las antiguas élites que se saldó con episodios de violencia y

desintegración social, y otro en el que estas élites, u otros actores, pudieron controlar el comercio imponiendo tasas y monopolios y recurriendo al trabajo esclavo. Donde la transición tuvo efectos desintegradores en las estructuras políticas, los intereses comerciales europeos acabaron reclamando la intervención para imponer orden. Donde los Estados locales mantuvieron el control, la intervención se dio en virtud de los intereses del libre comercio. De un modo u otro, los Estados africanos no tuvieron opciones de ganar la partida.



Cuando la diplomacia no surtía efecto, los cañones no tardaron en aparecer tal y como demuestra este grabado del explorador Henry M. Stanley a finales del siglo XIX.

EL RETORNO DE LOS ESCLAVOS

El siglo XIX fue testigo de un hecho insólito: dos de las primeras colonias que se fundaron en el continente africano fueron pobladas por esclavos liberados (recordemos que hasta finales del siglo la presencia europea se limitaba a enclaves en la costa cedidos por los soberanos africanos). Se trata de Sierra Leona, fundada por iniciativa británica, y de Liberia, de iniciativa estadounidense.

Sierra Leona, el caso británico

A finales del siglo XVIII, el número de esclavos negros liberados en Inglaterra empezó a ser un problema para las autoridades británicas. Surgió entonces un movimiento filantrópico y comercial que llevó al Parlamento la idea de crear un establecimiento en la costa africana para los libertos. El objetivo era triple:

1. Crear un foco de difusión del cristianismo y de la «civilización» europea.
2. Establecer redes comerciales instaladas en África.

3. Librarse de la molesta presencia en las calles británicas de personas negras.

Se acordó, entonces, enviar a los libertos a Sierra Leona, zona que ya por entonces era un importante punto comercial. En mayo de 1787 llegaron a sus costas cuatrocientos colonos que tenían por objetivo crear la Provincia de la Libertad (Province of Freedom). El capitán naval encargado de transportarlos acordó con el jefe del lugar, al que llamaron King Tom (rey Tom), el establecimiento en la costa. Tras firmar el pacto, el gobierno británico dejó a los libertos y se marchó, evitando cualquier responsabilidad para con los nuevos colonos. Poco después King Tom murió y se debió pactar un nuevo tratado con quien lo sucedió. Esta vez se aseguraron de que el soberano africano firmara un documento en el que daba la soberanía (sin saberlo) de esos territorios, para siempre, a los extranjeros.

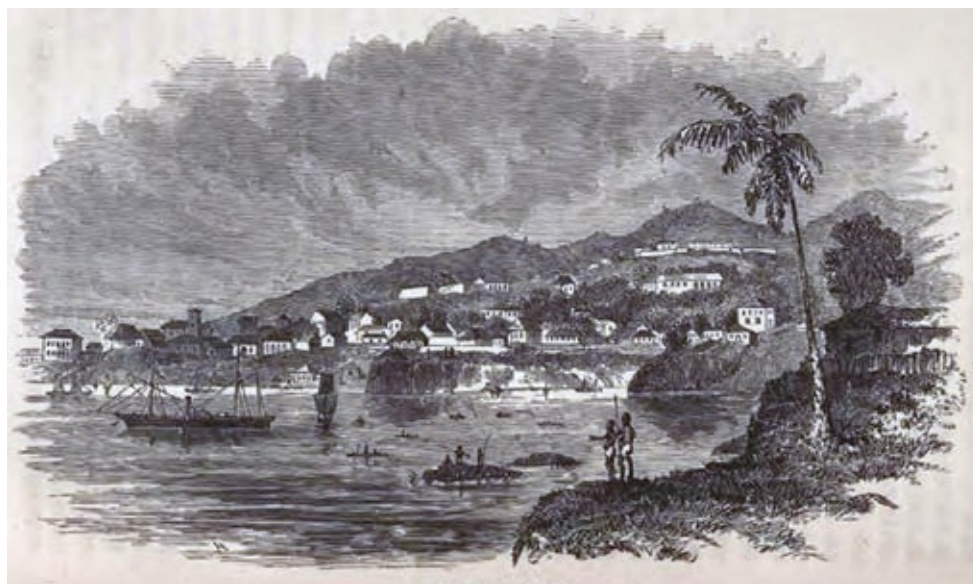
Los colonos llegaron en época de lluvias, al principio muchos enfermaron y murieron. En 1789 sólo quedaban doscientos. Ese mismo año cometieron un error fatal: en la disputa que enfrentaba a unos traficantes de esclavos europeos y al sucesor de King Tom, tomaron parte por los primeros. Los africanos se cobraron su represalia y quemaron la incipiente ciudad que los colonos se afanaban en construir.

En 1791, se creó la Sierra Leone Company, una entidad impulsada y formada por abolicionistas, con el objetivo de recuperar las tierras perdidas y de fundar definitivamente la colonia de libertos en África. Se acabó con la idea de la Provincia de la Libertad y se optó por que el nuevo establecimiento estuviera gobernado a través de un patrón colonial controlado por la compañía. El objetivo principal era crear una zona de irradiación de la moral cristiana y europea al tiempo que se realizaban intercambios de manufacturas europeas por productos africanos.

Esta vez los nuevos colonos procedían de Nueva Escocia (Canadá), de comunidades de antiguos esclavos que habían escapado durante la guerra de Independencia estadounidense. A ellos se les prometieron tierras, aunque muchos no las recibieron jamás. Así, en 1792 llegaron a Sierra Leona mil *nova scotians*, como fueron conocidos estos libertos. Llegaron también en período de lluvias y su mortalidad fue elevada al principio, pero más tarde lograron instalarse de forma estable. Fueron ellos quienes construyeron Freetown, la ciudad libre. Las primeras tentativas agrarias fracasaron por la carencia de conocimientos técnicos y la falta de mano de obra. Pronto los nuevos colonos se cercioraron de que, para prosperar, debían dedicarse al comercio y los negocios.

Durante los primeros años, a pesar de un aparente autogobierno, eran los británicos quienes tenían la última palabra. Las decisiones se tomaban en Londres, en la sede de la compañía, y eran ejecutadas por oficiales blancos en Sierra Leona. Esta situación derivó en tensiones, sobre todo cuando se empezaron a exigir rentas e impuestos a los colonos. En septiembre de 1800 tuvo lugar la primera rebelión armada, que fue sofocada a tiempo. Poco después llegó una nueva oleada de colonos, esta vez quinientos cincuenta cimarrones jamaicanos (esclavos fugitivos que habían vivido en comunidades independientes en las montañas). Ambas comunidades, los

nova scotians y los cimarrones jamaicanos, acabaron integrándose mutuamente y dando lugar a una cultura américo-euroafricana particular.



Grabado de la colonia de Freetown en 1856, que dio nombre a la ciudad que en la actualidad es la capital de Sierra Leona y cuenta con una población de casi un millón de personas, según el censo de 2014.

Los colonos, empujados por la compañía, no se contentaban con los escasos territorios de los que disponían en la costa. Pronto su voluntad de firmar nuevos tratados sirvió a las poblaciones locales para darse cuenta de que aquellos colonos a los que les cedían tierras en las que establecerse estaban convirtiéndose en invasores.

En 1808, coincidiendo con la abolición de la trata de esclavos, el gobierno tomó el mando y convirtió a Sierra Leona en colonia británica. A partir de entonces, la flota antiesclavista británica tuvo allí su base y Freetown fue el destino de los barcos negreros interceptados. Esta campaña contra la trata de esclavos provocó una revolución demográfica en Sierra Leona. En 1808 los habitantes de la colonia no eran más de dos mil, tres años más tarde habían doblado esa cifra y, a mitad del siglo, ya rondaban los cuarenta mil.

Los esclavos liberados de los barcos esclavistas debían permanecer en la colonia. Se establecieron como sirvientes, tanto de los blancos como de los colonos negros, o soldados, y empezaron a fundar pueblos en los alrededores de Freetown.

El plan del gobierno británico era enviar misioneros que «iluminaran» el camino de los libertos. De hecho, muchos misioneros estuvieron al mando de los recién creados pueblos por los esclavos liberados. Estos, a los que se ha llamado también *recaptives* (“recautivos”), no tenían una lengua común porque procedían de lugares diversos de la geografía africana, por lo que tuvieron que aprender el inglés para comunicarse entre ellos. Por otra parte, alejados de sus orígenes, vieron en el cristianismo una alternativa a sus religiones tradicionales, muy ligadas al lugar del que procedían. Fue así como, de manera progresiva, fueron adoptando nombres europeos, su manera de vestir, sus hábitos, etcétera.

En Freetown y en sus alrededores se fue formando una cultura nueva, mezcla de lo africano, lo americano y lo europeo, con un cristianismo propio impregnado de africanidad. Los hijos de esos *recaptives* fueron los *creoles*. Se convirtieron en una comunidad negra y mulata extraña en el medio autóctono, con una lengua nueva, el *krio*, y una cultura singular. Los libertos, en Sierra Leona, se convirtieron en una especie de oligarquía (o, como se ha denominado en ocasiones, en una criollarquía) dedicada a los negocios y al comercio. Algunos se hicieron doctores, abogados, pastores cristianos, misioneros o estuvieron al servicio de la administración colonial. Apenas se interesaron por integrarse en el medio local. De hecho, muchos empezaron a ver a los africanos autóctonos de manera similar a como lo hacían los europeos: como bárbaros paganos. Cuando la expansión creole chocó con los intereses locales, la violencia y la represión estuvieron a la orden del día. Durante los años de colonización británica, fue la minoría creole la que colaboró con la administración colonial para someter al resto de pueblos africanos de la zona.

Liberia, el caso estadounidense

Como Sierra Leona, Liberia fue fundada por patrocinadores que buscaban un lugar donde destinar a una masa de población indeseable: la de los esclavos afroamericanos libertos. Pero tras su propia independencia, Estados Unidos no podía promover una empresa de colonización. Es por ello que la construcción de Liberia fue una aventura privada. Se recurrió al capital privado con la creación en 1816 de la American Colonization Society. Esta nueva sociedad perseguía dos sueños: la «purificación» blanca de América y la cristianización de África.

Al principio buscaron un lugar cerca de Sierra Leona para establecer la colonia, pero ante la imposibilidad de encontrar tierras aptas o de lograr tratados con los soberanos africanos recularon hacia el sur hasta que consiguieron forzar a un potentado local a firmar un tratado. Así se fundó en 1822 Monrovia, en honor al presidente estadounidense de entonces, James Monroe.

En este caso los colonos fueron más numerosos que en Sierra Leona pero sus inicios fueron igual de difíciles, con una acusada mortalidad. La hostilidad de las poblaciones que los rodeaban era evidente y pronto dotaron a la incipiente ciudad de una empalizada reforzada de cañones. Una de las poblaciones locales, los De, atacaron a los recién llegados y sufrieron una gran derrota. La fecha de la victoria fue celebrada en adelante como un día festivo, como el triunfo de la civilización contra la barbarie.

Como en Sierra Leona, los américo-liberianos se dedicaron al comercio y desarrollaron una educación basada en los ideales cristianos. En este caso, sólo llegaron a la colonia unos seis mil *recaptives*, esclavos liberados de los barcos esclavistas, a los que llamaron *congoes* por su procedencia y a los que segregaron en sus propias comunidades. Este es un hecho que diferencia las dos colonias de

antiguos esclavos: mientras en Sierra Leona predominaban los *recaptives* sobre los colonos originales, en Liberia predominaron los que emigraron desde América. Es más, la cultura de los américo-liberianos era menos africana que la creole sierraleonesa.

En 1839, los diferentes asentamientos se unieron en la Commonwealth de Liberia, con un gobierno propio que, sin embargo, era elegido por la American Colonization Society. En 1847, finalmente proclamaron su independencia y la Commonwealth dio lugar a la República de Liberia. La nueva constitución del país se preparó en la Universidad de Harvard, siguiendo el modelo estadounidense: un presidente, dos congresos y una corte suprema. Los enfrentamientos entre el gobierno liberiano, cuyos altos cargos fueron ocupados por mulatos, y las poblaciones locales no tardaron en producirse. Estas últimas, además, no tenían derecho a voto. Los américo-liberianos crearon una sociedad endogámica que sólo se preocupaba de sí misma y que monopolizó el poder en la zona enfrentándose habitualmente contra las poblaciones africanas locales, a las que desde entonces segregaron a un lugar marginal en la toma de decisiones. Así, los que fueron en su día esclavos, replicaron la civilización de sus antiguos amos. Es más, el comercio del aceite de palma y las plantaciones de tabaco y caña de azúcar hicieron que algunos acabaran rodeándose a su vez de esclavos africanos, a quienes en ningún caso veían como iguales. En adelante, la minoría américo-liberiana, que superaba escasamente el cinco por ciento del total de la población del país, gobernó por encima del resto.



Joseph Jenkins Roberts (1809-1876), primer presidente de Liberia en 1848, formaba parte de la minoría américo-liberiana: nació y creció como hombre

libre en Norfolk, Virginia (Estados Unidos) antes de que su familia se trasladara a Liberia en 1829.

En el siglo xx, Liberia, junto a Etiopía, fue el único país africano que no sufrió la colonización, al menos de forma directa, de las potencias europeas. En cierta manera, Liberia era en sí mismo un país colonizado por los antiguos esclavos afroamericanos.

En el caso francés también hubo una tentativa de hacer algo parecido a Sierra Leona, un lugar al que enviar a los esclavos rescatados de los barcos esclavistas. Se hizo en Gabón, donde se fundó la ciudad de Libreville. Sin embargo, allí los *recaptives* fueron rápidamente absorbidos por los franceses y las poblaciones locales, con lo que sólo el nombre nos recuerda cuál fue el propósito de la que es hoy capital gabonesa.

LAS REVOLUCIONES MUSULMANAS

Desde su llegada al África subsahariana, el islam había permanecido como la religión de ciertas élites políticas, de los comerciantes y de centros urbanos comerciales como las grandes ciudades del Sahel. Durante la época clásica, el grueso de la población de los imperios sudaneses siguió siendo fiel a sus religiones tradicionales y los soberanos musulmanes en pocas ocasiones presentaron iniciativas que buscaran la conversión de sus gentes. Todo esto cambió en el siglo xix, centuria en la que el islam se expandió como nunca antes en las sociedades africanas y lo hizo, también sin precedentes, a través de la acción armada, lo que se ha denominado habitualmente como yihad. La mayoría de estas guerras santas tuvieron lugar en África Occidental.

Durante los siglos de trata negrera se gestó una división de la sociedad que, aunque simplista, puede ayudarnos a entender la detonación de los movimientos musulmanes. Como hemos recalcado en el capítulo anterior, las élites político-militares que se hicieron con el monopolio de la trata esclavista lo hicieron a partir de la violencia más descarnada. Se llevaban a cabo guerras de captura y saqueos indiscriminados, generando una situación social convulsa y quebradiza. Así, se conformó una masa de población (campesinos, ganaderos, pescadores) que se convirtió en víctima principal de los tiempos de trata. En un contexto de crispación social de tal magnitud es fácil comprender el surgimiento de movimientos reformadores que buscaran cambiar esa realidad arbitraria y carente de cualquier estabilidad.

Los líderes carismáticos que encabezaron las revoluciones musulmanas del siglo xix se presentaron en muchos lugares de la geografía oesteaficana como una alternativa a los sistemas despóticos y militarizados engendrados por la trata. De esa manera, sobre todo en Senegambia, los movimientos reformadores recibieron la adhesión de grandes grupos de población, musulmanes y no musulmanes, que vieron

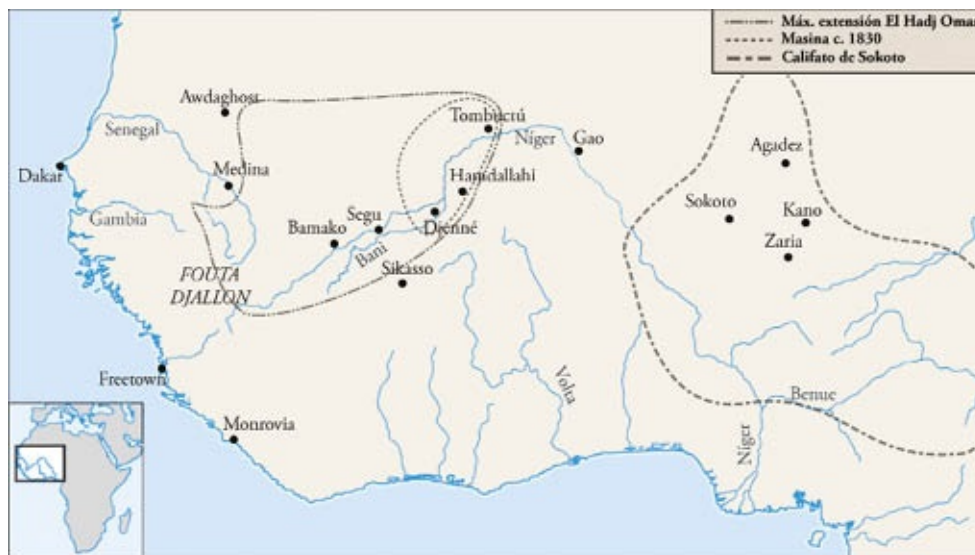
en ellos una alternativa real a la arbitrariedad que por entonces gobernaba sus vidas.

La guerra santa emprendida por estos reformadores no sólo se dirigió contra los paganos sino que también se luchó contra sistemas musulmanes a los que se consideró laxos, poco rigurosos y extremadamente injustos en cuestiones tributarias y de justicia. Los ideales que presidieron las yihad eran los de un islam ceñido a los preceptos de la *sharia*, la ley islámica, con diferentes connotaciones en función de la cofradía religiosa a la que se adscribió cada movimiento, y los de una reestructuración social tendente a mejorar la vida si no del colectivo, sí al menos de grupos concretos. No obstante, los Estados surgidos de estas revoluciones, lejos de aportar estabilidad a la región, prolongaron la inestabilidad bélica y en ocasiones, para sustentar sus proyectos y sus ejércitos, recurrieron a la mano de obra esclava (abundante como ya hemos mencionado tras el final de la trata atlántica) que movía el tráfico interno. De hecho, la devastación que algunos de estos movimientos provocaron acabó allanando el camino para la entrada de las tropas coloniales. Sea como fuere, a finales del siglo la religión musulmana había llegado a amplios sectores de la sociedad.

Deberíamos abordar cada uno de los casos por separado para realizar un análisis minucioso y riguroso de la realidad histórica que configuraron. No obstante, mencionaremos a modo de ejemplo sólo dos de los movimientos que más impacto tuvieron en el desarrollo histórico de la región. En el mapa que se muestra en la página siguiente se sitúa la distribución geográfica de estos Estados y del resto que formaron parte de este islam reformador y conquistador en África Occidental.

En el norte de la actual Nigeria, un ulema fula llamado Usmán dan Fodio, erudito de talla intelectual sobresaliente, emprendió en 1804 su yihad militar contra el sultanato de Gobir y, posteriormente, contra los restantes Estados Hausa de la zona. Estos eran formalmente islámicos pero Fodio los acusaba de arbitrarios. Con su acción quiso poner fin a esta arbitrariedad, implantar tributos justos acordes a la ley musulmana, prohibir la esclavización de los creyentes e incluso habló de respetar a las poblaciones alejadas del islam, mayoritarias por entonces en la región. Esto último resultó decisivo puesto que un gran número de paganos, deseosos de inaugurar una nueva realidad social, se unieron a sus contingentes. Tras amasar sus primeras victorias, Usmán dan Fodio implantó el centro de su califato en Sokoto, desde donde gobernó un territorio que llegó a ocupar el norte de la actual Nigeria y el centro de Camerún.

El recto e intelectual líder se retiró pronto del poder, aquejado por la lepra, para dedicarse a la escritura y la contemplación. Sus sucesores no respetaron las ideas originales del fundador del califato y en Sokoto continuaron la arbitrariedad y el esclavismo. Durante la colonización, los soberanos del califato pactaron con los británicos un régimen de autonomía colonial que se prolongó hasta mediados del siglo xx. Hoy en día el norte de Nigeria es en su mayoría musulmán, en contraste con el sur del país. Hoy, movimientos islamistas radicales como Boko Haram han tergiversado las enseñanzas que un día inició el sabio Usmán dan Fodio.



Localización de los principales Estados que surgieron de las yihad en África Occidental. Fuente: Ki-Zerbo (2011).

El otro gran movimiento se originó desde las montañas del Futa Toro, en el norte de Senegal, donde otro sabio llamado El Hadj Umar Seydu Tall emprendió su acción renovadora. Antes de hacerlo a mediados de siglo, había recorrido los principales centros del saber islámico, desde La Meca hasta las ciudades del Sahel, pasando también por el califato de Sokoto. Su movimiento reformador estuvo marcado de forma intensa por una actividad militar prolongada y por ser el foco de origen de gran parte de las revoluciones musulmanas que se dieron en Senegambia. El Hadj Umar se enfrentó a la oligarquía musulmana de su lugar de origen y esta acabó pactando con los franceses para apagar el movimiento. Se vio obligado a cambiar la orientación de su yihad tras ser rechazado por las tropas francesas en Medina en 1857. Dirigió así sus tropas hacia el este, donde acabó con los reinos bámbara de Kaarta (1854) y Segu (1860), así como con la teocracia de Masina. Fundó un Estado, el Tukulor, que dominó toda la sabana comprendida entre el Senegal y el Níger. No obstante, su Estado tuvo una gran debilidad: sus guerreros, los *talibé*, se convirtieron en una clase militar privilegiada, en una élite extranjera en tierras de sabana. Los habitantes originales de la región, como los bámbara de Segu, acabaron por favorecer la penetración militar colonial al aliarse con los franceses para derrotar el Estado Tukulor fundado por El Hadj Umar a mitad de siglo.

Hubo otros movimientos que enarbolaron la bandera del islam, pero que no tuvieron en su origen la voluntad reformadora de las revoluciones del África Occidental. En el Sudán central, un esclavista llamado Rabah aprovechó la acentuada decadencia del antiguo Imperio de Bornú para apoderarse de él y saquear sus territorios. El Estado autoritario que inauguró a finales del siglo resistió las acometidas europeas hasta el año 1900, cuando tres cuerpos expedicionarios franceses vencieron a sus tropas en la batalla de Kusseri, cerca del lago Chad. Allí murieron tanto Rabah como el comandante francés Lamy, en una fecha, abril de 1900, que desde entonces ha simbolizado la culminación de la conquista colonial de

África.

En el este africano el sultanato omaní de la isla de Zanzíbar dominó gran parte de la costa durante buena parte del siglo. En la isla se promovió una economía de plantación que precisó de una gran cantidad de mano de obra esclava. Esta demanda, unida a la de la île de France (hoy Mauricio) y la île de Bourbon (hoy Reunión), además de la de los portugueses desde Mozambique, desestabilizó el interior continental, que se vio asolado por las razias esclavistas hasta principios del siglo xx.

LA MESA DE BERLÍN Y LAS REGLAS DEL JUEGO

A finales del siglo xviii, el conocimiento que los occidentales tenían sobre el interior africano seguía siendo escaso. África permanecía como una tierra incógnita, un polo de atracción para las exploraciones y las misiones geográficas, y un escenario que podía ampliar el mercado de la incipiente industria europea. En Gran Bretaña se creó la African Association, asociación en la que se reunieron hombres de ciencia, políticos y ricos mecenas con el objetivo de desarrollar en el interior africano el comercio y la autoridad británica. Fueron ellos quienes financiaron los viajes del escocés Mungo Park, primer europeo en alcanzar la orilla del Níger en los alrededores de un reino de Segu devastado por la violencia predadora. Al inicio, las exploraciones del continente en su mayoría se hicieron bajo iniciativa británica. Pronto a los exploradores se unieron los misioneros cristianos; en algunos casos, una misma persona aunaba ambas características. No obstante, Francia también realizó importantes exploraciones en el interior: Napoleón llegó a Egipto, Gaspar Molien se adentró en Senegal (1819) y René Caillié, disfrazado de musulmán, alcanzó la mítica ciudad de Tombuctú (1828). En el África Occidental, gran parte de estas exploraciones perseguían averiguar la dirección del curso del río Níger y alcanzar Tombuctú, ciudad que se había hecho célebre durante siglos.

Tras el final de la trata de esclavos y el despegue del llamado comercio «legítimo», a las motivaciones científicas (cartografiar el continente, sus pueblos, plantas y animales) y económicas se sumaron las morales: acabar con la trata de esclavos en África se convirtió en un imperativo de todas las empresas europeas, especialmente en el África Central y oriental. De este modo, uniendo la ciencia, la economía y la moral se formó un movimiento, disfrazado de filantropía, que llevó al inicio de la penetración colonial europea. La historiadora francesa Catherine Coquery-Vidrovitch definió el período de 1850-1880 como el de «incubación colonial». Los exploradores empezaron a firmar tratados de protectorado o soberanía con los jefes africanos con los que se encontraban en sus travesías. Estos últimos no conocían la escritura y eran ajenos al significado real de los pactos que sellaban. «Soberanía» era un término occidental desconocido por los africanos que en ningún caso concebían la idea de entregar sus tierras a unos extranjeros. No obstante, las X

con las que firmaron esos tratados, a ojos occidentales, eran prueba suficiente de que eran los británicos, franceses o alemanes quienes dominaban en adelante aquel lugar.

A partir de la mitad del siglo XIX, las exploraciones de Heinrich Barth en el Sudán central y del doctor Livingston en África Oriental y Central abrieron África al mundo entero. Estos exploradores eran también escritores. Se encargaron de plasmar por escrito sus experiencias y estas llegaron a todos los rincones del mundo occidental, a través de los telégrafos y los diarios. Los intrépidos exploradores de África se convirtieron en personajes famosos a nivel internacional, en celebridades admiradas por doquier. Si hiciéramos un símil con la actualidad, tal vez podríamos comparar su impacto con el de nuestros deportistas de élite o, mejor aún, con el de los primeros astronautas que se aventuraron al espacio. Los exploradores fueron las estrellas del cine del siglo XIX.

Las potencias europeas fueron interesándose cada vez más en extender sus tentáculos por el continente africano. Para hacerlo se recurrió a las tres C: comercio, cristianismo y colonización. Pronto los discursos se llenaron de palabras que tendían a resaltar la importancia de implantar el libre comercio en la región y, con ello, de llevar el cristianismo y la civilización a unas pobres gentes a las que se consideraba bárbaras y mezquinas, en algunos casos, y huérfanas e inocentes en otros. A esta visión paternalista del continente contribuyeron los textos del inefable explorador Henry Morton Stanley quien, después de viajar por primera vez al continente en búsqueda de un desaparecido Livingston, alimentó sus textos de exageraciones y ensoñaciones que ensalzaron su labor frente a una tierra hostil necesitada de la mano salvadora del hombre blanco.



El *New York Herald* encargó a Henry Morton Stanley buscar al explorador David Livingston, desaparecido en África Central durante años, a quien encontró en Ujiji a orillas del lago Tanganica. El momento del encuentro, en 1871, se hizo célebre por la frase de Stanley: «El doctor Livingston, supongo».

Fuente: *Stanley's adventures in the wilds of Africa: a graphic account of the several expeditions of Henry M. Stanley into the heart of the dark continent, by Headley and Fletcher Johnson* (1890).

A principios de la década de 1880 se hizo evidente que la voluntad expansiva

europaea no sólo chocaba con las poblaciones locales sino que también lo hacía con los intereses mismos de los occidentales. Se hizo necesario, por lo tanto, fijar unas pautas por las que regir dicha expansión. Tal cosa ocurrió en Berlín entre noviembre de 1884 y febrero de 1885. En torno a las reuniones de la Conferencia de Berlín se creó la idea del «reparto de África». Resulta habitual leer o escuchar frases del estilo: «en Berlín las potencias europeas se repartieron el continente con escuadra y cartabón, dibujando fronteras sobre el mapa africano que no respetaban ningún tipo de lógica histórica, cultural o política». Desde un punto de vista histórico, esto no es totalmente cierto. En la mesa de Berlín se reunieron, a instancias del canciller alemán Bismarck, los jefes políticos del Imperio alemán, el Imperio austrohúngaro, Bélgica, Dinamarca, Francia, Reino Unido, Italia, Países Bajos, Portugal, España, Rusia, Suecia-Noruega, el Imperio otomano y Estados Unidos de América para arreglar las diferencias entre potencias a propósito de la cuestión africana. Por descontado, ningún Estado africano estuvo representado en la conferencia. En Berlín no se dibujaron las fronteras africanas, sino que se fijaron las reglas del juego por las que se regiría la posterior conquista. El texto que se derivó de las reuniones se consagró casi en su totalidad a la libertad de navegación en los ríos Níger y Congo, y el libre comercio en la zona central de África. El rey Leopoldo de Bélgica logró que se reconocieran los tratados que Stanley había efectuado por encargo suyo en los que los Estados congoleños cedían la soberanía a la Asociación Internacional del Congo encabezada por el monarca. No tardó en cambiar los términos y declarar la aparición del Estado Libre del Congo (setenta y seis veces más grande que Bélgica) que, para desgracia de sus habitantes, se convirtió en propiedad personal del codicioso e insensible rey belga, cuyas atrocidades han constituido uno de los mayores crímenes de la historia. Por último, se acordó que el derecho de reclamar una porción de la costa africana sólo sería válido si se ocupaba de forma efectiva (era necesario firmar tratados con los jefes locales, ondear allí su bandera y asegurar la existencia de una autoridad administrativa suficiente para hacer respetar los derechos de soberanía y el libre comercio). Además, cada nueva adquisición debía ser notificada al resto de potencias.



Ilustración de una reunión de la Conferencia de Berlín, que se celebró en la ciudad alemana entre el 15 de noviembre de 1884 y el 26 de febrero de 1885.

Supuso el pistoletazo de salida de la penetración europea en el continente africano.

En resumen, podemos decir que la Conferencia de Berlín dio un nuevo empuje a la penetración europea en África, abriendo un período de exacerbación de las relaciones diplomáticas y militares. En los quince años siguientes, las potencias europeas se lanzaron a la conquista brutal del interior, compitiendo entre ellas, dando origen a incidentes políticos, militares y diplomáticos, entre ellos y con los africanos, y, esta vez sí, alcanzando acuerdos fronterizos que acabaron por dibujar un nuevo mapa político en el que etnias, familias, pueblos o Estados acabaron separados por límites artificiales e invisibles. En abril de 1900, sólo Liberia (controlada por los intereses comerciales estadounidenses) y Etiopía, que había vencido a los italianos en la batalla de Adua (1896), permanecían como Estados independientes en el África subsahariana. En el norte, Marruecos resistió hasta 1912, fecha en la que se convirtió en protectorado francés.

LA RESISTENCIA

A pesar de que los protagonistas de la conquista a menudo disfrazaron su brutalidad de una «pacificación» de los pueblos bárbaros, la penetración europea no fue, ni mucho menos, pacífica. Como dijo el historiador burkinés Joseph Ki-Zerbo, el régimen europeo se instauró mediante la fuerza, la coacción y la violencia física ejercida a través de tratados diplomáticos de dudosa validez, invasiones armadas y ocupaciones militares. Diversos aspectos nos ayudan a entender cómo en poco más de quince años África pasó de ser una tierra incógnita a convertirse en territorio bajo dominio colonial. En primer lugar, los europeos disponían de una ventaja

determinante en el plano armamentístico. Además, las operaciones en el interior se vieron favorecidas por el uso de la quinina para evitar la malaria y de los raíles, telégrafos y barcos de vapor para solucionar los problemas de comunicación en el interior africano o entre África y Europa. Así, los africanos partían con desventaja, aunque eso no hizo que se doblegaran de forma sumisa al poderío europeo. De hecho, las resistencias a la conquista se manifestaron a lo largo de toda la geografía continental. El tipo de lucha que se llevó a cabo varió según el lugar y los protagonistas de la resistencia, en función del tipo de sociedad que la llevaba a cabo: desde Estados centralizados hasta sociedades descentralizadas, desde movimientos impulsados por líderes carismáticos, políticos y religiosos, hasta iniciativas populares.

En realidad no podemos hablar de «resistencia africana» porque no se dio una alianza general de los pueblos africanos contra el colonizador blanco. En muchos casos la resistencia de algunos Estados o reinos se vio entorpecida por enemistades y rivalidades con otros pueblos africanos que prestaron ayuda a las tropas coloniales. De este modo, la resistencia no fue un esfuerzo común, sino una lucha disgregada que, para los europeos, fue más fácil combatir. Tras el período predador del tráfico esclavista, en el que el enemigo estaba en todas partes, una alianza de este tipo era simplemente inconcebible.



Algunos líderes de la resistencia. De izquierda a derecha: Lat Dior, *damel* (rey) de Kayor (norte de Senegal), murió combatiendo a los franceses; Prempeh I, soberano de Ashanti que luchó contra los británicos y acabó en el exilio; Behanzin, líder de Abomey, cayó derrotado contra los franceses y también fue deportado; Ravalona III, reina de Imerina (Madagascar), sufrió la misma suerte que los dos anteriores.

A pesar de ello, las derrotas europeas fueron numerosas y los pueblos africanos crearon mecanismos de lucha complejos con los que intentaron salvar la distancia armamentística que los lastraba.

Las luchas se prolongaron durante años pero todas tuvieron un final similar. Tras guerras que diezmaron tierras y población, los líderes resistentes hallaron la muerte o fueron enviados al exilio, mientras otros alcanzaron acuerdos precarios de protectorado. En muchos casos, esos líderes fueron sustituidos por hombres de paja o por parientes que gozaban del favor de los europeos. A pesar de todo, durante el siglo xx la resistencia a la colonización se reflejó en rebeliones de todo tipo. La loada *pax*

colonial no fue jamás una realidad invariable.

Podríamos dedicar un libro entero a describir los diferentes tipos de resistencias y los episodios que generaron (batallas, tratados, masacres, deportaciones...) pero nos contentaremos con citar dos de los más célebres: el caso de Samory Touré en África Occidental y el de Cetshwayo en África del Sur.

Samory, el imperio itinerante

Samory Touré nació a principios de la década de 1830 en el seno de una familia dyula (comerciantes mandingas islamizados) en la región oriental de la actual Guinea Conakry. Entre sus ancestros se contaban más adeptos a la religión tradicional que musulmanes y, de hecho, Samory creció en un lugar en el que lo tradicional era mayoritario. Durante su juventud, fue vendedor ambulante como la mayoría de dyula que habitaban en la región comprendida entre la sabana sudanesa y el bosque guineano. Sin embargo, hacia 1848 dejó su profesión para enrolarse en las tropas de un soberano musulmán que había capturado a su madre en un ataque esclavista. El joven Samory, sin medios para costear su rescate, tuvo que pagar con su propia fuerza para poder liberarla.

Sirvió varios años como soldado a sueldo de ese jefe y de otros tantos que reclamaron su servicio cuando consiguió liberar a su madre. Durante esos años demostró su valía militar, hasta que hacia 1861 inició su carrera militar autónoma. Poco a poco fue reuniendo bajo su amparo a los diversos *kafu* (agrupación de aldeas) que acabaron convirtiéndose en el núcleo de su propio Estado. Amplió sus dominios progresivamente, mediante la conciliación o por la liquidación de sus adversarios. Su actividad diplomática y militar se dio tanto contra reinos musulmanes como tradicionales. De hecho, inició una transformación de la sociedad que tendió a abrir rutas comerciales al tiempo que los dyula musulmanes obtenían libertad de movimiento sin por ello someter a la población tradicional. Este equilibrio hizo que su movimiento captara nuevos partisanos y adhesiones de diversas sensibilidades religiosas.



Retrato de Samory Touré (h. 1830-1900), quien resistió el ataque colonial desde 1882 hasta el momento de su captura en 1898, convirtiéndose en una de las figuras más emblemáticas del continente. No en vano, Sékou Touré, primer presidente de Guinea, utilizó su relación familiar con Samory para fortalecer su legitimidad al frente de los guineanos.

Durante sus conquistas, Samory perfeccionó la organización administrativa y militar de su naciente imperio mientras, de forma paralela, se adjudicaba títulos que lo legitimaban de diversas formas frente a su población: *keletigui* (“jefe de guerra”), *murutigui* (“dueño del sable”) y, finalmente, *faama* (“soberano que posee la fuerza militar”).

Entre los años 1875 y 1881 tuvo lugar su gran expansión, su Estado se vertebró a través de un poderoso ejército y una sólida administración. En esas fechas uno de los mayores centros político-económicos de la región, Kankan, demandó sus servicios. Samory los ofreció de buen grado y cosechó numerosas victorias. El incremento de su notoriedad importunó a Kankan, que inició un enfrentamiento con él que terminó en la toma de la ciudad por parte de Samory.

Siguió ampliando sus territorios hacia el corazón del antiguo Imperio de Mali, incluso llegó a contar con la alianza del príncipe Keita que era el heredero de los antiguos *mansa*. Sin embargo, su expansión chocó con la penetración francesa hacia el Níger. En 1881 tuvo lugar el primer contacto con un emisario francés, iniciándose un nuevo período en el que el Imperio de Samory cambió su carácter. Hasta ese momento, Samory Touré había transformado las sociedades de la región sin

destruirlas. Había potenciado los elementos mercantiles y musulmanes pero sin perjudicar directamente los elementos tradicionales.

Tras el choque con los franceses, se replegó hacia el sur y encargó con más vigor que nunca la apertura de una ruta que comunicara su Imperio con las vías costeras de Sierra Leona, de donde se abasteció de armas de fuego a cambio de kola y esclavos.

Samory optó por una estrategia de enfrentamiento contra los franceses y, aunque recurrió a la diplomacia, puso el acento sobre la resistencia armada. Su ejército estaba dividido esencialmente en dos cuerpos: la infantería (*sofa*) compuesta de unos 35 000 hombres y la caballería, compuesta de unos 3000, cada uno de los cuales con sus respectivas divisiones. Lo que distinguía a sus tropas en el medio africano era su armamento y elevado entrenamiento. El ejército samoryano estaba formado por verdaderos profesionales. Desde 1875 se procuró armas europeas a través de Sierra Leona. En 1885 cambió los viejos fusiles por otros cuyos cartuchos tenían los casquillos de metal, mejor adaptados para la humedad de la zona, y también por rifles de repetición. La genialidad de Samory fue tener a un elevado número de herreros que, en sus altos hornos escondidos en bosques y sabana, eran capaces de replicar estos fusiles y de dotar a su ejército de nuevo armamento, aunque nunca contó con la artillería pesada de las tropas coloniales.

Samory se halló así entre dos fuegos: la actividad militar francesa hacia el Níger y la actividad comercial y militar británica. Quiso apoyarse sobre estos últimos para detener a los primeros pero su voluntad de alianza no fructificó.

En 1884, Samory tomó el título de *almani*, el cual le dotaba de forma simbólica de una nueva autoridad religiosa musulmana. Poco después los franceses ocuparon la región aurífera de Buré, bajo dominio de Samory. Este no tardó en recuperar la zona. Tras unos enfrentamientos que se saldaron con victorias y derrotas en ambos bandos, en los años 1886 y 1887 Samory y Francia sellaron diversos pactos en los que se delimitaban las zonas de influencia en cada orilla del Níger. El hijo de Samory incluso llegó a visitar Francia, donde fue recibido por el presidente de la República y por el ministro de la guerra.

A pesar de todo, los franceses utilizaron estos tratados para debilitarlo. Tal y como dijo un alto oficial de la época: «La única política que cabe seguir respecto a este jefe es hacerlo desaparecer».

Samory dirigió entonces sus esfuerzos hacia Sikasso, capital del reino rival de Kenedugu, que asedió durante más de un año. Durante esa campaña, su Imperio empezó a desmembrarse. Los pueblos no musulmanes reaccionaron contra las exacciones y el fanatismo religioso cada vez más acentuado de los oficiales de Samory. La rebelión se extendió al tiempo que los franceses alimentaban la disidencia y trataban de cortar el acceso a Sierra Leona y, por lo tanto, el reavituallamiento de armas de fuego. Los pueblos involucrados en la protesta masiva contra la autoridad de Samory llamaron a su movimiento Ban kélé (“guerra del rechazo”) o Murutiba (“gran rebelión”), levantándose frente a las requisiciones, los reclutamientos, la

obligación de actuar como porteadores en el ejército, el hambre y, sobre todo, por los rumores que hablaban de la muerte del *almani*. Este último abandonó el asedio a Sikasso, que había costado la muerte de muchos de sus mejores generales, y decidió concentrar sus esfuerzos en reprimir los levantamientos y en combatir a los franceses.

Fue entonces cuando Samory decidió cambiar su estrategia militar: entrenó a sus tropas para combatir a los europeos, creó secciones y compañías y adoptó una táctica defensiva. En adelante, potenció la gran movilidad de sus tropas para sorprender al enemigo e infligirle duras pérdidas antes de desaparecer sin apenas ser vistos. Samory optó por la guerra de guerrilla.

No obstante, en 1889 el cordón umbilical que lo unía a Sierra Leona fue cortado, perdiendo de esa manera su principal vía de suministro. Poco después los franceses invadieron la parte central de su Imperio y Samory entendió que un nuevo enfrentamiento resultaría en catástrofe. Tenía dos opciones: rendirse o replegarse. Optó por la segunda y de esa decisión surgió uno de los fenómenos más inauditos de la historia mundial: el desplazamiento geográfico de todo un Imperio.

Samory abandonó su patria y marchó hacia el este para crear un nuevo imperio en el interior de Costa de Marfil y la actual Ghana, además del sur de la actual Burkina Faso. Así, tuvo lugar una emigración popular y militar masiva y forzosa de más de medio millón de habitantes. Dio a su resistencia un carácter más elástico y brutal, aplicando la táctica de la tierra quemada a su paso. Dividió a sus fuerzas en tres grupos: los que poseían fusiles de tiro rápido tenían por misión contener a los franceses; los de fusiles de pistón ocupaban y administraban las tierras conquistadas; el resto conquistaba, en dirección este, nuevos territorios que sirvieran de recambio en el caso de que se produjera un nuevo traslado. El reubicado Imperio resistió el empuje británico y francés hasta que el 29 de septiembre de 1898, Samory fue capturado y deportado a Gabón, donde murió dos años más tarde.



Mapa del Imperio de Samory. Fuente: Ki-Zerbo (2011).

Hoy en día, Samory es recordado como uno de los más grandes resistentes del

África Occidental. Ya en su época sus gestas aparecieron en los diarios occidentales, que lo conocieron como «Samory el Sanguinario». El 13 de octubre de 1898 el *New York Times* publicó la noticia de su captura. Para los franceses, su lucha contra Samory fue la más larga serie de campañas contra el mismo adversario durante la conquista del Sudán. El recuerdo de Samory sigue vivo en la región y uno de sus nietos, Sékou Touré, fue el primer presidente de la Guinea Conakry independiente.



El diario francés *Le petit journal* (izquierda) dedicó su portada del 30 de octubre de 1898 a la captura de Samory. Dos semanas antes, el 13 del mismo mes, el *New York Times* ya se había hecho eco de la noticia (derecha). Meses después, en febrero de 1899, el diario francés volvió a dedicar una ilustración a Samory, esta vez haciendo referencia a su supuesto intento de suicidio antes de ser apresado por los franceses (centro).

Cetshwayo, la lucha zulú en el sur de África

Como hemos visto en el capítulo anterior, África meridional es la única zona del continente en la que se produjo, desde el siglo XVII, un asentamiento masivo de colonos blancos que fueron expandiéndose desde la colonia del Cabo, primero en manos neerlandesas y luego británicas. La conquista colonial de esta región no siguió los mismos parámetros que en África Occidental. Mucho antes de que tuviera lugar la Conferencia de Berlín, en el sur africano los bóeres ya habían iniciado su penetración hacia el interior. Hubo muchos casos de resistencia de los pueblos africanos de la región. Sin embargo, ahora pondremos el foco de atención sobre uno de ellos que tuvo lugar a finales de la década de 1870. Antes de hablar de este episodio es necesario retroceder en el tiempo y ver qué evolución histórica llevó a uno de los enfrentamientos más célebres de la historia colonial británica.

Debemos situarnos entre los montes Drakensberg y el océano Índico, una extensión que estuvo habitada en gran parte por pueblos de lengua nguni. En las dos primeras décadas del siglo XIX estos pueblos se hallaban en un período de luchas por el espacio vital. De hecho, la década de 1820 estuvo marcada por migraciones masivas y mutaciones políticas sin precedentes que, en la mayoría de los casos, se dieron a través de cauces militares. No podemos comprender estos cambios sin

detenernos en un personaje histórico sobre el que el historiador burkinés Joseph Ki-Zerbo escribió: «Si hubiésemos de elegir cinco nombres entre los individuos que más han influido sobre el destino histórico de regiones enteras de África, Chaka sería uno de ellos». En efecto, la historia de Chaka es similar a la de Sunyata de Mali. Era hijo de un jefe y las coesposas de su padre, celosas de la belleza de su madre y del trato de favor que recibía el pequeño Chaka, lo obligaron a marcharse al exilio entre bromas y humillaciones. Se hizo pastor y durante su infancia fue víctima de numerosos maltratos. Sin embargo, se endureció ante la desgracia y pronto afloró en él una fuerza física considerable. Su éxito le granjeó nuevos apoyos, ya fueran vencidos o convencidos y, finalmente, logró imponerse como jefe en el pueblo al que había sido exiliado con su madre. Su fama pronto se extendió, alimentando la envidia de sus medio hermanos, y se vio obligado a refugiarse en la corte del soberano de su padre, Dingiswayo, quien había iniciado la militarización de sus gentes. Bajo su protección Chaka se transformó en un guerrero formidable, implacable, en su brazo derecho. Al morir su padre, Dingiswayo le ayudó a recuperar la herencia que le correspondía por derecho de nacimiento: asesinó a parte de sus medio hermanos y se erigió como jefe de su clan. Desde esa posición inició guerras de conquista para extender el dominio de su soberano. Este, sin embargo, murió en una emboscada y Chaka fue elegido por los guerreros para encabezar a las tropas. Logró vencer a su principal enemigo y se convirtió así en jefe de la mayor parte de grupos nguni.



Boceto de Chaka de 1824 que apareció en la obra *Travels and adventures in Eastern Africa*, de Nathaniel Isaacs (1836).

El genio militar de Chaka no conoció límites. Una de sus primeras medidas fue la de dotar al conjunto de una nueva identidad. En adelante, su pueblo sería el de los

amazulú (“los del cielo”). Sustituyó el origen étnico y acabó con sus barreras, primándose el valor como único criterio y creando la nueva identidad zulú. Organizó un nuevo ejército: creó regimientos (*impi*) compuestos de un millar de hombres o mujeres, divididos por grupos de edad, a la cabeza de los cuales se hallaban los generales (*induna*). En época de paz, los regimientos permanecían acantonados y realizaban entrenamientos intensivos diarios. Chaka no sólo revolucionó la forma del ejército, sino también su armamento y su manera de combatir. Instauró una disciplina de hierro en combate: quien retrocediera sería condenado a la ejecución. Incluso si un *induna* volvía de una campaña sin botín podía ser ejecutado. En cuanto al armamento, quiso dar más vigor a sus guerreros. Hasta ese momento luchaban con armas arrojadizas como la jabalina o con armas de larga asta como la azagaya. Chaka suprimió la jabalina y transformó la azagaya, haciéndola más corta y de hoja más ancha. A esta se sumó un hacha y un escudo de piel de buey. Al suprimir las armas arrojadizas, Chaka estaba desarrollando una estrategia psicológica: el arma larga desarrolla el miedo, el reflejo de alejamiento y huida; el arma corta, en cambio, obliga al cuerpo a cuerpo e incita al soldado a tomar la iniciativa.



Esta muestra de armas zulúes, recogidas por un soldado británico en la batalla de Isandlwana (1879), fue subastada en Gran Bretaña en 2014. Fuente: dailymail.co.uk.

Así, las tropas zulúes se convirtieron en temibles profesionales militares. De hecho, Chaka enfocó la sociedad hacia la militarización: eran guerreros todos aquellos hombres cuya edad comprendía entre los dieciséis y los sesenta años, sustituyó el período iniciático por el entrenamiento militar y por un bautismo de sangre en combate, retrasó la edad de matrimonio y sólo permitió que se casaran quienes probaban su valía en combate. Su estrategia de batalla era la de la cabeza de

búfalo. Dividía a las tropas en cuatro unidades: dos alas (cuernos) y dos cuerpos centrales, uno detrás de otro (el cráneo). Las alas realizaban un movimiento envolvente y empujaban a sus enemigos hacia el centro, donde estaban los soldados más veteranos.

Así se inició lo que se conoce como *mfecane*, nombre con el que se conoce el movimiento de poblaciones que las campañas de Chaka produjeron en la región. La presión que ejerció el *mfecane* zulú produjo fuertes alteraciones en los equilibrios políticos de la zona: quienes huían empujaban a su vez a otras poblaciones hacia el interior y así, los efectos y la guerra llegaron hasta orillas de los lagos Tanganica y Victoria.

El núcleo del reino zulú acabó implantándose cerca de la costa y se conoció como Zululand. La rigidez de Chaka creó desafecciones y en septiembre de 1828 murió envenenado por uno de sus medio hermanos: Dingane.

Durante el reinado de Chaka se produjeron importantes episodios más hacia el sur, en las zonas dominadas por los blancos (británicos o bóeres). En la colonia del Cabo el dominio británico, acentuado con la llegada de más colonos en 1820, produjo continuos choques con los conservadores bóeres que en 1834 decidieron emprender la larga marcha hacia el interior conocida como el Gran Trek. Superaron el río Orange enfrentándose a todas las poblaciones que se cruzaron en su camino, con un marcado racismo que los situaba a ellos como el pueblo elegido por Dios y a los africanos como personas destinadas a servirlos.

Una de las zonas a las que se dirigieron fue Natal, región dominada por los zulúes y en la que los británicos habían instalado un puerto en 1824 en Port-Natal (futura Durban). Al principio Dingane les permitió instalarse pero pronto se arrepintió y durante el transcurso de una fiesta ordenó una gran matanza de bóeres. La matanza derivó en una guerra corta que se saldó con la derrota de las tropas zulúes en 1838 a orillas de un río que, desde entonces, se conoce como Blood River (río de sangre).

Un año después de esta batalla en la que los zulúes sufrieron numerosas pérdidas, otro medio hermano de Chaka, llamado Mpande, se alió con los bóeres para destronar a Dingane, y lo consiguió en 1840.

Tres años más tarde, los británicos anexionaron Natal y lo convirtieron en colonia. Muchos bóeres decidieron marcharse de nuevo y se dirigieron más allá del río Vaal. A mediados de siglo, los británicos reconocieron la independencia de las dos repúblicas bóeres surgidas del Gran Trek: el Estado Libre de Orange y la República Sudafricana (Transvaal). En esos momentos ofrecían una escasa rentabilidad comercial y, por lo tanto, los británicos no se interesaron en unirlos a la colonia. De este modo, la segunda mitad del siglo XIX en África meridional se inició con cuatro organizaciones políticas blancas en la región: las colonias británicas de Natal y el Cabo, y las dos repúblicas bóeres. El carácter común de todas ellas era el afán de expansión.

Todo cambió cuando en 1866-1867 se descubrieron diamantes en Kimberley, una

tierra de nadie entre el Cabo, Orange y un territorio semiindependiente de mestizos llamado Griqualand Occidental. Los británicos iniciaron entonces una incesante actividad para anexionarse el territorio y la búsqueda de minerales se convirtió en una verdadera industria. Las minas, explotadas por compañías comerciales como la dirigida por el inefable Cecil Rhodes (único europeo que dio su nombre a una colonia africana: Rodesia), provocaron la afluencia de millares de blancos y africanos hacia las tierras del interior. El trabajo pronto adquirió tintes segregacionistas y de explotación indiscriminada. En la década de 1880 se descubrió oro en Transvaal y se produjo un fenómeno similar que acabó con la anexión de estos territorios a la colonia británica.



Mapa extraído del *Scottish Geographical Magazine* de 1885 en el que se muestran las posesiones británicas del sur de África (el Cabo, Natal) y las repúblicas bóeres de Orange y Transvaal, además de Zululand.

Durante todo este período, el soberano zulú Mpande hizo concesiones a británicos y bóeres. Su población empezó a verlo como un líder débil y esto lo aprovechó su hijo Cetshwayo para ganar influencia. Mpande lo vio como una amenaza y empezó a favorecer a otro hijo, llamado Mbuyazi. Esto generó un enfrentamiento entre los dos hermanos que se saldó con la victoria de Cetshwayo en 1856. Casi una década después, padre e hijo se reconciliaron e hicieron un pacto: Cetshwayo tendría el control efectivo de la nación zulú mientras Mpande seguiría siendo la autoridad última del reino y su rey.



Fotografía de Cetshwayo (h. 1826-1884), tomada hacia 1875. Fue el líder de los zulús en la guerra contra los británicos. Fue famoso por cosechar una gran victoria frente a las tropas británicas en Isandlwana.

Mpande murió en 1872 y su hijo accedió al trono. Por entonces ya había reforzado su fama militar como líder. Hizo frente a diversos ataques bóeres y los rechazó. Decidió recuperar ciertos aspectos que hicieron temibles a las tropas de su tío Chaka y pronto le vieron como una amenaza militar preocupante para los británicos que, por esas fechas, tras el descubrimiento de los diamantes, estaban inmersos en una política que buscaba la integración de los territorios del sur de África en una misma confederación bajo su dominio. Iniciaron de este modo una campaña para anexionar el territorio zulú. En diciembre de 1878 le dieron a Cetshwayo un ultimátum para que se rindiera, pero este lo rechazó, iniciándose así la guerra anglo-zulú.



La batalla de Isandlwana (22 de enero de 1879), dibujada por el pintor Charles Edwin Fripp. Muchos autores han afirmado que murieron más oficiales británicos en esta batalla que en Waterloo, pese a que un análisis concienzudo de las bajas en Waterloo pueda poner esta afirmación en tela de juicio.

Cetshwayo infligió a los británicos una de las mayores derrotas de su historia colonial. Sus 20 000 guerreros obtuvieron esta gran victoria en enero de 1879 en la batalla de Isandlwana, en la que los británicos perdieron a 52 oficiales, 727 soldados blancos y 471 soldados del contingente indígena. Sin embargo, el armamento británico era mucho más poderoso que el zulú y, en el mes de julio, Cetshwayo cayó derrotado en la batalla de Ulundi en la que sufrió numerosas pérdidas.

El líder zulú huyó hasta que fue capturado un mes después y exiliado en el Cabo. Poco después le permitieron visitar Londres y conocer personalmente a la reina Victoria, que le permitió volver a su tierra y reinar en una porción de su reino en 1883. Pero Zululand había sido dividido en trece jefaturas con jefes alineados con los británicos y el retorno de Cetshwayo originó una guerra civil que acabó con su muerte en 1884. El informe oficial decía que se debió a un fallo cardíaco aunque la hipótesis del envenenamiento parece la más probable.

Tras vencer a los zulúes los británicos se enfrentaron a los bóeres en dos cruentas guerras (1880-1881 y 1899-1902) que acabaron con sus dos repúblicas y los integró al Imperio británico. En 1910 nació la Unión Sudafricana aglutinando los territorios del África del sur bajo dominio británico: era el germen de la futura Sudáfrica del *apartheid*.

Bajo el yugo colonial

DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA: GOBIERNO DIRECTO Y GOBIERNO INDIRECTO

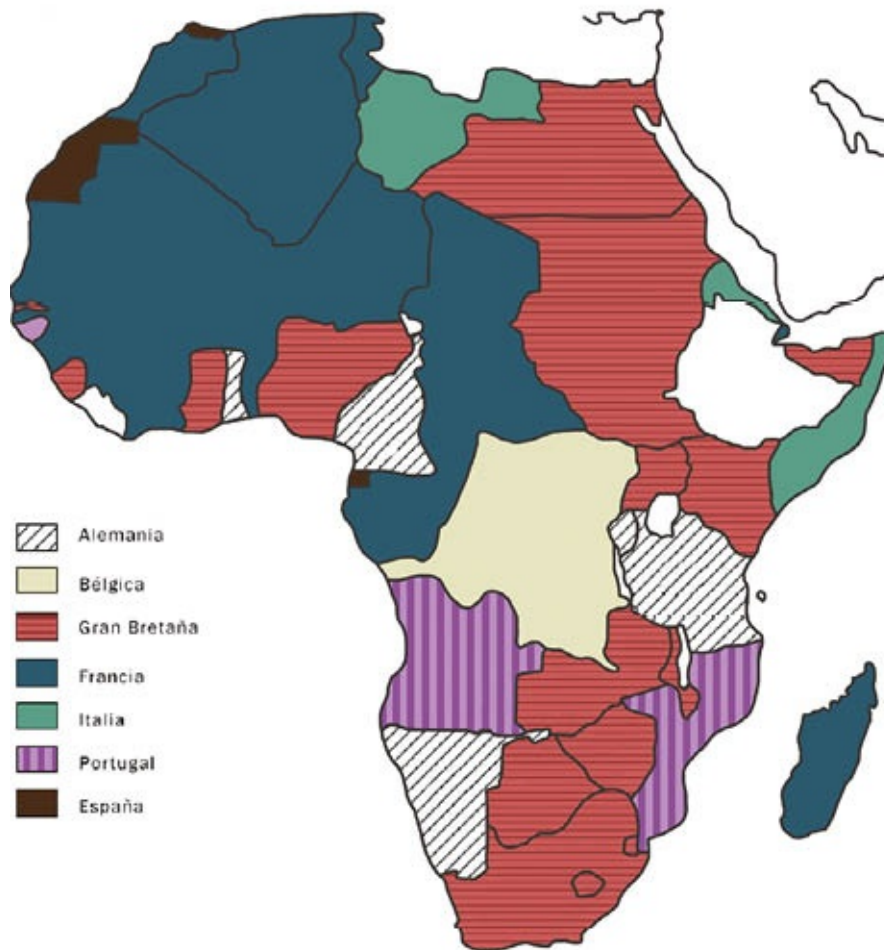
Suele decirse que en África hubo dos grandes sistemas de administración de los territorios llevados a cabo por Francia y Gran Bretaña y a los que las demás potencias coloniales se adhirieron en mayor o menor medida. En realidad las diferencias entre ambos no fueron tantas como en un momento defendió la historiografía colonial. En el plano económico, por ejemplo, las diferencias fueron casi inexistentes y la unidad de objetivos un hecho constatable. Todas las potencias buscaban obtener el máximo beneficio de sus territorios coloniales que, además, debían sustentar ellos mismos las inversiones realizadas sobre el terreno. Es decir, se buscaba la ganancia más alta con el menor gasto posible por parte de las metrópolis.

En el plano político teórico, los británicos optaron por una política administrativa conocida como *indirect rule* (gobierno indirecto), en la que cedían amplias competencias a compañías privadas (sobre todo en materia económica) y mantenían gran parte de las estructuras políticas precoloniales. Dicho de otro modo, recurrieron a autoridades locales para ejercer su dominio sobre el territorio prestándoles una teórica autonomía política en asuntos interiores. Los franceses, por su parte, decidieron tomar las riendas de la colonia de forma directa. Dividieron sus territorios continentales en dos grandes conjuntos: África Occidental Francesa (Sudán Francés, Alto Volta, Senegal, Mauritania, Guinea, Níger, Costa de Marfil y Dhomey) y África Ecuatorial Francesa (Gabón, Congo Medio, Ubangui-Chari y Chad). Cada colonia estaba encabezada por un gobernador general que respondía ante el ministro de colonias. A las órdenes del gobernador se hallaban los comandantes de círculo (distrito), encargados de la administración de regiones concretas y que tenían bajo su mando a jefes de subdivisión, también franceses, y a jefes de cantón. Es en este último escalón de la administración en el que los franceses se vieron obligados a utilizar autoridades locales. Esta decisión se debió a diversos factores. En primer lugar, el personal francés en las colonias era escaso. En segundo lugar, en muchos casos se hacía imposible el contacto con las poblaciones africanas sin la mediación de una figura que las vinculara con la administración. De hecho, era tan necesaria que incluso se inventaron jefes de pueblo (subordinados de los jefes de cantón) en lugares en los que no existían, lo cual también hicieron los portugueses.

En ambos casos se encargaron a estas autoridades locales las tareas menos gratas de la administración: censar a la población, recaudar impuestos y asegurar el reclutamiento militar y de mano de obra. Estas funciones los situaban en una posición ambivalente: eran instrumento administrativo y representante de la población. Aquellos jefes cuya autoridad procedía de la tradición pasaron a ejercer funciones que la costumbre no les asignaba mientras que aquellos que eran puestos al mando de un cantón sin atender al sistema tradicional no tenían ningún tipo de autoridad que fuese reconocida por los gobernados. Esto fue especialmente evidente en las zonas en las que no existían autoridades políticas centralizadas. En esos casos, se impusieron jefes, extranjeros en su mayoría, que jamás contaron con el visto bueno de la población administrada, que seguía siendo fiel a la autoridad político-religiosa de sus líderes tradicionales. La legitimidad de las autoridades tradicionales quedó dañada al convertirse algunos en meros funcionarios al servicio del colonizador, siendo utilizados como los medios de promoción de un estilo de gobierno nuevo y extranjero, tanto en prácticas como en pensamiento político. Por supuesto, a lo largo y ancho del continente hay incontables y variados ejemplos en los que la autoridad tradicional resistió, o colaboró, pero supo mantener su legitimidad a ojos de sus pueblos. De hecho, la diversidad regional dibuja un panorama más complicado que hace que la dicotomía resistencia-colaboración no haga honor a la verdad, mucho más compleja. Los europeos invadieron el continente bajo el pretexto de que los africanos eran incapaces de gobernarse pero fueron ellos mismos quienes no supieron, y no pudieron, gobernar sin la participación de aliados e intermediarios africanos.

Al fin y al cabo, todos los poderes coloniales acabaron recurriendo a la mediación de poderes tradicionales. Los mantuvieron en el poder mientras les eran útiles, los depusieron cuando no servían a sus intereses y colocaron en su lugar a hombres de paja que cumplieran con lo que se requería de estas jefaturas. Los jefes siempre fueron vistos como meros auxiliares subordinados. En 1917, el gobernador francés Van Vollenhoven escribió: «Ellos [los jefes] no tienen poder propio de ningún tipo porque no hay dos autoridades en el círculo, la autoridad francesa y la autoridad indígena; sólo hay una. Sólo el comandante de círculo comanda; sólo él es responsable. El jefe indígena no es más que un instrumento, un auxiliar». Años después, una ordenanza promulgada en la Nigeria británica, la Native Authority Ordinance, afirmaba: «No existen dos tipos de autoridad, una inglesa, la otra indígena, trabajando separadamente o colaborando, sino un solo gobierno en el interior del cual los jefes indígenas tienen tareas bien definidas que cumplir». Estos dos ejemplos dibujan de forma diáfana lo que acabamos de exponer: el recurso a las autoridades indígenas se hizo en los dos casos, aunque en el británico se revistió de una retórica más pulida. Las autoridades coloniales, además, no dudaron en interferir en los asuntos locales cuando lo juzgaron necesario, ya fuera en el Senegal francés o en la Nigeria británica. Como apuntó el historiador catalán Ferran Iniesta: «La única posibilidad de organizar el territorio colonial de forma rentable era aceptar la

estructura africana, articularse en ella y presionar para transformarla en el sentido de la rentabilidad. Y eso es lo que hicieron, con mayor o menor fortuna, todas las administraciones europeas». Los alemanes actuaron de forma similar a los británicos aunque la intervención del Estado fue mayor para paliar las paupérrimas tierras que poseían en el sur (actual Namibia). Portugueses, belgas e italianos, por su parte, replicaron el caso francés según sus posibilidades.



Mapa africano en 1914

LA GRAN GUERRA EN ÁFRICA

La Primera Guerra Mundial o Gran Guerra (1914-1918) alcanzó las posesiones coloniales de África y a sus sociedades. Pese a no tener un gran impacto en el devenir de la contienda, las campañas en suelo africano tuvieron repercusiones importantes en el continente. El conflicto acabó implicando de un modo u otro a la mayoría de territorios al sur del Sahara.

Escenarios bélicos

La Gran Guerra enfrentó a dos bandos: los aliados (Reino Unido, Francia, Imperio

ruso, Serbia, Italia y Estados Unidos principalmente) y las potencias centrales (Imperio alemán, Imperio austrohúngaro, Imperio otomano y Bulgaria). En África las posesiones alemanas se encontraban en Togoland (actual Togo), Camerún, África Suroccidental alemana (actual Namibia) y África Oriental Alemana (actual Tanzania).

Tras la declaración de guerra en Europa la consecuencia inmediata en África fue la invasión por parte de los aliados de las colonias alemanas, con el objetivo último de repartirse sus territorios y el inmediato de quebrar los puertos y sistemas de comunicación alemanes en el continente. El gobernador de Togoland, colonia alemana rodeada por británicos y franceses, propuso a sus vecinos de la Gold Coast (Gran Bretaña) y Dahomey (Francia) acordar la neutralidad del territorio para, en sus palabras, no dar a los africanos el espectáculo de blancos peleando entre ellos. Su petición fue desoída y en cuestión de días se inició la invasión anglofrancesa de sus territorios que se completó en algo más de tres semanas. El África Suroccidental Alemana fue atacada por tropas blancas de la Unión Sudafricana, aliada de Gran Bretaña, que se hicieron con el control del territorio en unos seis meses. En Camerún la situación geográfica (bosques y montañas) facilitó la resistencia alemana. En la campaña participaron británicos, franceses y belgas, y se prolongó más de un año. Finalmente, la campaña más larga fue la del África Oriental que terminó tras el armisticio en Europa. La principal diferencia de la guerra en esta zona, que abarcó más de un millón de kilómetros cuadrados, con la guerra en Europa fue que en África la campaña fue tan móvil como estáticas eran las trincheras europeas. Las tropas aliadas se enfrentaron a una guerra de guerrillas liderada por el comandante alemán Paul von Lettow-Vorbeck, a quien subestimaron por sus escasos efectivos militares pero que supo jugar con la estrategia de una movilidad continua en un vasto territorio (150 000 tropas aliadas frente a no más de 25 000 soldados por parte alemana). Sólo el armisticio logró su rendición.



Tropas del ejército belga (congolesas) durante la campaña de África Oriental, conocidas como *Force Publique* y concebidas por el rey Leopoldo cuando se hizo amo y señor del Congo. Todos los oficiales de la *Force Publique* eran europeos. Más de 25 000 hombres formaban el grueso de combatientes mientras que más de 260 000 personas fueron empleadas como porteadores.

Suele decirse que el primer disparo de una unidad británica en la Gran Guerra fue el rifle de un soldado africano en la invasión de Togoland el 7 de agosto de 1914. Las últimas fuerzas alemanas en rendirse, además, lo hicieron en Rodesia del Norte (actual Zambia) el 25 de noviembre de 1918.

La Force Noire: tropas africanas para la guerra europea

El efecto más evidente de la guerra fue que las potencias europeas vieron a África como una magnífica reserva de hombres para servir en el frente. Se calcula que más de un millón de africanos lucharon en Europa y África. Estas tropas además fueron las encargadas de mantener el orden colonial ante la escasez de europeos en las colonias durante el conflicto. El ejemplo clásico es el de los *tirailleurs* senegaleses, las tropas coloniales subsaharianas que los franceses crearon en 1857. Pese a su nombre, se componían de personas llegadas desde todos los rincones del África Occidental Francesa (AOF) y, más tarde, del África Ecuatorial Francesa (AEF). Desde el inicio de la guerra se llevaron a cabo decenas de miles de reclutamientos, la mayoría de los cuales bajo coerción o amenazas o, directamente, de manera forzada. Algunos autores han hablado de una verdadera «caza al hombre» al referirse a los

reclutamientos. Desde 1914 todos los batallones disponibles de forma inmediata fueron transportados a Francia y dirigidos al frente o a las columnas que se encargarían de la invasión de Togoland y Camerún. En Europa, estas tropas eran puestas en vanguardia, a merced del enemigo, como carne de cañón sacrificable. En la devastadora batalla del Somme, en 1917, lucharon diecisiete batallones de *tirailleurs*. Un año más tarde, en las colonias francesas se llevó a cabo una campaña de reclutamiento al frente de la cual se hallaba Blaise Diagne, único representante africano en la Asamblea Nacional francesa. Diagne hizo promesas a los futuros combatientes (exención de impuestos y de los trabajos forzados, abolición del indigenato, pensiones para los excombatientes...) que jamás llegaron a cumplirse pero que consiguieron un repunte en los alistamientos voluntarios. En 1918, unos 63 000 nuevos soldados se unieron a las tropas francesas. En total, cerca de 200 000 *tirailleurs* combatieron para los franceses, de los cuales unos 150 000 lo hicieron en Europa.



Izquierda: miembros del 43.º batallón de *tirailleurs* senegaleses. Derecha: *tirailleur* en Brazzaville, condecorado con la Cruz de la Liberación por el general Charles de Gaulle.

En las colonias británicas la cuestión del reclutamiento no fue muy diferente. Decenas de miles de soldados de la Gold Coast y Nigeria combatieron en Camerún, Togo y el África Oriental, y otros tantos lo hicieron en Europa.

En la Unión Sudafricana se evitó por todos los medios que blancos y negros combatieran juntos por el temor de que una camaradería en batalla pudiera favorecer en el futuro la causa común como trabajadores. Sí hubo soldados *coloured* (mestizos), aunque sólo uno de cada cinco lo eran, mientras que la población negra fue reclutada como no combatientes (30 000 en África Suroccidental alemana, 17 000 en África Oriental y 19 000 en Europa).

De hecho, el número de soldados reclutados en el conjunto del continente fue muy inferior al número de personas que se vieron obligadas a ejercer como porteadores en las campañas africanas. Las vías férreas de las colonias tenían un escaso valor en cuanto a movilidad ya que se limitaban a recorrer líneas rectas desde los puntos de explotación minera o forestal hasta la costa. Los vehículos de motor, por su parte, no eran de gran ayuda debido a la escasez de carreteras y a que estas, en

temporada de lluvias, eran impracticables. Por último, la fuerza animal también quedaba descartada en la mayoría de los casos por la elevada mortalidad que la mosca tse-tsé les infligía. Así, las municiones, armamento y suministros fueron acarreados por personas, por portadores. Este conjunto de personas fue el más vulnerable de la guerra, mal alimentado y sujeto a largas y agotadoras marchas. Los portadores enrolados por los británicos superaron en veinte a uno a los soldados. Así, sólo en la pequeña Nyasalandia se reclutaron casi doscientos mil portadores (y 15 000 soldados). Se calcula que en la campaña de África Oriental las tropas británicas llegaron a contar en el conjunto de la contienda con más de un millón de portadores. Los belgas utilizaron más de doscientos cincuenta mil en la misma campaña.

En definitiva, la Gran Guerra concernió a más de dos millones de africanos que participaron de una manera u otra en el esfuerzo de guerra.

Lo que la guerra dejó

La guerra acentuó los males del colonialismo. África no sólo se presentó como una excelente reserva de nuevos soldados sino también como el granero del que abastecer a las tropas que luchaban en Europa. Las requisiciones se hicieron más duras y frecuentes, la mano de obra forzada aumentó, se obligó a campesinos a cultivar productos concretos y se controló los precios de las exportaciones al tiempo que las importaciones se hacían cada vez más costosas. Todas estas exigencias llegaron tras dos años de lluvias escasas (1911-1912) y un año de sequía (1913).



Reclutamiento de soldados africanos, por parte de los alemanes, en territorio togolés bajo su control (1914).

El reclutamiento fue sin duda uno de los elementos que más repercutió sobre las sociedades del continente. Sumado a las exigencias exacerbadas de las metrópolis se generó un caldo de cultivo de contestación y resistencia. Sobre todo a medida que

llegaban las pocas noticias de Europa y los primeros mutilados de guerra, trayendo consigo el testimonio de un horror lejano que podía atrapar a cualquiera. En muchos casos la resistencia se llevó a cabo de forma pasiva. Un gran número de personas, sobre todo en regiones fronterizas, huyeron a colonias vecinas o se escondieron en los bosques. Unas treinta y cinco mil personas escaparon de ese modo de Senegal a Gambia y Guinea Bissau. También se recurrió a entregar a los administradores hombres enfermos o esclavos y no faltaron tampoco las revueltas armadas que, sin embargo, fueron reprimidas con celeridad. Las resistencias se hicieron más frecuentes por el éxodo de europeos, administradores y comerciantes, que acudían a su tierra natal para combatir. En algunos lugares la presencia de europeos, ya de por sí mediocre, se redujo a la mitad. Esto provocó que algunos pueblos siguieran sin pagar los impuestos exigidos por la administración colonial y que algunos africanos, intérpretes en su mayoría, ganaran peso dentro del sistema colonial ante la ausencia de personal europeo.

Sin duda el legado más cruento de la guerra, y también el más perceptible, fue el elevado número de muertos y heridos que dejó en África, no sólo en combate sino también a través de las consecuencias directas de las requisiciones, exigencias y reclutamientos que, sumados a la sequía, a la mala alimentación que conllevó y a las enfermedades que se extendieron (culminadas por una dramática epidemia de gripe), acabaron segando la vida de centenares de miles de personas. Entre las tropas francesas la cifra oficial de soldados africanos muertos fue de unos treinta mil, sin contar los desaparecidos ni los heridos o mutilados, lo que equivaldría a un veinte por ciento de las tropas de *tirailleurs* desplegadas en Europa, aunque la cifra real debió ser más elevada. En el África Oriental la devastación alcanzó una escala terrible que repercutió en la población civil. En esta zona las enfermedades, sobre todo entre los portadores, causaban más muertes que los combates. La cifra oficial de muertos entre las tropas británicas africanas de la campaña de África Oriental fue de unos doce mil, a los que habría que sumar desaparecidos y mutilados, con lo que se elevaría a veintidós mil. Pero quienes más sufrieron la guerra fueron los portadores, obligados a caminar en ocasiones unos treinta kilómetros diarios. De ellos no murieron menos de 95 000, pese a que los datos reales son, sin duda, mucho más altos. En la campaña de Camerún, de los veinte mil portadores reclutados, la mitad murieron o quedaron mutilados de por vida. Las tropas africanas del ejército belga perdieron a unas veinte mil personas, al tiempo que la mortalidad en las minas de cobre de la región aumentaba ante la demanda para elaborar munición en Europa.



Porteadores de las tropas británicas en su paso por Nyasalandia (Malaui). Las duras condiciones a las que se sometieron durante la contienda provocó la muerte de unos cien mil porteadores. Fuente: Museo Imperial de la Guerra, Londres.

La epidemia de gripe de 1918 y 1919 acabó de dar el golpe de gracia. La guerra permitió un contagio más rápido a través de las líneas de comunicación y avituallamiento y a través de quienes retornaban de ella (soldados y porteadores). En AOF se cobró ciento veinte mil víctimas, setenta mil en AEF. La cifra en el África Oriental no fue inferior a doscientas mil muertes. En total, entre uno y medio y dos millones de personas sucumbieron a la enfermedad en cuestión de meses.

Respecto a las consecuencias sociales y políticas, estas variaron en función del grado de participación y de la intensidad del reclutamiento o de las operaciones militares. Los excombatientes adoptaron un nuevo rol en la sociedad. Habían visto a los colonizadores morir en Europa y habían luchado a su lado. Al llegar muchos empezaron a reivindicar una mayor participación en la administración. De hecho, para ellos se preveían ciertos privilegios administrativos y políticos que no siempre se cumplieron. Este incumplimiento generó más descontento. Los esclavos que habían combatido retornaban a su tierra con un estatus diferente, si no ante la sociedad tradicional sí ante la administración colonial. La Gran Guerra puede ser vista como el germen de los posteriores movimientos nacionalistas y de autodeterminación, como el inicio del despertar de las conciencias de las élites cultivadas que estallarían completamente tras la Segunda Guerra Mundial. En el sur africano, sin embargo, el nacionalismo racista afrikáner se incrementó. El gobierno había dado su apoyo a Gran Bretaña y los afrikáner se oponían a ello, favorables a Alemania: se rebelaron y fueron reprimidos. En las tierras del actual Kenia, los soldados blancos obtuvieron beneficios legales y tierras, lo cual no hizo más que alimentar el descontento que estallaría más tarde con el movimiento Mau Mau.

Para terminar, el mapa de África volvió a rediseñarse y, esta vez, plasmó un dibujo muy similar al que observamos hoy en día. Francia y Gran Bretaña se repartieron Togo y Camerún, territorios bajo mandato de la Sociedad de Naciones, la Unión Sudafricana se hizo con el sudoeste africano y los británicos con casi la totalidad del África Oriental, mientras Bélgica se quedaba con los territorios de Ruanda y el actual Burundi.

La Gran Guerra afectó a África de forma dramática, fue una experiencia traumática para el grueso de la población que se vio envuelta en ella. «Preferiría estar en Francia que aquí», escribió un soldado británico, que había luchado en las trincheras de Europa, mientras servía en África Oriental. No es cuestión de comparar el horror de los diferentes escenarios, pero su testimonio nos sirve para interiorizar la dureza de la situación. Y él «sólo» luchaba, no era porteador ni tampoco campesino, no vio cómo el esfuerzo de guerra extranjera se llevaba consigo a familiares, amigos y los alimentos esenciales para subsistir tras una nefasta sequía. La guerra fue, en definitiva, el último acto del reparto de África.

OCCIDENTALIZADOS: LA FORMACIÓN DE UNA NUEVA ÉLITE

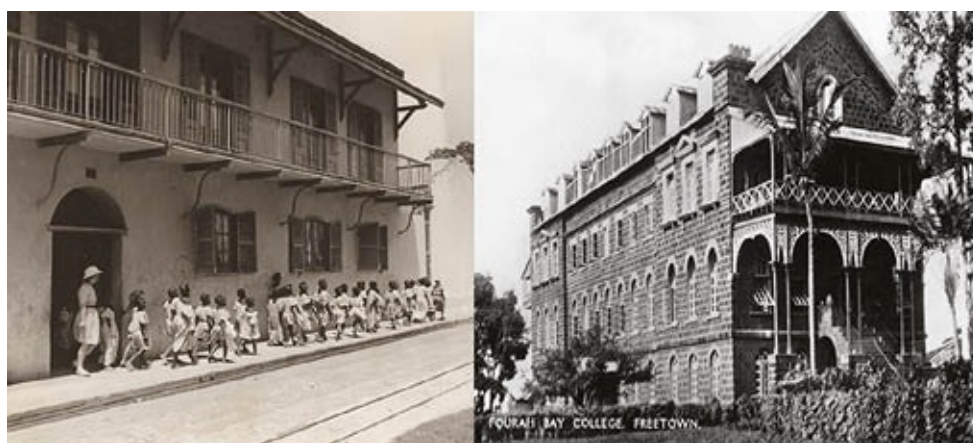
Articularse en las sociedades africanas no supuso una tarea fácil para los colonizadores. Como hemos señalado en este mismo capítulo, recurrieron a las autoridades tradicionales para llegar allí donde ellos no podían, pero esto no fue suficiente. Ante la escasez de efectivos europeos y ante las particularidades socioculturales de las poblaciones sometidas pronto se hizo evidente la necesidad de contar con subalternos locales que se desempeñaran en la administración y en otras actividades de importancia como la de intérprete. La gestión colonial, en definitiva, era imposible sin mediación en todos los campos.

De este modo se llevó a cabo la formación de determinados sectores de la población en escuelas públicas (caso francés) o en misiones (caso británico). Se los formó siguiendo los patrones occidentales, introduciéndolos en las lógicas, métodos y comportamientos de las sociedades de las metrópolis. La transferencia de los comportamientos, sobre todo, se veía como algo indispensable para un incremento de la rentabilidad. La aculturación, el conocimiento de la lengua y del funcionamiento occidental, era a su vez una manera de aproximarse al poder europeo. Así, la educación occidental se convirtió en un paso necesario para medrar en el nuevo escalafón social impuesto por el régimen colonial. En los territorios británicos, por ejemplo, las misiones se convirtieron en un punto de atracción no por motivos religiosos sino por la garantía de una formación a la occidental ligada de forma ineludible a ventajas sociales a largo plazo en el marco de la colonización.

Sin embargo, la enseñanza sólo llegó a unos pocos rincones. Pese a la certeza de la necesidad de crear un núcleo de occidentalizados, se temía que una educación

avanzada pudiera sembrar la subversión en el espíritu de los estudiantes, por lo que la instrucción que recibían en la mayoría de los casos era embrionaria, sesgada, con el único fin de garantizar ciertas tareas simples. En la época de entreguerras, en el África Occidental británica sólo había tres establecimientos de enseñanza superior: Fourah Bay College en Sierra Leona, Achimota College en la Gold Coast (Ghana) y Yaba Higher College en Lagos (Nigeria). En el total del África negra menos de una decena de establecimientos formaban maestros, entre los que destacaba la Escuela William Ponty del AOF. A finales de la década de 1930 la educación primaria había alcanzado en AOF a setenta mil niños (sobre un total de doce millones) y en AEF a diez mil (de cinco millones). Para el conjunto de los territorios bajo dominio francés sólo había dos establecimientos secundarios, ambos en Senegal y destinados sobre todo a las poblaciones de las cuatro comunas que gozaban de un estatus social superior al resto de «sujetos».

El número de estudiantes que había en la enseñanza superior era inferior. De este exiguo grupo, destacó una élite muy restringida y profundamente aculturada en los marcos de pensamiento y acción política occidental. Fueron admitidos en los servicios técnicos coloniales pero excluidos del mundo de los negocios y apartados legalmente de las responsabilidades administrativas, que seguían cayendo sobre los hombros de personal europeo o de los jefes tradicionales. Esta marginalidad dentro de la estructura colonial originó la frustración que caracterizó a esta élite, que acabó refugiándose en profesiones liberales (juristas, médicos, maestros...), lanzando una prensa dinámica y pergeñando los primeros fermentos nacionalistas alejados de las masas.



Izquierda: la Escuela William Ponty en su etapa en la isla de Gorée (Senegal), donde se formó gran parte de la élite occidentalizada de los territorios franceses.

Derecha: Fourah Bay College de Sierra Leona en la década de 1930. Fue la primera universidad de estilo occidental construida en África Occidental y todavía hoy sigue en funcionamiento.

Los occidentalizados se diferenciaban del resto de la población por su orientación, su modo de vida, sus ambiciones y aspiraciones materiales y sociales. Pese a no abandonar sus raíces africanas (las cuales reivindicarían más tarde) ejercieron una función ambivalente respecto a sus sociedades de origen. Eran

reconocidos como jóvenes en ascenso social y, por lo tanto, bien situados para conceder ayudas y favores, pero tenían una alta percepción sobre sí mismos como el agente modernizador de sus pueblos, a los que en muchos casos juzgaban desde una perspectiva similar a la de quienes los subyugaban.

Por lo general, estas nuevas élites intelectuales vieron a los poderes tradicionales como un estorbo para el progreso de sus sociedades. En ocasiones, sin embargo, no tuvieron más remedio que acudir a ellos para que su mensaje llegara al conjunto de la población, que seguía al margen de los movimientos políticos que ellos abanderaban. Este fue el caso en la Gold Coast, en Nigeria o en Kenia, aunque en la mayoría de los casos las autoridades tradicionales, sobre todo aquellas de nuevo cuño creadas para provecho del administrador colonial, fueron acusadas de complicidad.

Como veremos en el siguiente capítulo, los occidentalizados fueron los paladines de las independencias. Su educación hablaba de libertad, igualdad y fraternidad, valores que se les negaban en las colonias y que acabarían reivindicando. Tanto radicales como moderados adoptaron la ideología nacionalista europea como propia. De hecho, en palabras del historiador Ferran Iniesta, «el nacionalismo era la expresión teórica de los occidentalizados». A partir de la Segunda Guerra Mundial ganaron importancia de forma progresiva. Consiguieron el apoyo de sus sociedades para lograr la independencia y luego se convirtieron en presidentes de sus países.

La mayoría de nuevos presidentes de las ex colonias francesas se habían formado en la Escuela William Ponty. El más célebre de los líderes moderados, Léopold Sédar Senghor de Senegal, se formó en Francia. El más célebre de los panafricanistas radicales, Kwame Nkrumah, lo hizo en Estados Unidos.

ÁFRICA Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Los historiadores han señalado la Segunda Guerra Mundial como un momento decisivo en el devenir de la historia africana. Algunos defienden la idea de que la contienda significó el preludio de la descolonización, otros ven en ella el germen del nacionalismo africano de los años posteriores y otros arguyen que el papel de la guerra fue el de un acelerador de procesos sociopolíticos que ya estaban en marcha en las sociedades africanas. Sea como fuere, la guerra volvió a repercutir en los pueblos del sur del Sahara. Esta vez hubo menos teatros bélicos en el continente, pero el rol desempeñado por los africanos fue quizá más decisivo que en la guerra de 1914.

África, bastión de la Francia Libre

En el África subsahariana la guerra tuvo menos escenarios bélicos que en la Gran Guerra. De forma resumida, los enfrentamientos se dieron en territorios controlados por Italia o por la Francia de Vichy. De este modo, la contienda se escenificó en el

Cuerno de África, en AEF y en Madagascar.

Lo que ocurría en Europa tenía un eco inmediato en los territorios coloniales. El ejemplo más claro de ello lo proporciona el caso francés. Cuando las tropas alemanas ocuparon Francia en 1940, liquidando a la III República francesa, se instauró en Vichy un régimen fascista colaborador de la Alemania nazi, dirigido por el mariscal Pétain. La resistencia francesa a nivel internacional la encarnó el general De Gaulle, quien desde Londres lanzó un llamamiento a la resistencia y a continuar la lucha al lado de Gran Bretaña bajo el nombre de Francia Libre. El personal colonial francés quedó así dividido: la mayoría de administradores del AOF permaneció fiel a Vichy, al igual que ocurrió en la isla de Madagascar, mientras que en el AEF la situación fue diferente. Liderados por el gobernador del Chad, un guyanés negro llamado Félix Éboué, los territorios ecuatoriales de Francia decidieron apoyar a la Francia Libre de De Gaulle. Éboué gobernaba una colonia aislada del resto de posesiones francesas y vecina de los territorios británicos de Sudán y Nigeria. Gozaba, así, de una cierta libertad de maniobra. Ante el racismo del régimen de Vichy, resulta comprensible que Éboué decidiera dar su apoyo a la Francia Libre, si no por convencimiento ideológico, sí por una necesidad lógica: Éboué sólo podía sobrevivir con su cargo en la administración francesa desde la disidencia. Tras anunciar su apoyo a De Gaulle las colonias de Ubangui y Gabón siguieron sus pasos. Fue así como el África Ecuatorial Francesa se convirtió en la principal base territorial de la Francia Libre, con Éboué como gobernador general.

Británicos y partidarios de la Francia Libre intentaron en septiembre de 1940 retomar Dakar, capital del AOF, de manos de los administradores fieles a Vichy. Sin embargo, el intento resultó un fracaso estrepitoso. Por otra parte, la presencia de tropas italianas en Libia y el Cuerno de África suponía una amenaza para Egipto, Kenia y el Sudán angloegipcio. La preocupación británica hizo que uno de los objetivos aliados durante esta fase de la guerra fuera asegurar una ruta que, partiendo de Accra (Gold Coast) o Lagos (Nigeria) llegara hasta Sudán y Egipto, pasando por los territorios de Chad gobernados por Éboué. Con ello pretendían controlar una franja de importancia estratégica en la guerra en el desierto libio.

Respecto al Cuerno de África, los italianos, que años antes habían ocupado Etiopía, uno de los dos únicos países africanos independientes en la época, invadieron la Somaliland británica en agosto de 1940, además de conquistar posiciones de importancia en el Sudán angloegipcio y en Kenia. La respuesta británica fue dar su apoyo a la resistencia etíope y recuperar los territorios perdidos. A pesar de la superioridad numérica italiana, los británicos, con tropas conformadas por africanos, avanzaron por el este del continente y en mayo de 1941 ya se habían hecho con el control del Cuerno. Ese mismo mes el emperador Haile Selassie volvió a Etiopía, exactamente cinco años después de la ocupación italiana. La liberación del país y el retorno de Selassie fueron desde entonces envueltos en un halo de misticismo. De hecho, el movimiento rastafari considera a este emperador etíope uno de sus

símbolos. Tras la expulsión de los italianos de Etiopía, el principal teatro del continente pasó a ser el norte de África, de donde italianos y alemanes fueron definitivamente expulsados en 1943.



Charles de Gaulle y el gobernador general de Chad, Félix Éboué (1884-1944) en 1940. Éboué fue clave en el apoyo a la Francia Libre en África Ecuatorial. Sus restos fueron enterrados en 1949 en el Panteón de París, como homenaje y reconocimiento al primer resistente de la Francia de Ultramar.

Madagascar, por su parte, cuyos administradores habían declarado su fidelidad a Vichy, fue invadida y ocupada por las tropas británicas entre mayo y diciembre de 1942. Cuando en noviembre de ese mismo año los aliados ganaron posiciones en el norte de África, el personal colonial francés del AOF cambió su fidelidad y acogió a De Gaulle como liberador.

En definitiva, la mayoría de las colonias africanas no estuvieron directamente involucradas en la guerra. Sin embargo, el curso de la guerra sí que las afectó de manera evidente. La carga que supuso para las sociedades africanas fue enorme, hasta el punto de que incluso las potencias europeas quisieron, al menos nominalmente, compensar el esfuerzo que habían realizado.

El pesado esfuerzo de guerra

Como ya sucedió en la Primera Guerra Mundial todas las cargas del sistema colonial se recrudecieron. Las colonias africanas se convirtieron en grandes abastecedoras de hombres, alimentos básicos y materias primas. El incremento en la producción

agrícola trajo consigo un endurecimiento de las requisiciones a los campesinos, obligados a entregar de forma gratuita provisiones que estaban destinadas al sustento familiar. Los trabajos forzados también aumentaron de forma considerable debido a la intensificación de la explotación de productos estratégicos (como el hierro en Sierra Leona o el estaño en Nigeria). El esfuerzo de guerra, por supuesto, fue más pesado para las sociedades africanas que para los pocos europeos que vivían en los territorios coloniales. La guerra interrumpió el contacto con la metrópolis, sobre todo en los casos en los que Alemania había ocupado la metrópolis (como en Francia o Bélgica). Las importaciones descendieron de forma abrupta mientras se exigía cada vez más a los productores africanos que, ante el incremento de la demanda, vieron cómo a cambio recibían cada vez menos rédito. El ejemplo del cacao es ilustrativo: entre 1942 y 1943 en Costa de Marfil el cacao era pagado a los africanos, que producían nueve décimas partes de la producción, a 2,60 francos el kilo, mientras que los plantadores europeos recibían 4,50 francos. En las ciudades, se repartieron cartas de racionamiento que sólo se destinaron a la población blanca. Estas prácticas desiguales no eran nuevas, pero durante la contienda se generalizaron y agravaron. En la mayoría de los casos, cuando la situación llegó a límites insostenibles, los productores africanos no recibieron más que los golpes de quienes les obligaron a entregar el fruto de su trabajo de forma gratuita, tanto para alimentar a la población de las propias colonias como para sustentar a los soldados que luchaban en la guerra. El gran número de requisiciones de productos agrícolas y alimenticios se topó con otro problema: no había transportes, ni sacos para transportarlos, por lo que muchas veces las requisiciones quedaron almacenadas en un lugar sin consumirse, mientras los productores se quedaban sin medios para alimentar a sus familias en unas circunstancias cada vez más trágicas. Fue esta falta de transporte la que, como en la Primera Guerra Mundial, provocó la proliferación de porteadores, de personas obligadas a cargar suministros sobre sus hombros y caminar durante kilómetros.

La coerción utilizada sobre los productores se extendió a poblaciones que se vieron obligadas a aportar productos que no generaban. Por ejemplo, la demanda de caucho provocó que pueblos que no lo recogían se vieran abocados, de forma forzada, a internarse en los bosques para buscarlo, descuidando así sus campos.

Los reclutamientos, aunque supuestamente voluntarios en algunos puntos del continente, se hicieron en su mayoría bajo coerción o de forma forzada. Centenares de miles de africanos participaron en la guerra. Cerca de ochenta mil hombres del África Occidental Francesa se unieron a la contienda en 1939 y 1940 y cien mil más lo hicieron entre los años 1943 y 1945. En las colonias británicas más de un millón de personas fueron reclutadas para el ejército y para engrosar las filas de los sacrificados porteadores. Los reclutamientos fueron un gran problema en las sociedades campesinas. En primer lugar, privaban a los campos de sus brazos más jóvenes y fuertes. En segundo lugar, cuando las tropas coloniales se acercaban a los pueblos para el reclutamiento era habitual la huida de los hombres a los bosques durante

largos períodos, con lo que sus campos quedaban de igual modo abandonados.

Como ya hemos visto, el AEF se convirtió en el lugar de existencia de la Francia Libre. Lo mismo ocurrió en el caso del Congo que, tras la ocupación de Bélgica, se convirtió en la base del gobierno belga en el exilio. De hecho, un ochenta y cinco por ciento de su financiamiento dependía del Congo. Los británicos, que mantuvieron el control sobre todas sus colonias africanas, tuvieron también su suerte ligada a estas: dependían de ellas para conseguir tropas y porteadores para el ejército, además de para obtener productos agrícolas y minerales para sus fábricas. Este fenómeno se acentuó tras la victoria de Japón en el sudeste asiático. Las colonias que hasta entonces eran la principal fuente de estaño, caucho y aceite de palma quedaron bajo su control y África se convirtió entonces en la principal abastecedora estratégica de los aliados. La pérdida de las colonias asiáticas ligó el rol del Congo Belga con las dependencias británicas, convirtiéndose ambas en proveedores de esos bienes para el esfuerzo de guerra. Las exportaciones del Congo hacia Gran Bretaña, Estados Unidos, Rodesia y Suráfrica, que antes habían sido de un 5%, durante la guerra aumentaron hasta el 85%. No resulta sorprendente decir que los minerales africanos resultaron indispensables para la victoria aliada. De hecho, la creación de la bomba atómica que puso punto final al conflicto dependió del suministro de uranio procedente del Congo belga.

Hacia la descolonización

La Segunda Guerra Mundial no conllevó una redefinición del mapa africano, pero el pesado esfuerzo de guerra volvió a causar estragos en las sociedades africanas. Dejando a un lado el alto número de pérdidas humanas ligadas a este esfuerzo, el efecto más importante de la guerra para el devenir del África negra se produjo en el campo de las ideas. Para muchos, la contienda supuso un giro decisivo en la historia del continente, para otros aceleró la difusión de una creciente mentalidad anticolonial y de actitudes que ya habían empezado a asomar durante los años de la crisis económica de la década de 1930.

Sin embargo, lo que acabó repercutiendo más en África fue el nuevo escenario internacional que se abrió tras la guerra, con dos nuevas potencias (Estados Unidos y la URSS) que se declararon en contra del imperialismo y a favor de los procesos de descolonización. Analizar las causas de esta actitud, por otro lado nada altruistas, no nos concierne. Lo esencial es que ya durante la guerra se produjo la redacción de la Carta del Atlántico (1941), firmada por Roosevelt y Churchill, que en uno de sus puntos recogía: «[...] el derecho que tienen todos los pueblos de escoger la forma de gobierno bajo la cual quieren vivir, y desean que sean restablecidos los derechos soberanos y el libre ejercicio del gobierno a aquellos a quienes les han sido arrebatados por la fuerza». A esta declaración le siguió la Carta de las Naciones Unidas en 1945. Finalmente, la actividad de las dos nuevas potencias que iban a

dominar el mundo durante la Guerra Fría se tradujo en términos concretos: la URSS apoyó los movimientos independentistas asiáticos y Estados Unidos presionó a sus aliados europeos para pactar la descolonización.

Durante la guerra, y bajo estas presiones internacionales, se inició un cambio en las políticas de las potencias coloniales. Ese cambio se refleja en la gran cantidad de propaganda, a través de pósteres, cine, radio o prensa, empleada durante el conflicto para pedir a las poblaciones de las colonias su colaboración en el esfuerzo de guerra. Los colonizadores se esforzaron por persuadir a la gente a participar en este esfuerzo a cambio de promesas de mejora en las condiciones económicas, políticas y sociales. Incluso durante la guerra, bajo presión estadounidense, se llegaron a hacer algunas tímidas reformas en territorios británicos. Por primera vez las élites políticas africanas vieron a sus «amos» coloniales justificar su dominio en un momento en el que Estados Unidos y la URSS criticaban el imperialismo y en el que la Carta del Atlántico se convertía en una inspiración. Además, durante la guerra esta élite conoció a blancos menos instruidos que ellos, dándoles una nueva perspectiva de lo que eran sus propias posibilidades.



Pósteres que muestran la propaganda británica dirigida a sus colonias durante la guerra, bajo los lemas «Together» (“Juntos”) y «Our allies the colonies» (“Nuestras aliadas las colonias”). Este último muestra el atuendo de un askari africano, que recuerda al de los *tirailleurs* senegaleses de Francia.

Pese a todo, las élites africanas no reclamaron la independencia durante la guerra (lo que sí ocurrió en el norte de África). El criticismo contra las estructuras coloniales se había limitado hasta entonces a criticar su carácter, no su existencia. Por tanto, las reivindicaciones se limitaban a reformas del proceso político y a una mayor participación. Quizá la guerra acabó despertando conciencias pero el nacionalismo

independentista no existió como tal hasta los años posteriores al fin del conflicto.

A pesar de las promesas y las reformas, la política de las potencias coloniales no tendió a la descolonización. De hecho, un repaso breve por cada caso demuestra que nadie contemplaba otorgar la independencia. Los británicos llegaron a hablar de *self-government* (autonomía) pero en un futuro lejano, una vez los africanos hubieran ganado un cierto grado de civilización, y en el marco de la Commonwealth. Es más, Churchill, firmante de la Carta del Atlántico, declaró que sus principios no se aplicaban a las colonias.

El caso francés gira en torno a la mitificada Conferencia de Brazzaville (enero-febrero de 1944) que se vio durante un tiempo como el primer paso hacia la descolonización de los territorios franceses. En realidad sí que lo fue, pero de manera involuntaria, puesto que las escasas concesiones que hizo acabaron provocando más y más rápidas reivindicaciones de mejora. En la conferencia, que se hizo para salvaguardar el Imperio, De Gaulle declaró: «[...] no habrá progreso si los hombres, en su tierra natal, no sacan provecho, moral ni material, si no pueden elevarse poco a poco al nivel en el que serán capaces de participar en la gestión de sus propios asuntos. Es un deber de Francia hacer que esto sea así». Aunque se propuso dotar a las colonias de una Asamblea General, esta estaría inserida en una unión francesa más amplia. El principio de soberanía colonial, por su parte, permanecía intocable. Además, se descartó de manera explícita la posibilidad de *self-government* y se prohibió estrictamente el uso de lenguas africanas en la educación de los niños. La conferencia, por tanto, no preveía la independencia sino una mayor participación política de las élites dentro de Francia. A la conferencia no fue invitado ningún africano. No obstante, inició un cambio involuntario que acabó aumentando el deseo por la independencia.

Las colonias portuguesas y españolas, por su parte, quedaron al margen de esta corriente de cambio ya que estaban sujetas a regímenes fascistas y no estuvieron directamente implicadas en la guerra.

Otra consecuencia importante de la guerra fue la gran cantidad de soldados desmovilizados que dejó. En muchos casos, junto a los occidentalizados, fueron un estímulo para las reivindicaciones igualitarias en derechos civiles, sumándose así al descontento popular. Los soldados conocieron al hombre blanco en los campos de batalla, los vieron reír y llorar, sudar y sangrar, morir y matar. El mito de la superioridad e invencibilidad blanca se desmoronó. Les dijeron que luchaban por la democracia y la libertad y al volver a casa se encontraron con que a ellos se les negaban esos derechos. En India, además, vieron con sus propios ojos a pueblos colonizados que luchaban por su independencia. Muchos llegaron así con nuevos horizontes, y sabiendo escribir y leer, con mayores expectativas.

Por otra parte, la guerra aumentó las desigualdades e hizo insoportable el sistema colonial, el descontento rural, que explotó en algunas revueltas, se incrementó y la creación de fábricas de transformación de productos y alimentos favoreció la

aparición de un nuevo proletariado urbano que durante la guerra realizó reivindicaciones a través de huelgas. Este proletariado aumentó por las masas de inmigrantes que llegaban desde el interior hasta las ciudades portuarias. Por ejemplo, Leopoldville, en el Congo belga, pasó de cuarenta mil habitantes en 1939 a ciento diez mil en 1945.

En resumen, la crisis económica de la década de 1930 y la guerra reforzaron la percepción de las injusticias del sistema colonial. La guerra estimuló la consciencia política de las élites y los soldados, y a las masas campesinas exhaustas se les sumaron los nuevos trabajadores asalariados. Se formó así un caldo de cultivo, de descontento y reivindicación que sería aprovechado en los años siguientes por nuevos líderes políticos. Se abrió una nueva época en el África subsahariana que acabaría desembocando en la independencia de sus pueblos.

La descolonización

EL AMANECER DE LAS INDEPENDENCIAS

Dibujar el cuadro de las independencias africanas es mucho más complicado de lo que puede parecer. Los diversos procesos históricos que se desarrollaron entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la década de 1960 no fueron comunes en todos los territorios del continente. Los matices, las divergencias y la diversidad de las realidades sociopolíticas de cada lugar, así como de cada metrópolis colonizadora, determinaron de un modo u otro el camino hacia la independencia. En general este no fue un camino de espinas, pero tampoco uno de rosas. Suele hablarse de la descolonización de África como un proceso pacífico, aunque hay excepciones y claras muestras de represión que se saldaron con miles de muertes del lado africano, como en Madagascar (1947), Camerún (1956-1958) o la revuelta Mau Mau en Kenia (1952-1956).

La lucha anticolonial la libraron un amplio abanico de grupos sociales a la cabeza de los cuales se situaron las élites intelectuales occidentalizadas, quienes acabaron considerando las reformas derivadas de la guerra como insuficientes y acabaron virando hacia la cuestión de la independencia. Entre estos intelectuales los había radicales y moderados. Los primeros suelen situarse en la órbita del panafricanismo, con Kwame Nkrumah como principal exponente, y los segundos en el de la negritud, abanderados por el senegalés Léopold Sédar Senghor. De forma curiosa, ambas corrientes de pensamiento no se originaron en África, sino que lo hicieron en las Antillas americanas, donde escritores negros como Aimé Césaire, W. E. B. du Bois o Marcus Garvey, descendientes de antiguos esclavos, construyeron discursos que empoderaban a la madre África. Además de estos líderes políticos, que en ocasiones trataron de aunar esfuerzos, como en el caso del Rassemblement Démocratique Africain (RDA), que agrupaba a diversos partidos políticos del África francesa, la fronda anticolonial la conformaron todos aquellos africanos exhaustos por el sistema colonial, hartos de sufrir en sus carnes la injusticia y la explotación. Hubo movimientos campesinos, religiosos, étnicos, proletarios e incluso mercantiles. En realidad, las élites políticas, capaces de hablar con el colonizador en su propio lenguaje, constituían la punta de lanza de una sociedad extenuada, la cima de un iceberg que hundía sus raíces en medio siglo de oscuro colonialismo.

La prensa desempeñó también un papel fundamental a la hora de exaltar los

nuevos sentimientos nacionalistas que, defendidos por los políticos, en realidad no representaban a la inmensa mayoría de la población. La gente de a pie no luchaba por Senegal, Ghana o Kenia, sino que luchaba por algo mucho más simple: liberarse del yugo del hombre blanco. A pesar de todo, al ser los líderes políticos las figuras más visibles del movimiento, muchos de ellos fueron encarcelados, lo cual ayudó a engrandar su reputación de resistentes. Todos ellos, al salir de sus celdas, acabaron llevándose importantes victorias electorales. Fue el caso de Nnamdi Azikiwe (Nigeria), Touré (Guinea francesa) o Nkrumah (Costa de Oro). Incluso algunos llegaron a ganar elecciones desde la cárcel, como Patrice Lumumba.



La revista *Présence Africaine*, fundada en 1947 por Alioune Diop (1910-1980), fue uno de los instrumentos utilizados por los intelectuales africanos del área francófona para exponer sus reivindicaciones.

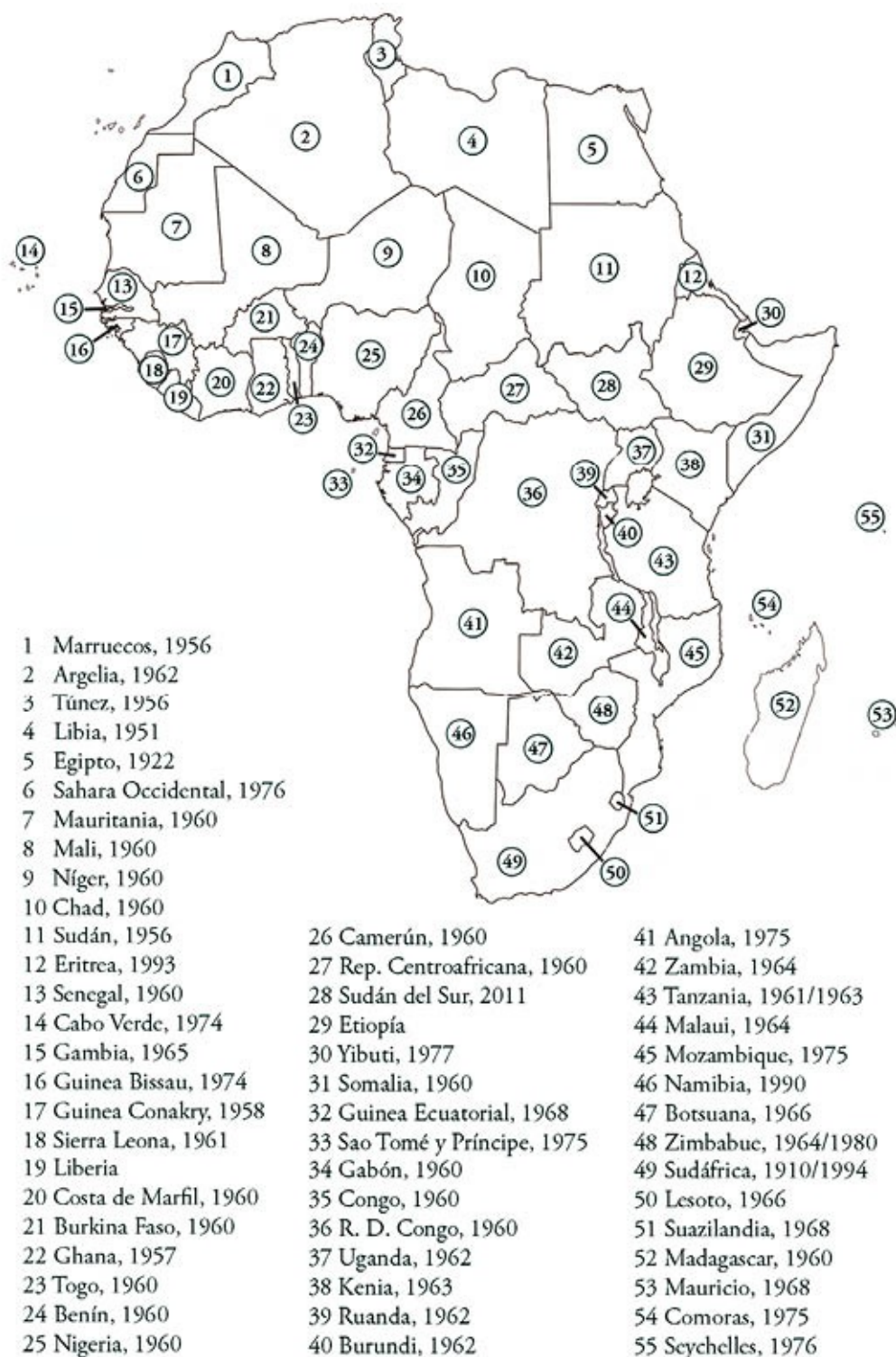
Los primeros países africanos al sur del Sahara que alcanzaron la independencia fueron Sudán (1956) y Ghana (antigua Costa de Oro). Esta última logró la emancipación en 1957 y, tras la estela de su carismático líder Kwame Nkrumah, acabó catalizando las reivindicaciones coloniales del resto de países, que vieron en él un ejemplo al que seguir. Como ya se ha mencionado, cada caso se explica por sí mismo y no es adecuado generalizar sobre cómo los países africanos, en su conjunto, llegaron a la independencia. En el África francesa, De Gaulle propuso la integración de los países en una Unión Francesa a la que sometió a referéndums en las colonias. Guinea Conakry, galvanizada por Sekou Touré, votó no a la unión, y alcanzó una independencia fulminante en 1958. El precio de su rechazo a la propuesta francesa fue que Francia retiró toda su cooperación del aparato estatal, dejando al país vacío de recursos administrativos. En los años siguientes, multitud de países africanos alcanzaron la independencia. Esta fue más complicada en los países del África

Oriental en los que había una elevada presencia de colonos blancos, quienes se agarraron a sus privilegios tanto como pudieron, generando agitaciones sociales y políticas.



Algunos líderes de las independencias. Superior de izquierda a derecha: Léopold Sédar Senghor (Senegal), Sékou Touré (Guinea Conakry), Nnamdi Azikiwe (Nigeria). Inferior de izq. a der.: Kwame Nkrumah (Ghana), Jomo Kenyatta (Kenia).

Mientras franceses, belgas y británicos acabaron «facilitando» de un modo u otro la independencia de sus antiguas colonias, bajo la presión internacional de la ONU y de las dos potencias que ahora se disputaban el mundo en el marco de la Guerra Fría, hubo diversos casos en los que las sociedades africanas siguieron subyugadas. El caso más evidente es el de las colonias portuguesas, cuyos habitantes iniciaron una lucha sangrienta por su independencia. Los otros casos destacables son el de Rodesia y la Unión Sudafricana, países en los que se instauró un régimen racista y segregacionista (*apartheid*) en el que unos pocos blancos gobernaban, maltrataban y denigraban a una mayoría negra, mestiza e incluso india.



Mapa que muestra las fechas de las independencias de los países africanos.

LAS CICATRICES DE LA COLONIZACIÓN

El debate sobre los efectos de la colonización en África es un tema de constante actualidad, sobre todo en lo que se refiere a la economía de los países africanos. Se ha escrito mucho al respecto, desde perspectivas diferentes y con balances divergentes. A continuación presentaremos algunos de los argumentos que nos parecen más

convincientes a la hora de hablar del impacto del colonialismo en el devenir de África.

El período colonial tuvo una duración corta en el conjunto de la historia africana. Entre sesenta y ochenta años en la mayoría de los casos, en algunos más y en otros menos. A pesar de esto, no podemos ver el período como un paréntesis en la historia, como una fase ajena al recorrido de los pueblos. Ellos sufrieron el expolio y la explotación colonial, fueron protagonistas, víctimas, de un sistema extranjero impuesto por el poder de las armas. La colonización afectó inevitablemente a la historia de las sociedades africanas y no podríamos entender el África independiente sin echar un vistazo a lo que ocurrió antes. El dominio colonial llegó tras centenares de años de trata negrera y un siglo XIX turbulento, tendió a agravar problemas y acabó asentando ciertas tendencias. Trataremos de mencionar de forma breve cómo afectó la colonización en diversos planos: economía, sociedad y política.

Economías de exportación y pillaje

Todas las administraciones coloniales buscaban obtener el mayor beneficio económico con el mínimo gasto posible. La principal baza que esgrimen quienes ven aspectos positivos en el legado colonial es la de que África entró en el circuito económico mundial. Lo cierto es que desde hacía centenares de años el continente había sido escenario de intercambios comerciales de largo alcance. África nunca estuvo aislada, el colonialismo no abrió el continente al comercio mundial sino que lo insertó en un tipo específico de mercado, el capitalista, que trajo consigo diversas consecuencias sobre las economías africanas.

África se convirtió en exportadora de materias primas y productos agrícolas e importadora de manufacturas europeas. Este aspecto es relevante por cómo se dio esa exportación y por el telón de fondo que escondía una cruda realidad. En primer lugar, las exportaciones de los productos las llevaron a cabo compañías privadas europeas a las que los gobiernos metropolitanos les concedían preferencias aduaneras y monopolios. Una compañía podía establecerse en una región y exportar (y explotar) la riqueza natural o agrícola de la zona. Este tipo de economía de exportación repercutió de forma negativa en la agricultura y costumbres locales. Se primó el monocultivo de productos cuya demanda en Europa era elevada como el caucho, el cacahuete, el aceite de palma, el cacao o el café. De hecho, cada uno de ellos tenía una zona desde la que su venta copaba el grueso de las exportaciones: Congo (caucho), Senegambia (cacahuete), delta del Níger (aceite de palma), Costa de Marfil (cacao y café)... y la lista podría continuar. Por lo tanto, la agricultura empezó a ligarse a la comercialización de su producción. Los campesinos entraban así en un circuito de exportación dominado por compañías europeas y también por intermediarios extranjeros (libaneses, griegos, indios). En muchos casos, la administración colonial impuso cultivos obligatorios y los campesinos se vieron obligados a dejar sus cultivos de subsistencia para abastecer la demanda colonial. La

necesidad de producir a gran escala condujo a una aceleración de las rotaciones, es decir, a cultivar tierras que antaño se dejaban reposar durante un período determinado. Esto produjo bajos rendimientos y, en ocasiones, la ruina del suelo cultivado.

Otro aspecto cotidiano de la vida colonial fueron los trabajos forzados, tanto en minas o plantaciones como en la construcción de infraestructuras. El trabajo se imponía como un castigo ennoblecedor que enaltecía y civilizaba a unas poblaciones consideradas en una escala salvaje y primitiva. El trabajo forzado se convirtió así en el motor de muchas administraciones coloniales y se cobró millares de víctimas. Ligados a esta práctica hallamos los llamados «poblados de libertad», lugares en los que la administración francesa recluía a los esclavos liberados para explotarlos como asalariados (tan precarios que poco los diferenciaba de su anterior estatus) en minas o plantaciones.

Las administraciones coloniales también introdujeron el impuesto de capitación, que debía pagar cada habitante de las colonias. Este impuesto buscaba llenar las arcas coloniales y obligar a los campesinos a ganar dinero para pagarlo. Sin embargo, al principio y durante gran parte del período el impuesto se pagó en especie o en trabajo, e impulsó a muchas personas a buscar trabajos asalariados allí donde existían: en los centros urbanos comerciales y administrativos. Se produjo así una migración de mano de obra hacia estos puntos y también una migración estacional hacia plantaciones o conreos.

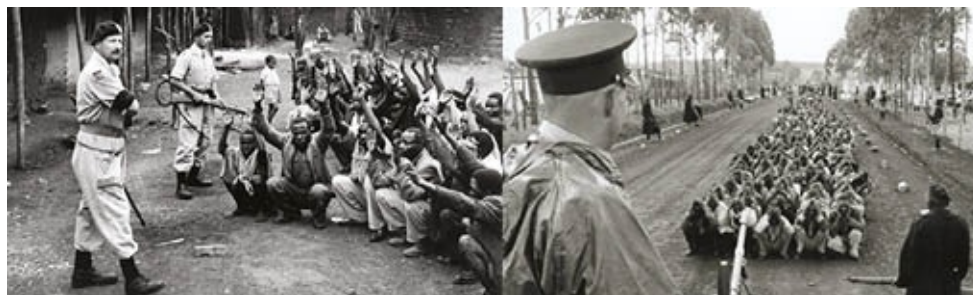
Durante el período se incrementó la existencia de la propiedad privada en detrimento de la comunal o familiar, y se llevaron a cabo grandes expropiaciones de tierras.

Como aspectos positivos en el ámbito económico normalmente se ha hablado de las infraestructuras y el telégrafo como medios que permitieron el aumento de las exportaciones, que habría aumentado la riqueza de los individuos. Este, sin embargo, es un argumento poco convincente. Las infraestructuras no fueron útiles después de la colonización, sólo se construyeron con el fin de unir zonas mineras o de explotación de productos comercializables con los puertos de la costa, en ningún caso se hicieron para mejorar las comunicaciones entre los diferentes puntos de la geografía africana.

Otro aspecto que se ha defendido como positivo es la introducción de la economía monetaria. En primer lugar, considerar este hecho como un aspecto positivo es, sin lugar a dudas, una consideración hecha desde un prisma occidental y eurocéntrico. ¿La monetización de las actividades económicas supone, *per se*, una mejora en la calidad de vida de las personas? La respuesta queda en el aire. Lo cierto es que con ello se introdujo una nueva consideración de la riqueza, antes basada en tierras y ganado principalmente, y ahora basada también en dinero. Además, los trabajos asalariados que aparecieron fueron pocos y de calidad discutible.

La economía de pillaje llevada a cabo por las potencias coloniales repercutió de forma negativa en las personas. Hubo un aumento de las exportaciones, sí, pero este

repercutió en las compañías privadas que controlaban el comercio. Además, la economía consistía en reunir y drenar hacia la costa los productos exportables del interior, en bruto, y en repartir a cambio productos fabricados en las metrópolis. La economía rural no se diversificó, al contrario: los campesinos producían lo que no consumían y consumían lo que no producían. En lugar de desarrollo económico, desde un punto de vista occidental, la colonización engendró dependencia, desequilibrio y subdesarrollo.



La requisición de tierras aptas para el cultivo fue una de las principales causas de la revuelta Mau Mau, en Kenia, que fue reprimida sin miramientos.

La actividad agrícola y artesanal, además, no sufrió mejoras técnicas. El aumento de la producción se llevó a cabo con el incremento del trabajo y no con una mejora del mismo. Las técnicas tradicionales eran más que suficientes para una economía de subsistencia pero no para una de producción enfocada hacia la exportación masiva. Es más, el mercado artesanal africano se resintió ante los productos manufacturados procedentes de Europa que se importaban en las colonias. Por otro lado, las zonas desprovistas de recursos naturales fueron abandonadas a su suerte.

Por último, la comercialización de tierras se hizo a expensas de los africanos. Los ejemplos más flagrantes los encontramos en el África austral y oriental. En África del sur el 89% de las tierras (las más fértiles) las ocuparon los blancos, que eran poco más del 20% de la población total. En Rodesia del Sur ocuparon el 37% siendo tan sólo un 5% de la población. En Kenia ocurrió algo similar y se expulsó a los masái y a los kikuyu, propietarios de las tierras, a reservas.

En conclusión, los elementos económicos introducidos por la colonización aunque puedan considerarse positivos desde la atalaya occidental (aumento de exportaciones, introducción en la economía capitalista mundial, sistema monetario...) no lo fueron tanto para las poblaciones africanas, víctimas de un expolio masivo e indiscriminado que repercutió en las estructuras tradicionales campesinas y comerciales.

Sociedad y modernidad, ¿impacto positivo?

Las sociedades africanas fueron las principales damnificadas del sistema colonial. Algunos historiadores consideran positivos algunos fenómenos ocurridos durante la colonización. Entre ellos destacan el crecimiento de la población y la urbanización, la

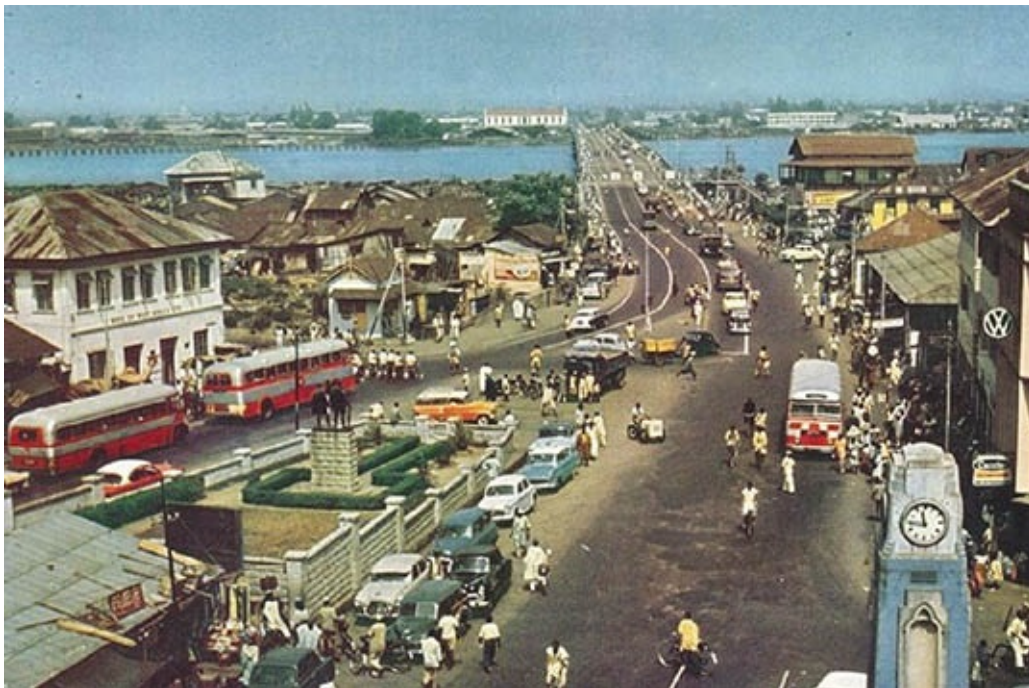
difusión de la educación y la formación de una nueva élite intelectual, la adopción de una *lingua franca* en cada colonia, la introducción de una nueva estructura social que potenciaba el mérito individual y la llamada *pax colonial*. Veamos punto por punto qué podemos decir al respecto.

Algunos autores han relacionado el aumento demográfico con los avances introducidos por la administración colonial en materia de sanidad. En realidad, los hospitales que se inauguraron durante la época en África eran en su mayoría un lujo sólo al alcance de ciertos sectores de la población, esencialmente miembros de la administración y ciudadanos de las metrópolis. Se combatieron diversas enfermedades infecciosas o contagiosas pero a una escala reducida que no puede explicar el crecimiento en su conjunto. Hemos visto cómo los siglos de trata afectaron de forma negativa a la demografía africana así que una vez terminado este tráfico (las potencias europeas fueron prohibiendo gradualmente la trata en el interior de las colonias), la violencia interafricana descendió, lo cual podría haber favorecido un aumento demográfico.

Por lo que respecta a la urbanización, lo cierto es que provocó cambios sociales considerables. Los centros urbanos fueron un foco de atracción de personas en busca de trabajo, y fueron, junto a las minas, el principal punto en el que se gestó el trabajo asalariado (que fue minoritario). Sin embargo, también generó desarraigo de las comunidades de migrantes respecto a su hogar de origen. En las ciudades aparecieron organizaciones de tipo lúdico (clubes de fútbol, por ejemplo) aunque también agrupaciones étnicas o clánicas que replicaban los lazos de solidaridad del lugar de origen para aquellos que necesitaban ayuda al llegar a una realidad muy distinta de la rural. La brecha entre lo urbano y lo rural fue ensanchándose a medida que se corrompía lo primero y se empobrecía lo segundo. En las ciudades los migrantes se toparon con muchos problemas de integración y de higiene. Los servicios sociales básicos sólo estaban destinados a los blancos y el comercio lo copaban en su mayoría asiáticos (libaneses en África Occidental e indios en África Oriental).

Respecto a la educación, esta se hizo en su mayoría a través de las misiones cristianas. En la época el cristianismo se difundió por el continente. La educación técnica y universitaria no ganó peso hasta finales de la colonización, aunque los centros de enseñanza superior existieron y se destinaron a la formación de cuadros africanos que estuvieran al servicio del administrador. En realidad la escolarización fue precaria y los programas educativos eran calcos de los de la metrópolis con lo cual se produjeron sinsentidos educativos como muestra el ejemplo clásico del AOF en el que los alumnos leían en sus libros de historia frases del tipo «nuestros ancestros los galos». La educación que se brindó, desde las misiones o desde los centros habilitados por la administración a tal efecto, fue sesgada y tendenciosa. Se quería producir africanos que fueran productivos para el sistema colonial, que sirvieran de intérpretes e intermediarios. Esto fue evidente en el caso francés, en el que el imperialismo lingüístico fue mucho más acentuado que en el caso británico: la

francesa era la única lengua de cultura y civilización. La nueva élite intelectual que surgió de este sistema educativo, formada en los valores occidentales, fue sin embargo excluida de los negocios y apartada durante gran parte del período de los engranajes administrativos. Como hemos visto, eso generó frustración en unas personas que veían cómo los valores que pregonaban los colonizadores no se les aplicaban a ellos. Estas élites acabaron refugiándose en las profesiones liberales: juristas, médicos, maestros... lanzaron prensa y fueron el núcleo del nacionalismo africano. Sin embargo, estaban en cierta manera alejados de las masas. Eran una élite pequeña y educada por el colonizador que, paradójicamente, acabó aportando las caras visibles de los procesos de descolonización.



La ciudad de Lagos (Nigeria) en 1950. Hoy en día es una de las ciudades más pobladas de África con más de dieciséis millones de personas. Pese a la confusión general, Lagos no es la capital de Nigeria, que se encuentra en realidad en Abuja.

Respecto a la adopción de una *lingua franca* (lengua vehicular) en las colonias, es cierto que permitió que los pueblos y etnias que habitaban dentro de las colonias, con lenguas y tradiciones diferentes, pudieran comprenderse mutuamente. Pero que este hecho sea algo positivo depende del juicio de cada uno. Lo que es seguro es que las lenguas africanas quedaron relegadas fuera del ámbito educativo, incluso en las independencias.

Sobre la introducción de una nueva estructura social basada en el mérito individual también podríamos aportar ejemplos que ponen en duda las virtudes de este modelo. El individualismo ganó terreno en la época pero todavía hoy los lazos de linaje, familia o clan son los más importantes en África. Lo cierto es que esta pretendida meritocracia no existió en realidad o fue muy reducida a determinados sectores de la población. En el caso francés, por ejemplo, los habitantes de las cuatro

comunas de Senegal (Gorée, Saint-Louis, Dakar y Rufisque) gozaban de un estatus diferente al resto de habitantes de las colonias. Tenían derechos similares a los franceses, con instituciones municipales parecidas, con un parlamentario representándoles en la Asamblea francesa, mientras que el resto eran considerados como sujetos o súbditos, y eran juzgados y tratados a través de las leyes del indigenato que, entre otras cosas, daba cobertura legal a los trabajos forzados. Un caso similar se produjo en las colonias portuguesas en las que en la década de 1950 sólo treinta mil personas disfrutaban del estatus de ciudadano portugués, mestizo o asimilado, frente a cuatro millones de habitantes en Angola, y cuatro mil trescientos frente a seis millones en Mozambique.

Por último, suele decirse que el período de entreguerras fue el de la *pax colonial*. No obstante, puede ponerse en duda el concepto si nos fijamos en algunos de sus aspectos: trabajos forzados, impuestos, requisiciones, represión, cultivos de exportación en detrimento de los de consumo local, limitación y persecución de prácticas religiosas africanas, ilegalización de criterios jurídicos tradicionales, expropiación de tierras y subsuelo en beneficio de la metrópolis y de capitales occidentales y, sobre todo, humillación de las ideas y valores de los pueblos sometidos. Esto último es importante porque los pueblos africanos, tras siglos de denigrante trata de esclavos, fueron de nuevo menospreciados, humillados y sometidos a la discriminación. Se difundió la idea de que eran salvajes, pueblos sin cultura, y su arte, música, danza e historia fueron deliberadamente ignorados, negados y menospreciados.

Muchos análisis sobre el impacto del colonialismo resaltan que durante el período se produjo un incremento de las actividades económicas que favoreció la movilidad social y física de las personas, lo cual ulteriormente aceleró el ritmo de la modernización por la difusión de ideas, técnicas, modas y gustos nuevos. Cabría preguntarse por qué se asocia el modelo occidental con progreso y el modelo africano con retraso. Tal vez debería plantearse la posibilidad de que existan modelos de sociedades diferentes e igualmente aptas para regir la vida de las personas en función de su acervo cultural.

Por si todo esto no fuera suficiente para mostrar el discutible legado positivo en términos sociales, también se incrementó durante la época un fenómeno que venía de los tiempos de trata: el deterioro de la situación de la mujer.

La delicada herencia estatal

En el plano político encontramos efectos de largo alcance que perduran hasta nuestros días. Ya hemos mencionado que la pretendida paz y estabilidad instauradas por el régimen colonial en realidad estuvieron marcadas por los abusos, la represión y la imposición de un modelo económico, político y judicial ajeno a las realidades africanas.

El efecto más evidente en la esfera política es la aparición de los Estados independientes en África, tema que abordaremos en el siguiente capítulo y al que ahora sólo dedicaremos un par de pinceladas. En primer lugar, el colonialismo legó a estos Estados un sistema extranjero de justicia y una burocracia administrativa similar a la occidental pero mucho menos efectiva. En segundo lugar, las fronteras de los Estados mantuvieron el mapa colonial, perpetuando así la artificialidad y arbitrariedad con la que fueron trazadas sus fronteras, sin obedecer a ninguna lógica histórica o cultural africana. De hecho, el mapa africano actual es una sucesión de perfectas líneas rectas trazadas con minucioso cinismo. Las fronteras segaron Estados y reinos preexistentes y a comunidades y grupos étnicos. Muchas familias quedaron separadas a lado y lado de fronteras con nacionalidades diferentes. Dentro de los Estados hallamos una mezcla de pueblos cuya lengua, cultura y tradiciones son diferentes entre ellas, lo cual ha alimentado querellas fronterizas y movimientos secesionistas. Puede darse el caso de que una persona comparta lengua y tradición con gente del país vecino y, en cambio, no con gente de su propio país. El ejemplo de Senegal es ilustrativo al respecto. Los pueblos del suroeste del país tienen más en común con los habitantes del noroeste de Guinea Bissau que con los senegaleses del norte.

Por otra parte, el sistema colonial debilitó los sistemas tradicionales de gobierno al convertir a algunas de sus autoridades en meros instrumentos para recoger impuestos y exigir el reclutamiento. No obstante, la tendencia actual es la de recurrir a los sistemas tradicionales de justicia y gobierno para resolver problemas que están fuera del alcance de los gobiernos estatales. De hecho, podríamos decir que la mayoría de los africanos juegan en un tablero de dos caras en el que recurren a una (gobierno estatal) u otra (gobierno tradicional) en función de sus intereses y necesidades.

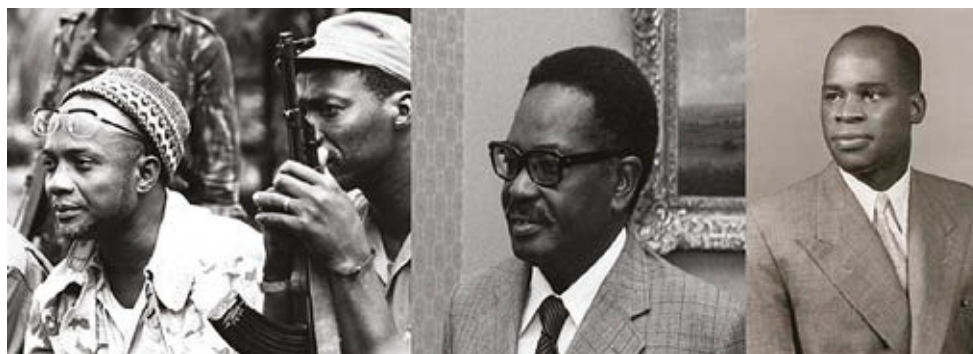
Por último, otro aspecto destacable de la herencia colonial es la existencia de ejércitos permanentes que durante el colonialismo se acostumbraron a la represión y la violencia y que desempeñarían un papel clave, y oscuro, en el porvenir de los Estados independientes.

LAS LUCHAS CONTRA PORTUGAL

La dictadura portuguesa liderada por Salazar había convertido a las colonias africanas en provincias de ultramar y, como tales, no quería desprenderse de ellas. Portugal se aferró a sus colonias para conservar las migajas de su decadente Imperio. Ante la negativa rotunda de otorgar la independencia en un momento en que el resto de potencias coloniales estaban liberando a sus colonias, la resistencia contra Portugal y la lucha por la liberación se radicalizó en todos los territorios. En Luanda (Angola), la guerra empezó en marzo de 1961 con ataques contra los plantadores portugueses,

encendiendo la mecha de lo que devino una caza del hombre blanco. Salazar decidió tomar el mando y dirigir una lucha de exterminio contra los que él consideraba «animales negros». Gran parte del ejército portugués se destinó a África, donde la aviación y el napalm se utilizaron contra las guerrillas escondidas en los bosques; aldeas enteras fueron arrasadas, hubo ejecuciones masivas, decapitaciones, torturas con fuego e incluso crucifixiones. Como escribió Joseph Ki-Zerbo, «al terror negro, Portugal respondió con el blanco, cuyos medios eran mil veces más destructivos».

Durante las guerras, que duraron trece años (1961-1974), Portugal no tardó en utilizar una propaganda anticomunista que le valió el apoyo de la OTAN y algunos países occidentales. Disfrutó de apoyo comercial y financiero e incluso de un generoso flujo de armas y ayuda militar de la que se sirvió para exterminar de forma brutal a sus enemigos. En realidad, la llamada Guerra Colonial Portuguesa fueron tres guerras de represión en tres lugares diferentes: Guinea Portuguesa (Guinea Bissau), Angola y Mozambique. En Guinea, el principal partido que dirigió la guerra de liberación fue el Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC) dirigido por Amílcar Cabral; en Mozambique fue el Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO) dirigido por Eduardo Mondlane; en Angola el Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA) de Antonio Agostinho Neto que contaba con la rivalidad del Frente de Liberación Nacional (FNLA) de Holden Roberto y, más tarde, de la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA) de Jonás Savimbi, ambos tildados de conservadores y próximos a los occidentales.



Los principales líderes de las luchas de liberación contra Portugal. De izquierda a derecha: Amílcar Cabral (Guinea Bissau y Cabo Verde [PAIGC]), Antonio Agostinho Neto (Angola [MPLA]) y Eduardo Mondlane (Mozambique [FRELIMO]).

Portugal movilizó de forma masiva a sus fuerzas militares. A principios de la década de 1970 nueve décimas partes de sus tropas estaban desplegadas en África: unos ciento cincuenta mil soldados. Según Basil Davidson, el número de tropas era el equivalente, según el ratio relativo a su población, de al menos siete veces las fuerzas estadounidenses en Vietnam. En 1971, más del cuarenta por ciento del presupuesto del Estado portugués se destinaba a lo militar.

Por su parte, los movimientos de liberación fueron creciendo gradualmente. El

FRELIMO pasó de tener doscientos cincuenta hombres en 1964 a ocho mil tres años más tarde. En total, los guerrilleros africanos en las colonias portuguesas no debieron superar los treinta mil combatientes. En los tres territorios contaron con algunos apoyos internacionales. Al principio se entrenaron en Argelia, la URSS, Yugoslavia, Cuba y China. En Angola, la ayuda más importante vino de parte de Cuba, que mandó ayuda sanitaria y militar a mitad de la década de 1960. La colaboración con el MPLA angoleño y el PAIGC guineano fue evidente, hasta el punto de que el Che Guevara pasó una temporada en Angola. Muchos niños de las colonias portuguesas fueron a Cuba a educarse y soldados cubanos ayudaron tras la independencia a contener una ofensiva militar lanzada por la Unión Sudafricana contra el territorio angoleño.



De izquierda a derecha: tropas portuguesas durante las guerras coloniales; el Che Guevara durante su estancia en territorios africanos; un puesto de control del PAIGC en 1974.

La lucha de liberación fue cruenta y de una complejidad difícil de plasmar en estas líneas. Hubo disensiones internas, desconfianzas y traiciones que acabaron socavando los movimientos de liberación y, sobre todo, a los futuros Estados independientes. La injerencia extranjera, en el marco de la Guerra Fría, fue una constante en el conflicto. Mondlane fue asesinado en Dar es-Salam (Tanzania) en 1969; tres años más tarde, en 1973, Cabral sufría la misma suerte en Conakry. Ninguno de los dos pudo presenciar el golpe de Estado militar que acabó con el régimen fascista portugués en 1974. Los jóvenes golpistas portugueses, la mayoría de los cuales habían luchado en África, reclamaron «descolonización y democratización», poniendo en breve fin a la guerra en las colonias.

Guinea Bissau y Cabo Verde proclamaron su independencia en 1973, gracias a la dominación territorial del PAIGC, que realizó una importante labor educativa y política. Un año después, Portugal reconoció su independencia. La de Mozambique llegó el 25 de junio de 1975 y la de Angola, más complicada por la compleja disputa de poder entre el MPLA, FLNA y UNITA, llegó en noviembre. Otro territorio portugués, la isla de São Tomé y Príncipe, consiguió la emancipación en julio del mismo año. En total, hubo más de cincuenta mil muertes en el lado angoleño, unas seis mil en Guinea Bissau y unas diez mil en Mozambique. Las víctimas civiles también se contaron por miles, mientras los portugueses perdieron unas ocho mil vidas. La guerra colonial había terminado pero la paz estaba lejos de reinar en estos

países. El período independiente siguió la estela sangrienta de su predecesor.

Estados africanos en la encrucijada

LA ORGANIZACIÓN PARA LA UNIDAD AFRICANA (OUA)

No todos los líderes de las independencias pensaban de la misma manera, ya hemos mencionado dos de las posturas mayoritarias: las de la negritud y el panafricanismo. Los políticos que se adscribieron a una u otra antes de alcanzar su independencia vieron cómo el contexto cambiaba a medida que se colocaban al frente de los nuevos Estados. Algunos de ellos, como en la mayoría del África francesa, aceptaron mantener vínculos formales con la antigua metrópoli que les permitieran sortear las dificultades económicas y políticas que las independencias pudieran ocasionar. Otros esgrimieron discursos más beligerantes contra el imperialismo europeo y contra lo que acabó llamándose neocolonialismo, es decir, la interferencia en política económica de países e instituciones extranjeras. En los primeros años de la década de 1960 podemos distinguir tres grupos de jefes de Estado: los conservadores, los moderados y los radicales. Los primeros eran en su mayoría de las antiguas colonias francesas (excepto Guinea, Mali y Togo). Seguían manteniendo un vínculo estrecho con Francia, que les ayudaba a dirigir sus gobiernos, y evitaban confrontaciones con Europa y Estados Unidos al tiempo que se alejaban del bloque comunista. A este grupo se le conoció como el de Brazzaville. Los moderados eran en su mayoría de países anglófonos o que estuvieron bajo dominio italiano, con la excepción de Togo, que era ambivalente sobre su relación con Francia (Etiopía, Liberia, Libia, Nigeria, Togo, Somalia, Sudán y Túnez). Los radicales eran Ghana, Guinea, Mali, Argelia, Egipto y Marruecos y se les conoció como el grupo de Casablanca. Estos últimos eran minoría, sobre todo cuando los representantes de los dos restantes aunaron esfuerzos en Monrovia. Al final, las tesis conservadoras o moderadas triunfaron oficialmente sobre las radicales panafricanistas. En mayo de 1963 se reunieron en Adís Abeba, capital de Etiopía y símbolo de la resistencia africana contra los europeos, las delegaciones de treinta y dos países africanos. Pese a que la figura de Kwame Nkrumah sirvió de inspiración para muchos países que siguieron a Ghana en el camino hacia la emancipación, su idea para la creación de unos Estados Unidos de África nunca tuvo posibilidades de salir adelante en el tablero político poscolonial. De hecho, ni siquiera él mismo fue capaz de llevar adelante alianzas o federaciones de escala más reducida, tal y como muestra el fracaso cosechado en las negociaciones con la Guinea Conakry de otro panafricanista radical como Sékou Touré.



Algunos de los principales líderes africanos reunidos en Adís Abeba, con el emperador Haile Selassie de Etiopía, el anfitrión, en el centro.

En ese congreso nació la Organización para la Unidad Africana (OUA), cuyo nombre evocaba una unión, en el sentido de acuerdo, en cuanto a una serie de puntos a los que todos los jóvenes Estados debían comprometerse. No se trataba, en ningún caso, de una unión política de los Estados que firmaron la carta. De hecho, las expectativas generadas por la organización fueron decepcionantes desde el comienzo y la única concesión para los panafricanistas fue el nombre. La OUA no se concibió como un instrumento para la unión continental. En los primeros artículos de la carta de fundación, firmada por todos los asistentes, incluido Nkrumah, se establecía la no interferencia en asuntos internos de los Estados miembros, el respeto por la soberanía y la integridad territorial de los mismos, la dedicación absoluta a la emancipación de los países todavía independientes y la no alineación en ninguno de los dos bloques de la Guerra Fría. La OUA se construyó así alrededor de los derechos de los Estados y no de los grupos que los componían. La secesión, por ejemplo, no tenía desde entonces ninguna legitimidad política. Muchos de estos principios no fueron respetados a lo largo de los siguientes años. El más evidente es el tema de la no alineación porque, de un modo u otro, la mayoría acabaron recurriendo a la ayuda de uno de los dos bloques según sus intereses. En julio de 1964, reunidos de nuevo en El Cairo, se aprobó de forma definitiva la Resolución de Intangibilidad de Fronteras, en la que los Estados miembros prometían respetar las fronteras existentes en el momento de acceso a la independencia. Esto quería decir que respetarían las fronteras legadas por el colonialismo. Con ello se pretendía priorizar la armonía entre Estados y evitar un estallido de guerras fronterizas a lo largo y ancho del continente. Lo que en la práctica conllevó fue la aceptación de un mapa político impuesto por el exterior que atrapó a pueblos diversos, a veces rivales históricos, entre líneas imaginarias y separó a otros tantos de sus parientes culturales. En el futuro, la OUA estaría limitada

por lo que era: una asamblea de jefes de Estado, muchos de los cuales formaban parte de lo antidemocrático. A pesar de todo, su apoyo diplomático a los movimientos de liberación que todavía luchaban por desprenderse del yugo colonial fue importante.

INVENCION Y FRACASO DEL ESTADO NACIÓN

Tras las independencias, el optimismo y la esperanza se extendieron por el continente. Los flamantes líderes, ahora convertidos en jefes de Estado, se hallaron a la cabeza de amplios grupos de población de diversas culturas, lenguas, tradiciones, religiones y lealtades. Grupos que habían quedado enmarcados dentro de fronteras artificiales creadas por los colonizadores y ratificadas por los propios líderes africanos en el momento de la creación de la OUA. Se aceptó y formalizó el mapa político continental y cada líder trató de hacerse fuerte dentro de sus fronteras. Los escasos intentos por conseguir federaciones fracasaron, como la brevísima Federación de Mali (Senegal y Sudán Francés), al tiempo que el nacionalismo de los occidentalizados cobraba un nuevo vigor. Tras liberarse, al menos en apariencia, del yugo de la metrópolis, los nacionalistas africanos se encontraron en una extraña situación: al frente de Estados sin nación. Nadie se definía en los años cincuenta como senegalés, keniano, ghanés o nigeriano. El pueblo no había luchado por su patria, sino que lo había hecho por su libertad. El apoyo a los líderes occidentalizados no vino del nacionalismo, sino de la voluntad de desprenderse del dominio extranjero colonial. Así, los nuevos líderes, imbuidos de un espíritu nacional creado por ellos mismos y no compartido por la mayoría de la población, iniciaron sus esfuerzos por crear los Estados nación. Ese fue un primer problema que se vio acentuado cuando, además de estar heredando una forma de organización política extranjera, también adoptaron como propias las políticas de desarrollo que habían caracterizado los últimos veinte años de colonización. Los occidentalizados vieron necesario «modernizar» a sus países y a sus ciudadanos y esto conllevó otros dos aspectos que minaron su legitimidad: la centralización y el afán de productividad. Entre unidad nacional o diversidad se escogió la primera, en un escenario en el que lo diverso se hallaba por doquier.

Se han señalado a menudo la corrupción y las etnias (¿por qué llamamos etnias lo que en Europa llamamos naciones?) como elementos desestabilizadores que explican la inestabilidad y fracaso de los Estados africanos. Pero los problemas no tienen una explicación tan simple, son el resultado de un complicado recorrido histórico en el que se entremezcló la realidad africana, o las múltiples realidades africanas, y la realidad extranjera introducida por los colonizadores. En el alba de las independencias, los Estados africanos tenían una economía dirigida principalmente hacia la exportación, con infraestructuras y comunicaciones débiles, y casi inexistentes industrias (con alguna salvedad, la más notable de ellas en Sudáfrica, un

caso particular dentro del continente). Los nuevos líderes quisieron desarrollar sus países, persiguiendo la modernización, un ideal del que se empaparon durante sus estudios fuera de África. Al intervencionismo del Estado colonial le siguió el del Estado independiente, que lo intensificó en nombre del interés nacional y, al principio, para demostrar a sus votantes que el gobierno iba a mejorar sus vidas. Sus discursos promovían soluciones africanas a los problemas africanos, pero en la práctica acabaron importando, prolongando o recurriendo a prácticas coloniales o a mimetismos con las antiguas metrópolis. En el peor de los casos, estos gobiernos acabaron ejerciendo un autoritarismo desarrollista. Quienes controlaban el Estado, además, quisieron controlar sus exiguos recursos. El historiador estadounidense Frederick Cooper ha definido a los Estados de las independencias como Estados guardianes, preocupados de custodiar la puerta de entrada y salida de las exportaciones o los recursos principales del país, mientras en política interior procuraban mantener el equilibrio sin grandes desbarajustes. Quienes intentaron cambiar a sus sociedades en el sentido de la modernizante productividad acabaron desprestigiados a ojos de quienes antes los habían encumbrado hasta la cima del gobierno. Ocurrió con Nkrumah en Ghana o con Modibo Keita en Mali. Si echamos un vistazo al pasado precolonial, es difícil encontrar ejemplos de antiguos Estados, como el Imperio de Mali, que exigieran pesadas cargas tributarias a sus «ciudadanos» en el sentido de la productividad. La mayoría de los Estados clásicos fundamentaron su riqueza económica en el control del comercio exterior y en la conquista de territorios extranjeros. El control del comercio podía arrogárselo el Estado poscolonial, pero no la conquista de territorios en un África en el que las fronteras se convirtieron en la línea roja de cualquier negociación política. Otros líderes percibieron que no podían lograr el aumento de la productividad y se contentaron con controlar las inversiones y las ganancias, redistribuirlas a quienes les apoyaban (patronaje o clientelismo) y deshacerse de los oponentes sin molestar al grueso de la población. Durante mucho tiempo, el juego político africano incumbía a sectores muy concretos como políticos, gente instruida o trabajadores asalariados urbanos. El grueso de la población, en el campo, se contentaba con que los dejaran en paz. Así que la lucha por la «puerta» se convirtió en un problema recurrente tras las independencias, lo que llevó a conflictos, como en Nigeria, o a casos en los que el país quedó sumido en la lucha de diversas facciones con acceso a recursos preciados por la demanda internacional, como los diamantes, que vendían a cambio de armas y bienes materiales.

La realidad de la década de 1960 fue compleja, pero en la mayoría de casos, si no todos, el imberbe Estado nación no cumplió con el cometido que se le presuponía desde Europa puesto que no se pudo articular de forma efectiva en el terreno africano ni en sus sociedades, a pesar de la voluntad de algunos políticos. Los líderes de las independencias acabaron siendo protagonistas de regímenes de partido único o autoritarios, en los que la represión política se hizo habitual y también la absorción de

la oposición en el bloque gobernante. La escasa riqueza de sus territorios en rara ocasión revirtió en sus pueblos, aunque en la década se realizaron esfuerzos para mejorar la sanidad y la educación. De todo este complejo cuadro que acabamos de pintar, hablaremos ahora de tres casos singulares que ayudan a entender esa década en la que las esperanzas se desgastaron: Congo, Ghana y Nigeria.

Lumumba, el líder fugaz

La colonización belga en Congo, quizá la más brutal de todas, tuvo un final abrupto. Presionados por el contexto internacional y reacios a conceder la independencia, esta acabó concediéndose de manera rápida y poco planificada. Se realizaron unas elecciones en las que dos de los tres partidos mayoritarios tenían una base étnico-regional. El partido ABAKO, liderado por Joseph Kasavubu, se situaba en el Bajo Congo y obtenía la mayoría de sus votos de los bakongo. El CONAKAT, liderado por Moise Thsombe, tenía su base en la región oriental de Katanga y en los pueblos luba-lunda. El único partido de escala nacional, supraétnica, era el Movimiento Nacional Congoleño (MNC) liderado por Patrice Lumumba. El primer gobierno se formó con Kasavubu como presidente y Lumumba como primer ministro. En el discurso que este último realizó en la ceremonia de independencia, en julio de 1960, ante el rey belga, se dedicó a recordar la violencia y la explotación que los belgas habían perpetrado en el Congo. Sus palabras punzantes encendieron la alarma en las capitales occidentales y pronto se le confirió la etiqueta de radical y comunista.

Pero Lumumba tuvo poco margen de maniobra. A las dos semanas de aquel brillante discurso, el ejército se había amotinado y los funcionarios belgas habían abandonado el país en masa y sin formar a personal congoleño para sustituirlos, lo que provocó el colapso general de las infraestructuras. Además, la región oriental de Katanga, bajo el liderazgo de Thsombe, cuyas relaciones con los belgas eran excelentes, declaró la secesión. Los rebeldes recibieron el apoyo de la antigua metrópoli, que esta vez no se retiró por los intereses económicos que tenía en la región, y de la compañía internacional Unión Minera del Alto Katanga (Union Minière du Haut Katanga, [UMHK, en sus siglas en francés]). La rebelión katanguesa fue un duro golpe para el gobierno de Leopoldville, la capital, que se sostenía con el cobre de la región como principal pilar económico del país. En poco más de un mes el gobierno se enfrentaba a una gran rebelión, a revueltas urbanas, a un motín militar y a su incapacidad para actuar. Lumumba buscó ayuda en el exterior y la ONU envió tropas ghanesas y tunecinas al Congo. Sin embargo, su papel no fue el que Lumumba esperaba así que se volvió hacia el bloque soviético y sus aliados, cuya ayuda tampoco resultó decisiva pero acabó agrandando la etiqueta de Lumumba como comunista. El presidente Kasavubu, instigado por Estados Unidos y otras potencias occidentales, decidió expulsar a Lumumba del gobierno y colocarlo bajo arresto domiciliario. Mientras tanto, Joseph Desiré Mobutu (Mobutu Sese Seko), jefe

del ejército, se estaba convirtiendo en el hombre fuerte del Congo. Lumumba escapó de su arresto. En 1961 fue capturado, torturado y asesinado bajo la connivencia, si no participación directa, de Bélgica, la CIA, Mobutu y los rebeldes katangueses.

Dos años más tarde, las tropas de la ONU derrotaron a Thsombe y Katanga se convirtió en la provincia de Shaba. Diversos hombres ocuparon la silla de primer ministro en esos años, aunque era Mobutu quien movía los hilos. Multitud de rebeliones estallaron por todo el país, la represión y la intervención internacional se hizo habitual hasta el punto de que se perdieron más de un millón de vidas. En 1965, Mobutu puso fin a la ilusión de un país presidido por Kasavubu y se colocó al frente del gobierno, tomando el mando de un país que sería suyo durante los siguientes treinta y dos años.



Múltiples imágenes del arresto de Patrice Lumumba (1925-1961), que derivó en brutales agresiones y torturas que terminaron con su asesinato a manos de un pelotón de fusilamiento. Su muerte no fue anunciada oficialmente hasta tres semanas después de producirse.

El Congo se convirtió así en el primer gran escenario de la guerra fría en África y prolongó su historia de saqueo y expolio, iniciada en los tiempos coloniales. Lumumba fue uno de los pocos nacionalistas convencidos que no fracasó; su muerte prematura le impidió emprender cualquier política y su figura se convirtió en emblema del nacionalismo africano y mártir y víctima del neocolonialismo.

Nkrumah, el líder caído

Kwame Nkrumah cambió el nombre de la Costa de Oro (Gold Coast) por el de Ghana, un reino clásico que se había situado mucho más al norte. Nkrumah fue el padre de las independencias del África negra, un icono para los panafricanistas, el pionero. Su popularidad llegó a cotas muy altas y se fue diluyendo con el paso de los años, hasta el punto de ser depuesto por un golpe de Estado militar.

Pese a su ideal panafricanista, y ante los fracasos cosechados en los intentos fallidos por crear federaciones que agruparan a diversos países del África Occidental, Nkrumah decidió concentrar sus esfuerzos en el interior de sus fronteras. Persiguió desde el principio la mejora de los servicios sociales y la industrialización de un país que dependía casi en exclusiva de las exportaciones de cacao. De hecho, pretendió utilizar los ingresos provenientes de esas exportaciones para encontrar alternativas, para diversificar la economía. La dependencia en el cacao llevó a un inevitable choque entre el recién nacido Estado y los productores. Nkrumah acabó suprimiendo

en 1959 sus organizaciones.

Una de las regiones más potentes en cuanto a producción de cacao era la región Ashanti, territorio del antiguo reino que se enfrentó a los británicos. Fueron los productores akan, miembros de la federación Ashanti, los más afectados por la política de confiscación que el Estado emprendió contra quienes poseían riqueza relacionada con el cacao. Este producto era vital para las ambiciones de Nkrumah, y los productores ricos, poderosos, suponían una amenaza porque no dependían del Estado y podían financiar movimientos políticos en su contra. Es más, en la región surgió un partido político llamado Movimiento de Liberación Nacional (National Liberation Movement [NLM, en sus siglas en inglés]) que aunaba en su interior a una clara mayoría akan.

Esto ayuda a entender por qué otra de las primeras medidas de Nkrumah fue prohibir los partidos políticos de base regional, incluido el NLM. Como tantos otros Estados nación en África, el centralismo que pregonaba, el bien mayor representado en una nación imaginaria, atacaba la diversidad característica de sus territorios. Otro aspecto habitual de la política centralista y de partido único de Nkrumah fue sustituir a muchos jefes por personas afines a su partido, el Partido de la Convención del Pueblo (Convention People's Party [CPP]), o cooptar a quienes en origen no lo eran. Hizo lo mismo con los líderes sindicales y de otras organizaciones civiles. Otra de sus medidas fue la de crear granjas colectivas dirigidas por el Estado, que fallaron estrepitosamente.



Imagen actual de la presa de Akosombo promovida por Kwame Nkrumah (1909-1972), que se encuentra en el río Volta en el sur de Ghana. La presa derivó en la creación del lago Volta, el lago creado por el hombre más grande del mundo por el área de su superficie. Cubre 8502 km², lo que supone un 3,6% del territorio terrestre ghanés.

Su iniciativa más espectacular fue la de la creación de una gran presa en el río

Volta con el doble objetivo de proveer energía a una futura economía industrializada y tener así los medios energéticos para fundir bauxita en aluminio, dirigido a la exportación, reduciendo así la dependencia del cacao. El proyecto afectaba a miles de personas que vivían en la zona que iba a ser inundada por el lago creado por la presa. El gobierno relativizó el problema arguyendo que serían recolocados en otras áreas en las que podrían empezar a emprender una agricultura «moderna». El proyecto acabó costándole caro al líder ghanés: puso la economía del país en manos de multinacionales extranjeras del aluminio, que tenían la tecnología de la que Ghana carecía, y dependió de instituciones financieras internacionales para sufragarlo, que tenían el dinero del que tampoco disponía el país africano.

Las políticas de Nkrumah, su intervencionismo, acabaron desilusionando a quienes habían sido poco antes sus seguidores. Los trabajadores asalariados pasaron de aliados a potenciales fuentes de subversión y el CPP trató de controlar todas sus organizaciones. Las huelgas se declararon ilegales. Según Frederick Cooper, Nkrumah llegó a decirles a los trabajadores que su rol de lucha contra el capitalismo estaba ya obsoleto y que, en adelante, su tarea era la de inculcar en el pueblo trabajador el amor por el trabajo y una mayor productividad. Al final, las exigencias del Estado se parecieron mucho a las de los tiempos coloniales. En 1961, hubo una huelga general que promovieron los trabajadores ferroviarios. A mitad de la década, el precio del cacao bajó en picado y los productores empezaron a abandonar su cultivo. Como resultado, la economía de exportación colapsó. Nkrumah, cuyos enemigos habían sido en principio el imperialismo y las potencias occidentales, acabó empoderando a sus enemigos interiores y creando otros tantos nuevos. El golpe de Estado que en 1966 lo derrocó contó con el apoyo de una amplia mayoría de la población.

Nigeria y la guerra de Biafra

Durante la colonización Nigeria estuvo regida por la política del *indirect rule* británico, sobre todo en la región norteña, donde los jefes musulmanes habían mantenido su autoridad. A mitad de la década de 1950, la colonia fue dividida bajo un esquema federal en tres regiones diferenciadas. La del norte, la más poblada, era también la menos instruida y en la que gobernaban líderes musulmanes. La del oeste era la más rica gracias a la producción de cacao, además de que allí, en Lagos, se encontraba la capital de la federación. En la del este se encontraban los cuadros mejor formados gracias a la proliferación en la zona de misiones católicas, así que personas procedentes de la región se encontraban como trabajadores cualificados por todo el país. Cada región, además, contaba con un gran partido en su seno que estaba formado, en su mayoría, por miembros de las etnias dominantes en cada lugar. En el norte, el fula-hausa Northern People's Congress (NPC), en el oeste el Action Group (AG) de mayoría yoruba y, en el este, el National Council of Nigeria and the

Cameroons (NCNC), que tenía una perspectiva más nacional, debido quizá a la dispersión de su diáspora, pero de adscripción mayoritaria igbo. Cada partido dominaba su zona y estableció sus propias redes de patronaje y administración de servicios. Por lo tanto, la colonización británica potenció y agravó las divisiones sociales y religiosas del territorio y provocó una polarización política crítica, aunque no creó, en ningún caso, las identidades culturales (o etnias) a las que los nigerianos se adscribían. Al acceder a la independencia, un pacto entre el NPC y el NCNC colocó a Nnamdi Azikiwe (del este) como presidente del país y a Abubakar Tafawa Balewa (norte) como primer ministro. No tardó en producirse una lucha política por el control del aparato federal, importante porque las exportaciones e importaciones, principal fuente de ingresos, estaban bajo su jurisdicción. Cada región quería controlar las prerrogativas federales, arrogándose el control de los recursos del país. La situación dio un giro decisivo cuando se descubrió petróleo en el este nigeriano. La extracción de petróleo no requería abundante mano de obra y los medios para llevarla a cabo provenían del extranjero. La relación entre firmas internacionales y jefes de Estado que controlaran la extracción se convirtió en el negocio más rentable. El descubrimiento del petróleo en el este hizo temblar la balanza federal. Los igbos, quienes poseían la mayor cantidad de occidentalizados, ya eran vistos con recelo por el resto de nigerianos por su abundante presencia en las instituciones del Estado y también en empresas comerciales. La inquina aumentó cuando en 1966 se produjo un golpe militar que derrocó al primer ministro norteño, accediendo a la jefatura del Estado Johnson Ironsi, de procedencia igbo. En el norte se inició una ola de revueltas que resultaron en numerosas muertes y en una cantidad significativa de refugiados igbo. Precisamente desde el norte se instigó el golpe militar que acabó con la vida de Ironsi, que fue reemplazado por Yakubu Gowon.

En el este de Nigeria este segundo golpe de Estado se percibió, en el contexto de tensiones sociales y por el petróleo, como un movimiento antiigbo. Decidieron que su región, que poseía el rico subsuelo codiciado por todos, debía disfrutar de una nueva autonomía. La independencia de la región se declaró bajo el nombre de Biafra en 1967, dando lugar a una guerra que duró hasta 1970.

Sólo cuatro países africanos reconocieron la legitimidad de la secesión, mientras que la OUA condenó el movimiento por infringir la declaración de la intangibilidad de las fronteras y porque Biafra podía convertirse en un peligroso precedente para todos aquellos que no se sentían representados por los nuevos Estado nación. Además de los países africanos, Nigeria recibió el apoyo de Gran Bretaña, mientras Biafra recibió la ayuda interesada de países como Francia o España, que vieron una buena oportunidad para desplazar a Londres de su control neocolonial sobre una región tan rica. La guerra tuvo efectos desastrosos en la región, particularmente en los niños. La publicidad internacional generó empatía por los biafreños, distribuyendo retratos macabros de la guerra. La ayuda humanitaria tomó impulso. Por ejemplo, Médicos sin Fronteras, fundado en 1971, hunde sus raíces en el conflicto nigeriano. Tal vez

Biafra inauguró la imagen de África como la tierra de niños famélicos atrapados en guerras que obedecían a un tribalismo irracional. La realidad, también cruenta, era mucho más compleja. Las divisiones políticas y el juego económico tenían mucho que ver en el estallido secesionista, así como un mapa africano trazado de forma arbitraria. La dimensión geopolítica del conflicto quedó relegada en los discursos y prensa internacionales; el horror vendía más que las explicaciones meditadas. Pocos mencionaban que el hambre de Biafra la ocasionaba el bloqueo instigado por Nigeria y sus aliados.



La portada de la revista *Time*, bajo el titular de «Hambrientos niños de la guerra de Biafra», muestra el foco mediático del conflicto. En el interior de la revista abundaban fotos como las de la derecha. Los niños, castigados por el bloqueo impuesto a su región, ganaron una triste fama mundial.

Finalmente el gobierno federal ganó la guerra, pero eso no significó la paz para Nigeria. Múltiples golpes de Estado y continuados enfrentamientos sociales, regionales y religiosos siguen marcando el camino del país más poblado de África.

MILITARES, DEUDA EXTERNA Y LIBERACIÓN (1970-1980)

La proliferación de los militares

Cuando las esperanzas generadas por las independencias empezaron a frustrarse, los golpes de Estado no tardaron en proliferar. Los líderes que más quisieron intervenir sobre la sociedad, en beneficio de una pretendida «modernización» que pasaba por la industrialización, la creación a la fuerza de una nacionalidad inexistente y la presión sobre los campesinos, acabaron siendo los primeros en caer. Cuanto más intervencionista y autócrata menos apoyos sociales tenían. Modibo Keita en Mali, Kwame Nkrumah en Ghana o Milton Obote en Uganda son ejemplos de ello. En

muchos casos los golpes contaron con la complicidad occidental, interesada en los recursos del territorio pero, en la mayoría, los militares llegaron al poder con apoyo de las masas, cansadas de unos gobiernos que habían resultado ser similares a los antiguos jefes coloniales. La impopularidad de los gobiernos acabó dando el pretexto adecuado para los hombres uniformados, que presentaron ante la población justificaciones centradas en la corrupción y la incompetencia de los dirigentes políticos, arguyendo que el cambio era imposible sin ellos. Ese, al menos, era el discurso oficial. En la práctica, muchos acabaron reforzando tendencias como la arbitrariedad burocrática, el partido único y una oratoria antiimperialista que escondía un ávido deseo por controlar los recursos del Estado. Tras el primer golpe de Estado que tuvo lugar en Togo en 1963 y que conllevó el asesinato del jefe del Estado, Sylvanus Olympio, las asonadas militares se sucedieron en los treinta años posteriores. En 1984 sólo dieciséis países no habían sufrido el golpe de las fuerzas armadas. Algunos desembocaron en regímenes efímeros, otros fueron más longevos, algunos fueron sanguinarios y otros lograron un equilibrio entre su codicia y los límites que la sociedad imponía para permanecer en el poder. Algunos, incluso, fueron revolucionarios en su origen. Ninguno de ellos, sin embargo, supo, o quiso, leer el espíritu de sus sociedades. Algunos militares acabaron siendo derrocados por otros militares, en una espiral repetitiva. La mayoría de regímenes pese a tener un discurso africanista, como Mobutu (que quiso africanizar su país cambiándole el nombre a Zaire y promoviendo el abandono de los nombres occidentales), acabaron jugando en el tablero de la Guerra Fría, en uno u otro bando, o recurriendo a empresas y créditos extranjeros según sus propios intereses o necesidades.



Infografía en la que se muestran los golpes de Estado exitosos (87) desde 1950 en toda África. Fuente: jeuneafrique.com

El historiador Paul Nugent distinguió cuatro tipos de regímenes militares:

1. Guardianes provisionales: aquellos que reclamaban proteger a la gente mediante el desalojo de gobiernos que los llevaban a la ruina. Preveían el retorno al poder civil. Ejemplos de ello fueron los golpes de Togo (1963), Benín (1963, 1965) o Ghana (1966).
2. Reformadores y redentores: regímenes correctivos que eran explícitos en su intención de permanecer en el poder tanto tiempo como juzgaran necesario, apoyándose en funcionarios y jefes tradicionales y relegando a la clase política. Ejemplos de ello fueron Ghana (1972) y Nigeria (diversos golpes tras la guerra de Biafra).
3. Usurpadores: los líderes militares se declaraban presidentes del país. Fundaron partidos políticos pero su principal instrumento de gobierno fue la violencia. Los casos más representativos, y extremos, son los de República Centroafricana (Jean-Bédél Bokassa) y Uganda (Idi Amin).
4. Marxismo pretoriano: llegaron al poder con el ideal revolucionario marxista-leninista y, en algunos casos, declararon repúblicas populares. Ejemplos de ello los encontramos en Congo-Brazzaville (Marien Ngouabi, 1969-1977), Benín (Mathieu Kérékou, 1972-1991), Ghana (Jerry Rawlings, 1979) y Alto

Volta (Thomas Sankara, 1983-1987).

Es importante destacar que dentro de cada grupo hay notorias diferencias y que, en ocasiones, un mismo general protagonizó diversos tipos de regímenes con golpes de diversa naturaleza, como en el caso de Jerry Rawlings en Ghana. Los ejemplos de Jean-Bédél Bokassa, que llegó a proclamarse emperador, y de Idi Amin ofrecen casos paradójicos e histriónicos de dictaduras militares sangrientas. Por otra parte, los regímenes revolucionarios también resultan muy diversos, llenos de matices. Su legitimidad vino dada por el apoyo al grupo soviético, además de por las habituales justificaciones desprendidas de la impopularidad de los gobiernos en el poder. El régimen del Derg (1974-1987), en Etiopía, fue un ejemplo a seguir por otras corrientes antiimperialistas africanas, aunque su éxito social pueda resultar discutible. Quizá el líder revolucionario más emblemático sea Thomas Sankara, que renombró el Alto Volta como Burkina Faso (“el país de los hombres íntegros”) e inició medidas sociales tendentes a favorecer, entre otras, a las mujeres, además de enarbolar la bandera antiimperialista y antineocolonial en el teatro internacional, promoviendo el autoabastecimiento de su país. Resulta complicado juzgar el éxito o el fracaso de sus medidas, pues Sankara acabó siendo asesinado en 1987 por orden de su amigo y segundo al mando, Blaise Compaoré, quien gobernó el país hasta 2014 con la complicidad occidental.



Izquierda: Thomas Sankara, representante del militarismo revolucionario. Derecha: Idi Amin, uno de los dictadores más sangrientos del continente. Inferior: Jean-Bédél Bokassa el día de su coronación como emperador; la extravagancia, la represión y la paranoia lo han convertido en un caso tan extremo que su experiencia no puede extrapolarse a otros lugares del continente.

Países africanos y las cadenas del mercado

Las economías africanas arrastraron la carga del colonialismo a sus espaldas. Los gobiernos independientes fracasaron en sus intentos por diversificar una economía dirigida hacia el exterior. Habían heredado infraestructuras y comunicaciones de pillaje destinadas a la exportación y carecían del dinero y de la voluntad popular para mejorarlas: las obras de construcción ferroviaria o de carreteras traían consigo el recuerdo del tiempo colonial, de los trabajos forzados, y el rechazo de la población. La crisis mundial del petróleo de 1973 tuvo efectos severos en África y un doble impacto en las economías africanas orientadas hacia el exterior: aumentó el precio del fuel en un momento en el que se introducían en África nuevos transportes, maquinarias e incipientes industrias que lo necesitaban; y la baja demanda ocasionada por la recesión hizo que los precios de los productos africanos, agrícolas y mineros principalmente cayeran en picado, transformando una mala situación en una desastrosa. Existían dos posibles soluciones para obtener dinero: el endeudamiento o el aumento impositivo (impuestos). Los gobiernos prefirieron optar por la primera de las opciones, pues sabían que presionar mediante impuestos sólo generaría malestar social. Las sociedades africanas no eran productivistas, así que la única manera de mantener en pie el Estado moderno era mediante la ayuda extranjera. En consecuencia, el endeudamiento abrumador fue un rasgo común de los países africanos a partir de la década de 1970. En el extranjero, sobre todo en la esfera occidental, esto suponía una oportunidad para implantar sus proyectos neocoloniales. Francia y Gran Bretaña, por ejemplo, transformaron sus aparatos coloniales destinados al desarrollo en ayuda extranjera, lo que afirmaba su generosa superioridad al tiempo que rehuía cualquier responsabilidad social o política. Estados Unidos y la Unión Soviética, evidentemente, también posaron sus ojos en el continente. En palabras de Cooper: «África se convirtió en el proyecto que todo el mundo quería estimular, en un imán para los poderes políticos y los intereses de explotación». Los gobiernos, que ya lo habían hecho durante la década anterior, recurrieron así a los créditos de instituciones financieras internacionales como el Banco Mundial (BM) o el Fondo Monetario Internacional (FMI) para poder pagar las deudas que habían contraído con esas mismas instituciones. En las décadas siguientes, a cambio de esta «ayuda» económica se vieron obligados a seguir las directrices de esas instituciones, que del neocolonialismo económico pasaron a un nuevo nivel. El FMI condicionó su ayuda económica al cumplimiento de una serie de medidas de política económica neoliberal proclamadas en los llamados Planes de Ajuste Estructural (PAE), que dictaban a los Estados medidas de austeridad y neoliberales lo que, en la práctica, se tradujo en recortes en los ya de por sí endebles sistemas educativos y sanitarios del continente. Los sistemas escolares decayeron y la carencia de facilidades y suministros médicos aumentó. La economía informal, al margen de los cauces habituales controlados por el Estado o la legalidad, ganó un

peso esencial en el interior de los países.

En la década de 1980, momento en que se extendieron los PAE, muchos países estaban endeudados con bancos internacionales y organizaciones como el FMI, por lo que dedicaban los ingresos de las exportaciones a pagar esa deuda, dejando muy poco margen para las importaciones necesarias o las inversiones en servicios básicos. Por ejemplo Uganda, que dedicaba un cinco por ciento de los ingresos por las exportaciones a pagar la deuda en 1980, pasó a pagar un sesenta y seis por ciento en 1990. Entre 1980 y 1989, 36 países africanos acumulaban un total de 241 préstamos, y el número creció en la década siguiente.

En resumen, para que no les cerraran el grifo de la ayuda económica, los gobiernos tenían que ceñirse a un paquete de medidas de política económica impuestas por organizaciones e instituciones neoliberales. Los recortes de servicios básicos no parecieron preocupar a los paladines del mercado. La deuda africana creció de ochenta y cuatro millones en 1980 a doscientos veintisiete en 1996. Los PAE no se tradujeron en el crecimiento económico al que estaban destinados, de hecho, muchas economías se contrajeron durante esos años. En lugar de reforzar la viabilidad de los débiles Estados, la deuda externa siguió hurgando en su vulnerabilidad. En algunos casos, además, los créditos estuvieron supeditados a la adopción de sistemas multipartidistas. Se cambiaba dinero por democracia, una democracia al servicio de intereses extranjeros y de un neoliberalismo rampante que jamás mostró empatía ni consideración por las sociedades africanas. El caldo de cultivo que se generó, la inestabilidad, la pobreza y la corrupción, también ayuda a entender la conflictividad del continente durante esas décadas.

El fin de los racistas

Cuando las colonias portuguesas se liberaron del yugo colonial en la década de 1970 todavía quedaban en África tres territorios bajo dominio de minorías blancas. Uno de ellos, Sudáfrica, ha atraído tanto la atención que a menudo su historia ha hecho sombra a la de sus vecinos y compañeros en la lucha antisegregacionista del sur africano: Zimbabue y Namibia.

De Rodesia a Zimbabue

Mientras en el resto del continente los movimientos por la independencia ganaban fuerza y alcanzaban sus objetivos, en la colonia de Rodesia del Sur la situación no avanzaba hacia el mismo destino, no al menos para las poblaciones africanas. La colonia estaba controlada por una minoría blanca, liderada por Ian Smith, que se arrogaba el monopolio de las actividades económicas del territorio. En 1964, los dos principales partidos africanos, la Unión Nacional Africana de Zimbabue (ZANU) y la Unión del Pueblo Africano de Zimbabue (ZAPU) fueron prohibidos y sus líderes encarcelados. La negativa a seguir un proceso de descolonización análogo a otros

territorios, tendente a la integración de la población africana en los órganos de gobierno, llevó a una ruptura abrupta entre Smith y Londres que resultó en la declaración unilateral de independencia de Rodesia. En los siguientes quince años, la minoría blanca del país, que controlaba la burocracia y el ejército, mantuvo su seguridad en las zonas urbanas y la represión en las rurales, e incluso fomentó, para su propio beneficio, una industrialización y autosuficiencia fundamentada en el recurso a la mano de obra barata africana (muy cercana a la forzada) para la producción de minerales y productos agrícolas destinados al mercado externo. La segregación fue similar a la que se producía en Sudáfrica en las mismas fechas, aunque la resistencia en Rodesia tomó un sesgo más guerrillero.

A partir de 1974, cuando las colonias portuguesas de los alrededores empezaron a liberarse, las guerrillas del ZAPU y el ZANU comenzaron a actuar desde Zambia y Mozambique respectivamente. A principios de la década la economía empezó a deteriorarse al tiempo que los movimientos políticos africanos, conocedores de lo que en el resto del continente se había logrado, emprendieron la lucha con renovada determinación. El gobierno rodesiano se topó entonces con dos problemas. En el interior del país, los grupos a los que aspiraban a reprimir estaban fuera de su alcance, cobijados en los países vecinos independientes. En el exterior, el boicot y aislamiento internacional amenazaba la riqueza de la minoría blanca. La situación llevó a Smith a iniciar negociaciones con el gobierno británico para lograr introducir en el gobierno a africanos moderados a la vez que se protegían los intereses de los blancos. La propuesta no fue aceptada por los líderes políticos, religiosos o estudiantiles, que hicieron una poderosa campaña en su contra. Finalmente, en 1977 Smith firmó un acuerdo con el obispo Abel Muzorewa, miembro destacado del United African National Council (UANC, único partido africano legal en el momento) menos radical que Robert Mugabe (ZANU), y Rodesia alcanzó su segunda independencia. El nuevo Estado mantuvo las garantías para la minoría blanca mientras que el nuevo líder africano, Muzorewa, tenía en realidad poco poder. Pese a que la guerra continuó, las negociaciones siguieron su curso. Las primeras elecciones reales tuvieron lugar en 1980, fecha en la que se reconoció oficialmente la nueva independencia. El ZANU de Mugabe se hizo con el poder al frente del país, con la breve cooperación del ZAPU encabezado por el doctor Nkomo, donde sigue hasta día de hoy. El nuevo régimen cambió el nombre del país a Zimbabue, evocando el gran imperio de la época clásica.



Izquierda: Ian Smith firmando la declaración unilateral de independencia de 1965. Derecha: Robert Mugabe firmando la declaración definitiva de independencia de 1980.

Sudáfrica, la larga marcha hacia la libertad

Sudáfrica tardó más en llegar a la libertad, en parte porque la minoría blanca, que no superaba el quince por ciento de la población, poseía unas fuertes raíces históricas en la región, buenos amigos internacionales y un feroz aparato represivo. En el amanecer de las independencias el régimen del *apartheid* ilegalizó las dos principales organizaciones políticas africanas del territorio, el Congreso Nacional Africano (ANC) y el Congreso Panafricano (PAC), que había instigado manifestaciones y protestas, así como la desobediencia de las leyes segregacionistas o boicots a autobuses y tiendas. La tensión culminó en marzo de 1960 en Shaperville, donde la policía disparó a discreción acabando con la vida de sesenta y nueve personas, entre ellas mujeres y niños. Tanto el ANC como el PAC situaron sus bases en el exilio, en Zambia y Tanzania, desde donde crearon sus brazos armados. Mandela (1962) y otros muchos fueron arrestados en esas fechas y condenados a penas de por vida.

En 1960 se produjo otro evento de envergadura: los afrikáneres declararon la independencia como República de Sudáfrica, enarbolando después su anticomunismo para situarse del lado occidental en el tablero de la Guerra Fría. El bloque comunista acabaría colaborando con el ANC, tanto en logística como en la formación de cuadros.

El sistema del *apartheid* impidió los matrimonios mixtos y las relaciones sexuales entre blancos y negros, impuso lugares de residencia a los obreros negros urbanos, que fueron separados de sus familias y acabaron formando auténticas ciudades de chabolas. Incluso durante años no se permitió el acceso de mujeres a las ciudades y la movilidad dentro del país estuvo limitada a quienes gozaban de un permiso gubernamental; sólo los blancos tenían libertad de movimiento. La educación de los niños negros se concibió para que no aprendieran demasiado, con el fin de que tuvieran la formación necesaria para servir a los blancos, y sólo podían asistir a colegios para niños negros. Se transformaron las reservas indígenas en bantustanes, Estados fantoches que nadie reconocía, y se ilegalizó y reprimió cualquier movimiento negro en el interior de sus fronteras.

Durante los años siguientes los africanos recurrieron a diversas formas de

resistencia. Por ejemplo, un sector activo fue el de los estudiantes, reunidos alrededor de la Organización de Estudiantes Sudafricanos (SASO), liderados por Steve Biko. La organización, sin embargo, fue ilegalizada en 1973 y su líder encarcelado y asesinado tres años más tarde. También lucharon por sus derechos los obreros: en 1974 tuvieron lugar unas 374 huelgas que involucraron a 58 000 obreros africanos, quienes ganaron modestas mejoras salariales. Las organizaciones de trabajo, a partir de 1979 legales, desempeñaron un rol clave en la lucha por la liberación. En 1976, hubo una revuelta en Soweto, uno de los lugares a los que los africanos eran confinados en la ciudad de Johannesburgo, que se saldó con 575 muertes y más de dos mil heridos.

En 1982, la recesión económica no hizo más que agravar la situación. En el interior del país la violencia de ambos bandos escalaba hasta cotas insoportables. El brazo armado de la organización Inkatha, de base zulú, llegó incluso a asociarse con la policía afrikáner para enfrentarse al enemigo común: el ANC. El boicot internacional, pese a su timidez y cinismo, empezó a hacerse sentir en esos años. Los afrikáneres ricos no estaban satisfechos con el aislamiento: querían viajar y tener el mismo acceso a los privilegios que cualquier ciudadano de otro país tenía en el marco global. Los boicots quizá no aislaron económicamente a Sudáfrica, pero sí que afectaron a su discurso moral y a su relación con el mundo.

Cuando se iniciaron los contactos entre el régimen del *apartheid* y los líderes africanos, estos, incluido Mandela, seguían encerrados en Robben Island. Finalmente, Mandela fue liberado en febrero de 1990 y el ANC volvió a legalizarse. Entre 1991 y 1994, el ANC aceptó trabajar con el Partido Nacional (NP) afrikáner liderado por Frederik de Klerk para asegurar un gobierno interino y detener la violencia a cambio de fijar una fecha para unas elecciones democráticas en la que todos pudieran votar. Esta se produjo en abril de 1994, y el ANC de Mandela resultó ganador con un sesenta por ciento de los votos, por un treinta por ciento del NP y un diez por ciento del Inkhata. Treinta y siete años después de la independencia de Ghana, los africanos de Sudáfrica eran, por fin, libres. Mandela renunció a tomar represalias, que habría sido el camino fácil, y garantizó a los miembros y simpatizantes del NP los derechos que estos habían negado a la población negra durante años. El líder sudafricano completó así su larga marcha hacia la libertad y lo hizo, además, consiguiendo algo que muy pocos padres de la nación africanos habían hecho: se retiró tras su mandato y pasó el poder a un sucesor elegido.



Mandela estrecha la mano de Gatsha Mangosuthu Buthelezi, líder del Inkhata zulú, bajo la atenta mirada de De Klerk (NP) justo después de las elecciones de abril de 1994.

Namibia, la alargada sombra del apartheid

Tras el final de la Primera Guerra Mundial, el África del Suroeste (actual Namibia) se convirtió en territorio bajo mandato de la Sociedad de Naciones y su administración pasó a depender de Sudáfrica. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la flamante Naciones Unidas previó que los territorios africanos bajo mandato (como Togo y Camerún) irían ganando autonomía de forma paulatina y acabarían accediendo a la independencia. En la década de 1960, cuando el resto de territorios lograban la emancipación, la intransigencia de la administración sudafricana negó ese derecho al pueblo del suroeste africano. Sudáfrica absorbió el territorio dentro de sus fronteras y traspasó hacia allí la legislación y prácticas del *apartheid* y la segregación racial. La ONU recurrió a la Corte Internacional de Justicia (CIJ) y ambos declararon la ilegalidad de la presencia sudafricana en territorio namibio. En 1971, la CIJ convocó a todos los miembros de la ONU para que estos declararan la ilegalidad de esa presencia. Dos años más tarde, se declaró a la Organización del Pueblo de África del Suroeste (SWAPO) la organización política mayoritaria, como la única y auténtica voz del pueblo namibio, convirtiéndose así en representante oficial de Namibia en el escenario internacional.

Mientras tanto, Sudáfrica utilizaba Namibia para fomentar la desestabilización de Angola y del MPLA comunista, con ataques militares y el apoyo a UNITA.

El régimen segregacionista y racista impuesto por la minoría blanca sudafricana acabó llevando al SWAPO a crear un brazo armado, el Ejército Popular de Liberación de Namibia (PLAN), que contó con el apoyo del bloque comunista y China. Como en el caso sudafricano, las bases de la organización se situaron en los países vecinos. La guerrilla, que no tuvo el mismo peso que en Zimbabue, fue combatida con mano dura por las tropas sudafricanas, cuya represión fue tan dura como en su propio país. En

mayo de 1978, por ejemplo, asaltaron con fuerzas aéreas un campo de refugiados del SWAPO, asesinando a más de seiscientos civiles. Pese al componente armado, la lucha por la liberación, como en Sudáfrica, envolvió sobre todo a organizaciones obreras y estudiantiles que tuvieron relaciones e influencias, en ambos sentidos, con los movimientos sudafricanos. En diciembre de 1973, por ejemplo, tuvo lugar una huelga general que se prolongó dos meses. Estos movimientos sociales, no obstante, generaban recelo en el SWAPO puesto que no tenía un control directo sobre ellos. Los celos llevaron a realizar purgas en el interior de la organización en busca de espías. Finalmente, la presión internacional, sumada a la victoria de las tropas cubano-angoleñas sobre las sudafricanas, acabó conduciendo a negociaciones que desembocaron en elecciones libres en noviembre de 1989. El SWAPO, liderado por Sam Nujoma, venció con un 57% de los votos, insuficientes para sacar adelante una nueva Constitución sin el apoyo de otras fuerzas, a las que tuvo que recurrir para culminar el proceso. El 21 de marzo de 1990 Namibia alcanzaba definitivamente su independencia, sólo un mes después de la liberación de Mandela y de la legalización de los partidos políticos sudafricanos. Namibia precedió a Sudáfrica en el acceso a la libertad y compartió muchos elementos de su lucha.

LA INVASIÓN DE LAS SIGLAS: PAE, ONG Y VICH

El historiador Paul Nugent definió las dos últimas décadas del siglo xx como las de la invasión de las siglas. Se refirió a tres fenómenos concretos que se extendieron por el continente y que tuvieron un impacto relevante en el desarrollo histórico de las postrimerías de siglo. El primer caso ya lo hemos mencionado, se trata del papel protagonista que instituciones financieras internacionales como el BM y el FMI tuvieron a través de los PAE. Los otros dos fueron la proliferación de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) y la expansión del virus de la inmunodeficiencia humana (VIH/sida).

La proliferación de las ONG se debió, entre otras, a tres causas manifestadas a mediados de la década de 1970. En primer lugar, el florecimiento del humanitarismo internacional, que surgió de la afluencia creciente de materiales a Occidente gracias a la sofisticación de la tecnología de los medios de comunicación. Tras las independencias, la audiencia occidental fue bombardeada con imágenes de gente sufriendo, hasta el punto de que los eventos en el continente sólo interesaban si presentaban un cuadro de abyecta miseria. Las imágenes de hambrunas en el Sahel occidental entre 1972 y 1974 y, sobre todo, la hambruna etíope de 1983 a 1985 fueron una fuente inagotable para el humanitarismo creciente. Los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) pasaron de tener unas 1600 ONG en 1980 a 2970 en 1993. En segundo lugar, se tendió a culpar de las crisis a los Estados africanos, así que quienes aportaban las ayudas al desarrollo buscaban socios

ajenos a ellos. Así, las ONG pasaron a ocupar en muchos casos el espacio que los Estados habían abandonado debido a los PAE: sobre todo en materia de educación y sanidad. Gran parte del dinero que desde Occidente se mandó a África pasó a través de estas organizaciones y, a medida que los Estados africanos dependían más de las ONG para proveer servicios básicos, estas dependían más de los gobiernos del norte para su financiamiento. En tercer lugar, la tremenda demanda de servicios en países asolados por la crisis económica y los rigores de los ajustes acabó de allanar el terreno.

Algunos gobiernos vieron a las ONG como una amenaza mientras otros las aceptaron en la medida en que no interfirieran con el Estado. ¿Cuáles fueron los efectos socioeconómicos de las ONG durante esas dos décadas? Muchos críticos han argumentado que empeoraron las cosas, sobre todo aquellas grandes organizaciones que empezaron a funcionar y sonar más como empresas de negocios que como desinteresados humanitarios. Las ONG estaban financiadas desde Occidente y ayudaron a proyectar una imagen paternalista de África que contribuyó al malentendido de las causas de las crisis y la repetición de los mismos errores a la hora de intentar solucionarlas. En demasiados casos, las voces de quienes recibían la ayuda no eran escuchadas porque se asumía que primero debían ser salvados. No obstante, en la década de 1990, la tendencia creciente, sobre todo de las pequeñas ONG, fue apoyarse más en entidades o socios locales. Por otra parte, muchos proyectos iniciados por las ONG funcionaban mientras eran financiados y explotaban cuando se dejaba al grupo en cuestión con sus propios recursos. En definitiva, la contribución de estas organizaciones varió mucho, algunas tuvieron efectos positivos pero hubo demasiadas que empeoraron las cosas. En general, las ONG contribuyeron a debilitar el Estado poscolonial.

Por lo que respecta al VIH, África pronto estuvo en el centro de los debates por dos motivos: se situó el origen de la pandemia en el centro del continente y fue el lugar donde la enfermedad tuvo una incidencia más espectacular. A mediados de la década de 1990, el sesenta por ciento de los infectados se encontraban en África. Muchos gobiernos no dieron una respuesta eficiente al problema y los efectos fueron notables. Doce millones de personas habían muerto tras contraer el virus, una cifra muy similar a la del número de personas que abandonaron el continente forzosamente durante la trata de esclavos, entre estos la mayoría era de la capa de la sociedad más activa sexualmente, entre quince y treinta y cinco años, lo cual repercutió en el empobrecimiento de comunidades enteras. No existía cura para el virus, sólo medicamentos paliativos, pero estos eran demasiado caros para los Estados africanos. Las ONG cogieron el testigo y algunas, ciertamente, desempeñaron un papel importante en la concienciación y prevención del contagio.

En resumen, la capitulación de los gobiernos ante las instituciones financieras internacionales hizo que disminuyera su rol como actor económico y proveedor de bienes y servicios. Al mismo tiempo, las ONG ganaron fuerza en el área de desarrollo

y en esos servicios que el Estado no garantizaba. Pese a las contribuciones positivas, la asistencia occidental volvió a disfrazarse como la «carga del hombre blanco». Si en el momento de la colonización las potencias europeas habían hablado del despotismo y la violencia tribal para justificar su conquista, a finales del siglo xx el discurso era muy parecido: había que salvar a los africanos de regímenes incompetentes y autocráticos. Se vio al «africano» como una víctima de sus líderes, como alguien necesitado de una salvación que sólo el hombre blanco podía ofrecer. Las buenas intenciones, las imágenes monotemáticas de los medios de comunicación y, ulteriormente, la codicia de unas organizaciones más preocupadas por el dinero que por las personas, acabaron reforzando la imagen de África como el continente de la desesperanza, la pobreza, el hambre y la violencia. Una imagen distorsionada que todavía hoy recae sobre el continente.

RUANDA, LAS RAÍCES HISTÓRICAS DEL GENOCIDIO

La década de 1990 estuvo marcada por conflictos que obtuvieron una gran resonancia internacional, como los diamantes de sangre en Liberia y Sierra Leona, el genocidio de Ruanda o la crisis de la República Democrática del Congo (Zaire). Los medios de comunicación occidentales a menudo los presentaron de manera simplista, incidiendo en el morbo de los aspectos más truculentos y macabros, y perpetuando una imagen que todavía hoy sigue vigente en nuestro imaginario, que continúa percibiendo los conflictos africanos como estallidos de violencia irracional y étnica, de codicia y barbarie. A continuación nos centraremos en uno de los conflictos que más ha sufrido el daño de análisis superficiales y cuya gravedad requiere una reflexión histórica que, pese a no justificar lo ocurrido, sí que puede ayudar a entender por qué ocurrió. El ejemplo de Ruanda nos sirve para mostrar la superficialidad de lo que conocemos sobre los conflictos africanos y el trasfondo sociopolítico, económico e histórico que los explican.

El mismo mes de abril de 1994 en el que Sudáfrica celebraba sus primeras elecciones en libertad, se inició en Ruanda el genocidio en el que murieron más de ochocientas mil personas. Lo habitual ha sido explicar la masacre como un simple estallido de violencia étnica, irracional y poco planificada en que una parte de la población, de etnia hutu, asesinó a otra, de etnia tutsi. El problema fue más complejo, el estallido de la violencia no fue ni repentino ni desorganizado, y entre las víctimas también se hallaron hutus que no apoyaban el genocidio y personas de etnia twa, minoritaria en el país. Por otra parte, desde el lado tutsi también se produjeron asesinatos, pese a que la historia conocida habla poco de ello. Para entender cómo se llegó a una crispación que arrasó con tantas vidas nos remontaremos al período precolonial.

Entre los siglos xv y xvii, diversos movimientos migratorios en la zona de los

grandes lagos condujeron a pueblos pastores a la región que hoy ocupan Ruanda y Burundi. Estos pastores, tutsi, se encontraron con pueblos de agricultores (hutu) y de recolectores (twa). No tardaron en adaptarse, adoptando la lengua local y realizando matrimonios con personas oriundas del lugar. La diferencia cultural, pues, no era en aquellos tiempos, ni lo es hoy, determinante, hasta el punto de que tutsis y hutus compartían, y comparten, lengua y religión. Lo relevante de verdad fueron las diferencias sociales y económicas. Los pastores tutsis pronto ganaron una primacía social debido a su posición de riqueza derivada de los rebaños, copando las altas esferas de los reinos de la zona. A la diferencia de un origen extranjero se añadía entonces el componente socioeconómico, a pesar de que un campesino hutu, si adquiría ganado suficiente, podía cruzar la frontera identitaria y definirse como tutsi. Si buscamos una palabra en nuestro diccionario para definir lo que eran los tutsis en época precolonial esa sería aristocracia. La sociedad no era igualitaria, puesto que tener o no ganado marcaba la diferencia. La violencia precolonial tampoco fue extraña, pero esta se dio más entre reinos rivales, compuestos por ambas etnias, que entre ganaderos y campesinos.

Durante el período colonial, la zona estuvo controlada primero por Alemania y, tras su derrota en la Primera Guerra Mundial, Bélgica, que dominaba la colonia vecina del Congo, tomó el relevo bajo mandato internacional. Los belgas llegaron a Ruanda, percibieron una diferencia ya existente y la exacerbaron hasta que la polarización se hizo inaguantable, exagerándola y estereotipándola. Distinguieron a tutsis y hutus por unos rasgos físicos que en realidad no los diferenciaban; los primeros eran altos, esbeltos e inteligentes, los segundos bajos, achaparrados y obtusos. Los tutsis, que contaban con los más ricos entre sus filas (pese a que no todos los tutsis eran ricos), pasaron del privilegio económico al privilegio político que emanaba de la administración belga. Esta los escogió para ocupar las jefaturas y los introdujo en el aparato colonial. Además, las misiones católicas se encargaron también de priorizar la educación de tutsis, a quienes consideraban más aptos para aprender que a sus vecinos rurales hutu. La discriminación quedó bien reflejada en los documentos de identidad que debían llevar las personas y en las que se especificaba si eran de una u otra etnia. Todo esto provocó que en la década de 1950, los tutsis instruidos fueran los principales componentes del grupo occidentalizado en Ruanda, por lo que el mismo grupo que había sido favorecido por el colonizador se convirtió en el que emprendió primero el discurso anticolonial. Esto puso en alerta a las autoridades y a la Iglesia católica, que cambiaron de pronto su estrategia y se volvieron hacia los hutus para contrarrestar el poder de los tutsis. Empezaron a favorecerlos como ejemplo de la «auténtica África» frente a unos tutsis a los que consideraban pretenciosos. Así, en los últimos años de la colonización se aceptó a más hutus en los centros de enseñanza e incluso en la administración. En 1957, un manifiesto hutu acusaba a los tutsis de haber monopolizado el poder, la tierra y la educación. Dos años más tarde tuvieron lugar revueltas de campesinos (de mayoría

hutu) y también asesinatos de personas identificadas como tutsis. La matanza resultó en unas veinte mil muertes y trescientos mil refugiados que huyeron hacia Uganda, en lo que supuso la primera oleada de una larga serie de episodios similares.

Cuando la independencia llegó en 1962, los tutsis se convirtieron en un grupo minoritario que se sentía en peligro frente a una mayoría hutu resentida cuyos representantes habían ganado las primeras elecciones. Los hutus, por su parte, desconfiaban de los tutsis y temían que estos trataran de volver al poder con métodos no electorales. Así que los pogromos, es decir, la matanza discriminada de personas de etnia tutsi, se hicieron habituales, con varias escaladas notables, que resultaron en más muertes y más refugiados en la década de 1970. En 1973 tuvo lugar un golpe militar que llevó a Juvénal Habyarimana al poder, donde permaneció durante veintidós años hasta el momento de su muerte. Su régimen se mostró igual de ineficaz y corrupto que el de su predecesor pero contó con el apoyo considerable de Francia y otros donantes occidentales.

En la vecina Burundi, también bajo mandato belga, la independencia creó una dinámica similar pero a la inversa. Aquí fueron los tutsis quienes controlaron el gobierno y, sobre todo, el ejército. Y las víctimas de las matanzas y pogromos fueron los hutus. En ambos casos podemos apreciar cómo la violencia no fue un estertor espontáneo de odio étnico, sino ataques dirigidos por élites gubernamentales.

En Uganda, los tutsis refugiados se aliaron con Yoweri Museveni, que era el líder de las guerrillas que lucharon contra el dictador Idi Amin primero y contra Milton Obote después. En la década de 1980 algunos de ellos se habían convertido en destacados jefes militares de Museveni. Cuando este accedió al poder, sin embargo, no logró nacionalizarlos debido a que el grueso de la población los veía como extranjeros.

Estos exiliados decidieron entonces emprender el camino de retorno y reconquistar el poder que un día habían tenido sus padres y abuelos en Ruanda. Crearon el Frente Patriótico Ruandés (FPR) y en 1990 atacaron el norte del país, donde causaron la despoblación de la zona y donde se estabilizó el frente de guerra hasta 1993 contra el ejército ruandés, que contaba con el apoyo logístico y armamentístico de Francia, Bélgica y Zaire. Ese mismo año, en Burundi, un partido de mayoría hutu ganó las elecciones pero meses más tarde tanto el presidente, Ndiadiaye, como los altos cargos fueron asesinados por el ejército, que inició una feroz represión de barrios urbanos hutus y de zonas rurales. Sin embargo, la respuesta vengativa acabó desbordando a los golpistas y el vacío de poder lo llenó un nuevo presidente hutu, Cyprien Ntaryamira, presionado para integrar en el gobierno a los tutsis radicales y evitar así más violencia. Al mismo tiempo, en Ruanda, mientras algunos políticos moderados emprendían negociaciones para alcanzar una paz equilibrada, los elementos extremistas crecían a pasos agigantados, alimentando el odio contra la guerrilla tutsi que estaba atacando el país. Los extremistas insistían en la extranjería de estos últimos, evocando el recuerdo de un origen diferente y también

el hecho de que quienes componían la guerrilla habían crecido en Uganda.

Mientras algunos líderes negociaban el camino hacia una hipotética paz, otros se encargaron de idear una solución final al problema que pasaba por el exterminio del adversario. Recurrieron a la propaganda antitutsi a través, sobre todo, de la Radio Televisión Libre de las Mil Colinas (RTLTM). Convencieron a la población de que existía una conspiración tutsi contra ellos.

En abril de 1994, los presidentes de Ruanda y Burundi se encontraban volando hacia Kigali (capital de Ruanda) tras negociaciones en Dar es-Salam (Tanzania) que buscaban una solución al conflicto y un acuerdo de poder compartido que diera seguridad a ambas etnias. El avión fue derribado y ambos presidentes murieron en el acto. El atentado, que se cree que fue perpetrado por extremistas hutu, les sirvió a estos para encender la mecha de la violencia. Horas después de la muerte del presidente, la caza a los tutsis había empezado y en ella participaron desde milicias (*interahamwe*), hasta personas individuales, con el ejército liderando la maquinaria mortal. Lo que ocurrió a continuación es bien conocido: hasta mediados de junio, en unos cien días, más de ochocientas mil personas fueron cruelmente asesinadas. Miles de hutus no aceptaron el genocidio y por su simpatía hacia los tutsis, o simplemente por querer proteger a un vecino o amigo, también fueron perseguidos y asesinados.

El FPR tutsi avanzó de forma imparable hasta que se hizo con el poder. Temiendo represalias, casi dos millones de hutus, que habían participado o no en el genocidio, huyeron hacia Zaire y Tanzania, convirtiéndose en refugiados. Quienes se refugiaron en el este del Congo (Zaire) contribuyeron a desestabilizar una zona de alto voltaje e incluso fueron víctimas de un ataque conjunto del gobierno ruandés presidido por Paul Kagame (tutsi, todavía hoy en el poder), tutsis zaireños y Uganda. La región de los grandes lagos se convirtió en un polvorín, sobre todo el este del Congo, mientras en Ruanda el gobierno trataba de llevar a cabo una política de reconciliación de dudosas garantías.

El genocidio de Ruanda no fue la erupción espontánea de antiguos odios étnicos, sino una masacre planificada y preparada por miembros de un gobierno de tipo moderno, con su aparato burocrático y militar, utilizando medios de comunicación modernos y formas modernas de propaganda. El genocidio no fue ejemplo de una violencia inherentemente africana, sino el resultado de una larga historia de desigualdad en el poder y la riqueza, de exacerbación colonial de las diferencias, de la tensión creciente por el control del poder durante las independencias y de la indiferencia internacional ante un horror que podrían haber interrumpido de haber tenido la voluntad. Una de las mayores vergüenzas de aquel trágico episodio que se inició en abril de 1994 fue el triste papel desempeñado por Occidente y las organizaciones internacionales. Los soldados de la Misión de Asistencia de las Naciones Unidas para Ruanda (UNAMIR) se limitaron a ser testigos de los asesinatos porque su mandato les impedía intervenir. Recordemos también que Francia entrenó y armó al ejército que perpetró y dirigió el genocidio; la tardía intervención francesa,

a través de la Operación Turquesa, llegó demasiado tarde, pues ya hacía dos meses que las matanzas se habían iniciado en Ruanda.

PRESENTE Y FUTURO, LUCES Y SOMBRAS

La última década del pasado siglo fue testigo de procesos históricos complejos que configuraron realidades diversas a lo largo del continente. Se continuaron o iniciaron conflictos de gravedad abrumadora (por ejemplo, en Ruanda, Sudán, Liberia, Sierra Leona, Angola o República Democrática del Congo). En muchas de estas guerras civiles las diferencias se reforzaron, y agravaron, por el descubrimiento y explotación de importantes recursos naturales (minerales, petróleo) que se convirtieron en el precio de la victoria pero también en el medio fundamental de financiación de las actividades militares de las diversas facciones y señores de la guerra, que tuvieron en el mercado global su principal mina de oro. Sin embargo, desde la década de 1980 también se produjo un nuevo despertar de la conciencia política de las sociedades africanas, coincidiendo con la crisis económica, los efectos de los ajustes estructurales y el desgaste de algunos jefes de Estado. Hubo movimientos, sobre todo impulsados por asociaciones de estudiantes, trabajadores y mujeres, que reclamaron una mayor apertura del Estado a través del multipartidismo. En 1990 prácticamente ningún gobierno africano había sido depuesto a través de las urnas, en los siguientes seis años dieciocho jefes de Estado cayeron derrotados mediante los votos. El camino hacia regímenes multipartidistas fue diferente en cada país y no se consolidó en todos, si bien la oposición logró avances frente a los regímenes en el poder, que seguían teniendo ventaja. Hubo transiciones políticas, a través de elecciones de todo tipo (pacíficas, violentas, agitadas o efímeras) que se tradujeron en dinámicas similares pero divergentes. El multipartidismo democrático no significó, como se pretendió desde Occidente, ni paz ni estabilidad.

A las puertas del nuevo milenio, y a lo largo de su primera década, la visión que el mundo tenía sobre África, el discurso oficial sobre el continente, cambió de forma drástica. Para analizar estos últimos años de la historia nos basaremos en el lúcido análisis que el doctor en relaciones internacionales Oscar Mateos publicó en 2015 bajo el título ¿De la «tragedia» al «milagro»? África subsahariana en el nuevo contexto multipolar.

A principios del siglo xx el discurso sobre África era conocido como afropesimismo. Quienes lo esgrimían se referían al continente como un territorio condenado por la historia, preso en diversas tragedias: hambre, guerras, tragedias humanitarias, pobreza y corrupción. Como advierte Mateos, la construcción del mito de la «tragedia africana» se hizo desde diversas ideologías. La principal diferencia radicaba en determinar quién era el culpable y cuándo y cómo se había producido. El pensamiento neoliberal atribuyó la responsabilidad a los líderes africanos, que

habrían condenado con su corrupción a sus sociedades a vivir en un atraso social, político y económico. Frente a este discurso surgió otro, próximo al estructuralismo y al marxismo, que situaba a África como la víctima al considerar que el problema del continente fue, y es, la explotación sistemática que ha debido soportar a manos de los países occidentales. Ambos discursos ofrecieron sus soluciones: el primero defendió la buena gobernanza y el ajuste estructural como recetas, el segundo replicó que la solución pasaba por una industrialización hacia dentro y por confrontar el poder occidental. Para Mateos, ambos discursos resultan simplificadores y etnocéntricos y tanto «en sus diagnósticos como en sus soluciones, no explican ni resuelven nada por sí solos». Mientras un discurso era realizado desde una perspectiva marcadamente occidental, sin atender a las especificidades socioculturales africanas, el otro negaba cualquier responsabilidad africana (implicación de las élites) o su capacidad de reacción y resistencia. En resumen, Mateos argumenta que «ambos discursos convergen así en su incapacidad de entender a África como sujeto debido a una clara tendencia a construirla como un simple objeto».



Estas dos portadas de la revista *The Economist* reflejan, tanto en sus títulos como en sus ilustraciones, el cambio en la visión sobre África. Izquierda: portada de mayo de 2000 bajo el título «El continente sin esperanza». Derecha: portada de diciembre de 2011 bajo el título «África emerge».

Con el paso de los años el discurso ha ido cambiando hasta el punto de hablarse del afrooptimismo. Un relato que hace referencia al *Africa rising* (África emergente) y que tiende a considerar el futuro del continente como algo esperanzador. Quienes adoptan esta visión se apoyan principalmente en datos macroeconómicos que hablan de un claro crecimiento de los países africanos. Por ejemplo, en la primera década del nuevo siglo el crecimiento del PIB de África alcanzó un 5,7%, por encima del ritmo de América Latina (5,7%) y Europa (2,5%). Además, según el FMI, en esa misma década, seis de las diez economías que más rápido crecieron en el mundo fueron africanas (Angola, Nigeria, Etiopía, Chad, Mozambique y Ruanda). A esto hay que

añadir que, según los organismos financieros internacionales, las expectativas de crecimiento de muchos países son muy prometedoras. También se habla del crecimiento de la clase media africana y del impacto de la telefonía móvil y de la tecnología (en 2010 el continente tenía quinientos millones de usuarios de telefonía móvil y el uso de internet creció en un 2500% respecto a un crecimiento global de cerca del 480%). Además de en la esfera económica, el discurso afrooptimista se basa también en otros aspectos como la democratización, las mejoras de los indicadores de gobernabilidad, la integración regional (en 2003 la OUA se refundó como Unión Africana y popularizó la idea de «soluciones africanas para los problemas africanos») y mejoras en indicadores socioeconómicos: se ha triplicado el acceso a la educación básica, la esperanza de vida media ha aumentado ocho años en cuatro décadas, se ha reducido la mortalidad infantil...

No obstante, el discurso afrooptimista, como su contrario, tiende a la simplificación, al blanco o negro, y soslaya aspectos fundamentales en un continente tan diverso y complejo como África. En primer lugar, el crecimiento macroeconómico no se ha traducido en una redistribución de la riqueza. En realidad, este crecimiento se concentra en no más de una decena de países (de un total de cuarenta y nueve al sur del Sahara). Asimismo, se ocultan las dinámicas de desigualdad que viven muchos países. Por ejemplo, en Sudáfrica el diez por ciento de sudafricanos más ricos tienen siete veces más ingresos que el cuarenta por ciento más pobre que, además, es de mayoría negra. En otros casos, como en Guinea Ecuatorial, la riqueza pertenece a grandes corporaciones estatales, lo que permite a políticos locales, sus familias y séquito extraer ganancias para su propio beneficio. En definitiva, el crecimiento económico no es sinónimo de bienestar social si no va acompañado de una redistribución de la riqueza.

Para Mateos, el futuro del continente tendrá que hacer frente a diversos desafíos. África, actualmente, tiene mil millones de habitantes y se prevé que la cifra se duplique en 2050 superando a la India (1600 en 2050) y a China (1400). Para entonces, una de cada cinco personas en el mundo será africana. Además, el futuro del continente se caracterizará por tener una población muy joven: en Europa la edad media es de cuarenta años, en Asia de veintinueve y, en África, de tan sólo diecinueve años. Todo esto, sumado a unas condiciones de vida y trabajo precarias, en la mayoría de los casos, podría provocar un desastre demográfico «que se caracterizaría por altos niveles de desempleo juvenil que conducirían al desarraigo social y que generarían mucha hambre y conflicto social». La población juvenil africana (entre 15 y 24 años) pasará de 133 millones al inicio del siglo a 246 millones en 2020. Por otra parte, la urbanización acelerada que se está produciendo también implicará desafíos sociales. Asimismo, la pobreza continúa siendo un problema y muchas personas siguen viviendo debajo de su umbral (menos de dos dólares al día), mientras que los diez países más pobres del mundo siguen siendo africanos. En términos de salud, siete de cada diez que padecen VIH a nivel mundial se encuentran

en África. Por último, Mateos habla de una dualización del continente entre un grupo de países que van en cabeza en términos de mejoras políticas (Botsuana, Mauricio o Ghana) y otro que lo siguen muy a distancia con problemas estructurales muy graves (Somalia, Eritrea, RDC, República Centroafricana o Chad). Dicha dualización se observa además en términos de violencia política y conflictos sociales en países en los que los enfrentamientos armados siguen causando estragos (Sudán del Sur o norte de Nigeria) o en los que la violencia política y electoral se ha agudizado (Zimbabue o Kenia).

Todo esto ocurre en lo que Mateos ha definido como un mundo multipolar, en el que diversos actores han emergido junto a Estados Unidos, países con un gran potencial económico cuya nueva influencia redibuja las correlaciones de fuerza a nivel internacional. Muchos de estos países emergentes se caracterizan por tener un especial interés en África y por disputar la hegemonía que tenían los países occidentales en el continente. El caso más relevante es el de China, que se ha convertido en el principal socio comercial de África y en su máximo acreedor e inversor, y cuya relación puede ser vista como «el acontecimiento más importante que ha tenido lugar en el continente desde la Guerra Fría». China, igual que otros países emergentes, ha configurado unas reglas de juego distintas a las dictadas por las potencias e instituciones financieras occidentales. Se han caracterizado por no imponer condiciones, es decir, el suministro de créditos o de ayuda no está vinculado a la adopción de un determinado sistema o medidas políticas. Esta voluntad de no intervención en asuntos políticos queda reflejada en un discurso que el presidente chino Xi Jinping pronunció durante una visita al continente africano en 2015: «Debemos respetar el camino de desarrollo que cada cual ha elegido [...], China cree firmemente que África pertenece a los africanos y que los asuntos de África deben decidirlos los africanos». En general, los acuerdos llevan a los gobiernos africanos a aceptar dinero o la construcción de infraestructuras a cambio de la explotación a varias décadas vista de tierras o de minas que China utiliza para cultivar y explotar. De este modo, el acaparamiento de tierras se ha convertido en un verdadero problema. A corto plazo, para los gobiernos africanos, el negocio parece rentable pero, a largo plazo, queda por ver cuáles serán sus efectos.

Ni el cuadro oscuro del afropesimismo ni el cuadro brillante del afrooptimismo sirven para entender las realidades africanas, compuestas de una variopinta gama de colores, siendo el gris uno de ellos. Como en todos los lugares, África tiene luces y sombras en su pasado, presente y porvenir.

Epílogo

A través de estas páginas he pretendido mostrar la historia africana desde una perspectiva que tuviera en cuenta a sus sociedades y también su relación con el resto del mundo. He priorizado de forma consciente la historia precolonial, al considerar que esta es la que menos se conoce en los países del norte. El viaje de este libro se inicia en la prehistoria, continúa por los siglos oscuros y los imperios clásicos, se detiene a observar la época predatoria ligada a la trata de esclavos, pasa por el período colonial y termina vislumbrando de forma breve los tiempos independientes. Soy consciente de que quien haya acudido a este libro con la ilusión de leer sobre la historia contemporánea del continente puede quedar insatisfecho por la poca cantidad de episodios concretos a los que me he referido. Los regímenes multipartidistas han ganado terreno en el continente, aunque también nos encontramos con verdaderos dinosaurios al frente de algunos Estados, dictadores en algunos casos, presidentes electos en otros tantos. Se han iniciado y terminado guerras cuyas causas e intereses ocultos subyacían tanto en África como en Occidente. Optar por explicaciones generales para los tiempos más recientes conlleva un riesgo en sí mismo. La realidad africana, tan plural y dinámica, hace difícil escribir de forma sucinta sobre los últimos años. Para hacer justicia, sería necesario un análisis pormenorizado de cada país e incluso de cada región dentro de sus fronteras.

El Estado moderno sigue luchando por articularse en el escenario africano. Un número importante de gobiernos ha percibido la necesidad de tener en cuenta las tradiciones locales en un momento en el que muchos africanos están viviendo un nuevo despertar ligado a las creencias y tradiciones ancestrales que, por otro lado, no son inamovibles y han ido variando, cambiando y matizándose con el paso de los años. A nivel internacional, África sigue siendo objeto de multitud de estereotipos y tópicos, además de continuar suscitando la codicia por sus recursos naturales. La modernidad llegó hace tiempo al continente y, de algún modo, ha ido tomando una forma diferente a la modernidad del norte, articulándose en el sustrato africano, compaginándose con lo tradicional. Se puede afirmar con rotundidad que los africanos actúan en un tablero de dos caras: el de la modernidad del Estado y el de la tradición. Recurren a ellos según sus necesidades o intereses, viéndolos como compatibles y no como polos opuestos y enfrentados. Pueden acudir al tribunal de justicia o a la comisaría de policía para resolver litigios pero también presentarse ante un consejo de sabios, a la sombra de un gran árbol, ante un sacerdote tradicional o ante un marabú musulmán en busca de consejo. Pueden llevar a sus hijos a la escuela a la vez que los inician en los saberes antiguos guardados celosamente en los bosques sagrados.

Las redes sociales han empezado a desempeñar un papel decisivo en los movimientos políticos y reivindicativos del continente, vehiculando discursos, controlando la buena marcha de elecciones e informando al mundo de cuanto

acontece en África. La revuelta popular de Burkina Faso de 2014 que acabó destronando a Blaise Compaoré tras veintisiete años en el poder, y la posterior resistencia a un golpe de Estado militar, es un buen ejemplo de las nuevas dinámicas que pueden extenderse por los países subsaharianos.

Con este libro también he querido mostrar que hay diversas formas de ver y entender el mundo, de articularse en él y de funcionar a nivel social. África ofrece ejemplos notables de que la diversidad es riqueza y de que la unificación forzada bajo discursos de sesgo occidental suele acarrear numerosos problemas. Nosotros, en Occidente, estamos acostumbrados a un modo de vida que obedece a nuestra propia experiencia histórica desde tiempos antiguos, a un largo camino que nos ha conducido hasta aquí. En África ocurre lo mismo, salvo que sus sociedades se han visto golpeadas desde el exterior en demasiadas ocasiones y de forma especialmente violenta. Primero la trata de esclavos y después la colonización supusieron un duro golpe a los sistemas sociopolíticos del continente que, sin embargo, lograron resistir y hoy perviven dentro de unas fronteras artificiales impuestas por potencias extranjeras y luego aceptadas por dirigentes africanos que se formaron intelectualmente en la esfera occidental. Desde Occidente se promueve la imagen de la democracia y la libertad, su expansión por el mundo, como la panacea para todos los males, sin tener en cuenta discursos o soluciones locales. Se detectan problemas sin prestar atención a sus raíces y se generan soluciones a miles de kilómetros de distancia del lugar en el que son aplicadas. Las recetas que buscaban imponer un modelo de vida y de organización en África han desembocado, una tras otra, en resultados insatisfactorios. Tal vez sea hora de que cada cual elija su modo de vida, su manera de funcionar y relacionarse con el mundo. Está ampliamente demostrado que imponer modelos extraños a sociedades que no los sienten como propios es un fracaso inexorable. Al tomar Occidente como el único modelo a seguir, uno recto y ejemplar, se obvia el hecho de que existen otros modelos, que son igual de legítimos y que, tal vez, sean más eficaces en lugares concretos del globo.

El neocolonialismo y los Planes de Ajuste Estructural, tratados en el último capítulo, ofrecen el ejemplo más diáfano del intervencionismo extranjero y de la voluntad expresa de imponer sistemas ajenos. China, que propone acuerdos económicos de envergadura sin poner condiciones semejantes, se ha convertido en uno de los socios favoritos de los gobiernos africanos. Los chinos, por supuesto, tienen sus propios intereses en el continente y una larga sombra de dudas sobre sus inversiones y sobre cómo las llevan a cabo, pero no exigen que, a cambio, los gobiernos tomen un determinado rumbo u otro.

Mientras el mundo sigue preguntándose qué diablos pasa con África, por qué fracasan sus Estados, los africanos siguen caminando por sus propios senderos, hacia destinos que sólo ellos conocen porque nosotros, desde nuestros asientos confortables, hemos decidido no escuchar ni conocer una realidad tan diferente a la nuestra. Por eso quiero utilizar estas últimas líneas como un reclamo e invitación: si

os interesa África, visitadla, empapaos de ella, descubrid que el modo occidental de ver las cosas no es el único que existe en el mundo. Si este libro ha plantado la semilla de la curiosidad en el lector, consideraré que ha cumplido su objetivo.

África tiene historia, y lo que acabo de contaros es sólo una pequeña parte de ella.

Cronología

- h. 4 millones de años Aparición de los homínidos en África Oriental y Austral.
- h. 2,4 millones de años Aparición del género *Homo*.
- h. 1,5 millones de años *Homo erectus* sale de África
- h. 100 000 años Aparición del *Homo sapiens sapiens*.
- h. 60 000 años La gran diáspora. *Homo sapiens sapiens* sale de África.
- h. 9000 años Inicio del Neolítico sahariano
- h. 1800 a. C. Fundición del hierro al norte de la actual República de Níger.
- h. 1700 a. C. Se crea en Kerma el reino de Kush.
- 747 a. C. Pianjy de Kush conquista Egipto, inicio de la dinastía etíope (XXV).
- 671 a. C. Derrota dinastía etíope frente a las tropas asirias. Taharqo se repliega en Nubia.
- 590 a. C. Meroe, nueva capital de Kush.
- h. 100 d. C. *Periplo del mar Eritreo*. Primera mención del reino de Axum.
- 350 d. C. El negus Ezanas se convierte al cristianismo.
- 450 d. C. Llegada de los nueve santos a tierras etíopes.
- 500 d. C. Kaleb de Axum, aliado de Bizancio, se impone en el sur de Arabia.
- 572 d. C. Persas se hacen con el control del sur de Arabia y del mar Rojo.
- s. VII d. C. Inicio de la expansión del islam.
- 781 d. C. Primera referencia escrita sobre el Imperio de Ghana (Al-Fazari).
- Fin. s. IX Inicio de la construcción de Gran Zimbabue.
- 1055 Almorávides destruyen Awdaghost.
- 1068 Inicio dinastía Sefuwa en Kanem.
- 1235 Sunyata Keita funda el Imperio de Mali.
- 1324 Peregrinación a La Meca de Kanku Musa.
- 1427 Alfonso de Aragón recibe una carta del negus Yeshaq de Etiopía.
- 1444 Portugueses llegan a las costas de Senegambia.
- 1471 Portugueses llegan al golfo de Guinea.
- 1460 Mai Ali Dunamani inicia la recuperación y consolidación de Kanem-

Bornú.

1469 Sonni Ali Ber de Gao toma Tombuctú y sienta las bases del Imperio Songhay.

1487 Bartolomeu Dias dobla el Cabo de Buena Esperanza.

1493 Ascenso al trono de Songhay de Askia Mohamed Touré.

Fin. s. xv El *mani* Congo Dzinga Mbenba se convierte al cristianismo y adopta el nombre de Don Alfonso.

1506 Almeida, virrey portugués de la India, arrasa las ciudades suajili.

1520 Primera embajada portuguesa llega a Etiopía en busca del Preste Juan.

1533 Axum arrasado por tropas musulmanes.

1557 Llegada de Andrea da Oviedo y otros jesuitas a Etiopía.

h. 1580 Congo asolado por las guerras con intervención portuguesa.

1591 Tropas de Yuder Pachá vencen a Songhay en la batalla de Tondibi.

s. xvii Jesuitas expulsados de Etiopía.

1629 Monomotapa se somete a Portugal a cambio de ayuda militar.

1652 Jan van Riebeck establece la colonia holandesa de El Cabo.

1693 Monomotapa y Butua se alían para expulsar a los portugueses de Zambezia.

Fin. s. xvii Aparición de la Confederación Ashanti. Creación del Estado predador de Segu.

1700-1800 Paroxismo de la trata atlántica de esclavos.

1787 Cuatrocientos colonos, esclavos liberados, llegan a Sierra Leona para crear la Provincia de la Libertad.

1796 Mungo Park, explorador escocés, primer europeo en llegar a orillas del río Níger cerca de Segu.

1804 Inicio de la yihad de Usmán dan Fodio en el norte de la actual Nigeria que daría origen al califato de Sokoto.

1807 Abolición de la trata de esclavos atlántica por parte de Gran Bretaña.

1808 Sierra Leona se convierte en colonia británica.

h. 1815 *Mfecane* de los amazulú de Chaka entre los montes Drakensberg y la costa índica.

1822 Fundación de Monrovia, futura capital de Liberia.

1828 René Caillié llega a Tombuctú.

1834 Inicio del Gran Trek.

1847 República de Liberia proclama su independencia.

h. 1850 Inicio de la yihad de El Hadj Umar Seydu Tall.

1854 Gran Bretaña reconoce la independencia del Estado Libre de Orange.

1857 Gran Bretaña reconoce la independencia de la República de Sudáfrica (Transvaal). Faidherbe crea los *tirailleurs* senegaleses.

1866-1867 Descubrimiento de diamantes en Kimberley.

1871 Stanley encuentra al desaparecido Livingston a orillas del lago Tanganica.

1879 Cetshwayo derrota a los británicos en la batalla de Isandlwana.

1884-1885 Conferencia de Berlín.

1898 Captura de Samory Touré.

1896 La Etiopía de Menelik II vence a las tropas italianas en la batalla de Adua.

1900 Derrota de Rabah, final de la conquista militar europea del interior africano.

1902 Final de la segunda guerra bóer.

1910 Nacimiento de la Unión Sudafricana.

1914 Inicio de la Gran Guerra, los aliados invaden Togoland alemán.

1915 Las tropas blancas de la Unión Sudafricana se hacen con el África Suroccidental Alemana (hoy Namibia).

1916 Final de la invasión de Camerún por las tropas británicas, francesas y belgas.

1918 Final de la Gran Guerra. El 25 de noviembre se rinden las tropas del comandante alemán Von Lettow-Vorbeck, dando fin a la campaña de África Oriental.

1918-1919 Epidemia de gripe asola el continente.

1940 Británicos y partidarios de la Francia Libre fracasan en su intento de retomar Dakar de manos de los administradores fieles al régimen de Vichy.

1941 Emperador etíope Haile Selassie vuelve a su país tras la victoria británica contra los invasores italianos.

1944 Conferencia de Brazzaville.

- 1947 Revuelta en Madagascar.
- 1952 Inicio de la revuelta Mau Mau en Kenia.
- 1956 Inicio revuelta en Camerún liderada por la UPC. Independencia de Sudán, primer país subsahariano en alcanzarla.
- 1957 Independencia de Ghana, chispa que acaba de encender los movimientos por la independencia en todo el continente.
- 1961 Inicio de las guerras entre Portugal y sus colonias. Asesinato de Patrice Lumumba.
- 1963 Creación de la OUA.
- 1966 Kwame Nkrumah es derrocado por un golpe de Estado.
- 1967 Biafra declara su independencia, se inicia la guerra civil nigeriana.
- 1973 Crisis mundial del petróleo.
- 1974 Independencia de Guinea Bissau y las islas de Cabo Verde. Triunfo de la revolución socialista que inicia el régimen del Derg en Etiopía.
- 1975 Independencia de Mozambique y Angola.
- 1976 Revuelta y represión de Soweto.
- 1980 Rodesia del Sur se convierte en Tanzania y acaba con el régimen racista liderado por Ian Smith.
- 1987 Asesinato de Thomas Sankara.
- 1990 Nelson Mandela sale de prisión tras veintiocho años. Namibia alcanza su independencia.
- 1994 Sudáfrica celebra sus primeras elecciones libres, el ANC de Mandela se lleva la victoria. Genocidio de Ruanda.
- 1996-1997 Primera Guerra del Congo, de nueve meses de duración, en la que se derrocó a Mobutu. Laurent-Désiré Kabila tomó el poder del país, al que renombró República Democrática del Congo.
- 1998 Inicio de la Segunda Guerra del Congo, también conocida como Guerra Mundial Africana o Guerra del coltán.
- 2002 La OUA es remplazada por la Unión Africana. También finalizó la Guerra civil de Angola, iniciada en 1975. También finalizó la guerra civil en Sierra Leona, conocida por los diamantes de sangre e iniciada en 1991.
- 2003 Final de la Segunda Guerra del Congo, en la que murieron más de cinco millones de personas.

- 2005 Ellen Johnson-Sirleaf es elegida presidenta de Liberia dos años después del final de la guerra civil liberiana, convirtiéndose así en la primera mujer en alcanzar la jefatura de un Estado en el África subsahariana.
- 2011 Sudán del Sur alcanza la independencia, convirtiéndose en el país más joven del África subsahariana.
- 2012 Abdoulaye Wade, presidente de Senegal desde el año 2000, trata de continuar en el poder mediante un controvertido intento de realizar un tercer término en su mandato. Las protestas populares y el apoyo de la oposición a un único candidato dio como resultado su derrota electoral y la victoria de Macky Sall.
- 2014 Una revuelta popular derroca a Blaise Compaoré en Burkina Faso, quien había permanecido al frente del país desde el asesinato de Thomas Sankara en 1987.

Glosario

Abisinia: nombre con el que se designaba el reino de Etiopía.

Almani: título de autoridad político-religiosa de corte musulmán adoptado por, entre otros, Samory Touré.

Askari: nombre con el que se designaba a los soldados africanos de los ejércitos coloniales que combatían en África Oriental.

Askia: dinastía islamizada de Songhay.

Axum: reino antiguo situado en los actuales Estados de Etiopía, Eritrea, Yibuti y norte de Somalia. Tuvo su apogeo entre los siglos III y VIII.

Azania: la costa al sur del Cuerno de África, jalonada de pequeñas islas que funcionaban como escalas comerciales de relevancia en el comercio del océano Índico.

Bantú: grupo de lenguas (como el suajili) que se hablan en África meridional y central que comprende a una gran variedad de pueblos o etnias. También se dice de la persona que habla una de esas lenguas.

Bilad al Sudan: “El país de los negros”, nombre con el que los árabes designaban la franja de sabana que se extendía desde el Sahel hasta los bosques tropicales, y del Atlántico hasta más allá del lago Chad.

Bilad al Zanj: “El país de los *zanj*”, nombre con el que los árabes designaban las tierras del interior oriental del continente.

Bóer: en origen los campesinos colonos neerlandeses que llegaron a África del sur en la segunda mitad del siglo XVII y sus descendientes. También conocidos como afrikáneres.

Candace: reina madre o reina de Kush/Meroe.

Cauri: molusco del océano Índico cuya concha era utilizada en África como moneda.

Costa de los perfumes: la costa del Cuerno de África, famosa en la antigüedad por proveer preciadas especias aromáticas.

Dyula: persona de lengua *mandé*, islamizada, que se dedicó históricamente, desde tiempos clásicos, al comercio de larga distancia.

Faama: título adoptado por Biton Kulibaly de Segu y cuya legitimidad descansaba en la fuerza militar (*fanga* en lengua bámbara).

Factoría: lugar cedido por los soberanos africanos a los europeos, normalmente

en la costa o en pequeñas islas, desde el que desarrollaban sus actividades comerciales.

Ge'ez: lengua del reino de Etiopía, hoy utilizado en la liturgia del cristianismo copto del país.

Gran Trek: movimiento migratorio, iniciado en 1834, de los bóeres que habitaban en la colonia de Cabo hacia el interior de África del sur y oriental.

Griot/jeli: una de las castas del universo cultural mandé encargada de la preservación y transmisión de la historia a través de la vía oral.

Impi: regimientos del ejército zulú creados por Chaka.

Induna: generales de los *impi*.

Kaya Maghan: título con el que era conocido el soberano o emperador de Ghana. Significa “el dueño del oro”.

Kémet/Kémit: nombre con el que los antiguos egipcios designaban a su país. Literalmente “el país negro”.

Krio: lengua hablada por los colonos que se establecieron en Sierra Leona en el siglo XVIII, mezcla del inglés y lenguas africanas.

Kush: reino al sur de Egipto. La XXV dinastía egipcia la formaron faraones kushitas.

Mai: soberano o emperador de Kanem-Bornú.

Mandé: grupo de lenguas y pueblos o etnias que comparten un cierto parentesco: bámbara, soninké, mandinga... y que fueron el núcleo original del Imperio de Mali.

Mansa: soberano o emperador de Mali. Poseedor de la *mansaya*, la autoridad legítima de origen noble aceptada por el pueblo.

Meroe: última capital del reino de Kush.

Mfecane: literalmente “aplastamiento”, se refiere al período de movimientos de población y elevada actividad militar inaugurado por Chaka en África austral.

Negus: nombre con el que se designaba al soberano de Axum y, más tarde, al de Abisinia o Etiopía.

Rift Valley: el Gran Valle del Rift, una gran factura geológica de 4830 kilómetros norte-sur que se extiende desde el África Oriental. Fue el punto en el que aparecieron los primeros homínidos.

Sofa: nombre con el que se designaba a la infantería de Samory Touré.

Swahili [en castellano, *suajili*]: africanos de la costa oriental que habían entrado en la órbita comercial o religiosa del islam. También es una lengua de familia bantú, hablada en África Oriental y Central por millones de personas.

Tunka: soberano o emperador de Ghana.

Tirailleurs senegaleses: tropas coloniales del África subsahariana del ejército francés que provenían de todos los territorios bajo su control, no únicamente de Senegal.

Wagadu: nombre original del Imperio de Ghana, quería decir “el país de los rebaños”.

Zanj: africano de la costa oriental.

Bibliografía

- AJAYI, J. F. Ade (ed.). *Historia general de África. África en el siglo XIX hasta los años 1880* (Vol. VI). Madrid: Tecnos Unesco, 1985.
- ANFRAY, Francis. *Les anciens éthiopiens*. París: Armand Colin, 1990.
- AUSTEN, Ralph A. *In search of Sunjata. The mande oral epic as history, literature and performance*. Bloomington Indiana: Indiana University Press, 1999.
- BARRY, Boubacar. *La Sénégalie du XVe au XIXe siècle. Traite négrière, islam, conquête coloniale*. París: L'Harmattan, 1988.
- BATTUTA, Ibn. *A través del islam*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.
- BAYART, Jean François. *El estado en África*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 1999.
- BOAHEN, Albert Adu. (ed.). *Historia general de África. África bajo dominio colonial (1880-1935)* (Vol. VII). Madrid: Tecnos Unesco, 1987.
- CARBONELL, Eduard y SALA, Robert. *Planeta humano*. Barcelona: Ediciones Península, 2000.
- CERVELLÓ, Josep. *Egipto y África: origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*. Sabadell: AUSA, 1997.
- CHALINE, Jean. *Un millón de generaciones. Hacia los orígenes de la humanidad*. Barcelona: Ediciones Península, 2002.
- CISSOKO, Sékéné Mody. *Tombouctou et l'empire Songhay*. París: L'Harmattan, 2012.
- COOPER, Frederick. *Africa since 1940. The past of the present*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- CONRAD, David C. *Empires of medieval West Africa. Ghana, Mali and Songhay*. Nueva York: Chelsea House, 2010.
- , y FISHER, Humphrey. «The conquest that never was: Ghana and the Almoravids, 1076». En: *History in Africa*, 1982; n.º 9. p. 21-59.p
- COQUERY-VIDROVITCH, Catherine y MONIOT, H. *África negra de 1800 a nuestros días*. Barcelona: Editorial Labor, 1985.
- , *L'Afrique et les africains au XIXe siècle. Mutations, révolutions, crises*. París: Armand Colin, 1999.

- CORTÉS LÓPEZ, José Luis. *Historia contemporánea de África: de Nkrumah a Mandela (desde 1940 hasta nuestros días)*. Madrid: Editorial Mundo Negro, 1995.
- CROWDER, Michael (ed.). *The Cambridge History of Africa: c. 1940 to c. 1975* (Vol. 8). Cambridge: Cambridge University Press, 1984.
- DAVIDSON, Basil. *La historia empezó en África*. Barcelona: Garriga, 1963.
- , *Madre negra*. Barcelona: Caralt, 1965.
- EL FASI, M. (ed.). *Historia general de África. África entre los siglos VII y XI* (Vol. III). Madrid: Tecnos Unesco, 1992.
- FERNÁNDEZ, Víctor M. *Prehistoria. El largo camino de la humanidad*. Madrid: Alianza Editorial, 2007.
- GARLAKE, Peter S. *Great Zimbabwe*. Londres: Thames and Hudson, 1973.
- GRIMAL, Nicolás. *Historia del antiguo Egipto*. Madrid: Akal, 1996.
- HOCHSCHILD, Adam. *King Leopold's ghost. A story of greed, terror and heroism in colonial Africa*. Londres: Pan Books, 2006.
- INIESTA, Ferran. *Antiguo Egipto: la nación negra*. Barcelona: Sendai, 1989.
- , *Emitai: estudios de historia africana*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2000.
- , *Kuma. Historia del África negra*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2007.
- , *El pensamiento tradicional africano: regreso al planeta negro*. Madrid: Libros de la Catarata, Casa África, 2010.
- , *Thot: pensamiento y poder en el Egipto faraónico*. Madrid: Libros de la Catarata, Casa África, 2012.
- INIKORI, Joseph. *Africans and the Industrial Revolution in England: a study in international trade and economic development*. Nueva York: Cambridge University Press, 2002.
- KI-ZERBO, Joseph. *Historia del África negra: de los orígenes a las independencias*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2011.
- LAW, Robin (ed.). *From slave trade to «legitimate» commerce: the commercial transition in nineteenth-century West Africa*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- LOVEJOY, Paul. *Transformations in slavery: a history of slavery in Africa*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.
- MANNING, Patrick. *Slavery and African life: occidental, oriental and African*

- slave trades*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- MATEOS, Óscar. *¿De la «tragedia» al «milagro»? África subsahariana en el nuevo contexto multipolar*. Barcelona: Cristianisme i Justícia, 2015.
- MAZRUI, Ali A. (dir.). *Histoire générale de l'Afrique. VIII. L'Afrique depuis 1935*. París: Éditions Unesco, 1998.
- MILLÁN, Vicente y CANO, Adelina (eds.). *Crónica del país de los negros. Tarij as-Sudan*. Madrid: Almuzara, 2011.
- MOKHTAR, G. (ed.). *Historia general de África. Antiguas civilizaciones de África (Vol. II)*. Madrid: Tecnos Unesco, 1983.
- NIANE, Djibril Tamsir. *Le Soudan occidental au temps des grands empires: XIe-XVIe siècles*. París: Présence Africaine, 1975.
- , (dir.). *Historia general de África. África entre los siglos XII y XVI (Vol. IV)*. Madrid: Tecnos Unesco, 1985.
- , *Histoire des mandingues de l'Ouest*. París: Karthala-Arsan, 1989.
- , *Sunyata, o la epopeya mandinga*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2011.
- NUGENT, Paul. *Africa since independence. A comparative history*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2004.
- OGOT, B. A. (ed.). *Historia general de África. África del siglo XVI al siglo XVIII (Vol. V)*. Madrid: Tecnos Unesco, 1985.
- PAICE, Edward. *How the Great War razed East Africa*. Londres: Africa Research Institute, 2014.
- PARK, Mungo. *Viajes a las regiones interiores de África*. La Coruña: Ediciones del viento, 2008.
- PARKER, John y RATHBONE, Richard. *African history. A very short introduction*. Oxford: Oxford University Press, 2007.
- PIKIRAYI, Innocent. *The zimbabwe culture: origins and decline of southern zambezian states*. Walnut Creek: Altamira Press, 2001.
- ROBERTS, A. D. (ed.). *The Cambridge History of Africa: 1905 to 1940 (Vol. 7)*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- ROCA, Albert e INIESTA, Ferran (eds.). *África en la frontera occidental*. Madrid: Editorial Sial, 2002.
- RODNEY, Walter. *De cómo Europa subdesarrolló a África*. México D. F.: Siglo XXI, 1982.

- SHAW, Ian. *Historia del antiguo Egipto*. Madrid: La esfera de los libros, 2007.
- SURET-CANALE, Jean. *Afrique noire occidentale et centrale. L'ère coloniale 1900-1945*. París: Éditions Sociales, 1977.
- , *De la colonisation aux indépendences 1945-1960*. París: Éditions Sociales, 1977.
- TAYLOR, John H. *Egypt and Nubia*. Londres: British Museum Press, 1991.
- TURBÓN, Daniel. *La evolución humana*. Barcelona: Ariel, 2006.
- VV. AA. *La charte de Kurukan Fuga. Aux sources d'une pensée politique en Afrique*. París: L'Harmattan, 2008.
- WESSELING, Henri L. *Divide y vencerás. El reparto de África (1880-1914)*. Barcelona: Ediciones Península, 1991.
- WILLIAMS, Eric. *Capitalismo y esclavitud*. Madrid: Traficantes de sueños, 2011.